Silvana Serafin

Blanca Olmedo

Una nueva autonomía de pensamiento y estética en la novela de Lucila Gamero de Medina

Edizioni Arcoiris

Una nueva autonomía de pensamiento y estética en la novela *Blanca Olmedo*
de Lucila Gamero de Medina

ISBN 978-88-96583-65-4

© 2014, Edizioni Arcoiris, Salerno
Prima edizione maggio 2014
www.edizioniarcoiris.it

Progetto ed elaborazione grafica: Raffaele Di Somma

Riservati tutti i diritti.
È vietata la riproduzione, anche parziale e con qualsiasi mezzo, se non attraverso l'autorizzazione scritta da parte dell'autore e/o dell'editore.

Silvana Serafin

Una nueva autonomía de pensamiento y estética en la novela *Blanca Olmedo* de Lucila Gamero de Medina

Premisa

Este volumen nace de una antigua idea de sacar a la luz a las primeras escritoras de Hispanomérica, dándoles el merecido espacio que, con tanta dificultad, han conquistado en la historia de la literatura. Son notorios los obstáculos de las mujeres que, a lo largo de los siglos, tardaron en manifestar su pensamientos, ahogando aspiraciones y deseos, pero nunca dejando de un lado la esperanza de recorrer sendas y pasar umbrales prohibidos.

En sus tímidos acercamientos al blanco, la mujer intenta desarrollar sus infinitas potencialidades, llamando en un primer momento la atención sobre problemas marginales, sobre las angustias de los que se encuentran en aquella zona neutral situada entre el ser y el no ser, el tener conciencia de sí o el seguir viviendo en la sombra de padres, maridos e hijos. El objetivo final es el de desprenderse de los vínculos impuestos por una sociedad constrictiva y limitativa de la libertad individual, que las obliga a quedarse al margen de la vida pública, sin derechos, incluso sin facultad de palabra.

Tal recorrido, por su caracterización y por la imposición de una visión renovada del mundo, resulta difícil, en cuanto se trata de desafiar esquemas consolidados, derribar barreras y construir un nuevo sistema de pensamiento. Sin embargo, si el sujeto femenino mantiene la boca cerrada, son inevitables el aislamiento y la marginalidad, ya que llegan a faltar toda representación o configuración simbólica apropiada. Solamente con el lenguaje se constituye y se fortalece una cultura que amplía el horizonte de expectativas y pone en tela de juicio el concepto mismo de pertenencia, proponiendo una nueva identidad cultural, capaz de evidenciar lo que la historia y la política han negado.

Una aportación importante en este sentido la ofrece la literatura que, por su estatuto móvil y abierto[1], abre al diálogo perpetuo con el mundo, a la búsqueda de una medida íntima y sensible, donde la esencia del ser mujer puede encontrar renovables connotaciones, gracias a las posibles

[1] Cf. W. Benjamin, *El concepto de crítica de arte en el romanticismo alemán*, Barcelona, Península, 1988.

combinaciones de sus imágenes simbólicas. En virtud de su poder creativo, las escritoras pueden luchar por hacer aflorar a la superficie ambigüedades e incertidumbres, íntimas exigencias y aspiraciones secretas; buscar la verdad como desvelamiento del ser, debatirse con igual intensidad, entre fuerzas racionales y objetivas; explorar, con el negativo de su propio malestar y sus mismas inquietudes, la contradicción escondida en el mito de la historia y lo "nuevo"; elaborar el concepto de ausencia, de pérdida[2] para redefinir su propia colocación en el mundo y existir en cuanto mujeres y ciudadanas.

Pueden, en fin, recuperar con su propia voz, la palabra que, parafraseando a Bajtin, es fenómeno social «en todos las esferas de su existencia y en todos sus elementos: desde la imagen sonora hasta las capas semánticas abstractas»[3]. De hecho, la entera sociedad, incluyendo las instituciones públicas, se apoyan en un sistema de comunicación verbal y simbólica, fácilmente asimilable, pero no siempre llevado a cabo con éxito por los directos interlocutores. Una demostración evidente es el largo silencio al que la mujer ha sido obligada en el curso de los siglos, excluida de poder hablar en público y callada por infinitas prohibiciones.

En este mundo narrativamente unificable y organizable se evidencia, por lo tanto, la absoluta fusión entre punto de vista psicológico y visión social en un pacto de relación, completamente tranquilizador porque realiza esperanza y felicidad y aniquila la alteridad, la diferencia al interior de una nueva experiencia humana. Aquí la imaginación y la capacidad de contar satisfacen precisamente porque hacen posible lo imposible, mágica la realidad.

Las pionieras de la literaturas merecen por lo tanto una mayor consideración, por todas las pruebas iniciáticas que han debido superar para su afirmación: por eso agradezco a la doctora Barbara Stizzoli por haberme proporcionado la ocasión de proponer la lectura de la obra de una escritora como Lucila Gamero de Medina que, en una lejana y pequeña parte del mundo como lo es Honduras y en tiempos refractarios y cerrados para el ser femenino, ha encontrado el valor para gritar su malestar abriendo distintas y alcanzables posibilidades a otras mujeres.

SILVANA SERAFIN

[2] Cf. R. Braidotti, *Sujetos nómades,* Barcelona, Paidós Ibérica, 2000.
[3] M. Bajin, *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989, p. 77.

I.
El contexto histórico y literario de Lucila Gamero de Medina

Voces literarias de la afirmación de la unidad nacional al principio del s. XIX

En una época como la del independentismo hispanoamericano, donde el sentido innovador de la literatura se afirma en el ámbito de las ideas y las costumbres, no sorprende que las mujeres, relegadas hasta el momento en diarios y poesías, se orienten hacia la escritura de obras narrativas como la novela, con fuerte carga política y social, demostrando su capacidad de participar en los grandes cambios del período. Naturalmente, no todas tienen el ánimo de contrastar los usuales papeles de perfectas dueñas de casas, mujeres atentas y madres abnegadas; en pocas palabras, de subvertir los antiguos cánones patriarcales, porque los tiempos de un rescate a lo femenino todavía no están maduros.

Pero cuando emprenden la vía de la "desobediencia", cuando reaccionan a la misma pasividad, ellas entran en el concepto del ser histórico, adquiriendo conciencia del Yo y su futuro. De aquí la necesidad de contribuir a la realización de una sociedad libre de prejuicios, de ser parte de un momento histórico, facilitadas por el despertar político. Según una consolidada tradición, dicho período se coloca entre 1810 y 1824, o bien entre la creación de las primeras juntas de gobierno y la batalla de Ayacu-

cho, cuya victoria señala el triunfo militar sobre los ejércitos españoles[1]. Sin embargo, solo a partir de 1830, cuando con la muerte de Simón Bolívar se disuelve la Gran Colombia –creada en 1819 y ascendida a símbolo del proyecto de integración política de las naciones liberadas, además de interpretar el espíritu americanista en el que se funda el proceso de emancipación– y se inicia un largo y difícil período de formación de las naciones.

La libertad crea, de hecho, la nueva nación, pero propone la ardua tarea de revelar urgentemente su fisionomía, de trazar un inmediato itinerario de su política futura. La dirección del país corresponde al nuevo patriciado, entre lo urbano y lo rural, lo ilustrado y lo romántico, lo progresista y lo conservador, surgido por la unión de los jóvenes grupos de poder con la burguesía criolla, indecisa frente a la sociedad emergente. Los intereses, las ideologías en lucha y las alternativas de un proceso social muy confuso hacen seguir a la independencia un largo período de conflictos, que desembocan en cruentas guerras civiles que no contribuyen al desarrollo del país[2]. En efecto, se manifiestan grandes problemas como la gravedad de la situación económica y agraria; la constante injerencia de la Iglesia en la política; la diferencia entre clases sociales y, sobre todo, la condición de absoluta pobreza y discriminación de los marginados y la falta total de las estructuras sociales (hospitales, escuelas, etcétera).

Y precisamente en este momento se difunden obras literarias donde la temática nacional, junto a la de la naturaleza y la exaltación de cada elemento autóctono, ocupa un espacio central y significativo del plot. Intelectuales y escritores locales recurren a la especificidad autóctona, que an-

[1] Con la victoria de Bolívar en Ayacucho, logra la libertad toda la América del Sur. Por lo que se refiere a la América Central, los varios estados se declaran independientes en 1821 sumándose a México en 1823, bajo la forma de la República Federal Centroamericana, formada por los actuales Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. Solamente en 1838 se realizará la separación de la región en estados autónomos. En línea general, en 1826 se concluye la dominación española en Hispanoamérica, con las excepciones de Cuba y Puerto Rico que logran la independencia solo en 1898. Entretanto, se difunde la interferencia anglofrancesa y norteamericana en Latinoamérica (Costa Rica, Nicaragua, Honduras, Bolivia y Uruguay…). Se trata de un expansionismo que encuentra resistencias en el nacionalismo de las repúblicas del sur y en la proliferación de gobernadores sin escrúpulos.

[2] J. L. Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Madrid, Siglo XXI, 1976, pp. 173-175.

tiguas estructuras de dominio y explotación deforman, para derribar todo lo que queda de la pesada herencia colonial. No se trata únicamente de la búsqueda de autonomía, de la insurrección contra la cultura y la literatura española, sino de la necesidad de adquirir, por la estrecha relación hombre-mujer/ambiente, una expresión propia que caracterice a cada país.

Los escritores latinoamericanos tienen, pues, una homogénea voluntad realista, debida a la común intención mesiánica. En palabras de Carilla, se puede decir que: «El escritor se siente a menudo miembro de la comunidad, se siente solidario con sus semejantes y aun propone remedios para los males sociales. Por supuesto, dentro de claras soluciones liberales»[3]. La tarea de sensibilizar la opinión pública lo obliga a transformarse en histórico del futuro o de lo imposible, costruyendo la realidad a imagen de los sueños. Al notar el nacimiento del indianismo y el historicismo como reacción sentimental, Luis Alberto Sánchez afirma: «Somos unos realistas a contrapelo; nuestra característica ha sido el idealismo, la imprecisa aspiración hacia algo no poseído, lejano, quizás inaccesible»[4].

Los aspectos más significativos de la literatura de este período, prendida constantemente a la realidad inmediata son, por supuesto, aventuras e idealizaciones, color local, responsabilidad social y tendencia moralizadora. De aquí la evolución de las novelas hacia el estilo realista, superando las tendencias románticas y luchando para comprender su época como totalidad, que incluye también las contradicciones. No es suficiente representar un aspecto parcial, local, más o menos pintoresco de la vida social, como ocurre en las obras costumbristas: el tema central tiene que ser la Sociedad, descrita por la lengua y la ficción literaria. Por lo tanto la novela, fusión íntima de realidad y fantasía, constituye el mejor documento para el conocimiento de la problemática humana en su dimensión más profunda y compleja.

También para las escritoras, tal asunción de "responsabilidad" frente a los acontecimientos se objetiviza en la ficción novelesca precisamente porque esta última se revela como el único medio a disposición para hacer oír la misma voz, a pesar de que sea una voz de mujer y por esto fácilmente superable. En todo caso, es un principio que coincide con la si-

[3] E. Carilla, *El romanticismo en la América Hispánica*, Madrid, Gredos, 1967, p. 30.
[4] L. A. Sánchez, *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, Madrid, Gredos, 1976, p. 148.

tuación de las nuevas naciones que con esfuerzo buscan su identidad, o mejor dicho, la común pertenencia a Latinoamérica en oposición a España.

El binomio mujer-nación, por lo tanto, no es impropio, sino todo lo contrario: en él se evidencia un paralelo recorrido evolutivo, subrayado por las mismas protagonistas que en poco tiempo revelan su presencia en todo el territorio americano, tejiendo una serie de enlaces, de cambios de ideas y amistad, intensificados en cartas o en encuentros físicos. Parece casi que con el difuso americanismo –donde conviven múltiples formas estéticas y de pensamiento–, en los pueblos de América surge también un sentir común de mujer. Por ello resulta inevitable la creación de un estilo propio, a pesar de recurrir a cánones consolidados, sucesivamente modificados según las diferentes perspectivas de la fragmentación del yo, de una visión asimétrica de la historia y de una nueva propuesta simbólica.

Al actuar contra viento y marea, estas pioneras se enfrentan a situaciones conflictivas con la conciencia de indicar nuevas aperturas sociales, de sanear conflictos y errores históricos, entrando con prepotencia en el discurso de la construcción nacional. Por esa razón Francine Masiello[5] les reconoce a las mujeres una importante función de soporte en la fundación de las muchas naciones. Del mismo modo, Susanna Regazzoni al considerar el ideal femenino puesto en relación con el equivalente mujer/patria, afirma que todo ello es elemento necesario a la consolidación del proyecto político[6]. Una visión que se difunde gracias a novelas como *María, Amalia, Cecilia Valdés*, en abierto contraste con la creencia que quiere a la mujer en casa, bordando la bandera, mientras espera al marido, ocupado en "construir" la nación, y a pesar de la actividad de valerosas combatientes entre las filas de los ejércitos, listas para sacrificar su propia vida por la "patria".

De estas últimas heroínas, sin rostro y sin nombre, se sabe poco, a excepción de los casos proclamados como los de: Juana Azurduy, la "Te-

[5] F. Masiello, *Between Civilization & Barbarism. Women, Nation & Literary Culture in modern Argentina*, London, University Nebraska Press Lincoln &, 1992; *Entre civilización y barbarie. Mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1997, p. 11.

[6] S. Regazzoni, *Storie di fondazione. Storie di formazione. La donna e lo schiavo nella Cuba dell'Ottocento*, Roma, Bulzoni, 2005, p. 122.

niente coronela", que ha destacado en varias batallas por la independencia argentina[7], Manuela Sáenz, la "Coronilla", compañera de Simón Bolívar y Marietta Veintemilla, la "Generalita", que toma las armas en defensa del régimen de su tío José Ignacio Veintemilla (Ecuador 1882). Es preciso rescatarlas del olvido para colocarlas en la historia, en el papel de actoras de la misma llenando un grave vacío debido a interpretaciones androcéntricas y a esquemas patriarcales sedimentados en el curso de los siglos.

Sin embargo, más que las armas incidirá la palabra de escritoras como –para citar algunos ejemplos–: María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo o La Condesa de Merlin (La Habana 1789-París 1852), Josefa Acevedo (Colombia 1803-1861), Rosa Guerra (Buenos Aires 1809-1864/ 1834-1892), Gertrudis Gómez de Avellaneda (Camagüey 1814-Madrid 1873), Juana Manuela Gorriti (Salta 1816/1819-Buenos Aires 1892), Juana Paula Manso (Buenos Aires 1819-1875), Rosario Orrego de Uribe (Copiapó 1831-Valparaíso 1879), Soledad Acosta de Samper (Bogotá 1831/1833-1903), Eduarda Mansilla (Buenos Aires 1834-1892), Mercedes Cabello de Carbonera (Moquegua 1845-Lima 1909), Lindaura Anzoátegui Campero (Tojo 1846-Sucre 1898), Laureana Wright Kleinhands González (Taxco 1847-1896), Clorinda Matto de Turner (Cuzco 1852-Buenos Aires 1909), Laura Méndez de Cuenca (Amecameca 1853-México D.F. 1928), Adela Zamudio (Cochabamba 1854-1928), Lola Larrosa de Ansaldo (Uruguay 1859-Buenos Aires 1895)[8].

Su unánime protesta surge fuerte y clara al denunciar la violencia de la guerra, los abusos, las desigualdades sociales que sufren sobre todo los marginados –los indios, los desheredados y las mujeres–. El interés por los múltiples aspectos que caracterizan el sentimiento americano nace, por lo tanto, de la necesidad de conocer y estructurar la nueva sociedad, la misma que se encuentra en las obras de: Esteban Echevarría, Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento –para citar algunos ejemplos – aunque varía el punto de vista. Y desde luego no es poco en cuanto se llega a poner en tela de juicio la centralidad del sujeto artífice de la historia ofi-

[7] E. Sensidoni desarrolla el tema en su tesis de postgrado, *De la independencia argentina al protagonismo literario de mujeres en la escritura*, Udine 2011.

[8] Para más noticias cf.: S. Regazzoni (ed.), *Escritoras hispanoamericanas del siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 2011.

cial y de la literaria, pero al considerarse estereotipos sociales, individuales y de género, se proporcionan también propuestas "diferentes".

Un latigazo de novedades que mueve las aguas estancadas de una sociedad reacia a cambiar sus antiguas y consolidadas estructuras, aún tras el cataclismo de una revolución política de enorme importancia, pero que se prepara a oír voces fuera del coro, moduladas sobre los tonos de la indignación y la esperanza de sanear situaciones de injusticia social.

El compromiso político-literario de los escritores/as de la segunda mitad del s. XIX

Si el escritor del primer período de la emancipación tiene la tarea de reforzar factores ideológicos y de inventar nuevos símbolos para la creación de la unidad nacional, eludiendo el pasado colonial que no puede identificarse con el nuevo proyecto político, los escritores siguientes o bien los que escriben hacia la mitad del siglo XIX –es decir cuando las sociedades empiezan a estabilizarse bajo el control oligárquico, tienen el objetivo de formar a los nuevos ciudadanos. Precisamente por este motivo la literatura participa intensamente en la formulación de ideas y proyectos constitucionales, legislativos, didácticos y educativos en general. ¿Cómo olvidar la importancia de Andrés Bello cuya obra establece procesos de gran objetividad en el ámbito del saber en las ciencias humanas y del espíritu según las acepciones de la época? Sorprende aún más si consideramos que sus afirmaciones sobre la independencia de pensamiento y sus propuestas de categorías mentales diferentes de las europeas entrarán con asiduidad en los debates culturales latinoamericanos sólo a partir de 1970[9].

El escritor no se sustrae tampoco a esta tendencia cuando el proceso de estabilización se construye sobre la base de la hegemonía oligárquico-liberal y bajo la insignia de una economía de exportaciones: a partir de 1880[10] inicia, por lo tanto, una nueva época de modernización que abarca

[10] Cf. N. T. Osorio, "La letras hispanoamericanas en el siglo XIX", prólogo de J. C. Rovira, *Cuadernos de América sin nombre*, 1 (2000).

toda la sociedad. En la evidente situación de transformación creada por el desarrollo acelerado de pequeños núcleos urbanos en metrópolis industrializadas y densamente pobladas, no sorprende el surgir de una burguesía que trata de conquistar todos los puestos del poder –del político al económico–, así como es natural que también en el ámbito femenino nazca la necesidad de integrarse en el tejido social evidenciando los aspectos negativos para crear un equilibrio de nuevos impulsos.

Algunas escritoras, particularmente aguerridas y dispuestas a padecer el peso de su protesta siendo consideradas "varoniles e inmorales", se transforman en intérpretes de otras mujeres, incapaces de expresar adecuadamente las inquietudes que actúan intensamente en su inconsciente y que a menudo reflejan el malestar social. De esta manera Lucila Gamero de Medina dedica toda su vida a señalar vías alternativas para solucionar antiguos problemas, reivindicando ante todo el derecho a la libertad de pensamiento, la educación laica, la independencia económica, la igualdad entre sexos –y no es una casualidad si en *Aída* afronta con previsión el concepto de patria potestad ejercido por los dos miembros de la pareja[11]. Son todas condiciones indispensables para establecer la igualdad de derechos y deberes entre hombres y mujeres, pues la ausencia de dicha condición siempre le perjudicó, nada más empezar los estudios –no pudo cursar la facultad de medicina junto al hermano en Guatemala: por eso estudió en privado bajo las enseñanzas de su padre médico.

Por lo tanto, emblemática es su actividad por ser la primera real escritora de Honduras, promotora del feminismo en el país, «uno de los aplaudidos casos de intervención femenina en los campos de la literatura post romántica y muy en boga en el siglo XIX y también en el siglo XX»[12].

[11] Hará falta esperar otros cincuenta años para encontrar una propuesta parecida en el Código de Familia de Honduras, Cf. Pineda, *Lucila Gamero, una mujer incomprendida*, cit.

[12] D. González C., *Pasajes anecdóticos de la novelista Lucila Gamero de Medina*, http://www.latribuna.hn/2010/05/30/pasajes-anecdoticos-de-la-novelista-lucila-gamero-de-medina/

Vida y obra de Lucila Gamero de Medina

Fundamental resulta ser la relación vida-obra que constituye una llave de lectura imprescindible para la comprensión del pensamiento de la autora. La descripción de hechos histórico-sociales importantes, no siendo de por sí instrumento suficiente para garantizar la verdad del cuento, es sintomática de la particular condición con que ella enfrenta la composición de sus obras. Por consiguiente es útil recorrer, aunque de manera breve, los momentos salientes de su existencia que ha condicionado hasta los recursos estilísticos utilizados en la creación de una retórica que se introduce en el contexto narrativo local con una huella original.

Lucila Gamero de Medina nació en la ciudad de Danlí (Honduras), el 12 de junio de 1873, exactamente tres años antes de que se iniciara la Reforma Liberal de Marco Aurelio Soto, en una familia que sin ser rica –su base económica estaba ligada a las grandes haciendas, dedicadas principalmente al cultivo de maíz, café, tabaco y cría de ganado mayor–, pertenecía a la clase alta de El Paraíso, una localidad situada a unos 93 kilómetros de Tegucigalpa.

Tras una infancia feliz transcurrida entre estudios –su madre le enseñó a leer y a escribir–, lecturas de los clásicos de la literatura universal que formaban parte de la biblioteca de su padre, juegos, invenciones y escritura, consiguió el Diploma de Médica y Cirujana que le permitió ejercer la profesión con gran éxito habiendo estudiado bajo la dirección de su padre al no serle permitido ir al exterior como hicieron casi todos los varones de su familia. Reemplazó más tarde a su padre en la clínica y las intervenciones quirúrgicas; también despachaba recetas en la farmacia integrada al patrimonio familiar, convirtiéndose en la médica de los pobres.

Contrajo matrimonio con Gilberto Medina, de limitada formación cultural, que llegó a ser juez y consejero municipal de Danlí. Tuvo dos hijos: Aída Cora y Gilberto Gustavo. Fue miembro de varias asociaciones literarias de Centro América y de la Academia Hondureña de la Lengua y dirigió la hacienda de la familia. Falleció en Danlí el 23 de enero de 1964. Está sepultada en el panteón privado de la familia, pero su tumba no tiene lápida.

Ya a finales del siglo XIX publicó su primera obra, *Amelia Montiel* (1892), por capítulos en el semanal *El Pensamiento* –cuyo director era Te-

gucigalpa Froylán Turcios– que se caracterizaba por ser el primer medio literario en dar espacio a las mujeres. A pesar de su persistencia y capacidad, nunca se le reconoció su valor creativo, ni se hizo mención de sus novelas, ni de crítica literaria alguna: Gamero aparecía como una simple colaboradora. Esa actitud, sin duda, tenía que ver con su condición feminina.

Siguieron las novelas *Adriana y Margarita* (1893), *Páginas del corazón* (1897) que apareció en varios números de la *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales*. Alcanzó la fama con la novela *Blanca Olmedo,* escrita en 1903 y publicada en 1908 –con segunda edición en México a mediados de los Cincuenta, tercera en Tegucigalpa en 1990 y la del Centenario (2008, Tegucigalpa) bajo el sello Editorial Guaymuras– debido a que su contenido era considerado peligroso para la época. Otras publicaciones son: la colección de cuentos *Betina* (1941), las novelas *La secretaria* y *Amor exótico* (1954), los cuentos escritos entre 1894-1895 que forman parte de la colección *Cuentos completos* de Lucila Gamero de Medina (1997), reunidos por Carolina Alduvín[13].

[13] Cf. J. R. Martínez, *Una mujer ante el espejo*, Honduras, Editorial de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, 1994); *La dama de las letras románticas, Lucila Gamero de Medina*, en: http://www.elheraldo.hn/content/view/full/398759 [18/03/2011 15.58.51]; M. Pineda, *Lucila Gamero, una mujer incomprendida*, tomado de *El heraldo*: http://www.elheraldo.hn/nota2.php?aid=3350&rev=6&fecha=2006-10-12 y citado en laciudaddelascolinas.com/articulos.php?ar_id=…;
http://poesimistas.blogcindario.com/2008/05/00580-la-primera-novelista-de honduras.html[18/03/2011 16.07.15];
http://es.wikipedia.org/wiki/Lucila_Gamero_de_Medina
http://nacerenhonduras.blogspot.com/2009/04/biografia-de-lucila-gamero-de medina.html.

[13] Cf. B. González-Stephan, *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional*, Madrid, Iberoamericana -Vervuert, 2002.

II.

Blanca de Omedo: una historia de amor, amistad y muerte

El enredo de la novela, que se desarrolla al principio del siglo XX, dentro de la capital hondureña y durante cincuenta y tres capítulos, se basa principalmente en el amor entre Blanca y Gustavo, complicado por la intersección de historias paralelas entre las que se desprenden las morbosas pasiones del padre Sandino y de Elodio Verdolaga, el solapado y melifluo procurador Judicial. Dolor, sufrimiento, resignación, muerte moral y física; multiplicidad de los puntos de vista; comparación de las experiencias de riqueza y pobreza, de fe y ateísmo, de justicia y abusos; contraposición de sentimientos –amor y odio, amistad y traición– y de situaciones –ciudad *versus* naturaleza–, son todas temáticas que presentan una red de correlaciones y resonancias de los personajes, cuya trágica suerte se prenuncia en el epígrafe:

¡Oh, qué triste es en la tarde húmeda,
sombría y opaca, ver deshojarse una flor;
ver la agonía de los pétalos que el aire
arrastra, quién sabe adónde, al morir
el crepúsculo de un día helado y mortuorio!…[1].

[1] L. Gamero de Medina, *Blanca Olmedo,* Honduras, Guaymuras, 1990[8], s.p. Desde este momento las citas extraídas de la presente edición llevarán el número de la página entre paréntesis, dentro del texto.

La señorita Blanca de Olmedo

La primera en aparecer es precisamente Blanca de Olmedo, una joven veinteañera que llena la escena por su belleza y elegancia, pero que encierra una infinita tristeza, presagio de dolor y muerte. A través de un detallado retrato físico, la autora le provee al lector algunas claves de lectura sobre su procedencia burguesa y sobre la causa de los apuros pasados y futuros:

«Las calles de la ciudad, a causa de un aguacero que acababa de caer, estaban poco concurridas aquel viernes de la primera semana del mes de enero del año de 1900.

El cielo había quedado de un azul límpido, y el sol, que iba a ocultarse, doraba con sus postreros rayos la fachada de la espléndida casa de la señora Micaela Burgos, viuda de Moreno.

Se oyó el rodar de un carruaje al penetrar en el portón de la casa, y un cochero, correcto y tieso, aunque sin guantes ni corbata blanca, dijo en voz alta a una sirvienta, que pasaba a la sazón:

—Ya está aquí la señorita.

La sirvienta se dirigió hacia el carruaje del que bajó una joven cuya fisionomía no es fácil olvidar: alta, delgada, nerviosa, blanca, con una blancura mate que la agitación del viaje había coloreado; frente mediana, de artista; nariz correcta, boca bien delineada, de labios no muy delgados, contraídos, a veces, por una sonrisa que hubiera podido pasar por desdeñosa o de burla si, fijándose bien, no se adivinara que era de infinita tristeza; ojos negros, profundamente negros, soñadores, melancólicos, atrayentes, en el fondo de los cuales se veía el brillo de una inteligencia privilegiada; cabellos obscuros, sedosos, de un lustre de terciopelo y que, sueltos, debían caerle en onda acariciándole las bien modeladas espaldas. Todo en ella, desde su traje de tela fina, elegante y correcto, hasta sus zapatos negros, la hacía aparecer simpática, elegante, distinguida y de buen gusto. ¿Por qué esta joven, nacida y educada en la mejor clase social, se veía en la necesidad de ganarse la vida, sirviendo de institutriz? Por la infamia de un hombre.

La sirvienta saludó, admirada, a la recién venida y, acompañándola a las piezas que le habían destinado en la casa, fue a avisar a doña Micaela que la señorita Blanca Olmedo estaba ya instalada, según la señora lo había dispuesto.

—¿Conque ya está aquí la institutriz de mi sobrina? –preguntó, con semblante impasible.

—Sí, señora; ya está aquí.

—¿Con quién vino?

—Nadie la acompañaba.

—Es verdad, me han dicho que es huérfana y que vive sola; más vale que sea así.

—¡Si viera usted qué joven y qué linda es! –exclamó con entusiasmo la sirvienta.

—¿Joven y linda?

—Una beldad señora.

—No deja de ser un inconveniente; las muchachas bonitas suelen ser muy locas.

—Ella no lo parece, señora.

—En fin, si me sale mala, la cambio; ya sabes que, con dinero, todo se facilita.

—Cierto, señora.

—Ve que sirvan algo de comer a la señorita Olmedo, y, después, avisas a la doncella de Adela que me la presente.

—Está bien, señora.

Doña Micaela Burgos de Moreno era una mujer como de unos setenta años de edad: de regular estatura; gruesa, colorada; más blanca que trigueña, con ojos verdosos y claros, como los de los gatos; de boca grande y labios delgados, hundidos, signo seguro de egoísmo y de instintos depravados. En su juventud fue una de esas muchachas de clase media, a quien sus padres criaron muy mimada y que, sin tener los méritos y distinción de ciertas señoritas verdaderamente aristocráticas, tampoco tenía las virtudes de muchas de sus compañeras y de esas valerosas y honradas muchachas a quienes llamamos "hijas del pueblo". Quiso la buena suerte de doña Micaela que, al cumplir los treinta y seis años, y cuando ya se preparaba para vestir santos, a los cuales era muy aficionada, don Raimundo Moreno, un señor cubano, acabado de llegar al país, muy rico, le

ofreciera su mano y su fortuna, lo que ella tuvo a bien aceptar. Desde entonces cambió sus viejas amistades por otras nuevas, formadas en la aristocracia, y se dio a denigrar lo que ella llamaba con desprecio "la plebe". Pero el dinero de su marido, si pudo darle comodidades y relacionarla bien, no pudo quitarle su mal entendida vanidad y su vulgaridad de burguesa mal intencionada. Vivía muy satisfecha y ufana con su dinero, con su hijo y con una sobrina de su marido a quien decía amaba como a hija, y cuyo padre fue un valeroso general español, muerto cuando la niña sólo contaba cuatro años de edad, época desde la cual vivía a su lado, administrando, primero a su marido, y después ella, el cuantioso capital de la huérfana.

Entretanto, la señorita Olmedo, sola en la habitación en donde le habían servido de comer, se preguntaba en manos de qué gente la habría arrojado su pobreza. Bien veía que era humillante y despreciativo para ella que la señora de la casa no se hubiera dignado a recibirla ni darle la bienvenida; pero esperaba conocerla y tratarla para saber a qué atenerse: naturaleza formal, recta y pensadora, aguardaba conocer a fondo las personas y las cosas para juzgarlas.

En la casa le habían destinado dos habitaciones: una para dormitorio y otra para que recibiera a sus amigos, si los tenía y si alguna vez la visitaban, pues en la sala de la señora de Moreno sólo entraban los íntimos de ésta y aquéllos cuya posición social y pecuniaria les hacía acreedores a tal distinción.

La alcoba de la señorita Olmedo tenía los muebles necesarios y estaba adornada con sumo gusto. Un tapiz de fondo claro, con flores pálidas y vivos dorados, cubría las paredes; cortinas valiosas, blancas, con fondo de un color rosado, muy bajo, adornaban las puertas y una ventana que daba al pintoresco jardín. La cama era de hierro, pintada de blanco y con ramitos de azules campánulas, vistosos pensamientos y rosadas fucsias, por adorno; también estaba cubierta con la colcha de fina tela, cuya inmaculada blancura no era ni más blanca ni más inmaculada que la señora virgen que descansaría en él.

En cuanto a la otra habitación, si bien estaba adornada con lujo, era ésta demasiado antigua y vulgar; tapiz obscuro con flores muy grandes y cortinas de damasco de un azul muy subido; muebles de roble, pesados y fuertes, más propios para una oficina que para una salita de recibo.

Una muchacha muy joven y de fisonomía alegre y franca se presentó a la señorita Olmedo para decirle que doña Micaela la esperaba.

—Pues hazme el favor de conducirme a donde ella está.

—Muy bien, señorita.

Blanca, con una mirada rápida dirigida al gran espejo de su alcoba, se cercioró de que su traje y su peinado estaban en completo orden.

—Guíame, pues, chiquilla –dijo.

"¡Chiquilla!". La robusta muchacha sonrió al oír este calificativo afectuoso que nunca se lo habían dado en la casa.

—No es fácil que se pierda, señorita: iremos en línea recta, hasta la conclusión de este corredor; de allí daremos vuelta para seguir por el otro, y en la segunda pieza, a mano derecha, es donde está la señora.

—¿Es la habitación en la cual lee o cose?

—No; esa pieza está contigua a su alcoba, y allí permanece parte del día arreglando cuentas y dando órdenes a su servidumbre.

Blanca comprendió; ella iba a formar parte del servicio de la señora, y como a tal sería recibida.

—Hemos llegado, señorita.

Y Mercedes se apartó para que la institutriz saludara a la dueña de la casa.

Doña Micaela se hallaba sentada en una butaca; con un movimiento pausado se puso de pie cuando Blanca entró:

—Buenas tardes, señora –dijo la joven, saludando con amable sonrisa y de exquisita manera a la rechoncha matrona.

Doña Micaela no pudo ocultar su sopresa a la vista de la institutriz.

"¡Caramba!" –pensó–. "Es hermosa y parece una verdadera señorita. Por poco es igual a mí".

Y adelantándose hasta llegar a Blanca:

—Buenas tardes, señorita. Pase usted. Mercedes, ponle una silla y avisa a la señorita Adela que venga dentro de un momento para presentarle su nueva profesora.

La doncella obedeció.

Y doña Micaela, a Blanca:

—Omito presentaciones porque ya sabe usted quién soy yo, y yo quién es usted.

—Así es, señora –contestó la señorita Olmedo, pasmada de la lógica de la aristocrática y rica dama.

—¿Viene usted muy cansada?

—No, señora; más bien me ha aprovechado el ejercicio en el carruaje. Le agradezco que se haya tomado la molestia de mandar por mí.

Así acostumbro hacerlo con todas las institutrices destinadas a enseñar a mi sobrina. Por usted no mandé ayer porque estuve algo enferma; hoy ya estoy buena y ya está usted en su nueva morada.

—Gracias a su bondad, señora.

—Diga más bien a la buena recomendación que de usted me dio mi amiga doña Carlota Gámez de Fernández.

—Doña Carlota me favorece con su afecto y yo le estoy muy reconocida por los favores que me ha hecho.

—Y tiene razón para estarlo –exclamó la señora de Moreno–, pues, sin ella, no estaría aquí, donde nada le hará falta.

La joven no pudo ocultar la sonrisa que doña Micaela no percibió, porque en ese instante le preguntaba:

—¿Qué le parece a usted mi casa?

—Lo que de ella conozco, magnífica, señora.

—¿Y las habitaciones destinadas a usted?

—Demasiado buenas para mí.

—La alcoba se arregló según el gusto de mi sobrina; la que le servirá de sala –y recalcó esta última palabra–, según el gusto mío. Un tanto severo mi gusto, ¿no es así?

—Formal, digno de usted, señora. Le doy las gracias por sus muchas bondades para conmigo.

—Es que quiero que usted lo pase bien en mi casa.

—Gracias. Señora.

—A otra cosa. ¿Le habló Carlota de lo que usted ganaría anualmente por instruir a mi sobrina?

Blanca se puso colorada al oír, por primera vez, una pregunta de tal naturaleza.

—No, señora.

—¿En cuánto valora usted su trabajo? –le preguntó con el mismo tono que, años atrás, empleaba su marido para hacer idénticas preguntas a los operarios de su finca.

—Yo no valoro en nada, señora –contestó Blanca, sin dar a conocer el disgusto que sentía.

—¿Entonces?…

—Deme lo que guste, que no haré objeción de ninguna clase.

—Bueno. La mesa, la ropa arreglada y ciento cincuenta pesos mensuales. ¿Le parece?

—Es mucho, señora, mucho.

—No, y si cumple con su deber, le daré, en las mismas condiciones, doscientos pesos mensuales. Esto no lo hago por usted, sino por mi sobrina a quien adoro. ¡Figúrese, la hija de un valiente general español, cuñado y mi marido, y muerto honrosamente por defender su patria!… La niña es una alhaja; sólo que hay que mimarla mucho porque vive muy enferma. Conque ya lo sabe usted: no hay que fatigarla mucho con las lecciones.

—Descuide, señora.

Como si adivinara que en aquel momento trataban de ella, la niña apareció en la puerta.

—Aquí estoy, tía… Buenas tardes, señorita –añadió, saludando a la desconocida.

—Buenas tardes, señorita Adela –contestó Blanca, abrazando a la niña y sentándose de nuevo a instancias de ésta.

Doña Micaela dijo, dirigiéndose a su sobrina, que permanecía muda, contemplando a la joven:

—Aquí tienes a tu nueva institutriz de la que ya te he hablado.

—Si, tía; la voy a querer mucho.

—Y yo quiero y estimo a usted desde este momento –contestó Blanca.

La señorita Adela Murillo tendría unos quince años de edad; era de mediana estatura y de constitución endeble; blanca, pálida, con ojos muy azules, muy tristes, y cabellos tan rubios como las espigas del maíz; su dulce fisionomía respiraba tristeza, suavidad, sin darse a conocer en ella el carácter vanidoso de su tía. ¡Pobre flor necesitada de aire, calor y sol, condenada por el orgullo de su tía a vegetar en frío invernadero! Aquella almita no había tenido expansiones, no sabía lo que eran ternezas, y se había refugiado en sí misma. Al ver a Blanca, su corazoncito palpitó de cariño por ella, y se habría arrojado en sus brazos si su tía no hubiera

estado presente para impedírselo. Por eso, cuando doña Micaela, después de un rato de silencio, le preguntó:

—Qué te parece tu profesora?

—Siento que la voy a querer mucho –contestó, como si en estas palabras estuviesen condensados la admiración, afecto y simpatía que ya experimentaba por su joven profesora.

—Bueno. Espero que la trates como una señorita de tu clase debe tratar a su institutriz.

—Ya sé, tía –dijo Adela bajado la cabeza como para impedir el rumbo que llevaba la conversación; pero doña Micaela no era mujer que se detenía cuando quería decir algo, y continuó:

—Obediencia, respeto; pero nada de familiaridad. Las efusiones me disgustan –añadió para atenuar la frase "familiaridad", con que había herido el amor propio de la institutriz, la cual, con tranquila calma expuso:

—Descuide usted, señora, que yo daré a cada uno el puesto que le corresponde, y me conservaré en el mío.

—Bien dicho, señorita Olmedo. Usted comprende las diferencias sociales y ve que hay que respetarlas.

—Y las respeto, señora. El nacimiento de las personas se denuncia por sí mismo y yo lo acato. De esas cosas nadie tiene la culpa –añadió Blanca, recalcando aún más la burlona sonrisa de sus labios, sonrisa que doña Micaela no comprendía.

Nadie tiene la culpa –apoyó la matrona.

—Lo mejor es dar a Dios lo que es de Dios…

—Y al César lo que es del César. ¡Que me gustan las ideas de usted! Nos entenderemos bien.

—Así lo espero, señora.

—Hoy es viernes. El lunes empezará a dar lecciones a Adela: creo que le saldrá muy dócil la discípula. Le acabará de enseñar francés, inglés, música, canto, dibujo, labores y religión y todas las materias que ella tiene a medio aprender, y cuyos nombres no recuerdo.

—Bien, señora.

—En cuanto a las horas de estudio, usted las distribuirá cómo le parezca mejor; y por la tarde, cuando el tiempo sea bueno llevará a mi sobrina al jardín, o la acompañará en carruaje o a pie al sitio al que ella

quiera ir. Hace poco me dijo mi médico de cabecera, el doctor Marcelo Gámez, que esta niña necesita aire libre e inocentes distracciones.

—Yo la acompañaré con gusto, a donde ella desee ir, puesto que usted, de antemano, lo aprueba.

—Muy bien; creo que dentro de poco merecerá usted toda mi confianza.

—A eso aspiro, señora.

—Vamos, Adela: acompaña a la señorita Olmedo a su cuarto porque ya es tarde y debe querer descansar.

Blanca se levantó:

—Buenas noches, señora –dijo, inclinándose.

—Buenas noches, señorita –contestó doña Micaela sin levantarse de su asiento.

—Hasta mañana, tía –exclamó Adela besando en la frente a la que le servía de madre.

—Hasta mañana, hijita. No olvides que está fría la noche y que es bueno que te recojas temprano.

—No lo olvidaré.

Y acercándose a su institutriz la compañó hasta su habitación, exclamando alegremente:

—Ahora no nos ve mi tía.

—Cierto, no nos ve. ¿Y si nos viera?

—No podría decir a usted que la amo con todo mi corazón; que es usted muy bella, y, menos aún, podría abrazarla.

Y Adela se arrojó en los brazos de la institutriz abrazándola con afecto.

Blanca besó en la frente a la niña:

—Eso es faltar a los deberes sociales, hija mía.

—¿Los deberes sociales? ¿Acaso piensa que, porque soy niña, no veo que es usted una joven bien educada y que vale más que mi tía y que yo?

—No digas eso.

—A usted lo que le hace falta es el dinero que a nosotros nos sobra. Por lo demás, no he visto a nadie que me guste tanto como usted. Pero que no sepa nada de esto mi tía…, ya la conoce usted.

—No tengas cuidado. ¿Sabes lo que yo deseo, Adela?

—No, señorita.

—Tener un corazón tan bueno como el tuyo y que me quieras como a una buena profesora.

—Como a mi mejor amiga; como a una hermana –exclamó la niña–, pero sin que vea las demostraciones de nuestro afecto mi tía.

—No las verá; sé a qué atenerme respecto a ella; la he comprendido bien. Hasta mañana, mi querida discípula.

—Hasta mañana, mi querida profesora.

Y después de otro abrazo, se separaron.

"Esa niña es un ángel… ¡Pobrecita!" –pensó Blanca–. "La señora, su tía, es una mujer vanidosa, soberbia, vulgar, grosera, y, por fortuna, de pocos alcances. ¡Qué bien representa la aristocracia del dinero! No se nota en ella nada que haga sospechar nacimiento culto, origen elevado… Dinero, eso es lo único que tiene, lo que la hace valer a los ojos de sus iguales y lo que agranda sus vicios y aumenta sus malas pasiones. A la niña, yo la salvaré de ese pernicioso ejemplo; es dócil y buena y no aprueba el exaltado orgullo de su tía"».

Cap. I (pp.1-8)

Ella pronto cae en la trampa tendida por el juez Verdolaga que se vale de otro enamorado rechazado como el padre Sandino –«que la ama con amor de bestia, desesperado e incontenible» (p. 259)– para echar barro sobre su comportamiento y manchar su honor, con la ilusión de poderla amar. Serán precisamente las insidiosas calumnias de estos dos infames "amantes" el pretexto para empujar a doña Micaela, tía de su alumna Blanca y madre de Gustavo, a rechazarla de la casa como persona "no grata" e impedir el matrimonio entre la institutriz y su amado hijo.

«—¿Y qué hace tu institutriz, desde que se fue Gustavo? —preguntó una mañana, doña Micaela, a su sobrina.

—Lo que ha hecho siempre, tía.

—¿Te da clases?

—Lo mismo que antes.

—Ahora sale poco.

—No sale a ninguna parte.

—Está representando bien su papel de viuda.

—¡Tía! —exclamó Adela, con tono de reconvención.

Pero la señora no le hizo caso:

—Dicen que está muy delgada.

—Muy delgada y muy triste.

—Yo no la he visto sino muy de paso.

Y, en efecto, la señora de Moreno, para evitar sospechas a la novia de su hijo, la había visto, pero sin fijarse en ella, tratándola con mucha seriedad, con una seriedad que había molestado a la joven.

—Blanca se queja de no ver a usted con la frecuencia de antes.

—¿Quiere verme?

—Es natural eso, tía.

—Pues hoy me verá a su gusto. Supongo que no habrá hombres con ella.

—Desde que se fue Gustavo no ha venido a verla más hombre que el doctor Gámez.

—¿Y Joaquín?

—No ha venido. Quienes han pretendido verla, pero no han logrado su objeto, son Verdolaga y el padre Sandino.

—No es aficionada tu profesora a recibir gente formal, menos a un Ministro del Señor, porque la ofenderán los buenos consejos que él pueda darle.

—La presencia de esos hombres ha ofendido y ofenderá siempre a Blanca; ella sabe bien que son sus enemigos y que procuran hacerle daño.

—¿Se atreve a calumniarlos?

—Tía, Blanca no calumnia a nadie, y siento que usted esté tan engañada respecto de ella y de esos hombres que se dicen amigos de usted y no lo son.

—¿Te atreves a contradecirme? Yo no estoy engañada. Sé quiénes son mis amigos y quién es tu profesora. Afortunadamente, tengo prudencia, porque si no…

Y se detuvo, comprendiendo que había ido más allá de la prudencia que invocaba, y que la niña podía alarmarse; así, continuó con más calma:

—Pero la serenidad y reflexión de mucho sirven, Adela, y me han hecho ver claro en cosas muy oscuras. Eso te encargo a ti, calma y reflexión.

—¿Para qué, tía?

—Para todos los actos de tu vida. Es necesario saber vivir para vivir bien y cumplir, como Dios manda, con los preceptos religiosos y los deberes sociales. Y a propósito, ¿cuánto hace que no vas a misa?

—Anteayer fui.

—¿Y qué no visitas a tus amigas?

—Desde que se fue mi primo.

—Ya hace un mes.

—Eso es lo que hace.

—Muy mal te has portado.

—¿Mal?

—-Sí; muy mal. Debes ir a pasar el día de hoy con Amalia.

—Está el día muy feo; quiere llover.

—Irás en carruaje. Que te vaya a dejar Mercedes. Háblale y te vas ya, con ella.

—Pero tía…

—No hay pero que valga.

—Salir a paseo sin saber de Gustavo.

—Está bueno. Ayer me mandó decir eso el Ministro de la Guerra. Vete sin cuidado a ver a Amalia y le das saludos míos. No le quedó más recurso a Adela que obedecer a su tía, y cuando ésta se vio sola, rióse malignamente, exclamando:

—Hoy arreglaremos cuentas, señorita Olmedo. Ya se sabrá si eres tú o soy yo quien manda aquí. Por más que chilles, mi hijo no oirá tus gritos. ¿Conque querías verme? ¡Pues ya me verás!…

Y sin anunciarse, se dirigió a la pieza de la institutriz.

La joven estaba escribiendo, con el retrato de Gustavo enfrente de ella, cuando vio entrar a doña Micaela. Púsose de pie, saludándola con cariño y respeto.

Tan linda estaba Blanca entonces, que doña Micaela no pudo menos de sentir viva admiración, y pensar que una joven, mientras más hermosa, más peligrosa es, y que era natural que su hijo estuviera loco, loco de amor por ella.

—Pase, señora.

—Gracias.

—Hágame el favor de sentarse.

—Estoy bien así; vengo de paso.

—Por de paso que venga, es mejor que se siente.

Y alargó una silla a la madre de su amado.

Ésta tuvo que sentarse.

—Anoche estuve a verla, y me dijeron que estaba con visitas —dijo Blanca, tomando asiento cerca de doña Micaela.

—Estuvieron el señor cura, Verdolaga y Maldonado.

—Por eso no entré yo.

—¿No quería verlos?

—Únicamente deseaba ver a usted, señora.

—Eso me trae a su presencia.

—¡Tanta molestia! Si yo hubiera sabido…

—¿Qué?

—Que usted deseaba verme, habría ido a su cuarto.

—Pero no ya, sino hasta que acabara de escribir… ¿A mi hijo escribe?

—A él, señora —contestó Blanca, ruborizándose—. Ya hace más de un mes que se fue, y sólo por telegramas he sabido de él. Y a usted, ¿no le ha escrito?

—He sabido que está bueno —articuló la señora de Moreno con tono seco y evitando dar una respuesta explicativa.

—Gracias a Dios. ¡Cuánto he sufrido en estos últimos días, sin saber de él!

—Y yo más que nadie; porque no hay cosa peor para una madre que ver a su hijo perdido, perdido para siempre.

—¿Perdido? —interrogó la joven, sin ocultar su angustia y su asombro.

—Sí; perdido, de todos modos. Si muere, lo pierdo; si vive, perdido es para mí.

—¿Por qué, señora? —preguntó Blanca, sin atreverse a apreciar bien las palabras de doña Micaela.

—¿Por qué? ¿Y usted me lo pregunta? ¿Usted? —rugió doña Micaela, sin dominar su cólera.

La señorita Olmedo púsose de pie, blanca, pálida, temblorosa:

—Explíquese, señora —exclamó.

—Sí; me voy a explicar; voy a quitarte la máscara; voy a decirte quién eres.

—¡Señora! —exclamó Blanca, aterrada.

—No te asombres, no hay de qué. Las mujeres como tú no deben asombrarse de nada… ¿Conque pretendías engañarme? Pues no lo has logrado. Sé que has buscado a mi hijo, que lo has prostituido, desvergonzada.

—¡Eso no es verdad! —dijo Blanca, con las manos apuñadas— ¡Qué lo diga él…!

—Déjame acabar, mala mujer. ¡Has tentado al señor cura, has sido la querida de Verdolaga y has prostituido a mi hijo, aquí, en mi propia casa!…

—¡Mentira! —gritó la señorita Olmedo, desesperada—. ¡Mentira! La han engañado, señora.

—No es mentira —continuó ésta—. ¡Ah, infame, hipócrita, tú debes ser veterana en el oficio de las mujeres perdidas…!

Al oírse injuriar así, Blanca no pudo contenerse, y frenética, lívida de indignación, intimidó a doña Micaela:

—Pídame perdón —le dijo—, pídame perdón de las injurias y calumnias que ha proferido contra mí, que la perdonaré por su hijo. ¡Si cree en Dios, pídame perdón, y no vuelva a calumniarme!

—¡No te calumnio! —vociferó la mística, exaltada—. ¡No te calumnio! ¡Maldita la hora en que te dejé entrar en mi casa!…

Y los insultos más groseros, las palabras más soeces, brotaron de los labios de la religiosa, mientras Blanca, con una calma terrible, que hubiera aterrado a otra que no fuera doña Micaela, se le acercó y le dijo:

—He oído lo bastante señora, para desear oír más. Que Dios nos juzgue después… Pero no olvide que es usted responsable de lo que ha hecho hoy… Usted me ha calumniado; yo soy inocente. Usted es el verdugo; yo soy la víctima.

—¿Amenazas a mí? —voceó la amiga del juez.

—No amenazo; digo la verdad.

—Pues anda, díselo a quien quieras, menos a mí —tartamudeó la vieja, cuya voz chillona, al pasar por su dentadura postiza, producía el silbido metálico peculiar de las víboras.

—Usted es quien debe oírme porque es quien me ha ofendido.

—Suprime sermones y déjate de lloriqueos que no estoy dispuesta a sufrir por más tiempo. ¿Oyes? Aunque no tengas vergüenza y aunque no quieras hacerlo, hoy mismo saldrás de esta casa a la cual has deshonrado.

Y alzando y extendiendo un brazo con ademán trágico, su boca hedionda vomitó el siguiente apóstrofe:

—¡Tentadora de los ministros del Señor, verdugo de las mujeres casadas, destructora de la paz de los hogares, maldita seas, maldita seas!

Y la buena religiosa, una de las principales columnas de la iglesia Católica-Apostólica-Romana, volvió las espaldas a la señorita Olmedo, y fue a pedir a la Virgen que castigara, como era debido, a quien tanto mal le había hecho.

—¡Jesús! —exclamó la señorita Olmedo, anonadada, dejándose caer en un sillón, casi sin darse cuenta de lo que había pasado.

Cuando el aire frío que penetraba por la ventana la volvió en sí, notó que le dolía la cabeza; que sus mejillas las tenía ardientes, palpitándola, en las sienes, las arterias carótidas, y se dio cuenta de su triste situación. Entonces lloró mucho, una, dos horas seguidas, hasta que Mercedes fue a ver por qué no había bajado al comedor, a pesar de haberla llamado varias veces.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la muchacha, viendo el estado de la institutriz.

—Que tu señora me ha injuriado y me ha despedido, como si de lo primero no se desprendiera lo último.

—¿Es posible eso? —preguntó Mercedes, estupefacta.

—Ya lo ves… ¿Quieres hacerme un favor?

—Todos los que quiera, señorita.

—Gracias. Ve a casa de Amalia y dile que me haga el favor de prestarme su carruaje y mandármelo inmediatamente.

—Pero ya es la una de la tarde. ¿No almuerza?

—No quiero comer. Hazme el servicio que te pido y vuelves luego para que me ayudes aquí…

—¡Ay, qué cosas, señorita, qué cosas! —exclamó Mercedes, dirigiéndose en el acto a casa de Amalia.

Blanca quedó repasando en su imaginación las horas pasadas de su felicidad ya ida: ya no podría ser la esposa de Gustavo, y después de lo que

doña Micaela le había dicho; tenía que decir adiós a su soñada dicha, a su amor tanto tiempo acariciado.

¡Qué horrible era para la pobre joven pensar en esto!

Con tristeza y cariño veía los objetos que la habían acompañado, formando parte de su vida íntima, y a quienes ya no volvería a ver. En aquella casa, en donde aprendió a amar, ya no volvería a poner los pies… El estanque, el jardín, los canarios, *Fiel*, su querido *Fiel*, todo eso debería estar apartado para siempre de sus ojos.

Y la pobre infeliz lloraba:

"…y lloraba.
Con tan triste y profundo desconsuelo,
Que en tan lúgubre tarde parecía
Que al mirarla llorar, lloraba el cielo,
Y que por ella se enlutaba el día.
Y mojaba la brisa su semblante,
Su semblante tan pálido y tan bello,
Y el viento de la tarde, sollozante,
Agitaba en desorden su cabello".

Sin hacer caso de la lluvia, se había acercado a la ventana, cuyas vidrieras estaban abiertas, para que el aire frío refrescase sus mejillas, encendidas por la fiebre; y la vista de la Naturaleza, llena de encantos, arpegios y perfumes, secó sus lagrimas y dio fuerza a su decaído espíritu.

En el fondo de su pecho había un gran dolor.

Su alma blanca se obscureció con las sombras de una tristeza imborrable, eterna.

Los pájaros cantaban sus amores;
Ella lloraba los suyos.
Para unos había luz…
Para ella, sombras…
Para los dichosos, la Vida…
Para los desgraciados, la Muerte…
Para los malos, el Pináculo…
Para los buenos, el Calvario…»

Cap. XXXVII (pp. 245-250)

Solo el novio Gustavo y los amigos sinceros, como el doctor Gámez y Amalia Leiva, defienden a la joven con motivaciones seguras y afecto profundo.

«Doña Micaela acababa de regresar de oír misa, de gustar el pan eucarístico, pan bendito; de entonar, con el cura, un salmo de amor evangélico; de velar por la salud del alma de una oveja descarriada; de lamentar lo pecaminoso de la carne, y de intentar poner remedio a los males que amenazaban destruir la tranquilidad de su honrada y piadosa casa.

—No hay mártir que no tenga su calvario, y el de usted empieza ya— le había dicho el compasivo cura viéndola tan preocupada, flaca, amarillo el color como si fuese presa de ictericia, débil el brillo de sus malignos ojos, insomnes, a fuerza de pensar, en medio de rutinarias oraciones, en una venganza horrible y cierta.

—¿Dónde está Gustavo?—preguntó a Adela, sin contestar el saludo que la niña le dirigía.

—En su cuarto debe estar; hoy no lo he visto.

—¿Por qué no lo has visto?

—No he ido a su escritorio.

—Y la señorita Olmedo, ¿qué hace?

—Ahora está con Amalia, la hermana de Joaquín.

—¿Con la hermana de Joaquín? ¡Pobre Amalia! De buena amiga se ha hecho. ¿Así es que hoy no tendrás clases?

—Sí las tendré: Blanca y Amalia me las darán. Después iremos al jardín, nadaremos en el estanque y pasaremos un día muy alegre. ¡Si viera usted cómo nos amamos Blanca, Amalia, yo…!

Y la niña, juguetona, sonriente, trataba de que su tía comprendiera las efusiones de su cariño y se sintiera dichosa y buena en aquel día floreciente, perfumado y tibio; pero doña Micaela no estaba dispuesta a sentir alegrías ajenas ni a tolerar elogios hechos a personas que odiaba, y se limitó a decir a su sobrina, con voz estemplada y agria:

—Más vale que tengas juicio; te veo muy loca y expansiva, lo que no sienta bien a una niña de tu edad y de tu clase.

—Adela suspiró, contrariada e indiferente:

—¿Me necesita usted, tía? —preguntó, disponiéndose a marcharse.

—Quiero que hagas saber a Gustavo que lo espero en la sala dentro de media hora.

—Lo haré, tía.

Doña Micaela, después de desayunar, se dirigió a su helado salón; así es que cuando su hijo acudió a su llamada, ya estaba ella allí, tendida en un sofá, pensando en la conversación que iba a tener con él y en el mejor medio de quitarle de la cabeza sus locos proyectos, conforme a las instrucciones recibidas del cura.

—Adela me dijo que deseabas hablarme a solas y aquí me tienes— exclamó el joven, sentándose al lado de su madre, después de haberla abrazado.

—Sí, hijo mío.

Y lo contempló con amoroso orgullo, pensando que de ninguna manera dejaría que una interesada impostura le arrebatara su amor.

—¿Y qué tienes que decirme, madre mía?

—Muchas cosas que quizás no vayan a caerte bien.

—Y por qué han de caerme mal? Una madre no desea sino felicidad para sus hijos y es dichosa cuando ellos lo son.

—Es cierto eso: yo siempre he deseado tu felicidad, y en prueba de ello he querido que encuentres una compañera digna de ti. Varias veces te he dicho que la señorita Laura Aguilar me gusta para esposa tuya; pero tú nunca me has respondido si estás dispuesto a casarte con ella. ¿Le encuentras algún defecto?

—Ninguno, que yo sepa.

—¿Estás seguro de que es honrada, juiciosa y buena?

—Tal lo parece.

—-¿Es de tu agrado?

—¿Por qué ha de desagradarme?

—Entonces— exclamó con alegría doña Micaela—, no vacilarás en hacerla tu esposa.

—Eso es distinto.

—¿Cómo distinto? ¿No reconoces sus cualidades?

—Una cosa es que las tenga…

—¿Y qué más puedes desear en la que ha de ser tu esposa? —Le interrumpió, impaciente, la rezadora, estrujando su escapulario.

—Madre —dijo el joven, —tú quieres tratarme como si yo fuera un maníquí, y disponer de mi mano sin consultar mi corazón, que en estos asuntos es el único árbitro.

—Es que pienso que tu corazón está inclinado a Laura.

—No sé de dónde has sacado esa deducción, porque nunca he pensado en hacerla mi esposa.

—¿Nunca? ¿Y por qué?

—Sencillamente porque no la amo.

—¿Y no crees probable amarla?

—Nunca me he detenido a pensar en imposibles.

—¿Y a Amalia, la hermana de Leiva?

—A esa la quiero mucho, pues es mi mejor amiga; pero para esposa, no.

—Entonces, ¿qué señorita distinguida encontraré que pueda gustarte?

—Yo no me he atrevido a darte ese encargo, potestativo mío.

—Pero yo quiero que te cases.

—Me casaré. Ya tengo hecha mi elección.

—¿Cuál es?

—La señorita Blanca Olmedo.

—¡Blanca Olmedo! —repitió la señora, pálida de coraje—. ¿Conque es cierto lo que me han dicho?

—¿Qué te han dicho?

—Que la amas.

—Pues es cierto; la amo, la adoro con toda mi alma y la haré mi esposa.

—¡Jamás mientras yo viva! —gritó doña Micaela poniéndose de pie y volviéndosele, por la cólera, amoratado el semblante y temblorosa la voz—. ¡Jamás! ¿Esa intrusa tu esposa? ¡Jamás…!

—¡Madre! —exclamó el joven, conteniéndose—, ¡no la injuries!

—Si no la injuruo ni la injuriaré: voy simplemente a decirte lo que ella es, lo que de ella sé.

—Prefiero no oírte.

—Pues me oirás. Esa intrusa es una hereje, descreida, que lleva su desvergüenza hasta tentar a los ministros del señor.

—¡Cállate! — exclamó Gustavo, lívido, furibundo y con los puños crispados—. ¡Cállate o no respondo de mí!

—Haz lo que quieras; pero no dejaré de decirte que esa mujer te ha engañado; que te ha tendido un lazo; que no es ni casta ni pura.

—¡Madre! —volvió a clamar Moreno con el semblante descompuesto—. No tolero, ni a ti ni a nadie, que injurien a la que ha de ser mi esposa. Haz de cuenta que ya lleva mi nombre.

—¿Tú nombre, esa meretriz?

—¡Ah! —rugió Gustavo, pálido, amenazador—. Repite lo que has dicho, y me mato. Que mi sangre lave las injurias con que has calumniado a una inocente, a una mártir de los canallas que la denigran, a una señorita digna, por muchos títulos, de nuestros respetos y consideraciones, a una joven que, ¿quieres oírlo? ¡qué vale mil veces más que todas!

—¿Estás loco? —exclamó doña Micaela, tapándose la cara con las manos y sollozando con fuerza, sin creer en lo que oía—. ¿Hasta que grado de desmoralización has llegado, que faltas al respeto a tu madre? ¡Qué desgraciada soy…! ¡Verme injuriada por una, por una…!

Y la frase oprobiosa, injuriante, no salió de sus labios, temerosa de la exaltación de su hijo.

—¡Ah! —continuó—. ¿Por qué di albergue en mi casa a esa mujer intrigante que ha establecido el cisma entre la madre y el hijo?

—Ella no ha sido; te juro que ella no ha sido. Tú eres la que procuras abrir un abismo entre los dos.

—¿Me culpas a mí?

—Blanca es inocente. ¿Sabes cuánto me ha costado hacerme amar por ella?

—El tiempo que ha creído oportuno para fascinarte, para ponerte ciego hasta hacer que llegues a injuriar a tu madre, porque, para mí, es una injuria que me faltes el respeto que me debes.

—Ella no es culpable de lo que te he dicho.

—¿Y quién te ha inspirado esas ideas absurdas y rebeldes? ¿Quién te ha quitado todo sentimiento elevado y digno? ¿Quién te ha rebajado del nivel social hasta el grado de hacerte ofrecerle tu mano? Ella. Pero aquí estoy yo para impedirte hacer locuras; soy tu madre y te mando. Y esa mujer, ¡hoy mismo saldrá de mi casa!…

—Saldrá, madre; pero del brazo del que ha de ser su marido.

—¡Esa mujer es indigna de ti!

—Es mejor que yo, y la amo; la seguiré a todas partes y a pesar de todo, seré suyo como ella será mía.

La señora de Moreno dijo, queriendo hacer la última prueba:

—¿Tendrás valor de dejarme por ella?

—Todo, todo lo sacrifico por Blanca —contestó Gustavo con firmeza.

—¡Qué escándalo! —sollozó doña Micaela—. ¡Verme despreciada por una advenediza ambiciosa, hija de alguna mujer prostituida!

—¡Basta! —ordenó Gustavo—. Si quieres, entre tú y yo no habrá nada en común; pero no vuelvas a insultar ni a Blanca ni a su familia. Hoy mismo saldremos de tu casa, y para siempre.

—¡No, no te irás! —exclamó la señora de Moreno, pálida de angustia y espanto, comprendiendo lo firme de la resolución de su hijo.

—Sí, me iré.

—¡No, no te irás! —repuso, cogiendo las manos de Gustavo y llorando con fuerza.

—En ese instante entró en la sala el doctor Gámez.

—¿Qué es? ¿Qué ha sucedido? —preguntó, viendo aquella escena.

—Doña Mícaela lloraba más y más.

—Poca cosa —contestó el joven.

—Perdonen que, como siempre, haya entrado sin anunciarme; pero, si soy molesto, me retiro.

—No, doctor, siéntese. Lejos de ser importuno, nos servirá de mucho —dijo Moreno.

—¿Y qué les ha ocurrido a ustedes?

—Que mi madre se disgusta y preocupa porque amo a la señorita Blanca Olmedo y asegura que tiene muchos defectos.

—¿Defectos, Blanca? ¿Quién es capaz de pretender tal cosa?

—¿La conoce usted, doctor? —preguntó doña Micaela, desvaneciéndosele la esperanza de que don Marcelo tuviera mal concepto de ella, pero deseando capitular.

—¿Que si la conozco? Perfectamente bien; desde siempre; desde que nació. Amigo íntimo de la casa, varias veces la senté en mis rodillas. He aprendido a amarla como a una hija, y sus desgracias me han conmovido hondamente. Si no fuera porque ella no ha aceptado, pues no le gusta recibir favores que calcula no poder devolver, en mi casa estaría, consi-

derada y querida, como en vida de su padre; pero ha preferido, como las almas buenas y fuertes, luchar sola con el destino… ¡Triste lucha la de una joven admirablemente bella, instruida, inteligente, deseable y honrada…! Porque es honrada, tan honrada como usted no se lo imagina, señora.

—A mí me han dicho lo contrario— expuso la señora de Moreno, visiblemente contrariada porque Gámez no secundaba la mala opinión que ella tenía de la joven.

—¿Puede usted decirme quiénes tan mal la informan de la señorita Olmedo?

—Personas que la conocen bien.

—Pero no como yo, señora; aunque podrán, tal vez, conocerla lo bastante para poder calumniarla; porque lo malo que de ella se diga no puede ser sino calumnia. ¡Cuántos malvados calumnian a una joven sólo porque no pueden obtener sus favores! ¡Cuántos tienen gusto en verlas desgraciadas! Soy viejo, señora; conozco el mundo; tengo una profesión que me permite entrar en muchas partes, y al mismo tiempo que descubro enfermedades crueles, encuentro llagas morales más espantosas, más irremediables que el más rebelde mal. Dichoso el que pueda vivir tranquilo, lejos de las luchas mundanales, ni envidioso ni envidiado, y que, junto a un corazón sano, tenga una alma pura. Hay personas privilegiadas, que entre el lodo de los pantanos sociales, permanecen limpias; almas buenas, que perdonan lo malo y tienen gusto en reconocer el mérito de los demás; que sus blancas alas no alcanzan a salpicar el lodo de las charcas, la baba de los reptiles; a esas personas, a esas almas, pertenece la señorita Olmedo. Hace algún tiempo que sé que Gustavo la ama. ¿Cree usted, señora, que siendo él mi discípulo predilecto lo habría dejado inclinarse, sin hacerle ninguna observación, a una joven que no lo mereciera? Y no sólo no se lo he impedido, sino que lo he felicitado por su elección. Creámelo, su hijo será feliz con Blanca, y las personas que, como el truhán de Verdolaga, la calumnien, tienen por objeto intranquilizar y causar disgustos a usted, y hacer desgraciados a jóvenes a quienes les espera un porvenir dichoso. Elodio Verdolaga hace tiempo que persigue a Blanca, y como ésta lo desprecia, él la insulta.

Viéndose vencida, doña Micaela ya no intentó luchar, buscó otra táctica y dijo:

—Usted me merece fe, doctor.

—Gracias, señora.

—¿Ya ves, madre mía, que yo tenía razón?

—No hay duda de que me han engañado; me gustaría que todos creyeran que Blanca es buena.

—¿Y la aceptarás por hija tuya?— preguntó Gustavo, con alegría.

—Si ese es tu gusto…

Gámez se despidió.

Y cuando madre e hijo volvieron a reunirse:

—Olvida, madre mía, lo que ha ocurrido entre nosotros y piensa que te amo— dijo Moreno.

—Olvida tú también lo que te he dicho, y ten la seguridad de que no volveré a molestarte— contestó la señora de Moreno.

—Gracias, madre mía. Blanca sabrá que sólo afecto tienes para ella.

—Es lo mejor.

—Te ruego que no prestes atención a lo que de ella te digan el padre Sandino y Verdolaga.

—No creas que se ocupan mucho de ella.

—Ojalá nunca la nombraran.

Abrazó a su madre y se sintió dichoso al pensar que la lucha doméstica había terminado ya, y de un modo que llenaba sus deseos.

Cuando la beatífica señora quedó sola, dijo en voz alta, animándose sus ojos con un brillo satánico:

—Ah, nunca olvidaré que por ella me ha despreciado mi hijo y ha llegado a amenazarme. ¡Qué por ella me ha faltado el respeto y ha querido abandonarme, él, el hijo de mis entrañas, único báculo de mi cansada vejez…! Hoy me he visto ultrajada, humillada, por causa de una ambiciosa descreída, por más que diga el doctor Gámez que es un dechado de virtudes, y ese ultraje no lo perdonaré! Mucho he sufrido hoy; pero mi venganza será horrible. Mientras logro mi objeto, me pondré una máscara; pero ¡ay de ella el día que me la quite…!»

Cap. XXIX (pp. 203-209)

«—¿Está tu señora en casa? —preguntó Verdolaga a Mercedes.

—Debe estar porque no ha salido.

—Dile que la busco.

—Entre usted si quiere verla; tal vez está sola la sala y le tiene cuenta, como la otra vez —dijo Mercedes, con un tono tan cáustico, que el juez se ampolló.

—¡Insolente! —rugió alzando los puños.

—¿Se figura usted que soy su mujer? Acérquese para que le machaque el bautismo, si es que es bautizado —dijo la muchacha.

Y riéndose a carcajadas, pasó cerca del juez mirándole con la cara más burlona que puede haber y guiñándole los ojos con una insolencia que puso a Elodio más rojo de lo que era.

Afortunadamente para él, doña Micaela apareció en aquel momento por el corredor.

—Pase adelante, señor juez —le dijo.

Y lo condujo a la sala.

—Muy buenos días, señora. ¿Cómo está usted?

—¿Perfectamente bien.

—Y contenta, porque ha sabido de su hijo y le consta que está bueno.

—Así me lo dice en la última carta.

—Su hijo se está portando como un valiente, según informa el jefe del Ejército al Ministro de la Guerra.

—Eso está muy bueno. ¿Qué noticias hay de la guerra? —preguntó doña Micaela, disimulando su alegría por los elogios hechos a su hijo.

—Que continúa intrincada. Ha habido varios encuentros, de poca significación, con éxito vario; pero se asegura que nuestro Gobierno ganará en el encuentro decisivo.

—Así se lo pido a Dios para que venga pronto mi Gustavo.

—Mejor es que tarde, a ver si la ausencia le disminuye su amor a la señorita Olmedo. ¿Ha visto usted qué cartas tan amorosas las que se escriben?

—Las he visto con profundo desagrado. Suerte que ni el uno ni la otra las leen.

—He hecho llegar al doctor una carta de Adela y otra de Blanca, que en nada nos comprometen, porque a él le extrañará que no le escriban; pero a ellas no les he entregado ninguna de él, porque no nos conviene que las vean. Es bueno que le escriba usted diciéndole que las señoritas Olmedo y Murillo han ido a pasar una temporada lejos de aquí, con el

objeto de mejorar de salud, para que no extrañe no saber directamente de ellas.

—¿Y si se prolonga mucho la guerra?

—Ya no serán muy posibles las comunicaciones con nosotros.

—¿Y si sabe de ellas por otro conducto?

—Eso no puede ser. Tengo ganados a los porteros de las casas que usted sabe, y nada ocurre sin que yo lo sepa.

—¿Cómo hizo para cambiarlos?

—No hubo necesidad: les pagué bien y eso bastó para que me pertenezcan en cuerpo y alma. Dije a usted que cambiara el suyo, porque nunca nos hubiéramos podido entender con él; ahora está de alta y no sale a ninguna parte.

—Usted arregla muy bien las cosas.

—¡Y tan bien! En lo listo, nadie me gana. He sorprendido dos correos enviados a Gustavo: el uno por el doctor Gámez y del otro por la señorita Leiva: uno y otro le dan cuenta de lo ocurrido. Lea usted esto…

Y Verdolaga puso en manos de doña Micaela las cartas de Amalia y don Marcelo: ésta las leyó con visible cólera.

—¿Por qué se meterán en lo que no les importa? —vociferó con ira.

—Para que venga pronto su hijo y deje de molestarlos Blanca.

—¿Y en qué los molesta?

—Suplicándoles que la lleven a su casa, cosa que ellos no quieren hacer; hasta a la señora de Fernández mandó llamar para ofrecérsele como institutriz de sus hijos y ella no quiso aceptarla: ahora está desamparada hasta de sus amigos.

—Esas personas que usted dice hablan muy bien de ella y la quieren mucho.

—Será de lejos; pero de cerca, ya es otra cosa.

—Según he sabido el doctor Gámez ha buscado al padre Bonilla para que la acompañe.

—Eso le probará a usted que no quiere llevarla a su casa y se ha valido de un anciano para que la custodie. Además, ¿sabe qué clase de relaciones existen entre Gámez y Blanca?

—No sé.

—El es muy adicto a ella, y he oído decir que "no hay amor sin interés…". Puede haber puesto al viejo para que se la cuide de otros y cierre los ojos cuando él vaya.

Y Verdolaga se rio con su grosería acostumbrada.

—Entonces, ¿por qué escribe ella a mi hijo cartas tan cariñosas?

—Porque lo quiere para marido; le hace falta un hombre tan ciego y apasionado como el hijo de usted. En otros términos: un editor responsable que no sospecha el papel que representa.

—¡Qué mujer, Dios mío, qué mujer! Prefiero ver muerto a mi hijo y no en manos de ella. Bastantes disgustos me ha dado ya. Figúrese usted que ha puesto insolente a Adela.

—¿Cómo así?

—Le ha aconsejado que no me haga caso, y la niña se va a verla siempre que quiere. La primera vez se fue a escondidas mías; ahora se va delante de mí.

—¿Y permite usted eso?

—Aunque no lo permita, ella se va. No me hace caso, no me obedece. No me lo ha dicho, pero me demuestra que le soy indiferente.

—Castigue usted a esa joven rebelde.

—¿Para que se muera más pronto?

—¿Está enferma?

—Las medicinas la sostienen: no come, casi no duerme y vive llorando; por eso no uso rigor con ella. ¡Qué Dios decida!

—Muy malo está eso. Y la señorita Olmedo, ¿habrá seguido mejor de salud?

—Creo que sigue mal.

—Y de recursos, ¿cómo estará?

—Mal debe estar, porque me devolvió lo que yo le debía, ¿sabe usted con qué palabras?

—No.

—Que guardara ese dinero para pagar las calumnias que usted inventa.

—Pícara, insolente. ¿Y volvió al mandarle el dinero?

—No.

—Mejor, para que más pronto esté en la miseria. ¿Cuánto le debía?

—Seiscientos pesos.

—Si le parece, démelos; no para pagar calumnias, que nunca he calumniado a nadie, sino para redoblar mi vigilancia. Es necesario estar muy alerta y no dormirse. Los centinelas puestos en los cantones me pertenecen y hay que tenerlos contentos.

Doña Micaela fue a su escritorio, llenó un cheque, y se lo entregó a Elodio, diciéndole:

—Mande a la hora que quiera por esta cantidad al Banco; hoy no tengo dinero en casa.

—Como guste, señora.

Y se sonrío, continuando después, como quien, súbitamente, se acuerda de una cosa:

—Antes de irme, quiero disculparme con usted de un cargo que no merezco.

—¿Cuál? —preguntó asombrada la señora de Moreno—. Yo no le he reconvenido a usted por nada.

—No, usted no; pero sé que el jardinero, que es un bribón, vino a decirle, ¡vergüenza me da repetirlo!, que yo me había llevado unos objetos de esta sala para empeñarlos en una casa de préstamos, lo cual es una falsedad, pues era él quien andaba empeñándolos, y cuando me vio y yo le reconvine por la mala acción que había hecho, me contestó: "Usted no tiene que meterse en lo mío; diré a la señora que usted se los ha robado".

Yo me retiré, pues no me gusta permanecer en los lugares visitados por la canalla.

—No tenga cuidado; yo nunca creí las mentiras de Tomás.

¿Qué casa es esa, para darle una buena reprimenda a ese mentiroso?

—No recuerdo… Supongo que ya no existe… El propietario se fue del país… —articuló Verdolaga, todo confuso—. Lo mejor es no volver a pensar en eso.

—Si así le parece…

—No debemos darle importancia a una tontería. Respecto a las cartas que usted ha visto, no hay que mencionar nada de ellas, ni al mismo señor cura. Acabo de encontrarlo en la calle; iba muy cariacontecido.

—Hace poco se despidió de mí.

—¿Ha visto a Blanca?

—No; ni la verá.

—Hace bien. Beso a usted los pies, dignísima señora.

Y por tres veces consecutivas hizo genuflexiones ante la señora de Moreno, arrastrando por el suelo las faldas de su exagerada levita».

Cap. XLIV (pp. 279-282)

Ante tanto sufrimiento Blanca no puede resistir: minada en el espíritu y en el físico se entrega a la muerte, conservando intacta su belleza: «Y, en efecto, nadie la hubiera tomado por muerta, tan bella estaba; un tinte sonrosado, adiós del para ella último crepúscolo de la vida, animaba su rostro encantador, que la enfermedad y la muerte habían respetado» (p. 302).

El concepto de muerte como purificación es más que nunca evidente en cuanto Blanca, de víctima inocente se transforma en símbolo de castidad, concretando los elementos dramáticos y las virtudes que caracterizan, desde el principio, su personalidad, guiada constantemente por un sentido de deber y justicia, «siempre sujeta a su educación y a su conciencia, no la amedrentarían nunca las amenazas ni se dejaría influenciar por lisonjas, haciendo únicamente lo que a ella le parecía bien hacer, a despecho de bastardas pretensiones» (p. 221).

Gustavo Moreno y el amor

La existencia de Blanca ha suscitado grandes odios, pero igualmente grandes amores como el de Gustavo Moreno, que ella ama más que su propia vida. A diferencia de la madre –que él quiere y respeta y que procura disgustar lo menos posible, pero a la que se opone de manera firme cuando sus prohibiciones entran en conflicto con sus propias ideas[2] so-

[2] Véase en propósito lo que contesta Gustavo, con «dulzura risueña, más expresiva que todas las cóleras juntas» a la invitación de su madre de quemar el libro de Michelet, *El sacerdote, la mujer, la familia,* por explicar la perniciosa influencia que los clérigos ejercen sobre las familias que se dejan governar: «En las librerías no se agota nunca ese libro. Y, mira, mi querida madre: crees tú todo lo que quieras creer y déjame a mí en mis estudios serios. Este volumen sirve de mucho y no te ofende» (p. 39).

bre todo a próposito de religión y relaciones sociales[3] y de Blanca[4]–, todo en él emite simpatía y admiración, empezando por el aspecto físico. «Alto, delgado, moreno, elegantemente vestido, fino, atento, simpático, hermoso; con unos ojos castaños, atrayentes y tan expresivos que hablan al alma» (p. 46), ha conquistado el corazón de Blanca ya desde el primer momento. Sus ojos siempre la atraen con una fuerza casi magnética a pesar de la distancia. Lo describe muy bien Blanca que, asomándose a la ventana para mirar el jardín, ve inmóvil, bajo las acacias, la esbelta figura del doctor Moreno:

> Sus grande ojos obscuros, contemplativos, de mirada sostenida, con fulguracione idílicas, parecían estar fijos en mí, y de tal manera, como si quisieram atraerme a su lado. A pesar de la distancia sentí la atracción magnética de aquellos ojos que me veían como en sublime éxtasis, suplicantes, cariñosos y que, sin embargo me hacían daño (p. 89).

Una atracción que es más fuerte que toda resistencia y que inquieta el alma de Blanca quien, inicialmente, está convencida de la imposibilidad de que su amor se realice, como acaba por confiarle a Adela:

> […] tengo un secreto, uno solo que ha nacido de mis aspiraciones locas, de mi corazón rebelde y apasionado, de mi educación artística, de mis gustos extraños, de mi carácter batallador, de mi admiración a lo que se eleva sobre el vulgo, a lo que vale, a lo que brilla, a lo que subyuga, a lo que no se puede alcanzar; algo que para mí debe ser vaporoso, intangible, y que debo conservarlo guardado en mi pecho con el encanto de una ilusión, con el poder mágico de un grato recuerdo; amo ¿quiere saber lo que amo?

[3] Al tomar las distancias de él, Blanca le recuerda que es la institutriz de su prima. La respuesta de Gustavo es: «Si mi madre le ha expresado ciertas ideas absurdas sobre relaciones sociales, le ruego crea que yo no las apruebo y menos que participo de ellas» (p. 46).

[4] No deja lugar a dudas lo que contesta Gustavo a la injurias que su madre le dirige a Blanca, tras haber oído las intenciones del hijo de casarla oponiéndose con vehemencia a la unión, como ya evidenciado.

> ¿Quieres que no tenga secretos para ti, pobre niña? Sábelo, y que no te pese saberlo: amo como ama mi corazón irreflexivo y apasionado, con delirio y éxtasis, con sufrimientos y congoja, a un ideal, a un Imposible. ¡Eso es lo que adoro, y no me preguntes más…! (pp. 125-126).

Superando la barrera "social" levantada por su madre y la desconfianza de la joven educadora, atropellada por la sinceridad de sus sentimientos, él la ama con un amor profundo y total, hecho de delirio y éxtasis, que sorprende a Gustavo mismo.

«Las ocho de la noche.

Mientras Adela estudia o toca el piano, yo escribo; y eso que estoy desvelada, pues no pude dormir ni un momento por la mañana, seguramente porque la escritura me distrajo, de tal manera que ya no pude conciliar el sueño.

Fiel a su promesa, Joaquín estuvo hoy a hacerme su anunciada visita: tuvo el buen tino de no hablarme nada de sus sentimientos amorosos, sino de sus estudios, de sus amigos, y por último:

—Estuve hoy donde el doctor Gámez —me dijo.

—¿Y no hay novedad en la casa?

—Ninguna. Yo fui por la receta que él me prometió.

—¿Quiso usted seguir adelante la broma?

—Sí. ¿Se imagina qué receta me dio?

—No; ni lo adivinaré.

—Infusiones de flores de calabaza y frotaciones con bálsamo de olvido. ¿Qué le parece a usted?

—Que es muy pícaro el doctor.

—Tan pícaro como acertado.

—Si es acertado, hay que hacerse la medicina; por lo menos, la segunda.

—¿Así le parece a usted?

—Las prescripciones médicas deben seguirse.

Y para cambiar de conversación le pregunté:

—Y su hermana, la que acaba de concluir sus estudios en París, ¿cuándo viene?

—Dentro de tres meses. Le traigo a usted un retrato y una carta que le envía: me dice que la quiere mucho y que tiene la esperanza de que las una un afecto y una amistad invariables.

—Gracias. Esos son mis deseos.

Cuando hube contemplado el retrato de Amalia y leído la afectuosa carta que me mandó, exclamé:

—¡Qué hermosa es su hermana y qué buen corazón tiene!

¡Cuántas frases cariñosas y cuántas alabanzas inmerecidas para mi persona!

—Usted merece mucho más.

—No, Joaquín; es que su hermana es muy buena.

—No extrañe si la trata con familiaridad; tiene su retrato, y la he escrito tanto acerca de usted, que puede decirse que ya la conoce.

—Gracias, Joaquín. Esa familiaridad de que me habla, no me causa extrañeza, sino que la agradezco y me halaga. No sabe usted cuánto goza una persona, como yo, al verse objeto de tan tiernas demostraciones de cariño. Que venga, que venga pronto Amalia, para probarla que no soy desagradecida a su afecto y que lo sé corresponder con creces. Aún no la he visto, y ya la amo.

—Gracias, Blanca; todo eso se lo escribiré hoy mismo.

—Yo también le escribiré pronto; me hará usted un favor si le cuenta cómo he admirado su retrato, y lo feliz que me siento con su amistad.

—Con mucho gusto.

—Gracias.

—Yo soy el deudor.

—Desde ahora le suplico que me avise el día en que ella debe llegar a esta ciudad, para tener el gusto de ir a encontrarla.

—Es usted muy generosa. Tendré el placer de pasar a recogerla para que vayamos juntos.

—Agradezco sus deseos; pero no se moleste; pienso ir con Adela y el doctor Gámez.

—Entonces, vendré con el doctor a su casa, sino lo toma usted a mal.

—Todo lo contrario.

—Es usted muy amable para conmigo; no así las señoritas Aguilar, que presumen que no soy tan buen amigo de ellas como parezco.

—¿Y por qué esa presunción?

—Porque no les digo muchas cosas que ignoro.

—¡Ah!…

—Por ejemplo: la clase de relaciones que existen entre usted y el doctor Moreno.

Y se detuvo para mirarme, mientras que yo, serena en apariencia, le dije:

—Eso ellas lo deben saber mejor que usted.

—¿Por qué razón?

—Por que como él es muy amigo de ellas y, según presumen algunos, novio de Laura, es probable que las tenga al corriente de la clase de amistades que tiene. Un novio no puede menos que ser sincero y explicativo con su amada.

—¿Un novio? ¡Bah! No crea usted en tal noviazgo.

—¿Por qué no he de creerlo, cuando todos lo dicen?

—Porque la misma Laura me dijo hace poco que Gustavo nunca le ha hablado nada de amores; que ella cree que él está inclinado a usted al ver lo poco que sale de su casa, y que a ellas ahora casi no las visita.

—Tendrá sus motivos para no salir mucho.

—Y porque la dije que yo no he visto entre usted y él ninguna intimidad, me trató, si bien de la manera más cortés, de mal amigo, añadiendo ¡que no defendiese a usted porque sería tiempo perdido!

—¿Así dijo?

—Así. Las mujeres, cuando aman, cometen disparates.

—¿Cuando aman?

—Laura ama a Gustavo; todos echan de ver eso.

—Si le ama de veras y él no corresponde su amor, debe sufrir mucho; pero es posible que se incline a ella, secundando los deseos de doña Micaela.

—La señora de Moreno, con sus promesas sin fundamento, ha hecho daño a Laura, porque Gustavo, al menos por ahora, no piensa en casarse, lo que prueba que no la ama; porque, si la amase, nada le detendría para efectuar su matrimonio.

—Está muy joven.

—El amor no tiene edad; esto lo sabe usted tan bien como yo, dijo, sonriéndose y despidiéndosede mí.

Pasada la cena, solas Adela y yo en mi salita, que ahora está transformada, gracias a las atenciones de ésta, la niña me dijo:

—¿Me permite hablar como si fuéramos dos buenas amigas?

—¿Y no lo somos, mi querida niña?

—Quiero decir, dos buenas amigas, de la misma edad, que nada se ocultan y mucho se conceden.

—Si así me tratas, me darás un gran placer, mi Adela. Ven a sentarte a mi lado en este sofá; recuéstate en mi hombro; así… y ahora pregúntame lo que quieras, pero sin tratarme de usted, sino de tú, como dos buenas amigas, con la intimidad que tú y yo queremos reine entre nosotras.

Y viendo que nada me decía, sin duda por el embarazo que causa el empleo de un nuevo tratamiento:

—Vamos, empieza —le dije con dulce sonrisa—. No temas porque la profesora se te cambie en íntima amiga; no perderás en el cambio, te lo aseguro. ¿Querías preguntarme…?

—Si es cierto que te casas con Joaquín —me contestó bajando al suelo sus azules ojos.

—No, Adela; no es cierto.

—Sin embargo…

—¿Sin embargo?

—El estuvo hoy aquí.

—Y me trajo el retrato de su hermana; es una muchacha preciosa. ¿La conoces? —pregunté, cogiendo el retrato de Amalia y dándoselo para que lo viera.

—Es posible, pero no me acuerdo de ella; hace años que está en París.

—Mírala bien. ¿No es verdad que es hermosa?

—Oh, muy hermosa; pero no tanto como tú, aunque mucho más que Joaquín.

—¿No quieres a Leiva?

—No es que no lo quiera, sino que me disgusta que haga sufrir a mi primo.

—¿Y con qué le hace sufrir?

—Con su intimidad, con sus asiduas atenciones para contigo.

Me sonreí, a pesar mío:

—Si eso disgusta a tu primo, te aseguro que es muy original.

Ella me miró con sus ojos de gata, tristes y graves.

—Blanca —me dijo estrechándome la mano—, nunca te has dado cuenta de que Gustavo sufre por ti, de que te ama.

Un estremecimiento súbito recorrió mi cuerpo; la sangre se agolpó en mi corazón:

—No, mi querida Adela —balbuceé.

—Pues has hecho muy mal… Mira, voy a decírtelo todo.

Esta mañana fui a su cuarto, extrañado que no hubiera salido a tomar café… Me acerqué a su cama, y sobre sus almohadas había un pañuelo mojado… de lágrimas, porque no podía ser otra cosa.

"¿Qué es esto, Gustavo? —le pregunté, alarmada, viéndolo triste, recostado junto a una mesa— ¿Qué significa este pañuelo?

"Que sufro y que he llorado.

"¿Sufrir y llorar? ¿Por qué, Dios mío?

"Por tu profesora, por Blanca… ¿No sabes que la amo hasta morirme de amor por ella? Y ese Joaquín me la quita… ¡Ella me desprecia por él! ¡Los he visto juntos y se aman, se aman! Y yo, ¿sabes? —continuó sacando de la gaveta de la mesa un magnifico revólver—, ¿sabes lo que haré? ¡Irme a descansar! ¡Este, éste me consolará! —exclamó acariciando el arma.

"No —le dije—. Tú no harás eso, Gustavo. ¿Y tu madre? ¿Y yo?…

"¿Pero no ves que Blanca no me ama y que yo no puedo vivir sin que ella sea mía?… ¿Lo oyes? ¡Mía, completamente mía, exclusivamente mía!

"¿Y le has dicho que la amas?

"¿Para qué si prefiere a ese otro…? A mí no me hace caso y no quiere comprender lo mucho que la amo. ¿Y con la desesperación de un amor sin esperanza quieres que viva, Adela? Y yo, que hasta hoy he visto con indiferencia a las mujeres, me he enamorado ciegamente de ésta, hasta el grado de asugurar que sólo a ella amaré… ¿Qué hay en sus ojos, qué hay en su acento, qué hay en su persona que me tiene subyugado? ¡Oh!, es idealmente bella y la amo como un loco, con amor irresistible… Nunca pensé que mi corazón fuera capaz de amar así.

Y hundió la cabeza entre sus manos, angustiado, con la angustia de un dolor inenarrable.

—Y ahora, Blanca, ahora que sabes esto, ¿comprendes lo mucho que te ama mi primo…? Pero, ¿qué pasa? ¡Tú también lloras! ¿Sufres lo mismo que él?

—Ya lo ves —sollocé, trémula, afligida, sin poder dominar una crisis nerviosa que estalló en lágrimas.

—Pero, ¿por qué lloras? ¿Por él, Blanca, por él?

—Sí, por él.

—¿Lo amas? —me preguntó con alegría, acariciándome—. No temas decírmelo; Gustavo es muy bueno y te adora. ¿Le amas Blanca mía?

—¡A qué negártelo! Es verdad: lo amo con toda mi alma. Pero no se lo digas — añadí, entrechándola en mis brazos—. ¡Si supieras cuánto he sufrido por él!

—¿Y por qué, si se aman, sufren?

—Porque en la vida así es el amor… Pero, ¿estás segura de que de veras me ama?

—Y tan segura. Si ya te he dicho que no hay quien no te ame; pero como él, sólo él, no lo dudes. Muchos sufrirán con tus desvíos, él moriría si no lo amases. Conque, compara…

—No tengo que comparar: mi corazón espontáneamente ha elegido. Ya ves, Adela, que ahora no tengo secretos para ti.

—¿Así es, que el Imposible, el Ideal…?

—Era Gustavo.

—Y ahora es el Posible, el Verdadero.

—¡Quién sabe!

—No lo dudes. Yo estoy muy contenta porque, casándote con mi primo, nunca te separarás de mí. ¿Quieres verlo?

—No; hoy no.

—¿Y mañana?

—Mañana, sí; pero no le digas que lo amo.

—Eso se lo dirás tú. ¡Qué feliz soy, Blanca, y qué feliz será mi primo!

—¡Y qué buena eres tú! ¿Ya no te causará enojos Joaquín?

—Ya no; ni a Gustavo. Voy a estarme con él para que no esté tan triste.

—¿Qué le vas a decir?

—Que tú no amas a Leiva, y que a él lo recibirás mañana… por darme gusto a mí.

Y mirándome con malicia, y besándome con afecto, me dejó sola, entregada a mis impresiones.

Por vez primera en mi vida me sentí enteramente dichosa y lloré lágrimas de felicidad.

Más tarde me dijo Adela:

—Gustavo está contentísimo; delante de mí ha besado tu retrato y sólo espera que llegue el día de mañana para estar a tu lado. ¿Te imaginas lo que me dijo cuando le conté que tú lo recibirías mañana?

—No. ¿Qué te dijo? —le pregunté con interés.

—Que de todos modos estaba resuelto a verte; a que supieras que te adoraba, y que si no lo amabas… Yo no puedo repetirte, Blanca, lo que me dijo… ¡Si parece loco!… Al separarme de él, me abrazó, diciéndome afectuoso: Dile que me ame y bésala en mi nombre.

Siento en mi alma un júbilo indecible al verme amada de este modo, de este modo inmenso con que yo le amo a él.

—¿Quieres que te bese? —me preguntó Adela.

—¿Y cuádo no lo he querido?

—¡Como este beso te lo manda él!

Y sus frescos labios rozaron mis mejillas. Le devolví su beso y le dije:

—¿Qué hay en mí, Adela, que me parece que ahora te amo más?

—Yo te amo tanto que en mi cariño ya no cabe más, —me contestó.

La abracé con efusión y arreglé con amor sus rubios cabellos, que el aire movía.

¡Oh alma ingenua, impecable, que sólo desea mi dicha y la de él!

¡Oh alma todo amor: que el desencanto no pose en ti sus alas!

¡Oh alma todo Sentimiento: que el infortunio no sea tu inseparable compañero!

¡Oh alma todo Sacrificio: que no vayas a tener tu Calvario!

¡Oh alma blanca: que no vayas a sufrir por mí!»

Cap. XX (pp.139-145).

Los dos enamorados viven momentos de intensa felicidad, pero también de sufrimiento y de angustia insoportable, debido a la salida de Gustavo para la guerra:

«Primero de septiembre de mil novecientos…

Día fijado para la marcha del doctor Moreno a la guerra…

Día triste; día helado, día brumoso, con amenazas de lluvia…

Las seis de la mañana…

Los soldados desfilaban por la calle de la casa de doña Micaela, y Blanca, desde la ventana de su salita, oculta tras las cortinas, los veía marchar, sintiendo su alma oprimida por una tristeza infinita, por un dolor acerbo, tanto más profundo cuanto más procuraba acallarlo ella en su pecho.

Adela iba y venía de un lado a otro del cuarto, queriendo disimular con el movimiento el pesar que la embargaba.

—Quítate de esa ventana, mi querida Blanca; te hará daño ese aire frío —dijo a su amiga.

Y viendo que la señorita Olmedo no le hacía caso, permaneciendo como un autómata, clavada en el mismo sitio, la tomó de una mano y la sentó en una otomana, diciéndole:

—Es necesario que seas razonable. Mira, yo también sufro mucho, y hago valor.

Blanca se oprimió con una mano el corazón:

—Si vieses cómo me duele aquí —exclamó.

Y volvió a ser presa de un desesperado mutismo.

—Yo sufro más —dijo la niña—; sufro por él y sufro por ti.

¿Me prometes tener valor? La separación no será tan larga como tú piensas.

La señorita Olmedo continuó abstraída, y después de un rato de silencio, preguntó:

—¿Se fue ya?

—No —le contestó Adela—. ¿Cómo se iba a ir sin decirte adiós?

—Anoche estuvo conmigo.

—Y hoy vendrá también.

—¿Lo volveré a ver? —interrogó con una alegría angustiosa, alegría nacida en medio del dolor.

—Lo volverás a ver.

—¡Ah, que lo vea la última vez y ya no pediré más!

Y volvió a inclinar su cabeza sobre su pecho, quedando sumida en una abstracción dolorosa.

Adela respetó aquel silencio, y cuando oyó pasos en el corredor, dijo a su amiga:

—Ya viene él; te dejo sola.

Y salió inmediatamente de la sala de la institutriz por la puerta que conducía a la habitación que ella ocupaba, contigua a la de su profesora.

Un momento después, Gustavo se hallaba al lado de su novia.

Se sentó junto de ella y la tomó con cariño las dos manos.

La joven fijó en él sus ojos, anegados en llanto, y llevó a sus labios las manos de su amado, bañándolas con sus lágrimas.

Aquel dolor mudo y verdadero trastornó a Gustavo:

—Blanca, mi adorada Blanca, me haces sufrir mucho…

Ten valor…

Y la estrechó en sus brazos, fuera de sí, acariciándola con amor de madre.

—Ten valor —la repetía con acento emocionado y tierno.

—¿Valor cuando te vas y me dejas?

—Muy pronto volveré.

—¿Y mientras tanto…?

—Mientras tanto, piensa en mí como yo pensaré en ti.

—¡Ah, si supieras cómo te amo! Si me olvidas, me moriré.

—¿Olvidarte, Blanca…? ¡No digas eso! ¿Dudas de lo profundo y sincero de mi amor?

—¿Y por qué me dejas?

—Bien sabes que voy contra mi gusto.

—Si fuera tu esposa, te seguiría.

—¡Bendita seas! —exclamó él, conmovido, besándola con ternura infinita—. Estoy satisfecho de tu amor; sólo una cosa te pido: que aquí en nuestra casa me aguardes, que, hasta que yo vuelva, no visites a Amalia. Vive allí Joaquín y yo soy celoso, celoso hasta de tu misma sombra… El día que seas mi esposa, serás libre, completamente libre: ya no temeré nada; pero, mientras tanto, pueden suceder muchas cosas, haber intrigas…

—Te amo. ¿Qué puedes temer? —preguntó un tanto resentida.

—Yo no dudo ni temo de ti, alma mía, sino de los que te rodean, de los que están envidiosos de mi dicha. Si te miran, me parece que te ofen-

den; si tú los ves, tiemblo de celos, a pesar de saber que te son indiferentes. Quiero que tus ojos, amorosos y tristes, sólo a mí me miren; que tu dulce voz, sólo a mí me arrulle; que tu perfumado aliento sólo a mí me embriague…

Quiero que seas mía, sólo mía, completamente mía, como lo es el alma del cuerpo… ¡juzga si te amo!… ¡juzga cómo estará mi pobre corazón al separarme de ti, que eres mi vida, mi porvenir, mi alma, mi religión, mi todo!…

Y besaba en la frente a su novia, mientras ella le acariciaba los cabellos, sintiéndose amada con inmenso y verdadero amor.

—Amalia te quiere mucho —continuó él, y de seguro procurará llevarte a su casa; prométeme que no seguirás sus deseos, Blanca mía.

—Yo haré sólo lo que tú quieras, Gustavo; para mi no hay más hombre que tú: eres mi segundo Dios. Tuya me dejas; si me encuentras, tuya me encontrarás…

—¿Por qué dices "si me encuentras"?

—¿Quién puede responder de la muerte? Por eso repito y agrego: que, viva o muerta, siempre tuya. La unión de nuestras almas es hecha por Dios.

—Anoche nos bendijo el padre Bonilla, y la bendición de él tiene, por su edad, y por el cariño que nos profesa, tanta fuerza como la de nuestros padres. De anoche a esta parte, ¿te consideras más ligada a mí, me consideras más tuyo?

—Me considero tu esposa, ante Dios.

—Eso es lo que yo quiero, vida de mi vida, aspiración de mi alma, único móvil de mis deseos. Tú lo has dicho: mi esposa ante Dios. Para mi boca sedienta han sido las primicias de tus besos. Bésame, esposa mía, bésame y sepárate de mí…

—¡No! —exclamó ella, llorando y estrechándose más al pecho de él. No; no quiero que te vayas, Gustavo, mi Gustavo, no quiero que te vayas…

—Es preciso, Blanca mía.

—No, no es preciso… Mira cómo te amo… No me dejes desesperada y sola…

—Ten piedad de mí; ve cómo sufro; ve que lloro como un niño… Dáme valor, mujer adorada…

Y miraba a su prometida que entonces le parecía más bella y deseable que nunca: pálida, llorosa y triste, enferma de amor por él; hermosa y amante como jamás lo ha estado mujer alguna.

—No quiero que te vayas, no quiero… —repetía Blanca, asiéndole las manos y besándoselas como si fuera su marido.

—Adiós, alma mía, piensa en mí —articuló Gustavo desprendiéndose de los brazos de su novia».

Cap. XXXIII (pp. 227-231)

«Gustavo fue a despedirse de su madre cuando serenó un poco su abatido semblante.

Doña Micaela estaba en su alcoba, llorando, cuando su hijo entró a decirle adiós.

Mucho sufría la señora con la separación un tanto arriesgada del joven; y, ¡cosa extraña!, no se creía responsable de la marcha de su hijo, sino que culpaba a la institutriz, a la institutriz que hubiera dado gustosamente su vida porque Gustavo no se fuera.

—Siéntate cerca de mí; voy a bendecirte para que nada malo te suceda —dijo doña Micaela a su hijo.

—Gracias, mamá —murmuró el joven, acercándose a ella.

—¡Qué triste estás, hijo mío! ¿Has llorado? —le preguntó, viendo la angustia retratada en el pálido rostro de su hijo.

—Estoy muy triste, ciertamente he llorado…

"Por ella" —pensó doña Micaela; colérica y celosa, pero sin darlo a conocer.

Luego, en alta voz:

—¿Ya te despediste de Adela y de Blanca?

—Ya, madre mía.

—Por eso es que has llorado…

—Por eso, y por otras causas…

—Mucho he trabajado para que no te mandaran a la guerra, y nada he podido obtener.

—Ya lo sé, madre mía.

—Pero me han asegurado que muy pronto estarás de regreso.

—Ojalá así sea; sufriré mucho separado de vosotras.

—Lo mismo sufriré yo. Siempre que puedas enviarme noticias tuyas, escríbeme, recomendando las cartas al Ministro de la Guerra; por ese medio te haremos saber de nosotras. Considera que viviremos muy intranquilas sin saber nada de ti.

—Así lo haré; y vosotras no me olvidéis y no perdáis ocasión de escribirme.

—Pierde cuidado. ¿Te llevas a Juan?

Y se dirigió a la puerta.

Blanca lanzó un grito y se desplomó en el sofá.

El acudió a ella.

—Prefiero morirme a sufrir este dolor —se dijo él.

Y levantó a su amada, diciéndola, desesperado:

—Blanca, mi Blanca, vuelve en ti; aquí estoy yo contigo…

La joven abrió los ojos y, reconociendo a Moreno, se puso de pie, con una rapidez increíble en sus agotadas fuerzas:

—Gustavo —exclamó—; ¿quieres que me vaya contigo?

—¿Irte conmigo? ¿Y qué se pensaría de ti?

—¡Ah, la mujer es esclava siempre de la opinión ajena! Seré honrada para mí y para ti, pero eso no basta… Tienes razón; perdóname; no sé lo que digo… Te irás solo y yo no podré servirte, cuidarte, tal vez protegerte…

—Si el deber no me obligara, yo no me separaría de tu lado, ¡oh, amada de mi alma!

—¿El deber? Dices bien: vete, vete, Gustavo… ¡Ay, Dios mío…! ¿Por qué sufro tanto? Porque presiento que no he de volver a verte; que tu separación me matará…

—No digas eso, amor mío —articuló él visiblemente emocionado—. No digas eso, ¡oh, inseparable compañera de mi destino!… Quisiera quedarme, pero no puedo, ¡oh, amor de mis amores, mujer adorada cual ninguna!… ¿Cómo hago para dejarte, cuando dejo mi propio corazón, mi propia vida…? Más que yo, sé fuerte tú; despáchame con tus besos en mis labios, ¡oh, mi ventura, que por mí llegas hasta el sacrificio…! —¡Oh, no hagas caso de mí; vete, Gustavo! Pero antes voy a hacer lo que tú quieres: a darte un beso… uno solo… el último acaso…

Moreno unió sus labios a los de la joven, quien le echó los brazos al cuello y, trastornada de tanto sufrir, desvanecida con aquella caricia, volvió a caer sin conocimiento en el sofá.

—¡Adela! —gritó Gustavo, ebrio de amor y casi fuera de sí, transido de pena.

La niña acudió inmediatamente.

—Cuídamela —dijo el joven, llorando y abrazando a su prima—; cuídamela; a ti te la dejo… Todo lo que ocurra, avísamelo… Dile que me fui llorando de su lado…

—¡Oh, Gustavo! —murmuró la niña, angustiada.

—Dile también que, si muero, no vuelva a amar a otro hombre, porque saldré de mi tumba a pedirle cuenta de mi amor, a ella, mi viuda… ¡Adiós, Adela: te dejo a mi Blanca…!

Los sollozos no dejaron hablar a Adela, la que acudió a sostener a su amiga, mientras Gustavo, seguro de los cudados de su prima para su novia le dio una última mirada, un último beso, y desapareció con el corazón despedazado por un dolor no comprendido.

¡Ah, la Fatalidad!

¡Ah, el Infortunio!

¡Ah, lo Inevitable!».

Cap. XXXIV (pp. 233-235)

Pero, como en todos los dramas que se respeten, después de muchas desdichas llega el momento de la venganza y la rendición de cuentas. De esta manera Gustavo, tras la lectura del "Memorandum" que le escribió su prima Adela, se transforma en el ángel vengador.

«Gustavo, mi querido Gustavo, ¿por qué te fuiste? ¿Por qué nos dejaste solas, sin tu apoyo, a Blanca y a mí? ¡Qué cosas tan tristes y desgarradoras han pasado desde que no estás tú…!

Escribo esto para ti, con el corazón enlutado, presa de una tristeza angustiosa, inmensa, indecible; pero presiento que no he de volver a verte, y quiero que sepas todo, todo lo que ella me dejó dicho para ti.

He llorado y sufrido tanto Gustavo, que secos, casi sin lágrimas, están mis ojos, y mi corazón marchito…

¡Ay, Dios mío! ¡Ay nuestra Blanca, nuestra adorada Blanca, para siempre ida!…

No quiero entristecerte tan pronto y, ya lo ves, te hablo de ella, de ella, ¡a quien tanto amamos y que tanto nos amó!

¡Cómo me duele el corazón al acordarme de mi inolvidable amiga!

¿Por qué te fuiste, Gustavo?

Te escribimos varias veces, Blanca y yo, y nunca obtuvimos respuesta a nuestras cartas: por lo que creo que no llegaron a tus manos y que no sabrás lo que nos ha ocurrido.

Esta verídica, triste y dolorosa narración la dejaré en manos de la señorita Amalia Leiva, para que ella te la entregue si cuando regreses ya no existo.

Antes de otras cosas, te diré que tu madre no es tu madre, en otros términos: que doña Micaela Burgos de Moreno no es tu madre. Tus padres ya no existen; fueron don Rafael Moreno y doña Muria Montes de Oca. El doctor Gámez sabe esto y te lo explicará a su debido tiempo. ¡No eres, pues, mi primo por la sangre, sino mi hermano por el corazón, por el sufrimiento y por el amor inmortal que profesamos a nuestra bien amada Blanca!

Voy a referirte, lo mejor que pueda, todo lo ocurrido durante tu ausencia.

Lo primero que hizo mi tía, aconsejada por el juez Elodio Verdolaga y por el padre Benigno Sandino, fue injuriar groseramente a Blanca y arrojarla de su casa.

¡Qué día aquel, Dios mío!

Un aire frío, húmedo, y una lluvia menuda hacían más triste y patético aquel día en que insultaron, injustamente, a mi amiga.

La pobre mártir no hizo caso de mis súplicas, de mis lágrimas, y recibiendo la postrer injuria que al rostro le arrojó mi tía, se fue, se fue con la cara descubierta, azotándosela el viento, contundiéndose las lágrimas del cielo con las de sus hermosos ojos.

Con fiebre, y ya gravemente enferma, llegó a casa de tu aya, la viejita Mauricia, que tú conoces.

El doctor Gámez fue a verla y a prestarle sus servicios como médico y como amigo.

Ella no quiso pasarse a ninguna de las casa amigas, cuyos dueños le ofrecieron protección, y prefirió estarse en la suya con su aya, acompañada del padre Fernando Bonilla, quien la sirvió y consideró mucho, como un padre cariñoso a su amada hija.

Amalia la acompañaba, todos los días, largas horas, y yo, a despecho de mi tía, permanecía a su lado casi todo el día, hablando de ti, recordándote siempre con no mentido cariño.

El pesar que le causó tu separación, los ultrajes recibidos y el aire frío y húmedo que azotó su rostro después de haber sufrido y llorado tanto, agravaron a Blanca.

Elodio Verdolaga, que nunca se cansó de perseguirla, fue a verla una vez; pero el padre Bonilla, cogiéndolo del cuello le arrojó a la calle; allí lo recibió un agente de Policía, llevándole a la cárcel por haberle robado quinientos pesos a una pobre señora enferma; pero como los pícaros siempre hallan quienes las consideren, Maldonado le sirvió de fiador; mi tía pagó lo que había que pagar y muy pronto estuvo libre, continuando su odio encarnizada contra mi inocente amiga.

El estado de Blanca empeoraba cada vez más, y una tristeza incurable era su constante compañera.

El doctor Gámez no ocultaba su desesperación, viendo que las medicinas no hacían el efecto apetecido y que ella se agravaba de una manera alarmante.

Un día la encontré más triste que nunca; había llorado mucho y una languidez mortal daba un tinte melancólico, ultraterrestre, a sus bien modeladas facciones.

La estreché en mis brazos, largamente, y, abrazada a ella, lloré con llanto inconsolable…

—¡Cuán desgraciada soy! —me dijo—. Aun en mi soledad me persigue la calumnia… ¡Al borde del sepulcro, soy mancillada!

Y me señaló unos periódicos que estaban sobre una mesita, cerca de la silla de extensión en que descansaba su cuerpo inmaculado.

—Busca lo marcado con lápiz rojo —me dijo.

Los tomé, leí lo indicado, y quedé horrorizada; tanta maldad, tanta saña, tanta calumnia contra una joven inocente, me dejaron muda de indignación y de asombro, y sólo al cabo de un rato pude articular.

—¡Qué crimen! ¿Quién te ha mandado estos papeles?

—El que escribió las injurias: Elodio Verdolaga.

—¿Él? ¿Se atreve ese canalla a profanar tu soledad con pasquines asquerosos?

—Ya ves cómo se oculta bajo el seudónimo de "Un amigo de la Verdad".

—¡Amigo de la mentira, de la intriga, de todo lo sucio, de todo lo bajo, de todo lo ruin, ese es Verdolaga…! —Sea lo que fuere, ha conseguido su objeto: me ha deshonrado primero, para matarme después. En estos momentos todo el mundo sabe que soy corruptora de mancebos, tentadora de los ministros del altar; que mi ejemplo y compañía son pecaminosos, y que he tenido amores con el ser más despreciable e inmundo que existe en la tierra, él, Verdolaga, cuando primero me habría matado yo misma antes que consentir en que él me tocara ni un pliegue de mi vestido… ¡Ah, Gustavo, si supieras hasta dónde han perseguido y lastimado a la que no tiene más crimen que amarte, que haberse conservado pura entre tanta inmundicia…! Soy hereje, porque no quise amar a un sacerdote; soy pecaminosa, porque no quise entregarme a un casado; soy corruptora, porque he preferido el sacrificio de mi vida al de mi honor; soy impura, porque antes que el vicio dorado he querido la pobreza humilde, pura, consagrada a mi amor, a mi corazón y a mi conciencia; a ti, Gustavo!… ¡Oh, Religión…! ¡Oh, Justicia…! ¡Oh, Caridad…! Y el Cristo, ese Cristo de los católicos, ese Cristo que ensalzan como modelo de caridad y de justicia, ¿por qué permite que pasen cosas tan abominables en este mundo? ¿Por qué deja que muera mancillada la inocencia y que viva, triunfante, la maldad…? ¡Oh, misterio, impenetrable misterio…! ¡Oh, Caos, profundo Caos!…

Y como si ella misma sintiera ese caos que invocaba, dobló su cabeza y cerró los ojos.

No quise molestarla y la dejé descansar, pero siempre atenta a sus menores movimientos.

—¿Te sientes mejor? —le pregunté, cuando abrió los ojos, esos ojos cuya secreta seducción y encanto jamás he podido explicarme, y cuya mirada me acaricia siempre, a todas horas…

—¡Mejor! ¿Crees que puede haber mejoría para mí, Adela? Involuntariamente las lágrimas se escaparon de mis ojos.

—No llores, Adela mía —me dijo con ternura—; si estoy mejor… Yo no quiero que tú sufras, pobre almita —añadió, acariciándome.

—Mientras no te vea buena no dejaré de sufrir.

—Haré un esfuerzo; me sentiré mejor y procuraré gozar de la vida, de esta vida tan grata que Dios me ha dado… Parece que blasfemo, pero es que el sufrimiento me tiene trastornada… No; yo tengo mucho que agradecerle a Dios: entre tanta persecución, he sabido ser fuerte; mis amigos verdaderos nunca me han abandonado… He conocido el amor, he amado y he sido amada, proporcionándome el amor correspondido una dicha inmensa… Aun me atrevo a asegurar que pocas mujeres han gozado tanto y han sido tan exclusivamente amadas como yo. ¿Que mi amor ha sido casi una ilusión? ¡Qué importa! Pero lo he sentido y gozado, y morir amando es vivir; que quede la realidad para otras. Yo me iré con mi ilusión viva, con mi amor acariciado y que el Destino no quiso hacer real; con este amor que me ha hecho buena porque me hizo dichosa… Ya ves, Adela, que no debo quejarme de la Providencia… Sólo una cosa siento: no tenerlo a mi lado; no oír su voz; no recibir la mirada de sus ojos; no sentir la dulce presión de sus manos; pero tomaré por realidad la constante visión de mis ojos y oídos, y lo tendré cerca de mí, a mi lado… ¡Oh, mi amor!… En mis noches tristes, sin sueño, pálidas, como iluminadas con luz de luna, lo veo siempre cerca de mí; me habla, me acaricia, y despierto satisfecha… Y es que él, aunque ausente, no me olvida, Adela, no puede olvidarme; me ha amado demasiado… ¿Crees que siempre se acordará de mí aun cuando yo esté muy lejos…?

Y sus ojos graves y tristes, me interrogaban ansiosos.

—No, no puede olvidarte; te amará siempre; es tuyo.

—Sí, es mío. No dejes, Adela, que nadie me lo quite.

—Tuyo es y tuyo será; te lo prometo.

—Tus palabras me consuelan. Dame la medicina: con ella engañaremos, unos días, a la unas veces deseada y otras temida Muerte… Dame

un beso, amiga mía, porque ya es hora de que te retires. Mañana volverás, ¿no es así?

—Mañana y todos los días estaré contigo. Para mí, verte es el peor martirio.

—Gracias, Adela. Tu cariño me salva de la desesperación.

Me separé de Blanca, y al salir a la calle, acompañada de Mercedes, me encontré con el doctor Gámez.

—¿Viene usted de ver a su amiga? —me preguntó.

—Sí, señor —le contesté.

—Voy a verla un momento, y muy pronto estaré en casa de su tía. Hágame el favor de esperarme, sola, en su cuarto, pues deseo hablar con usted, sin testigos.

—Muy bien, doctor.

Una hora después, don Marcelo estaba sentado cerca de mí.

Bajo la fría serenidad del médico, se adivinaba cierta triste, desconsoladora inquietud.

—¿Cómo sigue usted, mi querida niña? —me interrogó.

—Lo mismo, doctor. Profundamente triste y preocupada con la enfermedad de Blanca, no hago caso de la mía.

—No hay que descuidar nada. Debemos ver la vida como es y resignarnos a todo.

—¿A todo?…

—Sí; a las desgracias que pueden sobrevenirnos.

—¿Qué dice usted doctor? —le interrogué ansiosa—. ¿Está peor Blanca?

—Se nos va… —murmuró él muy despacio, tratando de disimular su turbación.

—¿Se nos va…? ¡No, doctor, no! —sollocé, ocultando mi cabeza entre mis frías manos.

—Tenga valor y calma. Hay que estar preparados para el golpe que vamos a recibir… No se desespere tanto. Ley universal que a todos abarca es la muerte. Tarde o temprano, la enlutada se posesionará de nosotros.

—Pero no es posible a las leyes naturales acallar el sentimiento.

—No, por desgracia, no —me dijo, viendo que los sollozos casi no me dejaban hablar.

Después, con cariño paternal, tomó en las suyas una de mis manos:

—¡Pobre niña! —murmuró—. ¿Quiere mucho a Blanca?

—Más que a mi vida… ¡Que muera yo, doctor, pero que viva ella!

El rostro bondadoso del señor Gámez se contrajo con expresión colérica.

—Cuando pienso que esos canallas la han matado, tiemblo de cólera y quisiera estrangularles.

—¿Esos canallas?…

—Sí; Sandino y Verdolaga; sobre todo, este último. A golpes morales, a ultrajes, así la ha hecho sucumbir. Ayer le dio el golpe de gracia con un pasquín asqueroso, digno sólo de él, destinado a manchar la honradez y dignidad de la señorita Olmedo y a presentarla al mundo como la mujer más despreciable, ella, la más digna y pura entre todas… ¡Ah, canallas, mil veces canallas…! Hace tres días, aún tenía esperanza de salvarla; ayer la perdí del todo. Los papeles injuriantes que el mismo Elodio le mandó, determinaron la crisis mortal, y hoy es cosa concluida. La enfermedad cardíaca, que en pocos meses llevó a su madre, a la tumba, ha estallado en ella con incontenible rapidez, con explosión mortal… ¡Pobre mártir de la canalla! ¡Pobre joven destinada a apurar, lleno de todos los sufrimientos, el cáliz de la amargura…! Tuvo un amor, único, verdadero, que la hubiera hecho dichosa; lo separaron de su camino para asegurarle la infelicidad, para quitarle un protector fuerte, seguro, constante. ¡Ah, infames…! Se valieron del fanatismo e ignorancia de doña Micaela para inducirla a despachar a su hijo… Gran número de cartas he mandado a Gustavo, pero todas han caído en manos de Elodio. Éste se ha valido de intrigas y de infamias para que nada de nosotros sepa Gustavo. No hay más que hacer sino dejar que triunfe el crimen.

—¿Y no hay esperanza de que venga pronto mi primo?

—No la hay.

—Y la guerra, ¿terminará pronto?

—Por pronto que termine, será demasiado tarde. ¿Ha sabido de él su tía?

—Nada me ha dicho y yo no le pregunto por él porque pensará que es para decírselo a Blanca. Hace días que no nos vemos sino muy de paso; la disgusta que, contra su voluntad, vea yo a mi profesora.

—Hace usted muy bien en no abandonar a su amiga en la desgracia, en sus últimos días.

—¿Conque es cierto que va a morir pronto? —pregunté, llorando.

—Cierto e inevitable. Cuando regrese Gustavo, dígale que Elodio mató a su novia.

—Dígaselo usted, doctor, porque yo me iré tras de mi amiga.

—No. Usted vivirá para consolar a Gustavo.

—¡Pobre primo mío!

Y rompí a llorar amargamente.

El doctor me consoló lo mejor que pudo, encargándome resignación y conformidad.

¿Resignación? ¿Conformidad? ¡Esas las tengo para las cosas que dispone Dios y no para lo que hacen los hombres!…

Tres días después de mi conversación con don Marcelo ocurrió la escena tristísima que voy a referirte.

Llegué a casa de mi amiga y la encontré sola; vestía un traje blanco, de tela delgada, tras el cual se veía la transparencia nacarada de su cutis. Parecía una virgen de Ossian, melancólica y triste, con la tristeza infinita de los que para siempre van a despedirse de nosotros…

Muchas flores frescas colocadas en floreros sobre una mesa y sobre el órgano, perfumaban el ambiente en aquella tarde tibia…

Blanca se levantó del sofá en que yacía reclinada y me estrechó en sus brazos.

Después me sentó a su lado y se puso a jugar con mis manos, reflexiva y meditabunda.

—¿Estás mejor? —la interrogué, por decirle algo.

Me miró con la mirada intensa y estática de sus seductores y sugestivos ojos.

—Estoy hoy mejor que ayer —me contestó; —y me siento tan fuerte que deseo hablar contigo largamente. ¿Tendrás valor para escucharme?

Bajé la cabeza con los ojos anegados en llanto.

—Aunque no puedas, haz valor para oírme… Tú eres la única persona con quien yo pueda hablar, sin rubor, de él… ¿Ha escrito a tu tía?

—Sí… Vendrá pronto…

—¡Demasiado tarde! —murmuró ella.

—No, Blanca.

—Sí, Adela… ¿Quieres hacerme un favor?

—¿Qué deseas?

—Que me acompañes en el órgano: voy a cantar el final de "La Traviata"… Para él; para que se lo repitas a él…

—No tengo valor de oírte; no cantes eso…

—Pues escúchame.

—Te va a hacer daño hablar mucho.

—Llévame al órgano; no desatiendas mis últimos ruegos, mira que te pesará…

Se puso de pie y, cogida de mi brazo, se acercó al órgano, sentándose con una firmeza inesperada en ella.

—Este instrumento me lo regaló él; sus dedos lo han acariciado; que vibren, para él, las últimas notas que mis manos le arranquen… Así se lo dirás… Después que yo muera, que ninguna otra mujer, que no seas tú, lo toque para él, ¡no consientas en eso, Adela!

Yo permanecía a su lado, trémula y sin poder hablar próxima a desmayarme, pero haciendo valor para sostener a mi amiga.

Ella cantó con un sentimiento desgarrador y patético, con una voz inimitable, melancólica; voz de pájaro herido, de tórtola, que arrulla a su compañero muerto.

En aquel instante agonicé yo.

—No seas cobarde —me dijo, cuando acabó de cantar;

—¡Ah, Blanca mía! —sollocé.

—Vamos al sofá; y después, así que hayamos descansado un rato, iremos a mi jardincito. No hay más que un banco rústico, bajo un sauce llorón; pero allí cabemos tú y yo… Tengo muchas flores y quiero contemplar la Naturaleza.

En vano traté de disuadirla de su proyecto: ella enlazó su brazo al mío y me arrastró al jardín, diciéndome:

—Ven; te quedará remordimiento si no me das gusto.

La seguí sin resistencia.

—¡Qué bella es la vida! —exclamó cuando nos hubimos sentado bajo el triste sauce, rozando nuestros pies verde y mullida alfombra. Luego me dijo, suspirando:

—Todo respira felicidad, y mi corazón está tan triste…

—Piensa cosas amenas, Blanca —le dije, tratando de distraerla.

—Dices bien: una casa propia; un hogar dichoso; Gustavo y yo; unos niños jugando; tú cerca de ellos; mucha luz; mucho sol; mucha salud; mucha vida; mucha felicidad; mucho amor; eterno plenilunio: eso es lo que yo deseaba y ¡ya ves lo que tengo!… ¡Oh, sarcasmo de la suerte! Que seáis felices tú y él, con eso me conformo; pero que él no sea de otra. ¿Me oyes, me comprendes, Adela? Que no sea de otra, porque si eso sucediera, mi sombra se interpondría entre los dos; mi recuerdo sería para él un remordimiento. El amor que se comparte no es amor y yo quiero que él me ame con todo su corazón a mí, únicamente a mí… Este anillo él me lo puso y con él me iré; ve que nadie me lo quite. Dile que todo me lo recuerda; que muero amándolo; que no me vaya a olvidar nunca… Tú y Amalia, mis amigas del alma, estaréis a mi lado hasta que cerréis mis ojos con cariño piadoso. Me pondréis el vestido blanco; pareceré su novia muerta… Sin hacer caso de las calumnias, me podréis por adorno flores blancas, y unas de estas flores guardadlas para él… De mis cabellos cortad un rizo, y cuando él venga, ponedlo en sus manos para que lo bese y me recuerde… ¡Ay, Adela, yo me conformo con la muerte, pero no con su olvido!… Ruégale que nunca ame ya; que jamás sus ojos vean con amor a otra mujer; que la expresión amorosa de los suyos sea sólo para mí. ¿Me juras que así se lo dirás?

—Sí, Blanca —sollocé—; pero no te entristezcas ni me aflijas. Él no te olvidará nunca, te lo juro.

—Que no me olvide, sí, que no me olvide… Lo amo tanto que tengo celos hasta de la luz que besa sus ojos; pero tú no dejarás que me olvide… He hecho valor para decirte esto; porque comprendo que ya me voy… Esta luz, estas flores, tú y cuanto amo, no los volveré a ver, puesto que ya no estaré en este mundo; y, ¿tengo derecho para pedir que me amen después que ya no exista? ¿Qué razón hay para que Gustavo se sacrifique al recuerdo de una muerta y no goce las dulzuras de la vida, de un hogar feliz? ¡Un hogar del cual no seré yo el alma! ¡Soy una loca exigiendo un amor eterno! ¿No sería más justo y posible que él viniese a mi lado y me estrechase en sus brazos, muriendo conmigo? ¡Qué grato me sería morir entonces!… Pero no me iré sola: su retrato sobre mi corazón, me acompañará: tú lo colocarás allí… No llores, Adela; si esto tenía que suceder… Le doy gracias a Dios porque tú no me has abandonado; llorosa y triste; me cerrarás los ojos, me compondrás bien, y un

beso de despedida de tus labios amorosos será mi eterno adiós… Una cosa te recomiendo: la pobre Mauricia; ve que no muera en la indigencia… ¡Me ha servido tanto!… Hace días que ha empezado a llorarme, sin que yo lo vea, como si no lo adivinara… ¡Pobre!… ¡También yo he llorado… ¡Por mi juventud perdida!… ¡Por mi amor muerto!… ¡Por Gustavo, a quien ya no volveré a ver…!

Quedóse pensativa y absorta, rodándosele las lágrimas, pero sin sollozar…

Yo lloraba, muda y triste…

La tarde agonizaba en medio de una tranquilidad mortuoria, de una luz opaca y débil, de un aire glacial, y quise llevar a Blanca a su aposento.

—¿Tan pronto quieres que me despida de mi jardincito? —exclamó. Haz de cuenta que ya no volveré a verlo, ni a éste ni a aquél en donde tantas veces nos vimos con Gustavo… Que aquellos sitios poéticos, en las noches de plenilunio, le recuerden a su novia muerta… Y tú, Adela, cuando contemples las flores, el estanque con sus algas, nenúfares y juncias, mariposas y libélulas, ¿pensarás en tu pobre institutriz que tanto te quiso? Porque te he amado, niña mía, con un amor que no puedo explicarme, de madre, de amiga, de hermana, con una ternura verdadera… El recuerdo de la infeliz calumniada ha de ocupar, por algunos días, tu juvenil cabeza… ¿Por qué te hago sufrir tanto, almita querida? —exclamó, estrechándome en sus brazos, viendo que yo lloraba fuertemente—. ¡Qué ingrata soy con este ser que me ama tanto! Pobre corazoncito enfermo de tanto sufrir por mí… Ven, Adela, ven; vamos a mi cuarto. Siento frío; frío en el cuerpo y frío en el alma…

Volvió a enlazarse a mi brazo y nos dirigimos a su salita; antes de llegar me dijo, señalándome unos arbustos:

—Estos rosales han sido sembrados por mí. Dile a Mauricia que te mande las flores de ellos para que adornes la habitación de Gustavo el día que él venga; que lo reciban en lugar mío.

—Cuando estuvimos en su cuarto, me dijo:

—¿Quieres ayudarme a arreglar lo mío?

—¿A arreglar lo tuyo? —le pregunté, sin querer comprenderla.

—Sí, lo mío; lo que ha de servirme… Es necesario que todo esté listo para no trabajar tanto después…

—¡Blanca, por el amor de Dios, no digas eso!… ¡Si no estás grave, si no morirás! —articulé.

Me miró con amorosa tristeza, acariciándome con suavidad los cabellos.

—¡Pobre niña! —murmuró—. Me duele el alma al ver que tengo que dejarte tan triste, tan sola; pero Gustavo te acompañará.

—Yo moriré muy pronto… ¡Yo quiero morirme ya! —articulé, llorando.

—No; yo no quiero que mueras; cuídate mucho para que veles por él; para que me lo conserves mío, y que Dios te haga dichosa, que bien lo mereces, niña querida… Ahora, haz valor para que me ayudes a arreglar mi canastilla de boda… También, con la Muerte se celebran nupcias…

—¡Deja eso, Blanca! —le supliqué—. ¡Deja eso!

Pero ella no me atendió: dirigióse a su armario y empezó a sacar ropa de él…

No tuve el valor de ayudarla; incliné mi cabeza y seguí llorando.

—Aquí queda todo —me dijo, señalándome un entrepaño de los del armario—. Nada hace falta… Creo que voy a quedar bien… El traje que he escogido para el último día, para el viaje eterno, le gusta tanto a Gustavo. Cuando me vio con él, se hizo la ilusión de creer que yo era su novia; cuando vuelva a estar con él puesto, seré su desposada, su desposada que se lleva la Muerte… Si es posible, manda retratarme así que todo haya concluido; que vea él cómo estuve la última vez… No olvides poner su retrato sobre mis labios; después, sobre mi corazón, como tantas veces te lo he encargado.

Se acercó a verse en el espejo de su cómoda.

—¡Qué delgada y pálida estoy! —dijo—. Pero a él le gustará.

—Ven a sentarte, Blanca —le dije, tomándola cariñosamente de una mano—. Te hace daño fatigarte y hablar mucho.

—Dices bien; ya no hablaré.

Reclinóse en un sillón y cerró los ojos; un rato después los abrió, y mirándome con ellos anegados en llanto, me dijo:

—No hay remedio, Adela, voy a morir, voy a morir… He visto a la Enlutada, trágica y sombría, teniéndome a mí con una mano, con la otra a él; tú detrás de nosotros; todos muy pálidos. Caminábamos muy despacio, y las rosas blancas que caían de mi vestido, al recogerlas Gustavo se

iban poniendo salpicadas de rojo… Con la mano que a él le quedaba libre, me asió la mía y me dijo: "No te mentí; tuyo en vida y en muerte". Un frío extraño circuló por mis venas y desperté de mi letargo con la certeza de que ya voy a morirme…

Mucho lloramos, Blanca y yo, hasta que vino Amalia y nos consoló un poco.

Me retiré a casa de mi tía y Amalia se quedó acompañando a Blanca toda la noche.

Dos días después, la crisis mortal se presentó.

Blanca yacía en su lecho, rodeada de todas las personas que la queríamos bien…

Bella y pálida estaba, con una palidez de azucena, de albo lirio, de virgen dormida, a quien la muerte no dejó despertar…

Frescas, animadas por una sonrisa dulce e imborrable, estaban sus facciones, sus hermosas facciones envidiables e intocadas…

En la estancia no se oía más ruido que el de su respiración…

Había flores en los jarrones de porcelana; sobre una mesita, sobre la cómoda y sobre el órgano. Entre flores quería morir, ella, la más preciada.

Un aire tibio movía las cortinas de las puertas y de la abierta ventana.

Un Cristo, angustioso y expirante, con expresión casi humana, crucificado, como lo figuran los cristianos, estaba sobre una mesa, iluminado por dos candelas de cera de Castilla: a los pies de él, de rodillas, lloraba amargamente Mauricia, pidiendo hasta el último instante la salud de Blanca.

El padre Bonila oraba en silencio.

Una mujer, de las curiosas que nunca faltan en estos casos, se acercó al sacerdote a preguntarle:

—¿Se ha confesado la niña?

—No.

—Aún es tiempo, señor…

—No tiene pecados. Ojalá que usted, que se confiesa casi todos los días, fuera tan pura como es ella —la contestó el virtuoso sacerdote.

La vieja se retiró, disgustada, refunfuñando algo que no oí.

Amalia y yo, colocadas una a cada lado del lecho de Blanca, la oprimíamos las manos con ternura, evitando que viera nuestras lágrimas. Ella

abrió los ojos: miró a Amalia, me miró a mí; y con cariño y ternura infinita, nos dijo:

—ld a descansar; anoche no dormísteis…

—No tenemos sueño… Es temprano —articuló Amalia.

—¿Qué hora es?

—Las cinco de la tarde.

—Bien. A las seis, al morir el día, me iré yo…

Guardó silencio, y un rato después preguntó:

—¿Está el doctor Gámez?

—Sí.

Don Marcelo se acercó a ella:

—¿Desea usted algo? —la interrogó.

—Sí, doctor, que cuide a Adela; también se la recomiendo a Amalia. Y a él, dígaselo todo; no lo tengan engañado… Yo me voy, y no quiero que se tenga un mal recuerdo de mí… Tal vez he ofendido a algunas personas, pero no ha sido con intención… A doña Micaela, si la ve, le dice que no soy mala como ella ha creído y que si piensa que en algo la he ofendido, que me perdone, como yo le perdono todo el daño que me ha hecho… Al padre Sandino, lo perdono también, pues me ha dejado morir tranquila… Al único a quien no puedo perdonar es a Elodio Verdolaga… ¡Qué mi muerte caiga sobre él!… En este supremo instante en que todo se olvida y perdona, yo no puedo olvidar ni perdonar el daño que me ha hecho… ¡Me ha asesinado!… Mi juventud, mi amor, mi felicidad, mi vida, todo lo he perdido por él. ¡Ay, doctor, la ciencia de usted ha sido inútil conmigo!… Los médicos no han aprendido a curar las heridas del alma… Voy a morir… Seres a quienes tanto he amado:… ¡adiós!…

Un silencio sepulcral, tan sólo interrumpido por los sollozos de las personas que rodeábamos a Blanca, reinó en la pieza mortuoria.

El doctor, reclinado en un sillón, lloraba en silencio, y yo me sentía morir…

Llegó la hora de darle la medicina.

—¿Todavía?… ¿Para qué?…

Y retiró la cuchara; pero viendo que era yo quien iba a dársela.

—Dámela —murmuró—. De ti todo lo recibo, hasta en el último momento…

Cogió una de mis manos, y poniéndosela sobre su corazón:

—Mucho te ha amado éste que ya no palpitará… ¿Crees que la muerte mata, también, los afectos?

Imposible que yo pudiera contestarle: la besé en silencio, bañándola de lágrimas…

—¡Pobre Adela!… Adiós, doctor. Mil gracias… Ha sido usted mi segundo padre… Que Dios se lo recompense…

Gámez le estrechó las manos, llorando, sin poder hablar.

Ella continuó:

—Adiós, padre Bonilla… No olvido las bondades, los cuidados de usted para conmigo…

El sacerdote la bendijo:

—¡Hija mía, bendita seas!… Que Dios te reciba en su seno, ¡oh, alma pura, inmaculada!

Y ocultó la cabeza entre sus manos.

—Qué venga Mauricia —continuó ella.

La anciana, sostenida por varias personas, se acercó al lecho; pero al ver a su hija, como ella la llamaba, perdió el conocimiento.

—Pobrecita… ¡Llévenla!… —dijo Blanca.

Y volviéndose a las demás personas que estaban en la habitación:

—A todos les doy las gracias por sus favores… por no haberme dejado morir sola.

Tomó una mano de Amalia y otra mía, y, sucesivamente, las llevó a sus labios:

—Adiós Amalia, amiga mía… Adiós, mi querida Adela… Ya no nos volveremos a ver… Adiós, Gustavo, mi único amor… ¡Qué triste me es morir sin verlo!…

Los hermosos ojos se le llenaron de lágrimas, y nosotras la besamos, llorando con ella.

Transcurridos unos minutos de lúgubre y desgarrador silecio, ella murmuró casi ininteligiblemente:

—Gustavo… Gustavo…

Dio un gran suspiro y ya no se le percibió la respiración…

El doctor Gámez hizo una seña a las personas que estábamos presentes…

Después le tomó el pulso y dijo:

—¡Ya todo concluyó!… ¡Descansa, virgen!…

Tanto y tan desesperadamente llorábamos Amalia y yo, que pretendieron quitarnos del lado de ella; pero no quisimos obedecer; teníamos que cumplir su última voluntad.

Haciendo a un lado nuestro dolor, rogamos a las personas nos dejaran solas, y principiamos a arreglarla.

Amalia le peinó los cabellos, besándoselos, y bañándoselos con sus lágrimas que, sobre la profusa y lustrosa cabellera, parecían húmedas gotas de rocío, diamantes de impagable precio.

—Parece que está dormida. ¡Pobre Blanca!… —sollozó.

Y, en efecto, nadie la hubiera tomado por muerta, tan bella estaba; un tinte sonrosado, adiós del para ella último crepúsculo de la vida, animaba su rostro encantador, que la enfermedad y la muerte habían respetado.

Cuando acabamos de arreglarla me desmayé, y, por unas horas, no me di cuenta de nada.

Amalia se encargó de que la retrataran.

Mi tía mandó a buscarme; pero no quise irme. Cerca de Blanca quería pasar yo la última noche.

Al morir el día murió ella; al morir el día debían llevársela.

En un ataúd blanco la pusieron.

Yo coloqué sobre su corazón el retrato tuyo y la cubrí de blancas flores, haciéndome la ilusión de arreglarle su traje de novia.

Una música lejana y varios caballeros con trajes negros, que entraron en la sala de mi amiga, me hicieron pensar en la dolorosa realidad.

—Ya es hora —exclamó el doctor Gámez, acercándose con respeto a la virgen muerta.

El padre Bonilla hizo lo mismo, exclamando:

—Fuiste envidiada por quienes deberían haberte amado; fuiste perseguida y calumniada por un ministro del Altar y por un representante de la justicia; de entre la Envidia, la Persecución y la Calumnia, saliste ilesa… ¡Bendita seas, oh; alma pura…!

Mauricia y otras personas lloraban desesperadas…

Yo me arrojé sobre el cadáver loca, repitiendo fuera de mí:

—¡No te vayas, Blanca!… ¡No me la lleven, ingratos!…

Unos brazos me sujetaron… El ataúd fue tapado y levantado, y yo perdí el conocimiento.

¡Oh amiga de mi alma, para siempre ida que ya no volveré a ver!

Cuando volví en mí, estaba en mi casa: Amalia, a mi lado; mi tía, algo distante…

Me abrazó Amalia y las dos lloramos amargamente…

—He quedado sola, amiga mía —le dije—; ya no tengo quien me acompañe… Blanca se fue…

—Aquí estoy yo; seré una hermana para ti.

—Gracias, Amalia —sollocé—; pero nada puede consolarme de la separación de mi querida Blanca.

—Conformémonos con la voluntad de Dios —dijo mi tía, acercándose a mí.

—Usted no tiene que conformarse con nada —le contesté—; más bien debe darle gracias a su Dios porque Blanca murió y ya no la estorbará… Ahora sólo le resta pensar en la terrible cuenta que va a dar a mi primo cuando, amante y desesperado, le pregunte por su adorada novia.

Ella me miró silenciosa y grave:

—No sabes lo que dices, pobre niña.

—Sé que usted contribuyó a la desgracia de mi amiga y que tiene que dar cuenta de ello a Gustavo.

—No hablemos de Blanca. ¿Quieres tomar algún alimento?

—Nada. De usted no quiero nada.

—Adela, ¿qué tienes? —me interrogó, con cariño.

—Que estoy desesperada. Déjeme ir con Amalia; no quiero vivir con usted.

Se le rodaron las lágrimas y me dijo:

—Me haces sufrir, Adela.

—Más, mucho más, sufrió Blanca por culpa de usted.

—Voy a mandarte a Mercedes para que a ella le digas lo que necesitas. Con Amalia estarás todo el tiempo que quieras, pero de paseo; porque Gustavo no consentirá que vivas en otra casa.

Volvióse a Amalia y le dijo:

—Hágame el favor de acompañar a Adela hasta que venga Gustavo.

—¿En casa de usted?

—Sí.

—¿Para que me calumnien como calumniaron a Blanca? ¿Para qué, si se lo aconsejan Verdolaga y el padre Sandino, me eche usted fuera como lo hizo con ella? No, señora. Llevaré a Adela a mi casa, si usted lo permite.

—No le parecerá bien a mi hijo que mi sobrina no esté conmigo.

—Entonces, vendré a acompañarla varios ratos, por ella, para que usted no me lo agradezca.

—¿También usted está disgustada conmigo?

—Mucho quise a Blanca, y aborrezco a todos los que fueron injustos con ella y la asesinaron. Seguiré siendo amiga de Adela, visitándola y sirviéndola, porque así me lo pidió ella. ¿Acepta que haga esto en nombre de Blanca?

—Me conformo —contestó mi tía; saliendo de mi alcoba.

En otras circunstancias no hubiera podido ocultar su enojo; pero entonces, mi enfermedad y su conciencia deben haberla tenido preocupada. Volvíme a Amalia, y tomándole las manos con afecto, le pregunté:

—¿Quién me trajo aquí, después que a ella se la llevaron?

—El doctor Gámez y su esposa, la señora de Fernández, Joaquín, Mercedes y yo. La pobre Mercedes ha llorado mucho.

—¿Y Mauricia? ¿Dónde está? Ella me la recomendó mucho.

—Está en la casita de Blanca, pero muy pronto se irá a la mía. De mi lado no se separará jamás; ni ella ni la chiquita. Sabré cumplir lo que a mi amiga prometí.

—Haces bien; tú eres la encargada de cumplir lo que a las dos nos recomendó.

—Si Blanca hubiera amado a Joaquín, no habría sido desgraciada. Conmigo viviría, tratándola yo como a una hermana querida.

—Tal vez tengas razón; pero ella sólo a Gustavo pudo amar. Si hay otra vida mejor que esta, Dios debe juntarlos allá, haciéndolos felices. Amalia, si muero antes de que regrese mi primo, prométeme que le dirás, fielmente, lo ocurrido.

—Te lo prometo.

—En mi armario dejaré una narración para él; entrégasela.

—Se la entregaré: no tengas cuidado. Ahora, duérmete.

Cuatro días después de muerta mi hermana, mi compañera del alma, me mandó Joaquín los retratos de ella: entre sus amigas los he repartido: uno he dejado para mí y otro para ti; el tuyo, en este paquete lo encontrarás.

Recostada en su lecho, adornada con albas cortinas; pálida, inmóvil, con los ojos cerrados como si estuviera dormida; leve sonrisa jugueteando en sus labios, suelto el profuso y negro cabello; el traje blanco, elegantísimo, que tú reconocerás; cubierta de flores blancas, mojadas de rocío, levantado el valioso y transparente velo, que más tarde velaría los encantos de su rostro de virgen, descubiertos entonces para ti; iluminada por cuatro cirios, cuya luz, al titilar, daba un aspecto sonrosado, marmóreo, a su semblante lácteo, suave y dulcísimo, impregnado de indecible resignación y tristeza…

Así estaba en aquella inolvidable tarde en que se fue…

Así la vi yo y así la tengo estereotipada en mi alma…

Así la encontrarás tú…

Ya no puedo decirte más, ¡oh, hermano mío!…

Como yo, sufre y llora, que ya no puede haber felicidad para nosotros, hasta que la Pálida, la Enlutada, nos bese con su beso de muerte y nos lleve adonde nuestra Blanca está…"».

Memorandum de Adela para Gustavo (pp. 289-305)

Al regreso de la guerra, Gustavo se enfrenta en primer lugar con el Padre Sandino agarrándolo por un brazo, obligándolo a arrodillarse y a pedir perdón hasta dejarlo tendido en el suelo, donde su hermana lo encontrará en poder de las convulsiones.

«Sin hacer caso de la gente que lo miraba con curiosidad, el doctor Moreno caminó, una, dos, tres cuadras… Al fin llegó a una casa de buena apariencia; era la del señor cura. Sin hacerse anunciar, Gustavo atravesó salón tras salón, hasta que encontró al padre Sandino, sentado, con una novela en las manos. Al ver a Moreno, de un salto, el clérigo se puso en pie.

—Pase —exclamó, arrojando sobre una mesa el libro "La confesión de un bohemio".

—Ya estoy aquí.

—Siéntese, doctor.

—Gracias. No vego a sentarme sino a hablar con usted —testó Moreno con tan extraño acento, que el fariseo se inmutó.

—Estoy a sus órdenes; señor —dijo, sin atreverse a tomar asiento y mirando, con asombro, el traje en que estaba el joven.

—Vengo a pedir cuenta a usted de las infames calumnias que inventó para deshonrar a la señorita Olmedo. —¿Inventar calumnias para ofender a la señorita Olmedo?

—Sí.

—¿Yo?

—Usted.

—¿Calumniar yo a la joven Olmedo?

—Hablo en español, creo —exclamó Gustavo, ya impaciente.

—Está usted en un error.

—¡Infame! ¡Respóndeme. ¿Qué mal te hizo ella?

—Ninguno.

—¿La viste alguna liviandad?

—No.

—¿Trató de enamorarte alguna vez?

—Jamás.

—¿Era insinuante contigo?

—Todo lo contrario, esquiva.

—Entonces, ¿por qué dijiste a mi madre que era impura? y ¿Por qué le aseguraste que te buscaba para cosas mundanas, a ti, ser híbrido? ¿Por qué la hiciste creer que la permanencia de ella en mi casa era una amenaza para la moralidad? ¿Por qué la asesinaste? ¡Responde!

El sacerdote balbuceó:

—Yo no he dicho ni he hecho nada malo en descrédito de la señorita Olmedo… No merezco esos cargos. Aprecio y cariño tenía por ella… He sufrido profundamente con la separación de tan virtuosa joven. —El cura estaba, en efecto, pálido y demacrado, y más amarillo y flaco que una momia.

—¡Cómo finges, impostor! Sé que has perseguido a Blanca con amor insensato, impuro, indigno de un sacerdote; sé que la has calumniado porque no quiso rebajarse hasta poner atención a tus desvergonzadas propuestas; sé que has fanatizado a mi madre hasta hacerla cometer infamias. ¿Qué merece un hombre que se vale del la religión que representa para satisfacer sus malos instintos, para prostituir doncellas y vengar desdenes? ¿Qué merece un sacerdote que, para hacerla cómplice e instrumento de sus negras maquinaciones, fanatiza a una mujer ignorante y penetra en lo más sagrado del hogar para, cometer villanías? ¿Qué merece un sacerdote que cambia su misión de paz y caridad por la de asesino y verdugo? ¿Qué merece un sacerdote que hace de la Castidad una Quimera y de la Concupiscencia un Culto? ¡Responde!

Y cogió de los brazos a Sandino hasta obligarle a arrodillarse.

—Doctor, yo no tuve la culpa… Fue Verdolaga…

—Con aquél me arreglaré después… Pero tú, respóndeme, ¿qué mereces?

—Doctor —exclamó el clérigo, queriendo levantarse— yo no peleo… Mi misión es otra.

—Sí, ya sé; maquinar en la sombra como los cobardes; ser ladrón de honras… ¡Más negra que tu sotana es tu alma! Pide perdón o te mato! —exclamó Moreno levantando un brazo sobre el ungido del Señor.

El cura tuvo miedo y murmuró la frase pedida:

—Sí, he hecho mal, estoy arrepentido.

—¿Confiesas que has hecho mal?

—Sí.

—¿Pides perdón?

—Sí; que me perdonen ella, y usted.

Y sintiendo que los dedos de Gustavo se le enterraban en las carnes como si fueran de hierro, gritó:

—¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdóname, Dios mío!

—¡Qué inmundos renacuajos los que babosean el Altar! —articuló Moreno con sumo desprecio, dando tan fuerte puntapié al levita, que éste se fue de bruces hasta besar el enladrillado de su oratorio. Cuando la hermana del sacerdote fue a buscarle, lo encontró todavía en el suelo, con fiebre, crispados los dedos, delirando y viendo cosas espantosas, porque gritaba horrorizado:

—¡La venganza…! ¡No…! ¡La Justicia…! ¡Quítenmela…! ¡Me mata…! ¡Me mata! ¡Soy asesino y estoy maldito…! ¡Perdón…! ¡Perdón!

Y preso de convulsiones se revolcaba en el suelo como un epiléptico».

Cap. L (pp. 315-317)

Luego es el turno de Verdolaga, que ya ha perdido el cargo de Juez y ha sido condenado por sus delitos, que vive en una casa pequeña y sucia, completamente en ruina. Tras haberle recordado sus infamias y escupirle el rostro con gran desprecio, le dio dos golpes tan fuertes que lo hizo caer al suelo. Cuando el ex juez intenta levantarse, Gustavo lo golpea con la vara de junco muchas veces, despreocupado de sus desesperados gritos, de la sangre que impregnaba sus vestidos, y de su solicitud de perdón.

«El doctor Moreno salió precipitadamente de la casa del cura y, como llevado por el viento, cruzó calles y más calles…

—¿Dónde vive Elodio Verdolaga? —preguntó a un policía que estaba en una esquina.

—¿El que fue Juez de Letras?

—El mismo.

—Ahora tiene otra residencia: vive a dos cuadras de aquí.

Y registrando su cartera, le indicó:

—Avenida Poniente, número 704.

—Gracias.

Y Moreno siguió avanzando hasta entrar en una casa pequeña y sucia, en donde se encontró con Elodio Verdolaga.

En lo que menos pensaba el ex-juez era en tan inesperada visita, y no pudo ocultar su turbación al ver el semblante imponente del joven.

—¿Se le ofrecía algo? —articuló con voz melosa.

—Se me ofrecía arreglar unas cuentas contigo.

—¿Conmigo?

Y se llevó la mano al bolsillo de sus pantalones para asegurarse de que su revólver estaba allí.

Gustavo, que vio tal movimiento, le dijo:

—¡No te tengo miedo y puedo matarte a la hora que se me antoje, cobarde, infeliz! Saca tu revólver, si me temes.

—No; yo no temo nada de un hombre honrado como usted.

—Déjate de frases hipócritas, desvergonzado, criminal.

Y examinando la habitación sucia, asquerosa y desmantelada del Procurador, exclamó:

—Pero qué arruinado estás ahora. Parece que te hace mucha falta el Juzgado y sus gangas. ¿Y fue por el robo de los quinientos pesos que te robaron la varita? ¿O fue por las causas que vendiste a buen precio?

Verdolaga se mordió los labios con cólera.

—No me insulte —dijo.

—¿Insultarte a ti? ¡Válgame Dios! ¿Eres, acaso, susceptible de sentir insultos, tú, que has sido, por años enteros, insulto constante de la sociedad y de las leyes? ¿Tú, que escudado en un empleo, has sido injuria y amenaza perpetua de la gente honrada? ¡Qué pronto olvidas lo que eres y qué bien representas la comedia del descaro! ¿Sentir insultos, tú, que penetras en las casas y a hurtadillas robas lo que está a tu alcance; que explotas a incautos; que engañas y urdes intrigas para saciar tus apetitos de bestia y llenar tus bolsillos, siempre vacíos por el juego y todos los vicios? Si no fuera por las circunstancias en que me encuentro, me destornillaría de risa. Tú, queriendo pasar por honrado y virtuoso? Eso es pedir peras al olmo. Canalla naciste, canalla has vivido, canalla morirás… Pero dime: ¿con qué derecho trabajaste para que me enviasen a la guerra?

—Yo no he trabajado para eso.

—¿No?

—No.

—¿Niegas? ¡Tanto mejor! Siempre el embuste ha sido tu inseparable compañero. También negarás que recogiste todas las cartas que yo escribía a personas de mi cariño y las que me eran dirigidas por éstas; también negarás que engañaste a mi madre, haciéndole creer que Blanca era impura; que había sido… ¡Con saliva voy a estamparte esa frase en tu desvergonzada cara…!

Y Moreno escupió el rostro del ex-juez.

—No puedo aguantar esto —rugió Verdolaga, verde de ira y sacando su revólver.

Gustavo se lo quitó en el acto.

—Tienes que escucharme hasta el fin, pedazo de animal. ¿Qué daño te había hecho Blanca para que la denigrases? ¿La calumniaste porque nunca quiso hacerte el honor de tomar en cuenta que existías? Para ella eras lo que eres: algo menos que cero. Mucho daño le habías hecho y ella sufría callada; pero tú no estabas contento con esa indiferencia; querías algo más. Después de haber engañado y robado al padre, querías prostituir a la hija, y para conseguir tu objeto te valiste de todos los medios que estuvieron a tu alcance. Bien has representado la comedia: halagabas la vanidad de mi madre para explotarla y hacerla que te ayudara a satisfacer tus instintos perversos. Conseguiste lo que te proponías: asesinar a mi Blanca después de haberla hecho sufrir lo indecible; pero con lo que tú no contabas era con que yo, su prometido esposo, vendría de la guerra, sano y salvo, a pedirte cuenta de tu víctima, ¡infame!

Verdolaga dio unos pasos, queriendo huir. Moreno le contuvo, y cerrando la puerta que daba a la calle, le dio dos golpes tan fuertes, que le hizo caer al suelo.

El ex-juez quiso levantarse; pero Gustavo volvió a tirarlo al suelo, y con la vara de junco que tenía en la mano, empezó a darle latigazos, uno tras otro, sin llevar cuenta.

Elodio gritaba, vociferaba, pedía perdón y se retorcía de dolor, mientras sus ropas se le teñían de sangre.

—¡Infame! ¡Carroño! —exclamó Moreno—. Eres tan sucio como cobarde. No te mato por no quitar su presa a la Justicia.

Te haría un gran favor si te quitase de entre los vivos, y no deseo que me debas nada… Si quieres acusarme por haberte castigado, en mi casa estaré.

Verdolaga contestó con un alarido; el doctor Moreno abrió la puerta y salió a la calle».

Cap. LI (pp. 319-321)

Al final, para no sustraer a la justicia un semejante canalla, Gustavo vuelve a casa y se dirige directamente a las habitaciones de su madre para pedirle explicaciones, agradeciendo a Dios por no llevar la sangre de doña Micaela en sus venas.

Arrepintiéndose en seguida por haber sido víctima de dos bandoleros y verdugos de Blanca, doña Micaela, de rodillas, le suplica al que creía ser su hijo que la perdone. Sin decir ni una sola palabra el joven sale del cuarto para entrar en su propia habitación.

«—¿Dónde está mi madre? —preguntó a una sirvienta que encontró cerca de la sala.

—En el oratorio, señor.

—Voy a verla. Si nos buscan, di que no estamos visibles.

—Muy bien, señor.

Gustavo encontró a su madre orando; pero ésta, al verle, suspendió sus oraciones.

—Siéntate, hijito.

—Gracias.

—¿En dónde has estado que no he podido encontrarte?

—En la calle.

—¿En la calle? —preguntó, asombrada.

—Sí.

—¿Tan tarde y sin comer?

—No tenía ni tengo hambre.

—¿Tan urgente era lo que tenías que hacer fuera de casa, que has salido en ese traje?

—Muy urgente. Vengo de castigar a los verdugos, a los asesinos de mi adorada Blanca.

—¿Qué dices? —preguntó la señora, espantada.

—Que vengo de ver al padre Sandino y al ex-juez Verdolaga.

—¡Virgen Santa! —exclamó la mística.

—Les fui a castigar en nombre de Blanca.

—¡Jesús…! —articuló doña Micaela.

—Y ahora quiero que tú me des cuenta de ella, de mi único amor.

—¿Yo?

—Tú; a ti te la dejé. ¿Qué le has hecho?

—¿No sabes que murió?

—-¡Murió! ¿Y con eso quieres acallar el grito de mi pasión? ¡Murió! ¿Y crees que por eso acaba mi amor a ella? ¡Murió!

¿Y por qué no murió en tu casa? ¿No me prometiste cuidarla como si fuese tu hija?

—Ella se fue, Gustavo…

—¡Se fue! ¿Y tienes valor para decirme esa mentira? Tú la insultaste y la arrojaste de tu casa.

—¡Hijo mío…!

—No: yo no soy tu hijo, ni tú eres mi madre… Una madre sólo desea la felicidad de sus hijos, y tú me has hecho desgraciado. Una madre no manda al hijo de sus entrañas a la guerra, a que lo maten, sólo porque así se lo aconsejan unos perversos… Una madre no es el verdugo de su propio hijo… El asesino de su dicha… ¡Ah, gracias a Dios que sé que no eres mi madre, que no llevo sangre tuya en mis venas…!

—Gustavo, deliras —exclamó la señora, llorando.

—No, no deliro. Tú no eres mi madre; tú no tenías derecho de disponer de mi felicidad ni de mi vida. ¿Qué has logrado con matar a Blanca? ¿Que yo la olvide? La amo más que nunca y jamás la olvidaré ni me casaré con otra. ¿Que viva contigo, con la que ha torturado mi corazón asesinando a la única mujer que he amado y que podía haberme hecho dichoso? ¡Nunca! Para mí eres una extraña, por no decir más…

La señora de Moreno seguía llorando, aterrada y muda.

El joven prosiguió:

—¿Cuántas indulgencias te ofreció Sandino para que quitaras la corrupción de tu santa casa? ¿Cuánto dinero le diste a Verdolaga para que me expusiera a las balas? Esos bandidos, valiéndose de tu ignorancia y fanatismo, te han explotado, haciéndote cometer infamias. Infeliz mujer que pudiendo hacer algo bueno, sólo males has causado; que has sido victimaria de los de tu casa, inducida al crimen por falsos amigos y consejeros. Como no pudieron corromper a Blanca, la mataron. ¿Qué consiguieron con eso? Hacerme infeliz… ¡Ah, si yo hubiera sabido las patrañas de esos canallas, no salgo de aquí! ¡Pobre Blanca mía! Me separaron de su lado para que no la protegiera. Estando yo, ella no habría muerto.

Volviéndose a doña Micaela:

—¿No ves lo desesperado que estoy? ¿No tienes ni una frase para consolarme?… Me duele el corazón, me duele el alma, me duele todo… Tal vez creías que estaba conforme porque sufrí callado la noticia de la

muerte de mi novia; pero no era así, es que necesitaba serenidad; la desesperación es una mala consejera. Ahora ya puedo llorar y decir lo que siento.

Se acercó a doña Micaela y poniéndola una mano sobre el hombro, exclamó:

—¡Desgraciada mujer que no comprendes lo que has hecho!… Voy a descansar… Mañana saldré de tu casa.

—¡Perdóname, hijo mío…!

Y doña Micaela, presa de súbito arrepentimiento, como si en aquel instante se hiciera luz en su cerebro, cayó de rodillas a los pies del que creía que era su hijo.

Este la recostó en un sillón y salió».

Cap. LII (pp. 323-325)

Después de vestirse de fiesta, Gustavo se acuesta en su cama, da un último beso al retrato de Blanca y se dispara un tiro en el corazón, cumpliendo de tal forma la promesa de pertenecerle únicamente a su amada. En el gesto desesperado del joven se califica la cumbre extrema a la que puede llegar el espíritu romántico, para afirmar su honor y valor.

«Una vez en su alcoba, Moreno tocó un timbre.

Se presentó Juan.

—¿Mandaba usted, señor?

—Que permanezcas en la antesala hasta que yo te llame.

—Así lo haré, señor.

—Si me buscan, di que no puedo recibir visitas hoy.

—Está bien, señor.

Gustavo cerró las puertas de su cuarto, pero sin echarles llave, y empezó a cambiarse de ropa. Se vistió como si fuese a asistir a un baile y, después de mirarse en un espejo, se dijo:

—Estoy muy pálido; pero así le voy a gustar a mi Blanca.

Cogió el retrato de su novia muerta, y quedó contemplándolo con amor.

Después sacó su revólver, y, viéndolo con cariño, exclamó:

—Tú me harás dichoso, puesto que me reunirás a ella. Una vez dije que tú pondrías fin a mi vida, y la predicción va a cumplirse. Juré que no sería más que de Blanca, y ya voy a cumplir mi juramento… Muy pronto estaré a su lado.

Acostóse en su lecho; puso el retrato de Blanca sobre sus labios, y exclamando:

—Voy a destrozar este corazón que tanto la ama… ¡Dios tenga piedad de mi alma…!

Apretó el gatillo del revólver sobre su corazón desilusionado.

Un ruido sordo, salido de la habitación del doctor Moreno, puso en movimiento a los de la casa…

Doña Micaela que, sin moverse del asiento en que Gustavo la había dejado, continuaba llorando, acudió presurosa…

Adela, sin que nadie la sostuviera, llegó también.

Un espectáculo doloroso y terrible se ofreció a los ojos de las personas que estaban presentes: Gustavo, en su lecho, con el corazón atravesado por un balazo…

El rostro del muerto, pálido, sonriente, gozoso.

Manchas rojas, de caliente sangre, sobre la blanca colcha…

Parecían rojas rosas sobre un campo de nieve…

—¡Que llamen al doctor Gámez! ¡Qué venga corriendo! —gritó doña Micaela, trémula de angustia.

Y como su hijo ni se movía ni respiraba, juzgó que estaba muerto, y empezó a llorar desesperadamente, como una loca, exclamando:

—¡Yo lo maté! ¡Yo lo maté! ¡Por mí ha muerto…!

Y fuera de sí, en la explosión de su dolor, de su inmenso dolor de madre a quien tortura el remordimiento, gritaba:

—¡Estoy maldita! Blanca era inocente, Blanca era pura, y yo la maté. Gustavo era bueno, Gustavo la amaba, y yo lo maté. Verdolaga y Sandino me hicieron mala; me aconsejaron crímenes; …Por ellos soy asesina, ¡asesina hasta de mi propio hijo!…

¡Qué dolor tan terrible el que siento, hijo mío…! Tu pobre Blanca está vengada…

Y lo besaba, procurando reanimarlo…

Y le decía:

—¡Hijo mío, por última vez, mírame…! ¡Háblame…! ¡Perdóname…! ¡Qué tu perdón me sirva de consuelo…!

Adela, sobre el cadáver del que consideraba y quería como a un hermano, había perdido el conocimiento… Todos los sirvientes lloraban con llanto verdadero a su pobre amo. A poca distancia de la casa de Moreno encontraron a Gámez que venía a visitar a Gustavo.

—Doctor, ¡sálveme a mi hijo! —gritó doña Micaela, apenas vio al médico.

—Doctor —dijo Mercedes—; vea a la niña Adela; se ha desmayado.

Don Marcelo miró con cólera a doña Micaela y se puso a examinar, con atención, a su discípulo predilecto:

—¡Demasiado tarde! —murmuró tristemente.

—¿No tiene remedio? —imploró la señora de Moreno, perdiendo la última esperanza.

—Está muerto su cuerpo como debe de haber estado muerto su corazón al sentir la inmensa soledad de su alma… —dijo Gámez.

Doña Micaela volvió a clamar, desesperada:

—Doctor, yo maté a mi hijo… ¡Por mí ha muerto!…

El médico la miró gravemente:

—Sí, señora. Usted lo ha matado. Por usted ha muerto.

Y sintiéndose conmovido ante aquella desgracia irreparable, exclamó arreglando los cabellos de su querido amigo:

—¡La muerte fue tu única consoladora, oh, pobre huérfano del amor!…

Cogió a Adela y echándosela sobre sus hombros, dijo a Mercedes:

—Acompáñame a la alcoba de esta niña.

Mercedes obedeció, llorando.

Gámez, con visible ansiedad, examinó a la señorita Murillo… Su frente se anubló. Hizo una seña a Mercedes para que lo siguiera al corredor y allí le dijo:

—Mándale recado a la señorita Leiva para que nos acompañe… Esa pobre niña dentro de una hora habrá dejado de existir… El golpe que ha recibido ha precipitado su muerte…

De tanto sufrir se le hipertrofió su corazoncito…

Entró en el cuarto de Adela.

—Pobre ángel, ya vas a dejar de sufrir —murmuró para así, cogiendo entre las suyas y bañándoselas de lágrimas, las pálidas manos de la inocente niña mártir.

Aquella calma de muerte tan sólo era interrumpida por el canto de los pajarillos y el aleteo de las mariposas que golpeaban los vidrios de las ventanas jugando con los últimos rayos del sol.

El ruido de la gente que acompañaba a doña Micaela en la gran sala en donde tenía a su hijo, no llegaba hasta allí…

Amalia y varias amigas de Adela la rodearon en su lecho mortuorio… Esta no volvió a abrir los ojos ni a hablar…

Su angustiosa respiración, poco a poco se fue calmando…

Hora y media después, en la sala que ella misma había ayudado a adornar, la pobre niña dormía silenciosamente, lo mismo que su infortunado primo.

La obra nefasta del Procurador Elodio Verdolaga, del sacerdote Benigno Sandino y de la piadosa señora doña Micaela Burgos de Moreno, había terminado con la muerte de la última víctima.

—¿En dónde existes, oh, Dios?»

Cap. LIII (pp. 327-329)

Las amigas: Adela Murillo, Amalia Leiva, Mauricia Rivas

Otros personajes asumen una posición central, funcionando de punto de atracción respecto a los protagonistas, de vehículo para la determinación del desarrollo fundamental del cuento. Es el caso de Adela Murillo, la alumna de Blanca, la rica y enfermiza nieta de doña Micaela, acogida en casa tras la muerte de sus padres que le dejaron un rico capital.

A ella en seguida la conquista la joven enseñante a la que prevé amarla mucho, condensando en estas palabras la admiración, afecto y simpatía que experimenta de inmediato. Al quedarse sola con la profesora Adela confiesa: «No podría decir a usted que la amo con todo mi corazón, que es usted muy bella, y menos aún podría abrazarla» (p. 7), delante de la tía: ella le veda cualquier manifestación emotiva. Por eso se entrega totalmente a Blanca, buscando su compañía que tiene el poder de cazar los miedos que le provoca la soledad nocturna.

«22 de enero de 1900

Hoy hace quince días que empecé a dar clases a Adela. La sala destinada a este objeto es amplia y con bastante luz; da al jardín, y las paredes están adornadas con diferentes cuadros destinados a la enseñanza; hay mapas, estuches, y libros en profusión. Nada omite doña Micaela para la educación de su sobrina; hay que hacerle esta justicia.

Si no fueran los temores que me inspira el padre Sandino y el vanidoso carácter de la señora de Moreno, casi me sentiría feliz en esta casa, pues la señorita Murillo es muy dócil y buena conmigo. Noto en esta niña una tristeza, una palidez, que me alarma: tal vez no sólo sea sufrimiento físico los que tiene; parece vivir temerosa y como quien se siente muy sola. He procurado averiguar sus tristezas y prestarle mi ayuda… ¡Pobre ayuda la mía!… Pero, en fin, mucho puede el cariño, y yo le serviré de hermana.

Ya disponía anoche acostarme, porque nada tenía que hacer, cuando Adela llegó a mi habitación.

—¿No se ha acostado, señorita?

—No —le contesté—. ¿Quieres hacerme compañía?

—Mejor dicho, quiero que usted me la haga a mí.

—¿No hay gente en la sala o no está tu tía en casa?

—Hay gente: está el cura, el doctor Gámez, doña Ignacia y mi tía.

—¿Entonces?…

—Entre ellos, me siento sola, y no tanto ahora como más tarde.

—¿Más tarde?

—Sí; cuando voy a acostarme; duermo sola y tengo miedo.

—¿Miedo?…

—¡Figúrese!… La vieja Pila me refiere cuentos de aparecidos, almas en pena, diablos y brujas, vampiros y murciélagos que han sido gente mala y que salen por la noche a expiar sus culpas.

—¿Quién es Pila?

—La viejita Hermenegilda que cuenta como un siglo de edad; casi no sale de su cuarto; mi tía la conserva como una especie de reliquia que le recuerda tiempos pasados. Sabe muchas cosas y las sirvientas y yo tenemos gusto en oírla referir sus cuentos horripilantes, aunque después nos dé miedo.

—No la conozco. ¿Y crees tú lo que dice esa anciana?

—Aunque mi tía dice que es cierto, yo lo dudo; pero me da miedo.

—¿Y no has dicho a tu tía que busque quien te acompañe porque no duermes bien?

—Se lo dije, pero me contestó que una niña de mi clase debe dormir sola, porque, de lo contrario, nunca dejaré de tener miedo. Ya ve usted…

—¡Qué modo de pensar tan extraño!

—Por eso he venido aquí; para que me acompañe —dijo con timidez.

—¿Te acompañe? ¿Cómo?

—Yéndose a dormir a mi cuarto; no lo separa del suyo más que la salita destinada a usted.

—Pero tu alcoba queda contigua a la sala.

—No, señorita; las habitaciones de Gustavo son las que quedan cerca de la sala.

—Es verdad. Como es tan grande esta casa y yo casi no salgo de mi alcoba, puede decirse que no la conozco.

—Es demasiado grande; hay multitud de habitaciones bien arregladas y que nadie habita.

—Así es el mundo; lo que a unos sobra, a otros les falta.

—La mitad de esta casa dicen que es mía; pero no la quiero.

—¿Por qué no la quieres?

—Porque es muy grande. Yo quiero una casa pequeña, alegre y bonita, para vivir con usted todo el tiempo que quiera acompañarme.

—Eres muy buena, Adela —exclamé abrazándola, cariñosa y agradecida.

—También usted es muy buena conmigo; en nada se parece a mis otras dos institutrices; aquellas me daban clases y se iban a visitar a sus amigas; era para ellas casi una extraña.

—¿Por qué dejaron de enseñarte?

—La primera porque era de mal carácter y no quiso aguantar las impertinencias de mi tía; la segunda, porque ya iba a casarse con el que ahora es su marido, un litógrafo muy honrado. Pero usted sí va a estar mucho tiempo conmigo, ¿no?

—Esa es mi intención.

—¿Y va a dormir en mi alcoba, acompañándome?

—Si; pero con la condición de que mañana pongas esto en conocimiento de tu tía para ver si lo aprueba.

—Muy bien. —Voy a hablarle a Mercedes para que nos ayude a pasar la cama de usted a mi cuarto.

Salió la niña, y poco después vino acompañada de su doncella.

—Gracias a Dios que la niña va a dormir tranquila —dijo Mercedes, mientras Adela sacaba llave a la puerta que conduce de mi salita a su alcoba.

—Quién sabe si se va a disgustar por esto doña Micaela —le dije.

—Sólo que no quiera apreciar la buena intención suya —me contestó, ayudándome a pasar mi cama al cuarto de Adela—. Usted es un ángel, señorita Blanca. Si viera cómo la queremos todos los de la casa. Es usted siempre afable, cariñosa con nosotras, mientras que la señora…

—¿La señora?

—Es muy dura y nos trata muy mal; si la servimos es por la señorita Adela y por don Gustavo y… porque nos paga bien. Pero a usted, a usted, yo le serviría sólo por el gusto de servirla y lo mismo dice Juan, el ayuda de cámara del doctor.

Yo miré enternecida a la muchacha:

—Eres muy buena, Mercedes —le dije con afecto, golpeándole las espaldas.

¡Es tan grato hallar seres que nos amen desinteresadamente!

—Si doña Micaela viera esto, se moriría de cólera —dijo la doncella, aludiendo a mi confianza.

—¡Cómo puedes creer eso!

—Y sería capaz de despedirla para que no diera mal ejemplo a su discípula —concluyó Mercedes.

—No la juzgues así.

—La conozco muy bien y la aguanto porque quiero mucho a la niña; si no, ya me hubiera ido.

—¿Pero no te irás? —le preguntó Adela.

—No; y menos estando aquí la señorita Olmedo.

—Gracias, Mercedes.

La doncella se retiró; y Adela, volviéndose a mí:

—Lo que dice Mercedes es cierto; por eso dije a usted que podríamos contar con ella. Mi tía tiene la culpa de que no la quieran: ¿por qué no trata bien a sus sirvientes, cosa que nada le cuesta?

—Porque eso no entra en su programa de vida, mi querida niña.

—Con Gustavo se disgusta porque trata con afecto a Juan.

—¿No participa de las ideas de su madre?

—De ninguna manera.

—Mejor para él.

—Cuando regrese de su paseo, tendrá usted ocasión de verle y juzgarle, pues casi todas las noches se reúne con sus amigos, en la sala y allí estará usted.

—¿Yo?…

—Eso prometió mi tía al padre Sandino.

—¿Cuándo?

—Ayer; delante de mí.

—Me extraña que doña Micaela haya accedido sin hacer ninguna resistencia.

—El cura le sabe el lado flaco.

— ¡Pobre señora!

—Y dijo a mi tía: "La posición de esta niña es buena; parece humilde, y conviene que la traten bien; además, es la profesora de la sobrina de usted y debe ocupar el puesto que, como tal, le corresponde".

—"¿De modo?"… —preguntó mi tía asombrada.

—"Que debe frecuentar la sociedad que usted frecuenta, con arreglo a las conveniencias sociales y a las prácticas de la Santa Madre Iglesia, cosa que usted no debe echar de menos".

—"No, señor. Si hago cosas que no debo, es por ignorancia; pero allí está usted para que me haga el favor de señalarme el mejor camino que debo seguir".

—"Y siempre lo haré; por gusto y por deber".

—"Es lo justo, señora".

—"Muy pronto la señorita Olmedo gozará de las consideraciones a que es acreedora. Y bien lo merece; porque es culta y honrada" —agregó mi tía contrariada en su fuero interno.

—Para disculpar la derrota de su inveterado orgullo, causada por la lógica de la sotana —exclamé indignada.

—Puede ser.

—¿Así esque tu tía se deja gobernar por el cura?

—Creo que sí.

—Pues vamos mal.

—¿Por qué?

—¿No has leído el libro "El Sacerdote, La Mujer y La Familia", por Michelet?

—No.

—Ese libro explica la perniciosa influencia que los clérigos ejercen en las familias que se dejan gobernar por ellos. Cuando seas mujer y puedas apreciar bien las cosas, lee ese libro.

—Así lo haré. Gustavo lo tiene; y por cierto que se rio una vez que mi tía quiso quemárselo. "¡Quémalo!" —le dijo, con su dulzura risueña, más expresiva que todas las cóleras juntas—. "En las librerías no se agota nunca ese libro. Y, mira, querida madre: cree tú todo lo que quieras creer y déjame a mí en mis estudios serios. Este volumen sirve de mucho y no te ofende".

—Y tu tía, ¿qué hizo? —pregunté a Adela.

—Se lo dejó, comprendiendo que, si se lo, quemaba, compraría otro.

—No es tan dócil tu primo como decías.

—No en todo, por supuesto.

—Eso me gusta: un hombre sin voluntad propia no es hombre.

—Él es muy buen hijo y procura disgustar a su madre lo menos posible.

—En lo cual hace muy bien. Pero ya es tarde, mi querida niña; debemos acostamos.

—A la hora que usted quiera.

—Pues, ahora.

—Cómo se va a reír Mercedes. Mañana, cuando mi tía la mande a despertarme, añadiendo: "Esa niña es más valiente que tú; duerme sola. Vosotras las hijas del pueblo, sois cobardísimas".

—¿Así se expresa doña Micaela?

—Son sus frases textuales.

—¡Pobre señora! —repetí con sincera lástima.

Y en verdad que merece lástima quien es fanática, ignorante, presumida y grosera». Cap. V (pp. 35-39)

Numerosos son los episodios en que Adela intenta dar consuelo a Blanca con sus caricias que, si bien insuficientes para evitar el triste destino de la institutriz, al menos alivian sus penas.

Es ella la que convence a su tía para que le permita a Blanca participar en las relaciones sociales de la casa, aprovechando de los momentos en los cuales doña Micaela estaba de buen humor y ella un poco enferma.

Siempre es la chica la que favorece, como nuevo Cupido, el amor entre Gustavo y Blanca, que al oír de sus labios cuánto es amada, por primera vez en su vida se siente «enteramente dichosa» (p. 144), llorando de felicidad. La misma felicidad que procura a su primo entregando a Blanca los regalos "secretos" que él le hacía. Las palabras de Gustavo a su enamorada lo revelan con gratitud:

> ¡Cuánto debo a esa criatura angélica! Sin ella, no hubiera tenido el gusto de verte usando algo que de mí procedía: no te puedes imaginar el placer tan grande que experimentaba mi alma cuando alguna flor u otra cosa que cuidadosamente había buscado por tí, adornaba tu cuerpo de virgen, inmaculada y deseable… La noche que cumplí años, estaba bellíssima y me hice la ilusión de creer que eres mi novia (p. 158).

Otra vez es Adela la que insiste con dulces palabras suplicantes para que su amiga acepte ir a la fiesta de cumpleaños de su primo y lleve el traje «de seda color amarillo muy bajo, casi blanco, adornado con azul celeste» (p. 91), junto con: «abanico, guantes, zapatillas y medias, todo adecuado al traje» (p. 92). Le regala incluso un anillo «con un hermoso diamante rosa, montado al aire, en el cual se puso a retozar la luz» (p. 92), venciendo la resistencia de la joven convencida de que una pobre institutriz «no pueda permitirse el lujo de tener alhajas valiosas» (p. 93) que inevitablemente suscitan insinuaciones de una mala conducta. En efecto, son todos regalos "escondidos" de Gustavo.

Pese a su fragilidad, revela gran determinación y valor para cuidar a la institutriz, que se siente amenazada por el padre Sandino y Verdolaga y le promete: «No tema usted; aquí estoy yo para defenderla; y está Gustavo y en último caso Mecedes y Juan –los sirvientes– que me son enteramente adictos» (pp. 25-26). Y mantiene las promesas contrastando la infamia

que cae sobre su amada Blanca delante de la misma tía, pese a que ella represente la autoridad [5].

Aún inconscientemente, es motivo de consuelo para Blanca que sufre celos al ver Gustavo con Laura, la "prometida" según los planes de las dos madres. Vamos a ver la siguente descripción:

> Un poco después llegó Adela a mi lado; me besó, recostándose en mis rodillas: los últimos rayos del expirante sol doraban su cabeza; sus cabellos parecían hebras de oro, y la blancura láctea de su cutis le daba el aspecto de una púdica virgen de Ossian, melancólica, poética, con la poesía que hay en las noches de luna, bajo misteriosos bosques; poesía de las leyendas, acariciando mi alma desbordarse en santo amor, la besé con efusión. Sus ojos, sus hermoso hojos extáticos, nacidos para místicas contemplaciones, inundados de ternura, se fijaron en los míos (p. 90).

Y aún mas importante es su presencia para Blanca tras la despedida de Gustavo, lo que refuerza la unión entre las dos.

Típica heroína romántica, es asumida como modelo de virtud y pureza: cada manifestación suya subraya la delicadeza de los sentimientos, la inocencia de un carácter que, con sus dieciséis años de edad, se asoma tímidamente a la vida. Véase la presentación que hace la autora en el citado Capítulo I, además de la siguiente descripción de Adela, lista para la fiesta de Gustavo: «sus rubios cabellos parecían formar una diadema sobre su cabecita adorable y sus formas tenues, de niña impúber, quedaron suavemente aprisionadas bajo el corpiño y cubiertas con su ligero traje de seda, color rosa pálido» (p. 92).

Su curiosidad la transforma en una alumna perfecta:

> Llegada la tarde, Adela y yo nos metimos en el lujoso carruaje de ésta, para dar un paseo por las afueras de la población: la gente que veía en la calle no me interesaba, pues casi toda me es desconocida, y fijé mi atención en las buenas casas y valiosos

[5] Véase el citado Cap. XXXVII.

> edificios que encontrábamos a nuestro paso; y una vez fuera de la ciudad, en la alegre perspectiva del campo, Adela me decía que la tarde estaba muy hermosa y que ella se sentía a mi lado contenta y feliz, porque yo le ayudaba a comprender las obras de los hombres y a admirar las maravillas de la Naturaleza (p. 23).

Dotada de particular sensibilidad, ella experimenta las primeras desilusiones al descubrir la pobreza, la conflictividad del interés que gobierna la escena social: todos eso le conlleva una gran tristeza en cuanto choca con los conceptos de solidaridad y amor. En el impacto con la dolorosa realidad, la decisión de prodigarse cotidianamente para aliviar los sufrimientos de su amiga revela la generosidad de sus acciones: para cumplir con su propósito humanitario se ve obligada a mentirle a su tía en cuanto esta prohibición podría ser fatal para la enferma, abandonada a sí misma. Al regreso de Gustavo de la guerra, ya muerta Blanca, le revelerá los sufrimientos padecidos por su querida amiga y la noticia de que no es el hijo natural de doña Micaela.

Pero la gravedad de los acaecimientos que la ven protagonista mina aún más su ya precaria salud. En efecto, el dolor por la muerte de la amiga y el querido primo es tan fuerte que «se le hipertrofió su corazoncito» (p. 329).

Fundamental también es el papel desarrollado por Amalia Leiva –la hermana de Joaquín, el amigo de Blanca, que para no perder la amistad de la que quiere con pasión, se pone de un lado cediendo el paso a Gustavo por quien siente consideración y amistad profundas[6]–. Aquí sigue la descripción del encuentro entre las dos jóvenes.

«Era el día de la llegada, a la capital, de la señorita Amalia Leiva, hermana de Joaquín del mismo apellido.

[6] La predisposición al sacrificio y la abnegación en nombre de la amistad, no es insólita, en cuanto en el período histórico de la novela se da gran importancia a la ideal concepción de los valores de la amistad y del honor, en nombre de los que se sacrifica también la vida, si necesario.

Hacía un momento que en el patio de la señora de Moreno piafaban cinco bestias, entre ellas un hermoso caballo roano, desensillado. Las otras cuatro, listas para montarse, pertenecían a Blanca, Gustavo, al doctor Gámez y su hijita Ada. Estos últimos habían ido a saludar a la señorita Olmedo, llevando don Marcelo el encargo de representar a Joaquín, pues éste estaba en su casa atendiendo a varios amigos que le acompañarían a encontrar a su hermana.

—¿Qué significan esas bestias? —preguntó doña Micaela a su hijo.

—Hoy regresa a esta población, la hermana de Joaquín, y como la señorita Olmedo es amiga de ella, irá a recibirla con el doctor Gámez y Ada, al hotelito de la señora Lencha adonde llegará Amalia a las nueve y media de la mañana, según me ha dicho Adela —contestó éste con indiferencia.

—Me dijo Blanca que le permitiera ir a encontrar, acompañada de Adela, a Amalia; pero la contesté que fuera ella sola, porque no me gusta que mi sobrina salga tanto. Estas costumbres de hoy tan libres, esas ideas tan democráticas me tienen escandalizada. ¡Blanca, amiga íntima de la hermana de Joaquín! ¡Qué época, hijo, qué época!

Y mirando con intención a Gustavo:

—Al paso que vamos, no será remoto que mañana los caballeritos quieran casarse con las institutrices de sus hermanas.

Moreno, sin hacerla caso, y dominando su impaciencia, le preguntó.

—¿Así es que no quieres que vaya Adela conmigo?

—¿Vas tú también?

—Por supuesto. ¿Qué diría Joaquín si no le acompañase a recibir a su hermana?

—Pero esa institutriz, ¿qué va a hacer con ustedes?

—No lo sé. El doctor Gámez la lleva en compañía de su hija y nosotros no debemos inmiscuirnos en lo que hacen los demás. Hazme el favor de decirme si va Adela, porque se nos hace tarde.

—No irá.

—Entonces, hasta luego.

Y el joven giró sobre sus talones, dejando sola a su madre.

Un momento después la cabalgata salía a la calle, dirigiéndose a la casa de Leiva.

Nunca le había parecido a Joaquín tan hermosa Blanca, como en esa mañana florida en que el sol, con su primicia de admirables tonos, la envolvía de efluvios sutilísimos… Como la vida, henchida de ensueños, rebosante de anhelos, palpitaba en ella, que, espontánea, ingenua, no hacía un misterio de amanecer de su alma en plena floración de deseos, él se atrevió a creer que la joven correspondería a su amor; pero cuando sus ojos, llenos de ternura, interrogaron a los de la amada, halló que los de ésta no tenían nada para él, nada…; pero mucho, sí, mucho, para el doctor Moreno. Al cerciorarse de esto, sintió un golpe rudo, el derrumbamiento de su quimérica ilusión, y su dicha defraudada por el amigo sincero y querido; pero supo sobreponerse a su dolor.

"¿Cómo puede amarme a mí, cuando adora a Gustavo?" —pensó, sintiéndose triste al hacer la inevitable comparación suya con el preferido.

Dejó que Blanca se fuera con Moreno y Gámez, y él, luchando por vencer la abstracción de que se hallaba poseído, púsose a charlar con sus compañeros; mientras en su corazón llovía la amargura.

Más tarde, sin embargo, vino la reacción, y quiso luchar antes del definitivo rendimiento. Acercóse a la joven en el instante en que Moreno se vio precisado a dejarla para atender a un amigo que le hablaba.

—Blanca, ¿quiere obsequiarme siendo mi compañera en la parte de camino que nos falta para llegar a La Selva?

—Dispénseme, Joaquín, pero el doctor Moreno es mi compañero todo el tiempo.

—¿Todo el tiempo? ¿De ida y vuelta?

—Sí. Le debía esta indemnización.

—No sabía que le hubiere usted causado algún perjuicio.

—Es muy posible que usted no lo sepa, pero él si, y me ha dicho que hoy debo saldarle mi deuda.

—Cosa que usted hace con mucho gusto.

—Mentiría si tratara de contradecir a usted. En otras ocasiones también he sido compañera de usted y lo he sido a gusto.

—Pero ahora…

—Ahora lo soy del doctor Moreno.

—Ya presumía yo —dijo Leiva con tristeza—, que estaba de más pretender separarla de Gustavo.

Este y Gámez se acercaron a los jóvenes. Joaquín se alejó silencioso.

Blanca interrogó a Gámez, refiriéndose a Leiva:

—¿Se habrá disgustado conmigo porque no acepté su compañía?

—No. Joaquín es un buen muchacho, incapaz de guardar rencor a nadie.

—Pero es el caso que no me he portado bien con él.

—¿Sientes no haberte venido con Joaquín? —preguntó Gustavo, sintiéndose celoso.

—Hasta cierto punto, sí.

—¡Blanca!…

Don Marcelo se separó de ellos y fue a reunirse con su niña.

—Lo siento, Gustavo, porque ha sido una falta de educación mía, siendo su invitada; pero no puedo, ya lo ves, mandar a mi corazón.

Con qué mirada, con qué acento tan distinto, él volvió a pronunciar este nombre tan amado:

—¡Blanca!

Y permanecía cerca de ella, embriagado con el suave perfume que la joven exhalaba, y cada una de las miradas que ladirigía era de adoración suprema. Sí; suprema, exclusiva adoración.

—Conque al fin sucedió lo que esperaba —exclamó Gámez, acercándose nuevamente a ellos y mirándoles con malicia—. ¡Qué lindo idilio! ¿Cuánto tiempo hace que se aman, amigos míos?

Mientras Blanca, ruborosa, bajaba la cabeza, Moreno contestóle:

—Yo la amo desde la primera vez que la vi, mi querido profesor. La amo…¡Ah, usted no sabe cómo la amo!

—Pues no lo he de saber: como un loco. ¿Podrías amarla de otro modo? Nunca he soñado unión tan perfecta y similar como la de ustedes dos.

Y colocándose entre los jóvenes, estrechó la mano, primero a Blanca y después a su discípulo, y les dijo:

—Les felicito sinceramente y deseo que Dios les haga muy felices.

—Gracias, doctor —repuso Moreno;— pero permítame que le diga que en este caso no sólo su felicitación sino su ayuda necesito.

—Cuenta con ella. ¿Qué quieres de mí?

—Muy pronto se lo diré.

Y contemplando con amor a la señorita Olmedo:

—¿No es cierto, mi querido doctor, que nunca habría encontrado yo una compañera tan ideal como mi Blanca?

—Nunca: puedes estar seguro de ello. Hace días que pensaba eso, acusándote de ciego. Lástima que hayas dejado pasar tanto tiempo; ya debería ser tu esposa. No hay que desperdiciar el presente. El mañana…

Y golpeaba con la mano el hombro de su discípulo, en tanto que éste luchaba por reprimir los vivos deseos de expresar a la bien amada de su alma todas las ternezas que para ella tenía siempre su apasionado corazón.

Una hora después llegaron al hotelito de la aldea La Selva, en donde Amalia los esperaba hacía media hora.

Nada tan seductor como el cuadro que formaron Blanca y Amalia al encontrarse: altas, delgadas, bellas las dos, las dos jóvenes realizaban el tipo ideal de la belleza femenina; sólo que en Blanca había más majestad y flúido magnético que en su compañera; pero las dos eran muy simpáticas y distinguidas.

Así que se hubieron abrazado cariñosamente, fueron a sentarse una al lado de la otra, cerca de una ventana y distantes de los caballeros que charlaban alegremente con las hijas de la hotelera.

—Aunque nadie te hubiera presentado, ya sabía yo que eras tú: mi corazón te adivinó —dijo Amalia a Blanca.

—Lo mismo me sucedió a mí contigo, y siento un placer inmenso al encontrarme a tu lado. No sabes cuánto deseaba verte para decirte lo mucho que te amo.

—Iguales deseos he tenido yo. Aunque ya te conocía por el retrato que de ti me ha mandado Joaquín, quería verte de cerca, pues ya me figuraba que lo que él me decía de ti no era más que un pálido bosquejo de lo que eres y vales. En el retrato estás muy bien, pero tú eres mucho mejor.

—Joaquín se ha excedido al hablarte de mí y tú, al calificarme, mucho más.

—No, Blanca: eres bella y tan simpática y seductora como no soñé que lo fueras. Permíteme que te bese y abrace de nuevo.

—Con mucho gusto.

Las dos amigas volvieron a estrecharse en sus brazos: abrazo sincero, abrazo de amor, símbolo de una amistad fraternal y desinteresada.

—¡Cómo ha tenido razón Joaquín al expresarse tan bien de ti! —exclamó la señorita Leiva, acariciando a su amiga—. El pobre te quiere mucho, ¿no es verdad?

—Es uno de mis mejores amigos.

—¿Amigo? Yo creía que era algo más.

—No, Amalia.

—El, al menos, así lo desea. Y yo también.

—Gracias. Ambos sois muy buenos conmigo.

—Te queremos mucho; eso es todo.

Guardaron silencio durante algunos segundos y después continuaron la conversación; siempre en voz baja.

—Si no me hubieran presentado a Gustavo, no lo habría conocido, tan cambiado está —dijo la señorita Leiva.

—¿No eracomo es hoy?

—No. ¿Hace poco que le conoces?

—Seis meses: el tiempo que llevo de estar en su casa.

—¿No tenías relaciones con él anteriormente?

—En absoluto. Ni con Adela.

—Muy pequeña era Adela cuando yo me fui.

—Ahora ya casi es una señorita.

—Y Gustavo, ¿no tiene novia?

—Hay que preguntárselo a él —sonrió Blanca.

—¿A él?… No es preciso. Ya me dio la respuesta. ¿No ves
cómo te contempla…? Y tú, ¿por que te pones colorada?…
¡Pobre hermano mío!

Y la señorita Leiva suspiró, ensombreciendosele el placer que experimentaba al estar cerca de aquella encantadora joven a quien consideró novia de su hermano por el entusiasmo con que éste le hablaba de ella en todas sus cartas.

—Dejemos esta conversación, Amalia.

—¿Para seguirla después?

—Si quieres, en otro lugar, pero no aquí. Y ahora, dime: ¿tenías muchos deseos de regresar a tu país?

—Muchos; constantemente recordaba todo lo que deje y me era grato: mi hermano, mis amigas de la infancia y, ya lo ves, ninguna de ellas ha venido a recibirme.

—Sé que unas te esperan en tu casa y que otras vendrán a encontrarte; lo que pasa es que nosotros madrugamos.

—Puede ser; pero más bien la pequeña Ada y tú, que hace poco eras una extraña para mí, te portas ahora como mi mejor amiga. ¿Me prometes ser siempre mi verdadera amiga?

—Te lo prometo con toda mi alma. Nuestro cariño será mutuo y verdadero, a pesar del tiempo y de los años.

Aquella promesa hecha en el saloncito de un hotel teniendo por testigos los pájaros enjaulados y los puros rayos del sol, firme fue.

Con un beso sellaron su juramento las dos amigas.

Les avisaron que la mesa estaba servida; y cuando todos hubieron tomado refrescos, Joaquín miró la hora en su reloj:

—Las diez y media de la mañana —dijo—. Saliendo inmediatamente, a las doce estaremos en la ciudad.

—Nada nos atrasa para regresar —dijo el doctor Moreno.

—Aquí tienes un telegrama —exclamó Salvador Robledo—. Ve lo que te dicen y, aunque sea de tu novia, léelo en voz alta.

Joaquín se sonrió y dio lectura al telegrama en que le nombraba Luis Sandoval las personas que dentro de un momento llegarían a encontrarlos; entre ellas estaba el Juez.

—¡Cómo! —exclamó el doctor Gámez—. ¿Viene también el bribón de Verdolaga?

—Viene —contestó Robledo.

—¿Lo has convidado tú, Joaquín?

—No, señor; le conozco demasiado bien para invitarlo.

—El sólo se convidó —dijo Vicente Ramírez.

—Sabe que Quincho tiene un buen almuerzo para sus amigos y esa es su mejor invitación —repuso Clemente Ruiz—. Lo verán qué locuaz estará entre copa y copa de licor. Va a chupar como sanguijuela.

—Se fastidiará —dijo Ramírez—, porque yo puse las tarjetas de los invitados en sus respectivos lugares, y el que él tome, estará en blanco.

—Buen chasco se va a llevar —observó Robledo.

—¡Mejor que mejor! —exclamó Ruiz, sacudiéndose con su pañuelo de seda la pechera de su camisa y sus limpios pantalones.

—No le den de comer, pero denle vergüenza —articuló Gámez.

A las cuatro de la tarde se despidió Blanca de Amalia, prometiéndole que muy pronto volvería a verla. Joaquín y el doctor Gámez fueron a dejarla a casa de de doña Micaela; el primero estaba muy triste, y al despedirse de ella, la dijo:

—Ha sido usted muy cruel conmigo, señorita.

—¿Por qué, Joaquín?

—Porque podía haberme dicho antes que ama a otro, evitándome así un tardío desengaño.

—Yo no he pretendido engañado, Joaquín.

—Es cierto; pero tampoco me ha dicho que Gustavo es su novio.

—Hombre, es que hay cosas que no deben decirse —intervino Gámez.

—¿Por qué no? Ese hubiera sido el veto para mis pretensiones.

—Te advierto que debes guardar reserva, si no quieres perjudicar a tu amiga.

—Jamás recibirá ella un mal causado por mí, doctor.

—Gracias, mil gracias, Joaquín —dijo Blanca.

Y profundamente agradecida y casi apesarada, se despidió de sus amigos.

Joaquín la vio alejarse y suspiró.

¡El triste y callado pesar de los afectos que no son correspondidos y que no pueden morir!».

Cap. XXV (pp. 177-185)

A lo largo de la novela este sentimiento de amistad se reforzará constantemente a través de la condivisión de emociones, impulsos del alma y secretos.

«Blanca y Adela ocupábanse en arreglar los floreros que llevarían a la habitación de Gustavo, no tan contentas y satisfechas como otras veces: sus bellos y expresivos ojos estaban velados por una sombra de melancolía, aunque una a otra se ocultaban la pena que las afligía, temiendo entristecerse más.

—Si vieras cuánto me place el cambio que se ha operado en mi tía respecto a ti. Hasta a la misma Mercedes dice que tú la has conquistado por completo, pues ahora siempre le habla de ti, manifestando que te tiene cariño —exclamó la señorita Murillo, dirigiéndose a su institutriz.

—En efecto, doña Micaela no puede ser más buena conmigo y yo la respeto y quiero mucho. Es la madre de Gustavo y no puedo sino querer todo lo que el ama y a quienes lo aman. Ojalá pudiera yo servir a doña Micaela tanto como lo deseo —dijo, concluyendo de arreglar unas margaritas en el jarrón de porcelana que todos los días colocaba Adela en el escritorio de su primo.

—¿Todavía quieres ser más buena con ella? —preguntó la niña.

—Sí, Adela; hasta llegar a inspirarla una confianza absoluta.

—Por mucho que te quiera, eso nunca lo conseguirás.

—¿Por qué?

—Porque mi tía es así, fría, reservada, sin dar lugar nunca a las expansiones: es así hasta con su hijo.

—¡Cuánto lo siento! —suspiró la señorita Olmedo, convencida de que la señora de Moreno seria para ella muy buena, pero que, por su carácter, no llenaría nunca el vacío que su madre le había dejado.

—Pero en cambio —dijo Adela—, Gustavo se considerará como un esposo cariñoso. ¡Qué ternura, qué solicitud hay en él para ti! Anteayer, que estuviste enferma de algún cuidado, muy preocupado estaba. Hasta por la tarde, que entró a verte y se convenció de que pronto estarías buena, no volvió el color a sus mejillas y la sonrisa a sus labios. Entonces me convencí de que, si te perdiese, se moriría. Te ama tanto, el pobre. ¡Ámalo tú como te ama él!

La señorita Olmedo sonrió con tristeza:

—¿No estás convencida, Adela, de que lo amo tanto o más de lo que él me ama a mí?

—Como te veo con él un tanto indiferente…

—Por respeto a mí misma y, más que todo, por respeto a su madre; ya sabes que a ella no le gustan las efusiones… Pero amo tanto a tu primo, que tengo miedo de darme cuenta de hasta dónde llega la extensión de mi amor a él.

Y los ojos de Blanca, negros, brillantes, aterciopelados, amorosos, como los de una madre cuando mira con satisfacción al hijo amado, se humedecieron con lágrimas involuntarias.

El más allá, ese más allá desconocido, ¿la revelaría en aquel momento lo que el futuro le tenía reservado…? ¡Quién sabe…!

Pero su actitud continuó triste, y en vano Adela quiso distraerla, mostrándole una alegría que ella estaba muy lejos de sentir:

—Si vieses cómo le gusta a Gustavo el vestido que te pusiste el domingo! Estabas bellísima con él, y todos los transeúntes te miraban. Y las niñitas aquellas, ¿no te fijaste?, ya se iban a hincar en la acera y a decir "Santa María", cuando su aya las detuvo diciéndolas que tú no eras la Virgen.

A pesar de su tristeza, Blanca se sonrió:

—¿Quieres hacerme reír? —dijo, abrazando con cariño a su discípula—. ¡Qué buena eres, niña mía…! Pero hoy estoy triste, muy triste, y ya sabes tú por qué… Cuando hay lágrimas en el alma, sólo sonrisas amargas pueden acudir a los labios.

—No hay por qué afligirse tanto, y menos estando yo aquí —exclamó una voz fresca, juvenil y alegre: era la voz de Amalia Leiva.

—No extrañes que venga a verte tan temprano, y si lo extrañas, échate tú la culpa; amanecí con ganas de verte, y aquí me tienes —dijo Amalia a Blanca, después de haber abrazado a sus dos amigas.

—Ojalá estuvieses echándome toda la vida y a cada rato esas culpas, mi querida Amalia; así, nada me haría falta.

—¿Nada? Cuidado con que lo sepa una persona que conozco bien. Afortunadamente, eso, ni yo te lo creo. —Gracias por tu galantería.

—Que está en contradicción con la tuya y que tiene más visos de ser verdadera.

—Ni tú ni yo podemos ser jueces en esto.

Adela se despidió de Amalia para ir a estudiar sus lecciones.

Blanca y la señorita Leiva se fueron a la salita y se sentaron en un sofá, una al lado de la otra, descansando sus diminutos pies en cojines de terciopelo.

Bello tipo era el de la señorita Leiva y bella toda su persona: alta, de esbeltas formas, blanca, con una blancura láctea de lirio impecable, acariciada por los rayos de la naciente aurora; de nariz de corte griego; de la-

bios rojos, de expresión benévola, que daban a su semblante un tinte de plácida melancolía; de ojos azules, de un azul oscuro y profundo, azul de lago dormido e impenetrable, atrayentes y acariciadores, llenos de ternezas irreveladas; de cabellos castaños y profusos que completaban el encanto de aquel rostro digno de una hebrea. Alma buena, inteligencia cultivada y superior.

Por lo que hace a la señorita Olmedo, su fisonomía era dulce y simpática, grave algunas veces, y otras traviesa y alegre como la de una colegiala. Una de las cosas que más llamaba en ella la atención era la frente, una frente que parecía parodiar la de las Madonas de los antiguos y clásicos escultores; frente un poco alta, en que la fantasía, su rica fantasía, vagaba, atrevida e inquieta, quejándose del estrecho molde en que la habían sujetado; sus negros ojos, sugestivos sobremanera, de expresión acariciadora, daban, sin embargo, tal aspecto de firmeza a su fisonomía, que era imposible verla sin pensar que a aquella joven, sujeta siempre a su educación y a su conciencia, no la amedrentarían nunca las amenazas ni se dejaría influenciar por lisonjas, haciendo únicamente lo que a ella le parecía bien hacer, a despecho de bastardas pretensiones.

—¿Conque estás triste, en efecto? —preguntó Amalia a Blanca, estrechando con cariño, entre sus lindas manos, las nacaradas de su amiga.

—Sí; pero a tu lado siento menos mis penas.

—¿Penas, tú?

—Penas, yo. Figúrate que Gustavo se va a la guerra.

—¿A la guerra? —preguntó asombrada la señorita Leiva.

—A la guerra…

—¿Quién te lo ha dicho? —Él. Lo manda el Gobierno en calidad de cirujano del Ejército: ayer tarde se lo notificaron.

—Pues no te aflijas; no le sucederá nada desagradable.

—¡Voy a estar tanto tiempo separada de él!

—Al fin volverá; y, entretanto, ¿no tienes personas amigas que te hagan menos triste su ausencia? ¿No me tienes a mí, que te amo tiernamente?

—Cuánto te agradezco tus frases cariñosas y consoladoras, mi querida Amalia —exclamó la señorita Olmedo, besando a su amiga—. Tú y Adela sois mis amigas predilectas, las que me profesan el afecto de una hermana y me hacen más llevadera la vida. Porque es muy triste para una

joven vivir sola, en lucha con la existencia y teniendo enemigos, y enemigos peligrosos.

—¿Enemigos, tú? ¿Quién es capaz de odiarte?

—¿Quién? Los que me amaron y no quise ni pude amar.

—¿Joaquín? —preguntó con amargura la señorita Leiva.

—¡Oh, no, mi querida Amalia! Joaquín es un buen amigo mío y, además, hermano tuyo: ¿qué mal puede desearme? Yo me refiero a aquellos que me han amado con intención de hacerme daño y que no me perdonan el no haberme hecho su víctima. La mayor parte de los hombres aconsejan a sus hijas ser inquebrantablemente virtuosas, y se enfurecen cuando ellos no pueden vencer la virtud de otras mujeres. ¡Para *lógicos y justos*, los hombres…! Pero prefiero ser el blanco de su odio a seguir sufriendo sus indecorosas impertinencias.

—¿Quiénes son esos mal intencionados?

—Uno de ellos, el cura Sandino.

—¿El cura? —articuló Amalia, cambiando la sonrisa habitual de sus labios por otra que dio a su encantador semblante el fino encanto de la más graciosa malicia—. ¿El cura? No me extraña; te habrá tomado por la personificación de la Virgen; pero ése no es capaz de hacerte daño: un ministro del Señor, humilde, virtuoso y manso… De ése no debes esperar más que bendiciones; su amor debe ser evangélico, místico, no mundano. Ya lo juzgue. Pasemos a otro.

—El otro, tú lo conoces.

—Podrá ser, pero no doy con él.

—El Juez de Letras, Elodio Verdolaga —dijo Blanca, pronunciando con asco este nombre despreciado y sucio.

—¡Ah, ya sé quién es! —exclamó la señorita Leiva, riendo alegremente—. Aquel que le pasó la broma en el almuerzo, el día que llegué a esta ciudad.

—El mismo: el que con la mayor frescura del mundo pidió asiento y plato y se sentó a comer como si fuera convidado.

—¡Qué buen caballero de industria! Noté, entonces, que mucho te miraba, y me llamó la atención su actitud hipócrita y socarrona; un verdadero jesuita. Desde que lo conocí me cayó mal; parece Judas. Por fortuna, a nosotras no nos molestó, y como nadie le hacía caso, se entretuvo co-

miendo, bebiendo y platicando con aquel señor barbilampiño, barrigón y colorado, que parece salmón, y que fue el único que le hizo caso.

—Es su amigo íntimo; se llama Antonio Maldonado y se entienden bien.

—Pero, amiga mía, ese Verdolaga es casado, según me dijo Joaquín. ¿Cómo se atreve a molestarte?

—El se atreve a todo lo malo; por eso creo que será mi verdugo.

—Es un infeliz que dicen que vive preocupado por conservar el empleo que, por favoritismo, le han dado; el día que se lo quiten, se morirá de hambre. No hagas caso de él.

—No creas que le temo; lo desprecio, y me molesta que quiera mezclarse en mis asuntos. Si alguna vez soy desgraciada, mi mayor tormento será creer que lo soy por él.

—¿Desgracíada? Si hay alguna persona digna de ser feliz, esa eres tú. Amas, eres amada, y te espera un porvenir venturoso.

—Bien sé que esos son tus deseos; pero a veces me pongo a pensar en esta vida mía tan anormal, tan llena de contratiempos, combatida siempre por elementos contrarios: inspiro grandes amores y grandes odios. ¿Cuál de estas pasiones triunfará?

—El amor, por supuesto. Ya ves cómo te amo yo —dijo Amalia, besando con afecto a Blanca—. No debes quejarte de mí; al contrario, soy yo quien debo quejarme de ti, ingrata.

—¿Tú? Pero, ¿por qué? —preguntó la señorita, Olmedo, acariciando con sus manos la espléndida cabellera de su amiga.

—Porque yo había soñado vivir contigo, cosa que tú no quisiste; pero que te vea feliz y ya estoy satisfecha. Cuando venía de la capital de Francia, qué de alegres proyectos traía respecto de ti… Llego, y comprendo inmediatamente que mi castillo formado con tanto gusto va a ser destruido por el viento de la realidad, de la realidad de tu amor a Gustavo; pero no me quejo de esto. Tu prometido es una persona superior, digna de la dicha que le proporcionarás. Muchos tratarán de estorbar vuestra dicha, porque el mundo no perdona que haya seres felices; pero no hagáis caso de ridículas pequeñeces. Sé que doña Micaela había dado esperanzas a doña Ignacia de casar a su hijo con Laura, sin consultar la voluntad de éste, y ahora que ya saben que se casa contigo, están muy pesarosas.

—Tal vez no pesarosas, pero sí disgustadas: hace días que no visitan ni a la señora de Moreno ni a Adela. Todo eso me entristece. ¿Por qué mi dicha disgusta a los demás?

—Ya vuelves con tu tema. ¿Acaso ignoras que no hay matrimonio que sea visto de todos con buenos ojos? Tú eres más inteligente y observadora que yo, y ahora haces como si no conocieras el mundo, ni nuestro medio lugareño. Que se case Joaquín, que me case yo, y ya verás, el mismo alboroto, los mismos comentarios, y entonces tú me repetirás las frases que yo te digo ahora. Pero lo cierto del caso es que, ni lo que maquinan y digan el cura y Verdolaga, ni las contrariedades de doña Ignacia y sus hijas, te preocupan tanto como el viaje de Gustavo.

—Has dicho la verdad; temo quedar sin su apoyo moral.

—Tienes a Adela.

—Es una niña.

—A doña Micaela.

—No me inspira confianza, por más que sea buena conmigo.

—Me tienes a mí. ¿Quieres irte a mi casa?

—¿A tu casa? ¿Y Joaquín? —exclamó, pensando en su novio.

—Es cierto; pero es muy fácil alejar a mi hermano.

—Eres muy buena y generosa, querida mía; pero no puedo pasarme a tu casa, aunque sí te encargo y suplico que vengas a verme todos los días. Yo no iré a verte, porque no quiero dar motivos para que me calumnien, y si Gustavo llega a tener una sospecha de mí, me moriré de pena.

—Ahora me pesa que te haya amado Joaquín; pero me voy a empeñar en que se case luego con Luisa Ocanto, que es muy juiciosa y simpática. ¿Te parece?

—Me parece. Luisa es muy buena y yo la quiero mucho.

—Ya no hay más que decir: matrimonio hecho. Y entonces podré estar contigo como se me antoje, sin temer la opinión pública.

—¿Ni la de Salvador Robledo?

—La de ése menos que la de ningún otro.

—¿Te permitirá estar conmigo?

—¡Ya lo creo! Si nos casamos, nuestra casa será también vuestra y viviremos todos como hermanos. ¿Te gusta?

—¿Cómo no me ha de gustar, cuando es lo mismo que he pensado yo? Juntas siempre que se pueda; nuestra amistad será eterna e invariable. Alegrías, pesares, todo lo compartiremos.

¿No es agradable una vida así, pasada en la más completa armonía, entre las personas que amamos y que nos aman? ¿Y Adela? Nunca la abandonaré: la pobre niña ha sido para mí una providencia. ¡Qué cariño tan desinteresado el suyo! Es muy buena mi Adela.

—Un ángel. Su carita de adolescente respira bondad. Lástima que viva tan triste; parece un lirio a quien falta luz y calor; pero contigo, con nosotras, si quieres, nueva vida tendrá ella.

—Una vida libre y feliz, como la que hemos soñado para nosotras.

—Eso es precisamente lo que le hace falta: libertad. La presión que sobre ella ejerce su tía, la mata. Pero ya es tarde; me voy, Blanca.

—¿No te quedas a almorzar conmigo, solas las dos?

—Gracias. Me espera a almorzar Joaquín. Mañana volveré, porque tú, en estos días, creo que no saldrás.

—A ninguna parte. Dentro de un rato te mandaré el libro que te prometí ayer; es muy interesante y bonito. Cuidado vas a dejar de venir por estar leyéndolo.

—-¡Cómo puedes creer eso, mi querida Blanca!

Se abrazaron y besaron las dos jóvenes antes de separarse.

¡Ah, la unión, la tierna unión de las almas buenas!

¡Ah, la amistad, la pura amistad de los corazones generosos!».

Cap. XXXII (pp. 219-225)

Una amistad que encuentra nueva fuerza durante la enfermedad de Blanca, que recibe las cariñosa atención de Amalia, su defensa ante las acusaciones de doña Micaela que «sólo merece desprecio y vivir alejada de la gente buena» (p. 260).

«Cuando Blanca se despertó, el doctor Gámez y la señorita Leiva estaban a su lado: así que los hubo reconocido, se puso a llorar, inconsolable, abrazada a su querida Amalia.

—Consuélese, señorita —dijo el doctor—. Sabemos lo que le ha ocurrido y lo deploramos sinceramente. Es usted víctima de la grosería de una mujer sin educación y de dos hombres pícaros; dos reptiles que la odian porque es usted honrada y nunca ha querido rebajarse hasta poner atención a sus ofensivas e injuriosas propuestas; dos víboras inmundas que todo lo que ven puro quieren mancharlo con su pestilente baba, emponzoñarlo con su virus venenoso; el uno es el cura Sandino, que la ama con amor de bestia, desesperado e incontenible: el otro es Elodio Verdolaga, el hombre más arrastrado, bajo y ruin que conozco; que vive hambriento de oro y de alcanzar una posición social que nunca conseguirá, y que por unas cuantas monedas vendería su alma al, diablo, así como ha vendido sus flacos servicios a quien, valido del puesto que hoy ocupa, ha hecho que le den el empleo de Juez de Letras que ahora tiene, escudado del cual denigra e insulta a las personas honradas de esta ciudad. Los hombres que se valen de un empleo para molestar a los que no quieren, son lo más vil y cobarde que pueda verse: merecen estar en una cloaca, confundidos con los gusanos, sus iguales; a éstos pertenecen Verdolaga y Maldonado. Los dos me odian: el primero porque se me ofreció para hacerme una partición *no por interés de ganar, sino por deseo de servirme*; cuya partición, motivos ajenos a mi voluntad, me hicieron no dársela. (Entonces no le conocía como le conozco ahora). El segundo se ha valido de la Alcaldía Municipal para molestarme, porque no quise dar una declaración a favor de él. Tales hombres, mejor dicho, tales víboras, no deberían estar en el mundo. Pero volvamos a usted, mi querida niña. Si le es posible, sírvase decirme por qué piensa que la injurió doña Micaela.

—Ya debe usted presumirlo, doctor —sollozó Blanca.

—¿Porque la ama Gustavo?

—Por eso.

—Así pensamos mi esposa y yo; pero la señora no habría llegado a tal extremo, si Elodio y Sandino no se lo hubieran aconsejado.

—Es probable que así sea. Lo que les aseguro es que doña Micaela ha empleado para despacharme de su casa, palabras tan atrevidas y groseras, que me han herido el alma… Nunca pensé que se hubiera portado conmigo de ese modo. ¡Dios la perdone!

—¡Qué la va a perdonar Dios! —exclamó Amalia—. Dejaría de ser Dios si la perdonase. Lo que ha hecho contigo no merece perdón ni tiene

igual en los anales de la vida. Si no fuera por Adela jamás volvería yo a poner los pies en casa de esa vieja. Esa mujer sólo merece desprecio y vivir alejada de la gente buena; lo malo es que tiene dinero y para ese señor no hay puerta cerrada. Ayer, después que se fueron las visitas que tenía, me dirigí a casa de doña Micaela, temerosa de que te hubiera sucedido algo desagradable; pero ya no estabas tú: sólo encontré a Adela, desesperada y llorando a mares. Me contó el motivo de tu marcha. La pobre niña no se consolará jamás de tu separación… Aquella casa, sin ti, está tristísima, helada… Adela, llorando, me enseñó cada uno de los objetos que te habían servido, las cosas que habías dejado… Las flores marchitas, el órgano mudo; las habitaciones vacías, como si hubieran sacado un cadáver. El alma, la vida, la animación y el contento, murieron al salir tú… ¡Ah! Blanca, mi querida Blanca, qué alta nos haces… La pobre Adela se va a enfermar de tanto sufrir.

—¡Pobre niña! —murmuró la señorita Olmedo—. Lo que más siento es no poder verla porque doña Micaela se lo impedirá. Qué suerte la mía, no poder gozar ni proporcionar felicidad a nadie. Usted me conoce desde niña, doctor; sabe que mi historia es luctuosa y triste: una historia de lágrimas e infortunios.

Pues bien: si sólo a mí me comprendiera la desgracia, nada diría; pero hago infelices a muchos de los que me rodean y profesan cariño.

—No diga eso, mi buena amiga. Es cierto que usted ha tenido algunas contrariedades, pero casi todos las tenemos. El tiempo cambia, y usted no debe juzgar su vida futura por la actual, y ni pensar que hace desgraciados a sus amigos; todo lo contrario. La señorita Leiva, mi familia y yo, nos consideramos felices, y de esa felicidad usted nos proporciona una parte.

—Gracias, doctor. Siempre generoso usted para conmigo. Aún hay almas rectas y buenas en este mundo. La amistad suya y sus pruebas de cariño y aprecio hacen menos dura mi situación. Mi salida de casa de doña Micaela no será un misterio; los extraños harán los comentarios más desfavorables, y aun cuando no los eran, doña Micaela se encargará de manchar, sin compasion, mi puro nombre. ¡Dios mío, si llegaran a creer lo que ella dice! Si hay quien pueda creer eso, prefiero morirme ya.

Y la señorita Olmedo cubrióse el rostro con las manos, amargamente.

—No te aflijas así —la dijo Amalia, tratando de consolarla—. ¿Quién que tenga sentido común, va a creer las mentiras que doña Micaela y sus secuaces digan? De ti se creerá lo que eres, a despecho de ellos. Los mismos sirvientes de la casa Moreno hablan de ti con cariño y respeto, acusando a doña Micaela de lo que ha ocurrido. Ya ves que no debes tener cuidado; tu limpia conducta no podrán ensuciarla, por más que quieran.

—Pero la calumnia, amiga mía, por más injusta que sea, siempre deja alguna sombra, alguna mancha. La naturaleza humana, está hecha de tal modo, que acepta con facilidad lo malo que se dice de una persona y le cuesta reconocer lo bueno que se ve en otra. Ahora bien; yo estoy convencida de que más de algún individuo que no me ve con buenos ojos, pensará mal de mí; y también que, habiéndome ocurrido con doña Micaela lo que ustedes saben, ya no puedo ser la esposa de Gustavo.

—¿Y por qué no, señorita? —preguntó el doctor.

—Porque es indecoroso que después de haberme injuriado la madre, me case con su hijo.

—¿Con el hijo? Si usted sabe tan bien como yo que Gustavo no es hijo de la señora de Moreno. En cuanto llegamos la señorita Leíva y yo, nos dijo Mauricia que ya estaba usted enterada del origen de su prometido; pero como son asuntos estos tan delicados, conviene no divulgarlos. Ya ve que entre doña Micaela y Gustavo no hay parentesco y, por consiguiente, ningún obstáculo para el matrimonio de ustedes.

—¿Sabe Gustavo que doña Micaela no es su madre? —preguntó Blanca.

—No lo sabe.

—Pues da lo mismo.

—¡Cómo va a dar lo mismo! Así que regrese lo ponemos al corriente de la situación, le explicamos su origen.

—Doña Micaela asegurará que es hijo de ella.

—Mauricia y yo diremos lo contrario.

—Esa es una prueba muy difícil de establecer.

—Pues demos por cierto que ni se establezca ni se pretenda tal cosa. Bástele a usted saber que Gustavo no tiene sangre de una mujer de las condiciones de la señora de Moreno.

—Sabiendo esto, ¿qué más quieres saber, Blanca? —dijo Amalia—. Por lo que hace a mí, nunca he podido hallar afinidad entre la madre y el

hijo; pero yo lo atribuía a la educación que él ha recibido. ¿No es por eso? Mejor que mejor.

—Los padres de Gustavo eran personas inteligentes y distinguidas. Doña Micaela siempre ha sido, lo que es: burguesa sin dinero y burguesa con dinero. Nunca hubiera podido usted simpatizar con ella —dijo Gámez.

—Ni vivir a su lado —agregó Amalia—. Por fortuna, ninguna falta te hará estar en su casa, Blanca; porque te sobran personas amigas que deseamos tenerte en nuestra compañía. A eso vengo yo: a ofrecerte, por segunda vez, mi casa; a llevarte hoy mismo, si es posible.

—Gracias, amiga mía —exclamó Blanca, con efusión—; pero no puedo irme contigo; ya tú sabes por qué; Además, dirán, con dañada intención, que he salido de casa de doña Micaela para irme a la tuya, porque ansío estar al lado de Joaquín. Gracias, de nuevo, amiga mía; pero prefiero estar con Mauricia; tal vez, en mi aislamiento, nadie se acuerde de mí, excepto las personas que me aman y consideran.

—Mucho me temo ser tan desgraciado en mi propuesta como lo ha sido la señorita Leiva; pero el deseo de mi esposa, el de mis hijos y el mío, es que usted nos haga el favor de trasladarse a nuestra casa. Espero que aceptará nuestra oferta.

—Es duro para mí tener que desechar las proposiciones de personas a quienes estimo y quiero y a quienes debo muchos favores; pero, mi buen doctor, yo no puedo salir de esta humilde casa sin exponerme a llamar la atención, y sólo deseo vivir alejada del mundo que tanto daño me ha hecho. Crea que mucho le agradezco su generosa oferta, mucho más en las actuales circunstancias.

—Pero, Blanca, usted no podrá vivir aquí sola con su aya.

—¿Por qué no, doctor?

—Porque estará expuesta a que la ultrajen.

—Que se atrevan —exclamó la joven, incorporándose animada—. Dios me dará fuerzas para defenderme, si me atacan.

—No hay que llegar a ese extremo pudiendo evitarlo —observó el doctor—. Y usted es muy joven y muy bella y tiene la perspectiva de un porvenir muy feliz; para exponer su vida en una defensa desigual.

La señorita Olmedo movió la cabeza, suspirando:

—No espero larga vida, doctor.

—Pues la tendrá sin esperarla, porque yo no estoy dispuesto a dejar que se nos vaya.

—Me retiro, pero antes veré en qué estado queda su calentura.

Y tomó el pulso de Blanca, exclamando con alegría:

—Mejor, mucho mejor. Más tarde mandaré otro remedio, pues no dejará usted de tomar medicinas, hasta que esté completamente buena.

—Gracias, mil gracias, doctor.

Se despidieron Amalia y el señor Gámez de Blanca; ésta quedó sola con su aya, bendiciendo a la Providencia porque le había dado amigos tan buenos como los que acababan de estar a su lado».

Cap. XL (pp. 315-317)

La desesperación de Amalia es total al oír las últimas palabras de la querida amiga que después de besarle la mano, murmura casi ininteligiblemente el nome de su amado (p. 302).

Otra mujer que se acerca al grupo de las aficionadas de Blanca es el aya Mauricia Rivas, que además de serle amiga, le ha hecho «de madre cariñosa» (p. 19), considerándola «mejor que la mejor hija» (p. 165), dándole «muchos buenos consejos y muchas horas tranquilas y resignadas, –explica la joven– no dichosas, que dicha no puede haber para esta desheredada de la fortuna, para esta huérfana que, desde que murió su padre, no sabe lo que es alegría» (p. 19). Las dos nunca se separaron hasta el día en que Blanca se fue a trabajar a la vivienda de doña Micaela, a dos kilómetros de distancia.

La casita en la que vive junto a una niña que la ayuda es de propiedad de Blanca, que la describe a Adela de la siguiente manera: «además de la despensa y cocina, consta de la alcoba de Mauricia y de la mía, y de dos cuartos pequeños que me sirven de salita y de escritorio respectivamente. Todo amueblado con los restos de mi pasada opulencia» (p. 85).

Mauricia es una presencia constante en la vida de Blanca, un punto de referencia familiar, todavía más importante tras la pérdida del doctor Olmedo: ella la protege de la soledad y la desesperación.

«3 de mayo de 1900

La escena ocurrida ayer tarde, cuando regresaba de casa de Mauricia, me puso profundamente disgustada y triste… ¡Verdolaga!… ¿Por qué este hombre fatídico, como el genio del mal, se mezcla en todo lo mío? ¿Qué objeto tiene su precipitada salida de donde mi aya? ¿Por qué detuvo a Mercedes y le dio un pañuelo con las iniciales de mi nombre y que, sin embargo, nunca ha sido mío? ¿Qué nueva infamia prepara contra mí ese verdugo? ¡Oh, yo lo sabré y estaré alerta, porque él es capaz de todo lo malo…!

Así pensé anoche, en el silencio de mi lecho.

Como habíamos convenido con Mercedes, hoy a las seis de la mañana fuimos las dos a casa de mi aya: la encontramos acabando de barrer su casita y se sorprendió mucho cuando me vio:

—¿Qué te trae, hija mía? —me dijo, después de abrazarme.

—Una cosa inesperada —le contesté, sentándome en un taburete, pues la marcha ligera que había llevado me agitó mucho.

—Habla.

—¿Salió de aquí un hombre, ayer, después que nosotras nos fuimos?

—-Sí.

—¿Le conociste?

—¿Qué si le conocí? ¡Pues no lo había de conocer! —exclamó mi aya, con cólera. Es el verdugo, el asesino de tu pobre padre. El autor de tu pobreza y de todas nuestras desgracias.

—¿Qué andaba haciendo?

—¡Si casi no lo sé… Entró, sin saber yo cómo, por la puerta del pasillo, y llegando hasta mí, me preguntó.

"La señorita, ¿ya se fue?

"¿Cuál señorita? —le dije, con mal humor.

"Blanca; ninguna otra me espera en esta casa.

"Eso es mentira y aquí no hay nadie.

"Pues me engañó, porque me dijo que no se iría sin verme".

Y sin decir más, salió precipitadamente por la puerta que da a la calle.

—¡Qué hombre tan infame! —exclamé, con mal contenida cólera.

—¿Te ha hecho algún daño?

—Hasta ahora, no; pero presumo que procurará molestarme.

—Pues ten mucho cuidado.

—Si vuelve, no lo recibas y dile que tienes orden terminante mía de echarlo.

—Es tan fresco que nada le da cuidado.

—Veremos. Me voy porque no puedo disponer de más tiempo; y, te lo repito, no dejes que ese canalla profane tu albergue, que, aunque de pobreza y soledad, es albergue honrado. ¡Adiós!

—Adiós, mi querida hija. Dios te proteja.

—¿Has visto hasta dónde llega la maldad de ese hombre? dije a Mercedes, así que estuvimos en la calle.

—Es un reptil. ¡Molestarla a usted, que a nadie hace daño!

—Con razón decía mi padre que los enemigos más peligrosos son los gratuitos; hacen daño porque sienten placer en hacerlo.

—Pero le llegará su día, señorita; porque Dios no puede tolerar tantas infamias. ¡Hacer que duden de la honradez de una joven como usted!

—¿Hay quién duda de mi honradez, Mercedes? —pregunté, visiblemente impresionada.

—Sí; pero no será por mucho tiempo.

—¿Pero quién, dímelo, para explicárselo todo?

—Quien vio lo ocurrido ayer tarde.

—¿Gustavo? No. Si no puede dudar de mí. Cuéntame lo que sepas, Mercedes. ¿Qué te ha dicho?

—Que de dónde venía usted.

—¿Y bien?

—Le referí lo ocurrido, sin omitir nada.

"¡Me engañas muchacha! —me dijo, agarrándome de un puño.

"No lo engaño, —le repuse.

"¿Qué andaba haciendo Blanca en esa casa?

"Viendo a su aya, una viejita.

"¡Qué aya, ni qué viejita, ni qué nada!

"¡Señor!…

"Di la verdad!

"Pero si ya Ia he dicho.

"No es ésa. ¿Y aquel hombre que salió después?

"Nosotras no le vimos.

"Que no vieron a Elodio Verdolaga? Y por qué recibiste el pañuelo que te dio, diciendo que tu señorita lo había dejado?

"La sorpresa me hizo recibirlo. Pero el pañuelo no es de la señorita… Ese hombre es muy malo, doctor… "Muy malo, ¿eh?

"Y no quiere a la señorita.

"Me parece que la quiere demasiado.

"No piense malas cosas de ella.

"No pienso nada. Dáme el pañuelo que dices que no es de Blanca".

Como aún lo tenía en la bolsa de mi vestido, se lo entregué.

Él lo tomó, y después de examinarlo:

"¡Ves" —me dijo con rabia— tiene su nombre, es de ella, y tú negabas… Te voy a estrangular si me vuelves a mentir. ¡Ah, como se engaña uno!".

Y me dejó sola, llevándose el pañuelo.

Entretanto, yo, aterrada, escuchaba esta relación; y cuando Mercedes acabó de hablar:

—Estoy perdida, deshonrada injustamente —exclamé llorando.

—Por Dios, señorita, no llore; todo se pondrá en limpio, y nadie creerá lo que ese hombre pretende que crean.

—La calumnia mancha.

—Pero no a usted.

—¡Y ese pañuelo! ¿Por qué ha mandado poner mi nombre en un pañuelo que nunca ha sido mío?

—Para que crean más fácilmente su mentira.

—Dices bien. ¿Y Gustavo lo tiene?

—Sí, señorita.

—¡Dios mío!

—Cálmese, por piedad. Vamos a casa; es necesario ir tranquilas.

—Tienes razón.

Y dominando mis nervios, logré serenarme.

Al penetrar en casa de la señora de Moreno, encontramos en el portón del lado de adentro, a Gustavo; su vista me turbó tanto, que quise retroceder; pero Mercedes me detuvo:

—Es por aquí, señorita; suba usted —me dijo la muchacha, señalándome la, escalera.

Yo estaba como petrificada; pero haciendo un gran esfuerzo:

—Es verdad. Buenos días, doctor —dije, pues no me fue posible no saludarlo.

—Buenos días, señorita. Mucho sale usted ahora —exclamó con intención, como para detener mi marcha.

—No tanto.

—Y con esta mañana tan fría…

—Tenía urgencia de ver a mi aya.

—¡Un aya! ¿Tiene usted un aya, señorita?

—Sí, señor; vive en la casa número 206, Novena Calle Sur; se llama Mauricia Rivas.

—¿Vive sola?

—Con una chiquita que la acompaña y que varias veces ha venido a preguntar por mí; pero creo que solo Mercedes la ha visto.

—Es posible. ¡Ve tantas cosas Mercedes que no vemos los demas!… Pero, volviendo a la señora; si tan sola vive, iré a verla un día de estos. ¿Quiere usted hacerme el favor de acompañarme? —me preguntó, siempre mirándome con burlona intención.

—Deseo que no se tome la molestia de ir a ver en Mauricia; menos aún, cuando comprendo que duda de la existencia de ella—le contesté con dignidad.

—Pero, ¿presentándomela usted?

—Doctor —le dije con tristeza—, comprendo el sentido de sus palabras y le aseguro que no las merezco. ¡Engañan tanto las apariencias! Algún día me verá usted tal como soy y no como las circunstancias y mis enemigos me hacen aparecer.

Y alcé hasta los de él mis tristes y puros ojos, para que viera que no le mentía; que ni sombra ni mancha de pecado había en mi conducta.

Él se acercó precipitadamente a mí:

—¡Dígame la verdad, pues! —me suplicó con un acento en que creí distinguir celoso cariño.

—Ya usted la sabe.

—Pero quiero oírla dicha por usted.

—En otra ocasión: ahora es tarde y quiero que no me echen de menos en la casa. ¡Adiós!…

Y me dispuse a subir; pero él me detuvo, cogiéndome una mano y estrechándomela con fuerza:

—Adiós… No olvide que tiene que hablar conmigo y contármelo *todo*, *todo*.

Mientras subía la escalera, sentí quel él me seguía con la vista.

—¡Qué pálido está! —dije a Mercedes, una vez que estuvimos en mi alcoba.

—Lo mismo que usted. Creo que él no durmió pensando en usted y que usted no durmió pensando en él.

—¿Qué dices?

—Lo que pienso.

Y viendo que yo iba a protestar:

—Lo que yo pienso, sólo usted lo sabe, niña Blanca.

Me quedé pensativa, sin decir nada por no decir mucho.

La muchacha continuó:

—Voy a despertar a la niña Adela para servirles el café. ¡Hace un frío…

Todo el día estuvo Adela triste, casi taciturna, y yo, pensativa.

Por la noche, una vez solas en la alcoba de ella, quise romper el mutismo que entre nosotras reinaba:

—¿Por qué estás triste, Adela? —pregunté a mi discípula, sentándola a mi lado y obligándola a apoyarse en mi pecho.

—Por muchas cosas.

—¿Por cuáles?

—Ya las sabe usted.

—No sé nada.

—¿A dónde fue ayer tarde?

—A ver a mi aya.

—¿A ver a su aya?

—¿Lo dudas? Es la viejita de quien te he hablado, aunque muy a la ligera: una señora muy buena que sirvió a mi madre y me ha cuidado a mí como si fuera su verdadera hija; no me he separado de ella hasta que vine a esta casa. Un día de éstos, si te lo permite doña Micaela y tú quieres ir, te llevaré a conocer mi palacio, que ella habita: además de la despensa y cocina, consta de la alcoba de Mauricia y de la mía, y de dos cuartos pequeños que me sirven de salita y de escritorio, respectivamente. Todo amueblado con los restos de mi pasada opulencia. ¡Si vieras cuántos recuerdos traen a mi memoria!…

La niña suspiró:

—¿Con quién vive esa señora?

—Con una chiquita: aquella que viene a informarse de mi salud y a la que le regalo chucherías. ¿No la has visto?

—¿Juanita?

—Ella misma.

—La conozco bien. Pero, entonces, ¿por qué me dijo Gustavo que un hombre había salido después que usted de la misma casa.

—Porque es cierto.

—¿Que es cierto?

—Sí; por eso fui esta mañana, antes de que te levantaras tú, a casa de Mauricia, a que me explicara cómo se introdujo ese hombre allí, y a decirle que lo echara de la casa. si se atreviese a volver.

—¿Qué andaba haciendo?

—Buscando seguramente, medios de deshonrarme. ¿No te dijo tu primo quién era?

—No; ni yo se lo pregunté; pero sí vio que entregó a Mercedes un pañuelo, diciéndola que era de usted.

—A ese hombre tú lo conoces, Adela: es Elodio Verdolaga, el Juez de Letras.

—¿Verdolaga, el enemigo de usted?

—El mismo.

—Y el pañuelo que dio a Mercedes, con el nombre suyo, ¿de dónde lo sacó?

—De cualquier almacén: ¡nada más fácil que comprar pañuelos, y mandar ponerles el nombre que se quiera que lleven. Y ¿qué culpa tengo yo de eso? ¿Seré culpable sólo porque otros quieren que lo sea? Ve lo que es ese hombre: entra a escondidas por la puerta interior de la casa y sale después que yo por la puerta de la calle, haciendo que lo vean todos. ¿Y por este hecho ya debe pensarse mal de mí? Lo, malo que él hace, ¿debe pasar por cierto? Las buenas acciones mías, ¿deben tomarse como malas? No, Adela, no debe ser tan injusta la humanidad, y menos tratándose de mí que no la he dado motivo para juzgarme mal.

—Dice usted bien. Yo no sabía que se trataba de ese hombre; si no…

—¿Si lo hubieras sabido?

—No habría dejado que Gustavo dudara de la conducta de usted.

—¿Ha dudado de mí?

—Las apariencias…

—Me condenaban, es cierto; pero, ¡conocerme tan poco! Y doña Micaela, ¿sabe algo?

—Nada. Gustavo me dijo:

"Observemos nosotros, Adela; tengamos calma y no dejemos que mi madre sospeche nada; mira que sufriré mucho si cometemos una injusticia. Como tú, no me resigno a creer que Blanca nos engañe".

—Me alegra que doña Micaela ignore lo ocurrido; si lo supiera, no aguardaría yo a que me despachase de su casa.

—¿Irse usted por una injusticia?

—¿Y quién le haría ver la verdad, condenándome las apariencias?

—Es cierto,—convino Adela—; pero, afortunadamente, de nada tendrá noticia.

—Eso espero.

Adela me abrazó con profundo cariño:

—¡Usted es inocente! ¡Así me lo decía mi corazón! ¡Qué feliz soy!

—¿Y crees, ciertamente, que todo lo ignora tu tía?

—Nada sabe. Ahora está ocupadísima arreglando no sé qué para el cumpleaños de mi primo.

—¿Para el diez de mayo?

—Para entonces; la semana entrante.

—¿Has visto hoy a tu primo?

Le vi, pero muy de paso, esta mañana; iba a casa de la madre de Laura: allá almorzó y creo que acaba de venir. Usted sabe que son muy amigos y hace días que no las visitaba. Al irse, lo noté muy cambiado respecto de usted, porque me dijo:

"Te ruego que no vayas a tratar mal a Blanca. ¡Pobrecita! Vive muy sola y no sabemos cuánto sufre".

Y su voz y su semblante, al decirme esto, eran muy tristes.

—Con que, descuide usted, Blanca, y no piense que la juzgamos mal… Pero, ¿por qué llora? ¿No tiene nuestro cariño…? Venga; acuéstese, que anoche no debe haber dormido.

Adela me acarició, queriendo hacerme olvidar mis penas. ¡Es tan buena! ¡Dios la haga feliz!».

Cap. XII (pp. 81-87)

Por el amor y la consideración hacia su aya, Blanca se encarga de su mantenimiento, pasándole mensualmente dinero que la ama gasta con cuidado y le comparte todos los acaecimientos de su vida, contestando a las preguntas que, preocupada por su salud y felicidad, le dirige a cada encuentro la dulce viejecita. Por lo tanto no sorprende, dadas la "diferencias sociales" si Gustavo le comunica sus intenciones de casarse con Blanca: «Tengo el honor, señora, de participarle que su hija adoptiva será mi esposa» (p. 164), prometiéndole que «ya no se separará usted de nosotros» (p. 165).

A ella se debe la revelación del nacimiento de Gustavo, en cuanto en la época en la que servía en casa de sus verdaderos padres –Rafael Moreno, un hidalgo casado con María Montes de Oca, ambos miembros de las principales familias de la ciudad– suscita pronto las envidias de muchos por su posición social e injustamente le acusan de un atentado contra el gobierno. Eso provoca la confiscación de todos sus bienes y la condena al destierro –de donde nunca regresará dado que lo asesinan–, mientras su mujer a la espera de parir está prácticamente en la miseria, obligada a "ceder" su propio hijo a Doña Micaela que mientras tanto perdió a su niño recién parido. Una situación insostenible para María que, después de dos meses del acontecimiento, se muere de melancolía.

«Toda la noche pasó Mauricia prodigando atenciones a su querida enferma y queriendo hacerla tomar algo, pero la joven se negó a probar alimento. Sólo a fuerza de ruegos aceptó la medicina que el doctor Gámez le había mandado. A las cinco de la mañana, la calentura le había disminuido un poco, y consintió en tomar una taza de café, logrando, con ella, reanimar sus decaídas fuerzas.

—¡Si vieras qué desesperada estoy, Blanca! —exclamó la buena señora, muy afligida.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué daño te han hecho? ¿Puedo servirte en algo? ¿Quieres que vaya a alguna parte?

—No; no te muevas de la casa.

—¿Pero qué te ha sucedido?

—¿No te lo dijo Mercedes?

—No.

Y Blanca respondió lo único que podía decir:

—Que doña Micaela me ha injuriado.

—¿A ti? ¡Virgen santa!

—Le ha dicho unas cosas… ¡Ay, qué cosas, Mauricia…! Las siento en mis oídos como una injuria perpetua.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó el aya, tratando de saber hasta dónde había llegado la señora de Moreno.

—Que soy una mujer perdida; que he tentado a los ministros del Señor; que he sido la querida de Verdolaga y que he prostituido a su hijo.

—¡Infame! —exclamó Mauricia—. ¿Es capaz de calumniarte de ese modo, ella, la que tiene ínfulas de santa? Pero, ¡vive Dios que lo pagará…! Plebeya endiosada que piensa que no sé yo quién es. La conocí abrazando muchachos en la calle, y ahora se hace la pudorosa. ¡Ah, dinero, maldito dinero, que has hecho a esa mujer más grosera, más vanidosa y más perversa…! ¿Y por qué te ha injuriado, hija mía?

—Porque su hijo me ama.

—¿Su hijo?

—Sí; Gustavo. ¿Ya no te acuerdas?

—El doctor Moreno no es hijo de ella.

—¿Qué dices?

—Que don Gustavo no es hijo de doña Micaela.

—Me asombras con tus palabras, Mauricia.

—Digo la verdad: el doctor Moreno no es hijo de esa vieja bruja, arpía y perversa.

—¡Pero eso no puede ser!

—¿Pues es. Cuando te digo que el dinero todo lo puede… Hace años que guardo este secreto y no pensaba decírtelo hasta el día que te casaras; pero ahora es preciso que lo sepas. Pon atención si crees que mis palabras no te molestarán.

La señorita Olmedo se incorporó en la cama, reanimada por una fuerza desconocida, y con voz fuerte exclamó:

—Quiero oírte, Mauricia. Habla, habla pronto.

—Hace ya muchos años que entré a servir en casa de don Rafael Moreno, un señor magnífico, casado con doña María Montes de Oca, una excelente señora, de las principales familias de esta ciudad. Eran muy ricos y tenían relaciones amistosas con don Raimundo Moreno y su

esposa, doña Micaela, diciéndose parientes en razón de tener el mismo apellido, aunque en realidad no lo eran. Así pasaron algunos años. Varias personas, descontentas de la posición social y pecuniaria del señor Moreno, le urdieron una intriga política, haciéndolo pasar como cómplice en un atentado contra el Gobierno: le confiscaron sus bienes y salió desterrado, dejando a su esposa muy pobre y próxima a dar a luz un niño, tanto tiempo deseado. También por esa época iba a tener un hijo doña Micaela, cumpliéndosele así su sueño dorado. El esposo de ella estaba loco de contento.

"El mismo día nacieron los dos niños, pero el de doña Micaela sólo vivió unas pocas horas.

"Don Raimundo, sin comunicar a nadie su intento, fue adonde doña María a proponerla que le diera su hijo para que lo criara doña Micaela, pues se moriría de pesar si le decían que el de ella había muerto.

"Mi ama no quería acceder; pero estaba en completa miseria; su niño lloraba; ella no podía alimentarlo y menos pagarle una nodriza… De todos modos, lo perdería, y optó porque su hijo viviera.

"Suplicó que le pusieran Gustavo Rafael, y llorando lágrimas de sangre, lágrimas de madre, entregó el hijo de sus entrañas.

"El hijo doña María pasó por muerto y, en verdad que, para ella muerto estaba.

"Buenos alimentos y medicinas mandó don Raimundo para doña María; pero no valieron para rescatarle la vida y, presa de incurable nostalgia, murió dos meses después de haber cedido su hijo e ignorando que su marido había sido asesinado por un truhán de sus enemigos.

"Don Raimundo murió sin querer decir a doña Micaela la verdad acerca del nacimiento de don Gustavo, y su origen, sólo el doctor Gámez, que asistió a doña Micaela, y yo, lo sabemos.

"Por eso, cuando me presentaste a tu novio, cometí la imprudencia de decir que conocía esa historia, y cuando él dijo que no se parecía a su madre, estuve a punto de exclamar:

"¡Pero si es usted el vivo retrato de ella!

"Porque, en realidad, se parece mucho a doña María.

"Cuatro meses después de haber muerto mi ama, fui buscada para ir a tu casa, en donde te vi nacer, y he permanecido allí siendo testigo de las

injustas calamidades que han aquejado a tu familia. Parece que he nacido sólo para presenciar tristezas.

"Si no hubiera sido la pobreza que te agobió, a tu lado habría estado siempre; pero, ¡cosa extraña!, la desgracia nos separó y la desgracia vuelve a unirnos.

La señorita Olmedo, pálida, presa de una gran excitación, había oído el relato de su aya, y no pensaba más que en una cosa: Gustavo no era hijo de doña Micaela. ¡Qué gran consuelo para ella saber esto! ¡Aquella mujer vulgar, fanática, ignorante, tipo perfecto de la canalla dorada, de la religiosa clásica, aquella mujer no era la madre de su amado!

—¿Es cierto lo que me has dicho? —preguntó con sumo interés.

—Tan cierto como que tu madre era una señora sin tacha. Tal vez algún día el doctor Gámez te diga lo mismo.

—¡Gracias a Dios! —murmuró la joven.

Y un rato después quedóse tan profundamente dormida, que no vio a Mercedes que fue a informarse de su salud, ni supo a qué hora le trajeron los objetos que tenía en casa de doña Micaela, entre estos, el órgano».

Cap. XXXIX (pp. 255-261)

Nunca habría sospechado cerrar los ojos a su amada hija, a la que alivió el sufrimiento de sus últimos momentos de la breve vida.

Son todas mujeres que tienen iniciativa y fuerza ánimica, sustentadas por la justicia de sus propias ideas y acciones, en abierto contraste con el estereotipo femenino de la época. Bajo cierto sentido, ellas hacen vacilar la secular y arquetípica imagen femenina, que el orden patriarcal, en que se funda la sociedad, fijó desde su constitución. El amor y la amistad las empuja a desligarse de los esquemas preconstituidos, convirtiéndose en un ejemplo concreto de la posibilidad de violar de manera discreta ese código moral formado por valores, normas y expectativas que non pueden ser respetadas.

Las etapas fundamentales de este recorrido, que se vinculan estrechamente con las temáticas narrativas, empapadas de historia y de recuerdos nostálgicos, ofrecen los presupuestos de una renovación cultural que, inevitablemente, comprende la política y la historia de todo Honduras. El

mérito de Lucila Gamero de Medina es el de haber sabido recoger con sensibilidad y madurez conceptual y expresiva anticipadoras las distintas tipologías de la mujer, en su vida en constante desarrollo, y de reflejarlas en la móvil situación social.

Criticando los papeles tradicionales de la mujer obediente y devota precisamente como la obtusa madre de Gustavo, doña Micaela, la autora ofrece, en alternativa, la imagen de una mujer nueva, que, dotada de cultura, inteligencia y espíritu crítico, precisamente como Blanca, abre los ojos para poder ver la realidad. El resultado es la propuesta de una propia metafísica como conocimiento concreto del mundo. Ello constituye una novedad para la literatura hondureña de la época que considera a la mujer subordinada en sus movimientos y acciones. Así inicia un lento rescate de la mujer, capaz de pensar y solucionar los problemas. Fuerza de voluntad, espíritu indómito, caracterizan todos esos personajes femeninos que escapan de los comportamientos convencionales, por lo menos en algunas ocasiones. En sus experiencias de vida, dramáticas y llenas de dolor, ellas han podido despertar su alma dormida, recorriendo el itinerario platónico del saber que llega a la esencia de las cosas, a través de experiencias discriminantes.

III

Blanca Olmedo y los poderes

Tanto la escritura como la política son campos de acción que satisfacen el deseo y permiten soñar en la realización de un mundo mejor y en obrar cambios radicales, estimulando conciencias dormidas. En este caso, Lucila Gamero de Medina entra de lleno en la categoría del "escritor/a comprometido/a", integrada en el tiempo histórico en el que vive. Latinoamérica es una demostración tangible de la estrecha relación existente entre literatura-historia-política que remonta a tiempos lejanos y se renueva periódicamente precisamente porque, parafraseando a Mario Vargas Llosa, la literatura en estos territorios es una «insurrección permanente[1]», que nace de la incapacidad del escritor/a de ignorar el trastorno ideológico provocado por el dictador de turno o por los poderes fuertes.

El enredo entre literatura y política es verdaderamente un medio eficaz para actuar cambios sociales, para asumir el orden de las cosas, para devolverle a la mujer la plenitud del cuerpo social y su función de sujeto histórico, ignorado por demasiado tiempo. No se trata de reemplazar el antiguo concepto de mujer como prolongación de la naturaleza, sino de acercarlo a un papel institucional dentro de la sociedad de pertenencia, donde hombres y mujeres tengan los mismos derechos y las mismas posibilidades de futuro.

Si en el curso del s. XX el esfuerzo de la escritoras es re-fundar la genealogía en la que pretenden conseguir la legitimidad que les correspon-

[1] M. Vargas Llosa, *Contra viento y marea*, Barcelona, Seix Barral, 1983, p. 86.

de, el texto de Lucila Gamero de Medina contribuye a abrir el proceso de revisión histórica –en su dinamismo– de la sociedad hondureña. Empujada por la preocupación y la rebelión hacia lo que la rodea, ella tiene el mérito de reflexionar sobre el pensamiento patriarcal que considera la política de dominio exclusivamente masculino, además de haberse atrevido a criticar severamente todos los sistemas que aplastan a la sociedad.

Su técnica narrativa se concentra en la destructuración de un consolidado sistema de valores, para re-construir con minuciosidad los varios aspectos de una realidad "total", aunque fragmentaria. Hay que esperar los años setenta del siglo XX para que todos esos aspectos lleguen a ser parte integrante de la mayoría de la escritura femenina, donde es implícita la presencia y el descubrimiento del yo. No es una casualidad si Biruté Ciplijauskaité afirma que:

> La mejor escritura femenina de los últimos años muestra ciertas afinidades con la teoría deconstructivista. Acentuando la incoherencia de las pulsaciones más escondidas, ofrece una pluralidad de sentidos. Actuando como subversión de las interpretaciones y enfoques tradicionales, presenta textos opacos más bien que traslucidos. Trasladando el énfasis sobre la palabra misma, realza el valor del significante sobre el del significado. El resultado es una obra abierta, presagio de transformaciones ulteriores[2].

Por lo tanto, la ficción histórica es tan persuasoria que engaña al lector, incapaz de separar la verdad de la mentira, la historia personal de la pública. En eso, las escritoras de ese período han alcanzado el ápice de su "hacer literatura": a través de la crítica de la sociedad, de una colectividad "condenada", localizan el recorrido de formación de mujeres que aman, sufren y sueñan con un mundo de paz, con las mismas oportunidades y de valores compartidos.

La literatura, pues, como posibilidad de intervenir en la sociedad, es lo que guía a Gamero de Medina que ya en el prólogo revela las reales motivaciones que la empujaron a escribir la novela *Blanca Olmedo*:

[2] B. Ciplijauskaité, *La novela femenina contemporánea (1970-1985*), Barcelona, Anthropos, 1988, p. 126.

> El estudio de la vida real y los ejemplos, harto dolorosos, que de injusticia he visto cometidos, siendo víctimas, algunas veces, mi familia y yo, son los que me indujeron a escribir este libro. Desde niña he trabajado por el mejoramiento social y porque impere la justicia, sin prerrogativas de dinero y linaje; por eso, sin eufemismos, pongo los ejemplos al desnudo. Feliz me consideraré si mis pequeños esfuerzos contribuyen, en algo, a la gran obra de REGENERACIÓN moral, intelectual y material a la que he dedicado todas mis energías y los mejores años de mi vida (s. p.).

Poner de manifiesto, sin darle muchas vueltas, y con osadía, todas las injusticias que perpetúan los poderes fuertes de la sociedad, es su objetivo primario para hacer comprender lo que ocurre en la realidad local. Su lenguaje, pese a reflejar matices de los lugares tratados, llega a ser entendido por latitudes diferentes: la palabra, por lo tanto, define al ser femenino dentro de la realidad circunstante, dándole la posibilidad de exorcizar los fantasmas del pasado, devolviéndole dignidad y libertad. Su fuerza procede, sobre todo, del carácter metafórico e imaginativo de hechos dramáticamente reales: importante es el proceso de mitificación creado alrededor de un fragmento de existencia, de la odisea de la desilusión que inserta una violenta crítica social contra toda forma de poder. Este término encierra en sí un articulado conjunto de significados de los que deriva también la ambigua y contradictoria relación que las personas viven con respecto a su concreta manifestación o ejercicio. Literalmente significa tener la facultad, el derecho, el permiso, pero también significa tener autoridad, importancia; es la posibilidad concreta de hacer algo y representa la virtud, la fuerza y la potencia.

Si inequivocable es la derivación del término indoeuropeo "potis", señor, que puede ir unido al verbo latino "ĕsse" (ser), resulta más problemático entender por qué en su sentido varía de una dimensión activa, atada al individuo que puede, a la pasiva de la persona que tiene la facultad de hacer algo. Para decirlo con otras palabras, el poder encierra en sí la idea de potencia y la proposición de hacer las cosas que en los específico le competen al Estado y la Iglesia. Por eso la crítica de Lucila Gamero de Medina se centra sobre todo en estas tipologías de poder.

El Estado

El Estado, a través de la difundida corrupción de funcionarios y jueces, somete a duras pruebas los ignaros ciudadanos. Un ejemplo que vale por todos lo ofrece el juez Elodio Verdolaga «rojo el cuello, colorado el semblante y claros y aguardentosos los ojos, el prostituidor de la justicia, parecía marrano cebado: lujuria de dinero, lujuria de carne, todo eso estaba personificado en aquel bicho asqueroso» (p. 169). El aspecto físico es indicativo de su perversión moral, que será la causa de la muerte del padre de Blanca, de la ruina del patrimonio de la familia Moreno –por eso Blanca tiene que trabajar de institutriz para poder sobrevivir–.

«6 de enero de 1900

Heme aquí, desde ayer, en este suntuoso palacio cuyo lujo, demasiado severo, y cuyo aspecto sombrío en nada me recuerdan la lujosa pero sonriente casa en donde pasé los días más felices de mi vida. ¿Me han traído aquí la dicha o la desgracia? Lo sé; pero no me atrevo a esperar en este mundo sino tristezas. El ángel pálido y triste que me besó al nacer, aún no se ha separado de mi lado. Y, sin embargo, mi infancia fue feliz… Después que murió mi madre, siendo yo muy pequeña, mi padre se consagró a mí; me amaba con idolatría; me rodeó de consideraciones, de respeto y de cariño; aunque era rico, se empeñó en que yo me graduase de profesora, como si el pobre comprendiera que mi instrucción me daría, más tarde, con qué ganarme honradamente la vida. ¡Pobre padre mío…! Cuando pienso en los últimos desesperados momentos de su existencia, y en el hombre que causó su muerte y mi pobreza, se crispan mis manos, aprieto los dientes, y de mi boca, nacida para la plegaria, brota una maldición.

Mi padre era uno de esos hombres rectos, severos, honrados en demasía, y que no transigen jamás con aquello que no es el deber; padre cariñosísimo, amigo leal y franco que no sospechaba que pudiese haber hombres que, por su conveniencia personal, sacrificasen la amistad, causando la ruina de aquél a quien daban el título de amigo. Su mano siempre estaba tendida al menesteroso, su casa siempre abierta para sus amigos y para

los que le necesitaban. Su limpia fortuna, heredada de su padre, le acarreó algunos enemigos; entre ellos, uno que se decía hermano suyo y que aseguraba ser hijo de mi abuelo. Mi padre sin creer en tal perentesco, favorecía al señor Víctor Martínez –así se llamaba el presunto hermano— y le decía que dejara de abrigar ridícula pretenciones acerca de su capital.

—Estoy seguro, hermano, de que tú disfrutas de lo mío— dijo una vez Martínez a mi padre.

—Si estás seguro de que mi fortuna te pertenece, pruébamelo, y te lo entregaré— le contestó mi padre, ya impaciente.

—Muy bien, hermano, te lo probaré.

Mi padre no había vuelto a pensar en el pariente postizo, cuando vino a recordármelo un hombre cuya fisonomía la recuerdo siempre con repugnancia y asco; es de regular talla; algo grueso, blanco; cara redonda, avinagrada; pelo y bigote lisos; ojos claros y no muy grandes; buen bebedor, buen jugador, buen estafador, buen charlatán; algo peor que un caballero de industria; pero él tenía, y aún tiene, la pretensión de pasar por hombre honrado. Hizo que mi padre lo recibiera, pretestando que venía a hablarle de un asunto importante. Fue conducido a la sala en donde estábamos mi padre y yo; y, desde la puerta, saludó, haciendo una gran reverencia:

—Buenos días, señor don Carlos. Beso a usted los pies señorita.

Y puso los ojos en blanco.

—Buenos días, caballero— correspondió mi papá.

—Elodio Verdolaga, para servirles— exclamó el vulgar personaje, presentándose.

—Sea bienvenido. Mi hija, la señorita Blanca Olmedo— dijo mi padre, señalándome.

Verdolaga se inclinó hacia mí y su mando ensució la mía.

—Humilde servidos de usted— me dijo.

—Siéntese, caballero, y hágase el favor de decirme a qué debo el placer de su visita— exclamó mi padre.

—A un asunto reservado que deseo tratar sólo con usted.

—¿Concerniente sólo a mí?

—Sólo a usted.

—Entonces, puede usted hablar; no tengo secretos para mi hija.

Yo quise retirarme, porque la presencia de aquel hombre me disgustaba; pero mi papá me dijo:

—No te vayas, Blanca; quiero que estés al corriente de todo lo que se relacione conmigo. Puede hablar, don Elodio.

—He tenido el honor de decirles que me llamo Elodio Verdolaga, y vengo a ofrecer a usted mis servicios.

—¿De qué manera?

—Soy Procurador Judicial— dijo con énfasis.

—¡Ah!… Pero yo no tengo…

—Dispénseme, doctor. ¿Conoce a don Victor Martínez?

—Le conozco.

—Pues muy pronto demandará a usted por una herencia; algo he oído decir de eso.

—¿Y bien?

—Corre usted riesgo; ese hombre tiene documentos.

—¿Qué prueban?…

—Que es hijo del padre de usted.

—No le temo.

—Yo tomé informe acerca de usted. Me dijeron que es usted el hombre más culto y honrado de este lugar, y como yo nunca he llevado ni llevaré jamás una mala causa, me propuse servir a usted si se dignaba a aceptar mis desenteresados servicio.

No soy abogado, porque no cuento con los recursos suficientes para obtener este título; pero tengo mucha práctica, y, sobre todo, buena intención de no servir más que a personas honradas. El asunto de usted requiere estudio, prudencia y cuidado, porque los contrarios se valdrán de malas armas; pero la justicia vale mucho.

—Está bien, caballero; tomaré en consideración su bondadosa propuesta.

—Corriente, señor. Volveré oportunamente.

Se retiró Verdolaga, y mi padre, por lo que pudiera ocurrir, tomó informes de él, con las personas que habían podido conocerle; le dijeron que hacía poco que había llegado a la capital y que era un hombre entendido en derecho, al cual no se le conocían malas acciones, y como Martínez lo demandase, no vaciló en nombrar a Verdolaga su apoderado.

Desde entonces, el procurador frecuentó nuestra casa; comía muchas veces con nosotros y llegó a ganarse, por completo, la confianza de mi

padre. A mí me prodigaba cierta atenciones que me caían mal. Un día le dije:

—Nunca me ha hablado de su señora; me han dicho que es usted casado.

—Por mi desgracia, señorita.

Y dio un fuerte suspiro, y desde entonces me fue más repulsivo y antipático.

Cuando mi padre le decía que arreglaran el precio por el cual le llevaría el asunto, él contestaba:

—Después arreglaremos eso; servir a un hombre como usted es mi mayor recompensa.

Pero esto no le impediría que continuamente le pidiese dinero y mandara a llevar de nuestra casa lo que necesitaba en la suya.

El tiempo pasaba; la cuestión se intrincó y corrieron rumores de que mi padre perdería el pleito.

—Paciencia, paciencia— exclamaba Elodio—. Ya se verá. La justicia nunca pierde. Es que quieren afligir a usted.

Nosotros estábamos muy confiados, cuando un día un viejo amigo de mi padre llegó muy preocupado a hablar con él de cosas graves, según dijo. Mi padre, como siempre, deseó que oyese yo la conversación. –Carlos, ¿no teme que esta niña oiga malas nuevas?— dijo el señor Menéndez a mi padre, en voz baja, pero yo oí bien.

—No, Alejandro, puesto que de todos modos las ha de saber. ¿Qué hay de mi asunto?

—Qué va mal.

—¿Cómo?

—Muy mal, mi amigo.

—Verdolaga me ha dicho…

—¿Qué?

—Que es una cosa perdida para Martínez.

—Todo lo contrario. Verdolaga ha llevado muy mal tu asunto, no lo dudes.

—¿Que lo ha llevado mal?

—Tan mal, que Martínez gana.

—¡Oh!… ¡Eso no es posible!…

—Es necesario que te armes de valor.

—¿Y qué sabes tú?

—Que la Corte Suprema te ordenó a dar a Martínez la cuarta parte de tu capital, más los intereses de esa cuarta parte desde que te puso la demanda, más las costas del juicio.

—¿Así es?…

—Que te quedas sin nada, pues has tenido que gastar mucho.

—¡Eso no puede ser! ¡Eso es absurdo! ¿Y de qué le sirve a un hombre ser honrado, tener justicia?

—De nada, si los encargados de administrarla son jueces venales. De estos tiempos el más pícaro es el más dichoso y mejor considerado.

Yo, llena de angustia lloraba; no por mi, sino por mi padre, tan anciano y tan bueno.

—Carlos, ¿tienes dinero en caja?

—Tengo ocho mil pesos.

—Dámelos.

—¿Para qué?

—Para salvártelos.

—No; que me lo roben todo; que me dejen en la calle.

—Pero tienes una hija.

—Es verdad— dijo mi padre, rodándosele las lágrimas—. Pobrecita hija mía, ¡en la miseria!…

—Con ese dinero, que es tuyo, vivirás mientras se ve qué puedes hacer.

—Dices bien, Alejandro.

Un momento después, mi padre entregaba al señor Menéndez unos billetes, diciéndole:

—Guárdalos, y procura encontrarme una casa pequeña. Ya me entiendes…

—Déjalo todo a mi cargo; mañana volveré.

Como a la siete de la noche de ese mismo día, mi padre me dijo:

Blanca, no salgas, ya vuelvo.

—¿A dónde vas, padre mío?

—A aclarar una duda.

—Ya es muy tarde; deja eso para mañana.

—Me precisa ir hoy.

Y mi padre salió para regresar una hora más tarde, pálido, con las facciones alteradas y los labios temblorosos.

—¿Qué tienes, padre mío?— le pregunté.

—Elodio Verdolaga es un infame— articuló mi padre sin contestar mi pregunta—. Vengo de convencerme de su maldad y perfidia. Oye, oye, Blanca, hasta dónde es de infame ese hombre. Como soy bien conocido en la casa de Verdolaga, el criado que tiene me dejó pasar sin anunciarme, y continuó acostado en el suelo, pues estaba borracho. Me dirigí a la sala, despacio sin hacer ruido; al llegar a la antesala, oí voces altas que me detuvieron, sin pensar que no procedía bien. Me coloqué cerca de la puerta mal cerrada para poder ver y oír, sin ser visto, a los que hablaban dentro. El uno era Verdolaga; el otro, ¿te imaginas quién era, hija mía? ¡Victor Martínez! Ambos estaban sentados cerca de una mesa, bebiendo y hablando.

—¡Ja, ja, ja!— cacarreaba Verdolaga con su risa estrepitosa—.

¡Qué imbécil es don Carlos!

—Demasiado imbécil— apoyaba Victor.

—Cuando sepa que ha perdido, se va a poner furioso.

—¿Y a ti qué te importa que rabie?

—Él no me importa nada, pero la hija…

—¿Te gusta?

—¡Vaya! ¿Y a quién no le gusta?

—Es hermosa mi sobrina; si yo no fuese su tío…

—Procuraré quedar bien con el doctor Olmedo y aprovecharme de su miseria para seducirle la hija.

—¡Hombre, respeta mis parientes!

—Los respeto tanto como tú los das a respetar, para no desagradarte.

—Pues no eres tonto.

—¿Tonto, yo?

—¿Cuánto te ha dado mi hermanito?

—Como cinco mil pesos, que me ha dado en préstamo, no como honorarios, los que pondré a su disposición, en cambio de la hija, se entiende; la amo como un salvaje y será mía.

—¿Y tu esposa?

—¿Qué tiene que ver conmigo esa tonta a la que, en mala hora, le di mi nombre?

—Es la madre de tus hijos.

—¡Valiente cosa, darme chiquillos a quienes mantener, yo, que vivo tan fregado!

—Pero ahora eres rico.

—Tanto como tú, gracias a ese imbécil de don Carlos. El pobre no entiende más que de medicina y hasta esa creo que habrá olvidado, pues dicen que hace tiempo que no receta a nadie.

—A mí me salvó la vida. Dios se lo pague.

—No necesita que se lo pague Dios, porque ya tú se lo estás pagando. ¿No te dije que era muy fácil explotar a ese hombre?

—Así me lo dijiste; si no fueras tú no lo demando nunca; pero como me aseguraste el triunfo…

—Y no te he engañado.

—¡Qué feliz idea la tuya, Elodio: ser el apoderado de una parte, y dirigir la otra! ¡Bien has representado la comedia!

—Pues porque me darías la mitad del capital que te entregara el tonto de Olmedo.

—¿Y tanto es eso?

—¿No ves que nos van a pagar hasta las ficticias costas?

—¿De qué modo?

—Eres un niño. Le damos, como es convenido, al abogadito Cerrato que aparece como apoderado tuyo, un mil pesos para que firme un recibo por honorarios crecidos. En tres años que ha durado el litigio, se ha gastado mucho. Lo malo es que la propiedad ganadera de Olmedo, que fue valiosa, ahora ha venido muy a menos.

—¿Conque quieres dejar sin nada a mi hermano?

—Por supuesto. Cuanto más pobre quede, más probabilidades tengo de que Blanca sea mía.

—¿Así es que la Corte Suprema?…

—Confirmó el fallo de la de Apelaciones. ¿No te dije que los magistrados son mis amigos y que hay uno que decididamente me protege?

—¡Qué dicha! ¿Así es que ahora somos ricos?

—¡Ricos, verdaderamente ricos, indiscutiblemente ricos, y honrados, hombre, tan honrados que ni el Papa lo pondrá en duda!… ¡A tu salud, Victorioso!

—¡A la tuya, Elodio vencedor!…

—¡Ja, ja, ja!… ¡Qué cara va a poner mañana don Carlos!… Pero yo lo consolaré, amigo mío, con los cinco mil pesos que tú conseguirás para dármelos adelantados, los que devolveré diciéndole que, puesto que perdió, no me creo con derecho a ellos; pero si a Blanca… La cosa será dando y dando…

Mi padre continuó después de un rato de silencio, que respeté:

—Salí de aquella guarida de malhechores con la rabia en el alma y dispuesto a dar una lección a Verdolaga; mañana lo espero, porque vedrá, ya lo dijo. Tú permanecerás en la antesala, pues no quiero que vuelva a verte ese monstruo.

El siguiente día, a las nueve de la mañana, llegó Elodio Verdolaga a buscar a mi padre. Como de costumbre, fue recibido en la sala; traía el chato semblante compungido y zalameras la voz y la mirada.

Mi padre estaba muy tranquilo, muy sereno, dispuesto a no demostrar pesar por la pérdida de su fortuna.

Yo, oculta tras de una cortina, veía y oía lo que pasaba en la sala.

—Don Carlos, malas noticias me traen…

—¿Cómo así?

—El asunto que con tanto gusto y tanto interés le llevaba…

—¿Y bien?

—Me anuncian que fue perdido… Yo lo siento mucho; lo siento con el alma; pero nuestros contrarios se han valido de armas ruines… Falsificación de documentos… Testigos falsos… Cuanto usted pueda imaginarse de más asqueroso, de más sucio… Y, por más que hice, no pude probarles la falsedad de sus afirmaciones… Yo, solo, luchando con tantos pícaros que quieren explotar a Martínez, no podía vencer… Don Carlos, amigo mío, soporte con valor esta calamidad…

—¿Cuál calamidad?

—La pérdida del asunto, de su fortuna…

—Para un hombre como yo, esa no es calamidad.

—¿No? —preguntó Verdolaga abriendo más los ojos.

—No; la calamidad es perder el honor. ¿Cómo ha quedado el mío?

—¿El honor de usted?

—El mío, por supuesto. Jamás me atreveré a preguntar por el de un hombre como usted.

—Sobre la honradez de usted nadie tiene que objetar nada; es proverbial.

—¿Qué abogado llevaba la cuestión a Martínez?

—El abogado Cerrato.

—Debe ser un hombre muy depravado el que le aconsejaba.

—Es posible.

—Y muy astuto y muy inteligente, cuando logró vencer a usted.

—Muy inteligente, por lo visto.

—¿Más que usted, Verdolaga?

—Yo no tengo presunción de ser talentoso.

—Sin embargo, varias veces ha alabado usted su inteligencia, de la cual no tengo duda.

—Don Carlos, parece que usted se ha disgustado conmigo por la pérdida de la cuestión, cuando yo no he tenido la culpa y lamento muy de veras…

Y el hipócrita fingía tan bien, que mi padre dijo con voz irritada:

—Concluyamos. ¿Estoy arruinado?

—¡Ay sí, doctor! —suspiró Elodio.

—¿Lo he perdido todo?

—Casi todo, señor.

—¿Cuánto debo a usted por sus buenos y oportunos servicios a favor de mi causa?

—¿A mí, doctor?

—¿Está usted sordo?

—Es que hay cosas que aunque se oigan se duda de ellas y es preciso volver a preguntarlas… ¿Deberme usted a mí? ¡Válgame Dios! No sólo no me debe nada, sino que vengo a entregarle el dinero que me ha adelantado, y a ofrecerle como leal y buen amigo suyo, una casa que tengo lista para usted y su hija Blanca. Me creeré muy obligado si se digna a aceptar.

Mi padre se levantó:

—¿La infamia que usted me ofrece?

—¡Don Carlos!…

—¿Crees, vil canalla, que estoy engañado respecto de ti? Hombre infame, reptil inmundo, cómplice asqueroso de un malvado, ¿piensas que no

sé que ligado con Martínez, me han engañado miserablemente para robarme de la manera más descarada?

—Don Carlos, cálmese usted. ¿Quién ha venido a decirle lo que no es? ¿Quién quiere que rompamos nuestra amistad?

—¿Tu amistad, bicho asqueroso?

—Doctor, aquí hay una duda que es preciso aclarar.

—No tengo duda de tu infamia; he estado en tu casa; te he visto anoche bebiendo y llamándome imbécil en compañía de Martínez. ¿Negarás ahora?

Elodio estaba trémulo, pálido; después se puso amoratado.

—¿Negarás ahora tu infamia, vil mercenario?

—Nada de injurias, señor Olmedo —clamó con voz chillona.

—¡Silencio, miserable traidor! A mí no me haces callar con tus gritos como a muchos infelices. Te conozco bien: grosero, gritón, malcriado, amenazador con los débiles; sumiso, hipócrita, arrastrado, con los fuertes. Eres un cobarde, y si no lo eres, defiéndete.

Y mi padre golpeó, con su mano cerrada, el lívido rostro del malvado, con golpe tal, que el miserable se tambaleó. Quiso ponerse a la defensiva; pero mi padre le dio otro golpe tan fuerte, que le desvió la nariz para toda la vida.

—¡Sal de aquí, villano!

Y a puntapiés arrojó mi padre de su casa a aquel ente inmoral y despreciable, que salió humilde, con la cabeza baja y, como vulgarmente se dice, "con el rabo entre las piernas", sólo que yo no quiero hacer a los canes la injuria de comprarlos con semejante monstruo.

—¿Y bien? —me dijo mi padre cuando me reuní a él—. Ya has visto como abofeteé a ese pícaro; no le maté porque no quiero quitar su presa a la justicia de Dios, que de los hombres no la espero. Arréglate para que nos pasemos mañana a la casa que debe tenernos preparada mi amigo Menéndez; quiero que cuando ese infame mande a sacarnos, encuentre la casa vacía.

Al arreglar algunos objetos nuestros, encontré el retrato de Verdolaga: lo hice pedazos y lo arrojé a la calle para que los transeúntes pisotearan la imagen de aquel bandido, manchado con todos los crímenes.

Nos trasladamos a una casita pobre, pero de aspecto agradable, en donde he sufrido el dolor más grande de mi vida: la muerte de mi papá,

quien, desde que fue miserablemente robado, se puso enfermo. Como él no queria recetarse, busqué al doctor Gámez para que lo asistiera; pero, por más que hizo, no pudo devolverle la salud.

—Al padre de usted lo mató el golpe moral que ha recibido —me dijo el doctor una vez.

—Verdolaga es el asesino —rugí yo.

Las propiedades de mi padre fueron valoradas a un precio ínfimo, y apenas bastaron para cubrir la exorbitante suma que cobró Martínez. Bien sabían aquellos criminales que mi padre no haría objeción alguna a su desvergonzado robo.

Los últimos momentos de mi muy amado padre fueron muy angustiosos:

—Hija mía, mi pobrecita hija, te dejo sin dinero; tendrás que luchar con la miseria —repetía incesantemente.

Yo, inconsolable, lloraba maldiciendo al que me hacía sufrir la más cruel de las angustias, el más desesperado de los dolores.

Amaneció un día en que mi padre no existía ya. La noche anterior me había bendecido por última vez… Al verlo muerto:

—¡Elodio Verdolaga, mira tu obra! —exclamé, loca de dolor y llorando llena de angustia.

Lo que más quería, lo que más amaba yo, lo había perdido para siempre. Sin tomar en cuenta mis lágrimas, se llevaron al padre mío, y yo quedé sola, completamente sola en este triste mundo. Hoy hace dos años.

El señor Menéndez murió tres meses después que mi padre, y Víctor Martínez, un año después, casi sin haber disfrutado de su mal habida fortuna, pues Verdolaga le hizo entrar en un negocio ficticio, tan ficticio que Elodio tuvo a bien quitar de su camino a su cómplice, antes de que se diera cuenta del engaño. De este modo, Verdolaga fue el único poseedor del capital de mi padre.

Con el poco dinero que me quedó, compré una casita en la cual he vivido en compañía de mi aya, una buena señora llamada Mauricia Rivas, y una chiquita que mucho me quiere por haberla recogido yo cuando ésta apenas tenía un año de edad.

Mauricia ha hecho conmigo las veces de madre cariñosa, y a ella le debo muchos buenos consejos y muchas horas tranquilas y resignadas, no dichosas, que dicha no puede haber para esta desheredada de la fortuna,

para esta huérfana que, desde que murió su padre, no sabe lo que es alegría.

Para poder sostenerme, vendí casi todo lo que me quedaba procedente de mi madre: mis alhajas y mis libros; y cuando la miseria se disponía a llamar a mi humilde morada, doña Carlota de Fernández, hermana del doctor Gámez, hizo que me dieran el empleo que hoy tengo en esta casa.

He consignado aquí mi corta, pero dolorosa historia, para que si alguna alma buena la leyera alguna vez, aprenda a despreciar y a maldecir, como desprecio y maldigo yo, a Elodio Verdolaga».

Cap. II Memorandum de Blanca (pp. 9-19)

La pasión loca del pérfido Elodio Verdolaga –«que vive hambriento de oro y de alcanzar una posición social que nunca conseguirá» (p. 259)– hacia la educadora lo corrompe todo, ensuciando con mentiras la inmaculada reputación de Blanca, cuya única culpa es la de ser demasiado bella y honesta. Total es su satisfacción cuando logra alejar a Gustavo después de haber sonsacado dinero a la "papanata" Doña Micaela.

Hasta durante la enfermedad de Blanca, el infame Verdolaga tiene la osadía de molestarla, pero encuentra la resistencia de padre Bonilla que lo echa fuera de la casa trás haberle gritado en la cara todo su desprecio.

«Al día siguiente por la tarde, Verdolaga se dispuso a ir a ver a la señorita Olmedo; y como no conocía ni la vergüenza ni la delicadeza, pensaba hacer un nuevo esfuerzo para, atraerse el corazón de la joven, cuya resistencia le exasperaba.

No tuvo duda de que su revólver tenía todos los tiros necesarios, pues no lo separaba de su cintura, ni en su casa, ni en el Juzgado; y con esa seguridad se dirigió hacía la víctima de sus artificios y calumnias.

Entró en la casa de la joven, sin anunciarse, seguro de que no lo recibirían; y pretextando para el padre Bonilla una misión reservada, tomó asiento sin que nadie se lo ofreciera.

En el otro cuarto la señorita Olmedo yacía en su lecho, recostada con el rostro vuelto hacia la pared. Los sufrimientos morales y físicos habían

gastado sus fuerzas sin disminuir en nada su belleza. Verdolaga, al imaginársela así, en tan suave abandono, sintió avivarse el fuego de su criminal pasión.

—¿Está dormida? —preguntó en voz baja al sacerdote.

—Sí —contestó éste en tono seco—. Y no conviene despertarla.

—No es esa mi intención.

—¿Con quién anda usted, señor Juez?

—Solo —contestó el pícaro, azorado y viendo para todos lados. ¿Por qué me pregunta eso, padre?

—Porque sé que usted no sale solo a ninguna parte.

—Tengo tantos y tan buenos amigos, que casi siempre me acompañan cuando salgo —contestó Verdolaga, sin darse por pentendido.

—Perdóneme, señor juez, pero he oído decir lo contrario.

—¿Qué ha oído decir?

—Que tiene usted tantos enemigos que juzga prudente salir acompañado de las muy pocas personas que, por conveniencia, se le muestran amigas.

—Sepa usted que yo a nadie le tengo miedo.

—Vuelva a perdonarme; pero yo sé que a todos los que ha ofendido, les tiene usted un miedo pánico.

—Soy valiente.

—Es usted cobarde, señor juez; eso lo prueba la guardia de honor que mantiene. Ni a bañarse al río va solo. ¿A eso llama usted valor?

—Eso es prudencia.

—¿Prudencia? La prudencia es distinta. La prudencia de los racionales es no ofender gratuitamente a nadie, y usted insulta al que no puede explotar.

—Parece que quiere usted injuriarme.

—A nadie se injuria reconociéndole sus méritos; y en usted la cobardía puede ser un mérito.

—Repito que no soy cobarde.

—Mejor, que mejor; pero si no es cobarde, salga, como salgo, solo, a la luz del día ya las sombras de la noche; no invente viajes para una parte y tome el camino de otra; no insulte a nadie valiéndose del empleo que en mala hora pusieron en sus manos; sea usted hombre, siquiera una vez en su vida, y al que no quiera dígaselo en su cara, de frente, como hacen los

hombres honrados. Pero no; usted no hará nunca eso; tiene miedo, señor juez, mucho miedo, un miedo cerval a ciertas personas; por eso ha buscado quien las asesine; ni siquiera ha tenido el valor de exponer su nombre, ya que no su vida. ¡Ah, valiente señor juez…!

Y el presbítero se levantó, mirando con lástima a Verdolaga. Este bajó la cabeza, con el semblante contrito; le tenía miedo al sacerdote, a pesar de ser éste un anciano.

—Lo respeto a usted, padre, por eso no le contradigo —exclamó el juez con humildad.

—¿Respetarme usted a mí? Usted nunca ha respetado ni a su madre. Si estuviera en el juzgado que deshonra, rodeado de sus instrumentos, con palabras soeces y groseras, y tal vez con hechos brutales, me probaría el respeto que tiene a mis canas. El modo de ser de usted está condensado en las palabras que le dijo, una vez, mi amigo el doctor Olmedo.

—¿Qué me dijo? —vociferó Elodio con voz ronca.

—Que era usted "grosero, gritón, malcriado, amenazador con los débiles; sumiso, hipócrita, arrastrado con los fuertes".

—Hágame el favor de no seguir injuriándome, padre.

—Hágame usted el favor de retirarse.

—Tengo que hablar con la señorita Olmedo.

—Si tiene que decirle algo, dígamelo a mí.

—¡Imposible! —suspiró Elodio.

Y sin esperar entró resueltamente en la alcoba de la joven.

Blanca dio vuelta en su lecho, viendo, asombrada, al sacerdote y al descarado juez.

Su semblante bellísimo, blanco, con una blancura láctea, y triste, con una tristeza de mártir, al ver a Verdolaga se contrajo tomando una expresión de disgusto y repugnancia suma:

—¿Qué hace ese hombre aquí? —preguntó al padre Bonilla, señalando, con desprecio, al juez.

—No sé. Se introdujo con el pretexto de que tenía que hablar con usted cosas reservadas.

—¿Cosas reservadas conmigo? ¿Y ha creído usted eso, padre?

—Señorita… —balbuceó Verdolaga, contrito y pasmado de la belleza de la joven y de la energía que demostraba en medio de su debilidad física.

—No permito que me hable usted —exclamó Blanca.

Luego, dirigiéndose al sacerdote:

—Padre, hágame el favor de echar de mi casa a ese malvado que me injuria con su presencia.

—¡Señorita! —volvió a decir Elodío.

—¡Salga usted! —dijo la joven—. No quiero verle ni oírle; sus palabras injurian, su vista mancha.

—Traigo noticias del doctor Moreno —exclamó Verdolaga, queriendo, con este nombre, llamar la atención de la enferma.

—¡Afuera, canalla! —dijo el padre, agarrando por el cuello al juez—. ¡Afuera, canalla!

Y con una fuerza increíble en sus setenta años, puso al representante de la Justicia en la puerta de la calle.

—En nombre de la ley, dese usted preso —dijo un agente de policía, poniendo la mano en un brazo del juez, así que éste hubo dado unos pasos en la calle.

—¿Yo? —interpeló con altanería y mirándole con insolencia.

—Usted; con usted hablo. Vengo a prenderlo y a llevarlo a la cárcel.

—¿Prenderme a mí? ¿A mí, el juez de Letras? —preguntó con terror, golpeándose el pecho cada vez que repetía con énfasis—: ¿A mí, el juez de Letras?

Como si este ultraje, si ultraje pudiera llamarse prender a un bribón, lo hicieran a la justicia personificada.

—A usted, sí, señor.

—No puede ser.

—Pero así es.

—Pues no voy.

—Irá a la fuerza.

—Pero si soy el Juez de Letras de este Departamento.

—Aunque sea usted el Juez del Cielo —exclamó el agente de Policía, disgustado por la resistencia de Elodio, a quien odiaba por una mala jugada que le hizo una vez.

Elodio bajó la cabeza.

—¿Llevarme a mí, el Juez? —repetía con lastimero acento, parodiando una eterna letanía.

—A mí no me importa que sea usted Juez —le contestó el policía—. El que se porta mal, a la cárcel va. Yo no hago más que cumplir órdenes superiores.

—¿Y por qué me arrastra usted? —preguntó Verdolaga con resignación.

—Tiene usted razón de hacerme esa pregunta. Ha hecho usted tantas cosas malas, que debe ignorar por cuál de ellas va a la cárcel.

Comprendiendo Verdolaga que el agente de Policía estaba enterado de muchas de sus fechorías, no juzgó prudente preguntarle más, y le siguió contrito, temeroso, amarillo de miedo y de cólera. En aquel instante no se le ocurrió ni llevarse la mano al revólver que con tanta insolencia enseñaba en el Juzgado; pensaba en su empleo perdido, en el dinero que éste le proporcionaba y sin el cual no podría vivir, pues antes de obtenerlo habían vivido en la miseria él y su desgraciada familia».

Cap. XLV (pp. 283-286)

La ironía de la autora que lanza una implícita condena al representante de la justicia es visible más que nunca en el siguiente fragmento:

> Y el probo juez, representante de la Justicia para vergüenza de la gente honrada y satisfacción de los pícaros; el probo juez, representante de la Justicia por indecorosa complacencia de magistrados pusilánimes hacia un superior inmoral y desalmado, se frotó las manos con satisfacción, riéndose con su sonrisa de gañán cínico y desvergonzado, de tahur y borracho consuetudinario, de Satanás ebrio de lujuria y concupiscencia, de caballero de industria, satisfecho por haber desplumado a quien no lo conocía, y de asno feliz, porque creía seguro satisfacer sus groseros y bestiales apetitos (p. 218).

Al mismo tiempo son duras las palabras del doctor Gámez que, a propósito de Verdolaga que ha conquistado el cargo de juez creyéndose Dios, afirma: «En estos paisesitos los monos y los renacuajos son los que más logran; los primeros porque no hay rama por donde no se suban; y los segundos, porque no hay charco en el cual no griten» (p. 195). La

aristocracia del dinero, se revela «la canalla dorada que abunda en nuestra sociedad; ricos de un día para otros y que nadie se preocupa de saber cómo han hecho capital, puesto que ya lo tienen. No importa si han provocado miseria y relegado personas a la invisibilidad: ¡Honradez del dinero, indiscutible honradez… de Verdolaga» (p. 115). Es un claro ataque a la sociedad del tiempo condicionada por las clases sociales.

Por todas las maldades efectuadas sin piedad y remordimiento, sin ningún sentido ético y moral, hay que castigar a Verdolaga, causa principal de la catarsis general de la vida de los dos enamorados, Blanca y Gustavo. Por lo tanto, al final de la historia la autora lo pone en la cárcel. Por otra parte todas las personas que causaron dolor y muerte tuvieron un destino de condena total para la plena satisfacción del lector. El "Epílogo" informa sobre el triunfo de la Justicia abriendo las puertas y la esperanza en un futuro social mejor.

«Un año después se veía en el cementerio de la ciudad un magnífico mausoleo con esta inscripción:

BLANCA OLMEDO GUSTAVO MORENO
ADELA MURILLO

Víctimas inocentes de un Representante de la justicia, de un Representante de la Religión Católica y de una Mujer Fanática.

1900

El cura Sandino ha desaparecido del lugar, teatro de su crimen. Algunos creen que permanece en un hospital, porque su salud está deteriorada a causa de las horribles pesadillas y los ataques epilépticos que sufre con frecuencia.

La señora de Moreno, convencida, desde la muerte de su hijo, de la maldad de sus falsos amigos, echó fuera de su casa a Verdolaga, a Sandino y a Maldonado.

Envejecida, flaca por el sufrimiento y los remordimientos, su, vida es un suplicio.

Se ha dedicado a hacer caridad como Dios manda, y su consejero espiritual es el padre Fernando Bonilla. Una parte de su capital lo ha gastado en construir una casa para asilo de jóvenes pobres y honradas, en donde actúa aun personal, costeado por ella, que les da instrucción moral, técnica y práctica. Para después de su muerte deja asegurada la vida de tan benéfica institución, cuyo edificio lleva por nombre "ASILO ADELA", en recuerdo de la bondadosa niña, cuya corta y triste vida fue una blanca página.

Elodio Verdolaga ha sido condenado a arrastrar cadena durante doce años; es decir, por toda su vida, porque no podrá durar mucho tiempo en un calabozo sucio de un puerto insalubre.

Entre cuatro paredes húmedas y negras, tan negras como su alma, sin más compañeros que insectos asquerosos, Elodio expía sus crímenes. Digno castigo de un hombre indigno.

Entre tanta asquerosidad humana, entre tantos crímenes, la justicia, al fin, se impuso.

¡Oh, Pueblos!

¡Oh, Justicia!

¡Oh, Religión!

Danlí, Honduras, C. A., Enero de 1903».

EPÍLOGO (pp. 231-232)

La Iglesia

Entre las graves culpas que tiene la Iglesia en el disfrute de los pueblos, emerge la que niega el celibato de los sacerdotes con la consecuencia en algunos casos –véase al padre Sandino– de provocar comportamientos hipócritas y criminales para satisfacer deseos carnales.

«*14 de mayo de 1900*

A las tres de la tarde del día de hoy tuve una visita inesperada: la del padre Sandino. Lo recibí en mi sala, sentada a gran distancia de él; llegó

con el pretexto de que le hiciera un bordado en oro para el altar, pues sabe, por doña Micaela, que bordo muy bien.

Mientras las palabras salían de sus labios temblorosos, yo me fijaba en él: correctamente vestido; nadie, que no le conociera, podía haber pensado que estaba ante un sacerdote; pues ni su traje, ni su fisonomía, ni el bozo negro que acentuaba más lo rojo de sus labios, denunciaba en él al ministro del Señor: en lo único en que se delataba algo su profesión, era en sus maneras un tanto bruscas, en su acento monótono y en cierto aire de superioridad que emplean los ungidos con los que piensan que están bajo su yugo. Religión de mansedumbre y caridad, ¿por qué la mayor parte de tus ministros son tan soberbios? A mí no me mira el padre Benigno con superioridad, pero sí con ternura.

—Conque, ¿me va a hacer el favor de complacerme haciendo el trabajito que quiero para la iglesia?

—Ahora estoy muy ocupada; pero procuraré…

—Si no precisa tanto; puede ir haciéndolo muy despacio. No quiero que enferme por atarearse mucho; su salud parece delicada.

—En efecto, no estoy bien.

—La vida sendentaria que lleva tal vez la perjudica.

—No, señor; estoy acostumbrada a ella.

—Entonces, serán los desvelos.

—No me sé desvelar.

—Antenoche estuvo usted en el baile dado en honor del doctor Moreno.

—Ciertamente, estuve.

—Yo dije a doña Micaela que suplicara a usted que cantase algo, y ¡que bien cantó, Blanca! ¡Aún acaricia mis oídos, la música de su voz!

Yo me sorprendí, y él vino a sentarse a mi lado, exclamando:

—¡Qué bella estaba usted!…¡Qué bella, mi Dios!

Y sus ojos me abrasaban.

—¡Señor cura…!

—No, si para usted no soy sacerdote, sino Benigno, Benigno como cualquier otro… ¿O es que no ha comprendido que la amo? ¿Quién puede ver a usted sin adorarla…?

Me levanté de mi asiento.

—No, no se vaya —me suplicó, obligándome a sentarme de nuevo.

—Yo me quedé, porque, para romper con él, necesitaba oírle hasta el fin.

—¿Por qué se quiere ir? Si no voy a injuriarla.

—La simple manifestación de sentimientos humanos de un sacerdote para una mujer honrada, son injurias.

—¡Ah!, no; no lo tome usted así. Un sacerdote, sólo porque lo es, ¿deja de ser hombre? Usted es inteligente e instruida; usted me comprende. ¿Qué me liga con la iglesia? Un juramento, que no es *nada*! ¿Y con usted? El amor, que es *todo*!… ¿Por que, si la religión es tan fuerte, no se compadece de mí y acalla el grito de mi pasión? ¿Por qué no mata los sentimientos del alma y ensordece los gritos de la carne? ¡Porque no puede! ¡Porque la castidad en los sacerdotes es una *farsa*! ¡Porque es contrariar las leyes de la Naturaleza, de Dios!… Somos libres para amar!… Si la ley de los hombres nos autoriza para formar una familia, ¿por qué mentidas leyes canónicas y mal entendidas conveniencias sociales nos lo prohíben? Pero, ¿a qué decirle más, si es usted una persona superior y entiende bien todo esto?

—Tenga usted calma, sea usted fuerte.

—¿Calma? ¡Si no puedo tener más! ¿Fortaleza? Si he luchado, pero en vano, y ya no quiero, tenerla!… Si usted se me aparece siempre, en el altar, en todas partes, bella e incitante. Si gozo tanto con amarla… Usted eso buena y se compadecerá de mí… ¿Quiere? La llevaré lejos, adonde no sepa ni cómo nos llamamos. Será usted mi esposa y tan profundamente amada! Le daré todo mi amor, mi castidad de niño; seré suyo, exclusivamente suyo, hasta la muerte. ¡Ah, usted en mis brazos, a mi lado siempre, qué dicha tan suprema…!

—Señor— exclamé, señalándole la puerta;—haga el favor de dejarme sola.

—¡No! ¡Si no puedo!

Y cayendo de rodillas a mis pies:

—¡Usted es la única virgen a quien yo venero y adoro! ¡Por compasión, ámeme! Mire que estoy loco de amor y que nada impide que usted sea mi esposa! ¡Ameme, por piedad…!

—Levántese y déjeme sola si no quiere que mande llamar a doña Micaela— dije, dando un paso hacia la puerta.

—¡Qué cruel es usted! ¿No me ama?

—No, no le amo ni le amaré nunca.

—¿Ama usted a otro?

—No tiene usted derecho de preguntármelo.

—¡Ah! —rugió, retorciéndose las manos con desesperación—. Es que si amo, también sé vengarme. ¿Verla en brazos de otro hombre? ¡Jamás! ¡Sépalo usted, jamás!

Y salió, dejándome indignada, pesarosa.

¿Por qué habrá permitido Dios que yo inspire amor a un hombre como ése? Y, según mis creencias, es un hombre como todos y cualquiera mujer puede amarlo, ser su esposa; pero yo ni quiero ni puedo; no simpatizo con gente tan vulgar y que necesariamente tiene que vivir de la farsa.

Ya en la noche:

—Me parece que está usted muy preocupada, Blanca— inquirió Adela.

—Lo estoy, en efecto.

—¿Que le ha ocurrido?

—Que el padre Sandino estuvo a decirme que me ama.

—¡Jesús! —exclamó la niña.

—Imagínate mi situación.

—Pero usted lo despediría.

—Está claro; pero, al irse, me amenazó.

—No haga caso de esas amenazas. Diré a mi tía lo ocurrido.

—Guárdate de decirle nada; el cura tiene ascendiente sobre ella y no creerá sino lo que él la diga.

—Pues se lo diré a Gustavo.

—A nadie. Te suplico que a nadie menciones tal cosa.

—¿Y qué va usted a hacer?

—Procurar librarme de su presencia, por ahora.

—Eso no es tan difícil.

—Ya lo ves; y más tarde, cuando esté calmado, intentaré hacerlo entrar en razón.

—¿En razón?

—Pues persuadirlo de que no debe amarme.

—Eso sí es difícil.

—¿Se te hace difícil?

—¿Y quien puede dejar de amarla una vez que la conoce?—exclamó, arrojándose en mis brazos y estrechándome cariñosamente en ellos.

—Ya ves, mi Adela, que, a pesar de inspirar tanto amor, no soy feliz.

—Yo sé de un amor— me dijo ella—, que si usted quiere, sí la hará feliz.

—Tal vez, pero lo dudo— dije, sin querer valorar las frases de Adela.

—¿Por qué lo duda?

—Porque hay algo en mí que me dice que no he nacido para gozar de la dicha terrenal».

Cap. XV (pp. 101-104)

El retrato del padre Sandino revela su ambigüedad. Blanca describe así el encuentro con el cura en las habitaciones privadas de doña Micaela.

«*9 de enero de 1900*

Ayer, después de habérseme servido la merienda, me avisó Mercedes que la señora de Moreno me esperaba en la sala y que sentiría mucho no cumpliese sus deseos. Aunque no deseaba ir, no quise contrariar a doña Micaela, ya que, a pesar de mi pobreza, se dignaba concederme el honor de que mis pies rozaran la magnífica alfombra de su sala de recibo, y muy pronto estuve en su presencia.

Yo me había imaginado la sala sombría, sobrada de adornos, con un lujo pesado y casi vulgar, de acuerdo con el gusto de su dueña; por eso mi admiración fue grande cuando me encontré en una sala valiosa y sencillamente amueblada, con objetos de arte de un gusto exquisito; riquísima alfombra; irreprochables las cortinas del más costoso damasco y magníficos los muebles.

Doña Micaela estaba sentada cuando yo llegué y tuvo el heroísmo de ponerse de pie así que me vio y de señalarme un sillón cerca del sofá que ella ocupaba.

Después de saludarla con la más respetuosa cortesía:

—Señora —la dije—, Mercedes me avisó que deseaba usted verme aquí, y estoy a sus órdenes.

—Siéntese.

—Gracias.

—Dije a Mercedes que la llamase, porque el señor cura desea conocerla.

—¡Ah!… —exclamé, sin poder reprimir un movimiento de disgusto.

—Y esta noche vendrá con ese objeto —continuó ella, sin notar mi disgusto.

—Ese es mucho honor para mí.

—Cierto; pero como los sacerdotes son discípulos de Cristo, tienen que ser humildes.

—Así pienso yo, sólo que no veo por qué el padre Sandino quiere conocerme de una manera particular.

—Por una razón muy sencilla: yo soy católica-apostólica-romana, y toda la gente que está en mi casa debe estar bajo la dirección de él, como cura de esta parroquia y director y amigo mío.

—Bueno; pero de eso a verme, sin que yo lo solicite, hay diferencia.

—Es que él necesita tratar las personas a fondo y conocerles su carácter y sus intimidades para guiarlas mejor.

—No entiendo —dije contrariada.

La señora de Moreno continuó sin fijarse en mis últimas palabras:

—Es por asuntos de religión, únicamente, por lo que el padre Sandino desea conocerla.

—Así lo creo, señora —contesté bajando los ojos para que no viera mi indignación.

—El señor cura es un buen ministro del Señor y, aunque joven, se ha captado las simpatías, respetos y consideraciones de la gente principal de esta población, por su conducta correcta, y su carácter generoso. Yo misma —añadió con cierta vanidad— le recibo con gusto y es mi consejero espiritual, como usted sabe.

—Debe ser un sacerdote muy ilustrado cuando ha conseguido dirigir a usted.

—¡Oh, mucho! Y de muy buen corazón. Ya llega —agregó dirigiendo la vista a la puerta por donde entraba el gallardo profesional.

—Buenas noches —dijo el clérigo, avanzando hasta llegar donde estábamos nosotras.

—Buenas noches, señor cura. Sírvase sentarse —exclamó doña Micaela.

Luego, volviéndose a mí y señalándome al cura:

—Esta es la institutriz de mi sobrina; la tiene usted a sus órdenes —dijo.

Yo no me moví.

—Me alegra mucho conocerla —articuló él, cogiendo y estrechando una de mis manos.

—Gracias —le contesté secamente.

—Seremos amigos, ¿no es verdad, señorita?

—Doña Micaela dice que usted desea conocerme, por ser yo la profesora de la señorita Adela —le contesté, evitando darle una respuesta directa y que acaso le hubiera disgustado.

—Y también por usted misma. ¿Y Adelita? —preguntó a doña Micaela.

—Sigue bien.

Y cruzaron varias palabras que yo aproveché para examinar mejor al cura, sin que él lo notara. Era de estatura más que mediana; rico en carnes; gruesa musculatura; cuello corto; color moreno-claro, cara sonrosada; ojos grises, brillantes y un tanto redondos; nariz aguileña; labios carnosos, colorados e incitantes; cabello castaño; conjunto tal vez simpático y agradable para otra que no fuese yo. Estaba correctamente vestido y aún despedía cierto perfume su traje negro y talar.

—¿Y se encuentra bien usted en casa de la señora de Moreno? —preguntó dirigiéndose a mí y mirándome dulce y detenidamente.

—Sí, señor, doña Micaela y su sobrina son muy buenas conmigo.

—Y usted parece muy dócil —continuó en voz baja y sin apartar de mí sus ojos.

—Procuro y procuraré siempre cumplir con mi deber.

—Así debe esperarse de una señorita como usted.

—Yo pensaba —añadió volviéndose a doña Micaela—, que la señorita Olmedo sería una de esas muchachas del pueblo que no tienen más mérito que la educación incompleta que reciben en ciertos colegios; pero veo que es una niña distinguida y que debe ser de buena familia.

—No la he preguntado nada de eso. ¿A qué familia pertenece usted, señorita?

—A una familia honrada, señora.

—No digo lo contrario; pero yo me refiero a la clase social.

—A una clase muy distinta a la de usted, señora.

—¿Cómo se llamaba su madre?

—María Rodezno.

—¿Y su padre?

—Carlos Olmedo —respondí, alzando mi frente con orgullo al nombrar a los autores de mis días.

—¿Carlos Olmedo? Creo haber oído hablar de él, aunque casi no lo recuerdo.

—De seguro le conoció usted. Fue, años atrás, ministro del Gobierno —dijo el cura.

—Es verdad. ¿Fue a él a quien arruinó un pleito?

—A él, sí, si no estoy equivocado.

—Carlota me dijo algo de eso, pero no puse atención, como no me interesaba, además, yo tengo muy mala memoria.

—Yo creo que el señor Olmedo fue víctima de un engaño. ¿No es cierto, señorita?

—Mi padre fue miserablemente robado.

—¿Conque, sin esa desgracia, usted gozaría de mejor puesto social? —me preguntó la matrona.

—Y no tendría el honor de servir a usted, señora —le dije disgustada por su humillante desprecio.

El cura intervino:

—¿Y no hay medio de recuperar algo de lo que su padre perdió?

—Ninguno.

—Yo me prestaría gustoso a ayudarla.

—Gracias, señor; pero no pienso que la torcida justicia de los hombres esté nunca de mi parte.

—Quizá tenga usted razón —suspiró el clérigo—. A la justicia de Dios es a la que debe apelar.

—Esa nunca engaña —apoyó la santurrona.

—Sírvase decirme: ¿en qué colegio estudió usted? —me interrogó Sandino.

—En el Instituto Nacional.

—Malo, muy malo, malísimo.

—¿Por qué? —preguntó doña Micaela.

—Porque allí la enseñanza es laica.

—¿Cómo laica?

—Que no enseñan religión.

—¿No enseñan religión? ¿Y permiten eso?

—Si de mí dependiera, otra cosa sería; pero el Gobierno es el que manda.

—¿Mandar a los representantes de Jesucristo en la tierra? ¡Qué tiempos, Dios mío, qué tiempos! El juicio final se acerca ya.

—Así parece —contestó el cura.

—¿Conque es decir que usted no sabe religión? —me interrogó doña Micaela.

Me sonreí:

—En el Instituto Nacional no obligan a nadie a seguir tal o cual religión, pero sí enseñan Historia Universal, y allí está el origen de todas las religiones: la religión católica tiene mucha semejanza con la que predicó Buda. El padre Benigno debe saber mejor que yo esto.

—Es verdad —apoyó el cura, sin atreverse a contradecirme—. La señorita Olmedo puede enseñar a Adela la religión que usted quiera que aprenda.

—La católica, está claro: yo no entiendo que haya otra; esa es la verdadera. Las demás son farsa, mentira… ¿No es cierto, señor cura?

—Es cierto; nuestra religión es la única verdadera. ¿Qué dice usted de esto, señorita?

—Que no acostumbro discutir lo que no entiendo, y menos con las personas tan ilustradas como usted.

El cura se mordió los labios.

—Lo que es Adela necesita aprender bien el catolicismo me dijo doña Micaela.

—Con el buen ejemplo de usted y la ayuda del padre Sandino, creo que lo aprenderá mejor que con mis lecciones. Por lo demás, ya sabe usted, señora, que lo que me mande lo cumpliré al pie de la letra.

—Eso es lo que yo quiero.

—Si no molesto con una súplica, le pido permiso para retirarme, pues me duele mucho la cabeza.

Doña Micaela interrogó con los ojos al cura:

—Si usted lo permite —le dijo.

—Si está enferma puede retirarse; yo también voy a hacerlo.

Levantóse, se despidió de la señora de Moreno, estrechó mi mano y esperó que yo saliera para irse detrás de mí. Ya en el corredor, me dijo en voz baja:

—Siento mucho que esté enferma. ¿Quiere que le mande unas obleas que son muy buenas para el dolor de cabeza?

—Gracias; con sólo dormir bien, estaré buena.

Él continuó:

—Me han disgustado mucho las impertinencias de doña Micaela para con usted; no le haga caso, que ella no valora lo que dice; pero en mí tendrá usted un aliado y un amigo.

Me separé bruscamente de él contestándole:

—Gracias. Buenas noches.

—Buenas noches —contestóme, sin atreverse a seguirme».

Cap. IV (pp. 29-33)

Ya la joven institutriz había advertido la peligrosidad del cura a quien había encontrado precedentemente delante de la iglesia adonde se fue a pasear con su discípula Adela porque como afirma: «sus hermosos ojos nacidos para contemplar a la Virgen, para extasiarse mirando lo místico, me han visto como no deben ver los ojos de un sacerdote a una mujer» (p. 23). Es útil presentar detalladamente la relación del encuentro como la proporciona el siguiente capítulo.

«*7 de enero de 1900*

El día de hoy amaneció muy claro y fresco. Desde la ventana de mi cuarto contemple el jardín, vi multitud de pajaritos jugando con las flores y buscando en ellas el apetecido sustento. Quise confundirme con ellos, gustar de su alegría y, después de arreglarme mi blanco peinador frente al espejo de mi cómoda, bajé al jardín antes que nadie de la casa supiera que me había levantado.

Apoyada en el tronco de un sauce y viendo el agua del estanque, iba recordando el tiempo de mi infancia, cuando oí la juvenil y fresca voz de Adela:

—Buenos días, señorita.

—Buenos días, Adela —le contesté, abrazándola.

—Hace rato que la busco. ¿A qué hora se ha levantado?

—Hace poco; media hora lo más.

—¿Madrugó para ir a misa?

—No; no he pensado en eso.

—Mi tía quiere que vayamos a oír misa usted y yo.

—Nada más fácil que darle gusto.

—No perdona que yo deje de oír misa los domingos y los días festivos.

—Y tu deber es obedecerla, puesto que te sirve del madre, y es, además, tutora tuya.

—Dice usted bien.

—Voy a arreglarme para ir a la iglesia; entretanto, puedes tú, si quieres, ir a tomar café.

—Mejor espero a tomarlo con usted. Mi tía no está en casa y mi primo tampoco.

—¿Tu primo?

—Sí; Gustavo. ¿No le conoce?

—No lo conozco.

—Conque, ¿tomaremos café juntas? —me preguntó la niña.

—¿Y si se disgusta tu tía porque comes conmigo?

—No se disgustará.

—¿Por qué lo dices?

—Porque me dijo que usted era muy bien educada y que comería conmigo para que me enseñara sus buenas maneras.

—Siendo así, vamos al comedor. Después nos arreglaremos para ir al templo.

Media hora después nos encaminamos, Adela y yo, hacia la iglesia parroquial, a pie, para hacer ejercicio, y porque el templo está muy cerca de la casa de la señora de Moreno.

—¿En esta iglesia tan concurrida te gusta oír misa? —pregunté a mi discípula.

—Con usted, en cualquiera; pero como las otras están más lejos de nuestra casa, he venido aquí, salvo que quiera usted ir a otra.

—No; para mí, son lo mismo todas. ¿Cuál frecuenta más tu tía?

—Esta. Es muy amiga del cura que aquí oficia: un sacerdote muy bueno, dice ella.

"Algún respetable anciano", pensé yo.

Penetré en el templo para oír la misa con la mayor devoción posible.

Varias veces, al dirigir mis ojos hacia el altar mayor, pidiéndole a Dios que me hiciera feliz, me encontré con la mirada del sacerdote; fija, acariciante, como si él, de propósito, me contemplara: aquello me disgustó mucho, tanto más, cuanto que el cura es joven y agraciado.

Salimos de la iglesia después que muchas otras personas, y apenas habíamos pasado el atrio, el cura nos alcanzó. Inclinóse un poco, saludándonos atento y afable y dijo:

—Adelita, dile a doña Micaela que iré dentro de poco a desayunarme a su casa.

—Muy bien, señor.

—Dispénsenme ustedes, que las haya retrasado —agregó, doblandose con cortesía; pero yo volví la cabeza con marcada indiferencia sin ocuparme de sus palabras, y Adela le contestó:

—No tenga cuidado por eso.

—¿Por qué te convierte en mensajera ese cura? —pregunté a la niña con disgusto.

—No lo sé; es la primera vez que lo hace, y me ha extrañado mucho, porque casi no se fija en mí.

—Es falta de educación dar esos encargos a una niña como tú.

—Sin embargo, el padre Sandino es bien educado, instruido y correcto, al decir de mi tía. En fin, ya lo verá usted, pues viene mucho a casa, y tal vez llegue a ser su confesor.

—¿Mi confesor?

—Digo, si a usted le parece…

—Ni él, ni ningún otro: mi confesor es Dios.

Y como ella me mirase asombrada:

—Algún día pensarás como yo pienso, Adela.

—Tal vez, señorita.

—Ya estamos en casa de tu tía: ve a saludarla, y por la tarde iremos a paseo, si lo deseas.

—Iré con mucho gusto.

La niña desapareció.

Me dirigí a mis habitaciones todavía impresionada por la mirada de aquel ministro del Señor, a quien no conocía: es más alto que bajo, grueso, moreno, galán, tal vez simpático; pero sus hermosos ojos nacidos para contemplar a la Virgen, para extasiarse mirando lo místico, me han visto como no deben ver los ojos de un sacerdote a una mujer.

Llegada la tarde, Adela y yo nos metimos en el lujoso carruaje de ésta, para dar un paseo por las afueras de la población: la gente que veía en la calle no me interesaba, pues casi toda me es desconocida, y fijé mi atención en las buenas casas y valiosos edificios que encontrábamos a nuestro paso; y una vez fuera de la ciudad, en la alegre perspectiva del campo, Adela me decía que la tarde estaba muy hermosa y que ella se sentía a mi lado; contenta y feliz, porque yo le ayudaba a comprender las obras de los hombres y a admirar las maravillas de la Naturaleza.

Esta niña tiene una inteligencia observadora despejada y un carácter bellísimo; haré de ella una buena y digna señorita.

En el camino, de regreso de nuestro paseo, Adela se volvió a mí con interés y me dijo:

—El padre Benigno Sandino, ahora que estuvo con mi tía, habló mucho de usted.

—¿De mí? ¿Qué tendrá que ver conmigo?

—Preguntó que quiénes eran sus parientes, cuál su clase social y cuáles sus ideas religiosas.

—¡Bah! ¡Si pretenderá catequizarme!

—¡Quién sabe!

—¿Nada más dijo?

—Que vendría mañana por la noche, para que le presentaran a usted.

—Cosa que no deseo.

—Pero mi tía le prometió que le sería presentada, y ya la conoce usted. Además, el padre Sandino espera hacer de usted una buena religiosa, para que mi educación sea completa.

—¡Ya!…

—Y opina que mi primo no vea a usted.

—¿Conque en todo se mete ese cura? —pregunté.

—Así parece.

—¿Y tiene ascendiente sobre tu tía?

—Mucho; puede decirse que es al único a quien respeta y atiende.

—¿Y a tu primo?

—Gustavo poco y nada se fija en lo que ocurre en su casa, porque mi tía es la que gobierna. Vive muy apartado, dedicado sólo al estudio.

—¿Gustavo Moreno se llama tu primo?

—Sí, señorita.

—¿Es doctor en Medicina y Cirugía?

—Sí; pero no ejerce su profesión porque necesita descanso. ¿Le conoce usted?

—No estoy segura de haberle visto, pero lo he oído nombrar varias veces. Yo pensaba que tu primo sería un muchacho de unos quince años, y no el doctor Moreno.

—Pues él es; ya lo verá; es alto y galán. Mi tía dice a sus amigos que muchas jóvenes, quieren casarse con él; pero que ella ya le tiene elegida la que le gusta para nuera.

Me eché a reír de la ocurrencia de la señora.

—Y él, por supuesto, recibirá por esposa la que su madre le entregue —dije.

—Así dice mi tía.

—¿Y por qué no querrá el padre Benigno que el doctor me vea? ¿Pensará que soy coqueta y que voy a dar algún escándalo en la casa?

—No debe tener ese concepto de usted. El sólo dijo que usted era joven y agraciada y que podía, aunque sólo fuera por pasatiempo, gustar a mi primo, y que eso acarrearía ciertas dificultades en la casa.

—¿Y tu tía?

—"No es la señorita Olmedo quien puede gustar a mi hijo: ya le tengo una novia de su misma clase social, y no se fijará en institutrices" —dijo.

—"No hay que fiarse mucho, señora; aunque yo procuraré aconsejar bien a esa joven, que supongo es buena" —objetó el cura.

—¡Y tanta falta que me hacen sus consejos! Por lo que hace a tu primo, no tengo interés en conocerle, y menos si se parece a su madre.

—En nada se parece a ella y no tiene la culpa de lo que proyectan acerca de él.

—Es verdad; pero no trataré de verle.

—No está aquí pero cuando regrese de la finca, es seguro que va ya desear conocer a mi institutriz.

—Es posible; y en ese caso, con mi conducta digna y mi carácter reservado y frío, demostrará a ese cura caviloso y a doña Micaela, que no he venido a esta casa a inquietar al "señorito", sino a cumplir con mi deber; fuera de que sé que joven como yo no puede llamar la atención de nadie.

—En cuanto a eso… —dijo Adela tímidamente.

—¿Qué? —la interrumpí.

—Pienso que no es posible ver a usted sin quererla.

—¡Qué ocurrencia, Adela!

—Así lo pienso.

—¿Porque tú me quieres, piensas que deben hacerlo así los demás?

—Sí; todos deben amarla.

—Estás equivocada: pocas personas son tan buenas como tú.

—¿Sólo por bondad se le puede querer a usted?

—Pudiera ser.

—No la comprendo.

—Ni pretendas comprenderme: es muy triste tocar las desgracias, aunque sean ajenas.

—¿Es usted desgraciada?

—He sido desgraciada y no soy feliz; si no fueras tú, me encontraría sola, entre extraños.

—Es cierto —convino la niña con tristeza—. Mi tía trata de tenerla alejada de su lado; pero yo procuraré que sea de otro modo, una vez que la conozca bien.

—Nada conseguirás, y yo no pretendo tomar parte en la vida de la señora de Moreno.

—Pero vivirá usted aislada, y es preciso que frecuente las relaciones de mi tía y las mías.

—Eso no puede ser.

—Ya verá cómo lo consigo con mi tía, cuando ella esté de buen humor y yo un poco enferma.

—Te suplico no intentes eso; pensará que yo te sugiero esas ideas, me verá con malos ojos y seré para ella una persona muy pretenciosa.

—Pero entonces, ¿qué debo hacer por usted?

—Ser mi amiga, sin parecerlo, y quererme, sin demostrarlo; esto, en otras circunstancias, sería malo; pero doña Micaela es enemiga de "las efusiones" y favorece el disimulo; le daremos lo que le gusta.

—Pero si mi tía ve a usted con menosprecio, ¿por qué la presentará al cura Sandino a quien tanto aprecia? —me preguntó mi discípula, después de reflexionar un momento.

—Quizá piensa que necesito de los saludables consejos del joven sacerdote y que éstos redundarán en provecho tuyo, mi querida niña.

—Usted no necesita consejos de nadie.

—¿Tú así lo crees, mi pobre Adela?

—Así lo creo: es usted inteligente y sensata.

—Si alguna persona necesita consejos, protección y ayuda, soy yo.

—¿Usted?…

—Yo. ¿No ves que estoy sola, verdaderamente sola en este mundo? Algunas veces he procurado ser fuerte en medio de mi debilidad pero ahora tengo el ánimo decaído y me siento casi rodeada de peligros.

—¿Peligros? —me interrogó, con cariñoso interés y cuidado.

—Peligros, sí; doña Micaela espiará mis menores actos, interpretándolos como a ella le parezca, y el cura…

—¿El cura?…

—Se empeñará en que yo crea y practique ciertos actos religiosos que están en pugna con mi educación y mi conciencia.

—Usted no está obligada a seguir las indicaciones de él.

—No lo estoy; pero él se valdrá de doña Micaela para obligarme a practicar actos de su religión que son mera fórmula y que a nada conducen, sin pensar que a mí no me maneja nadie en cuestión de creencias religiosas.

—Entonces, hará usted lo que quiera hacer.

—Y se disgustará doña Micaela conmigo. Por eso te dije que me siento amenazada de un peligro: el cura.

—No tema usted; aquí estoy yo para defenderla; está Gustavo y, en último caso, Mercedes y Juan que me son enteramente adictos.

—Gracias, Adela; ya veo que me quieres y que me servirás de mucho; pero hay cosas que tu cariño no las podrá evitar.

Y al decirle esto recordé la expresión de los ojos del padre Benigno cuando me vieron por primera vez.

—Yo no creo que mi tía la moleste porque no se confiesa, la obligación suya es enseñarme a mí, y nada más.

—Ojalá piense así doña Micaela.

Bajamos del carruaje y me separé de Adela, entrando en mi cuarto, resuelta a no volver a ver a la señora de Moreno hasta mañana que iré a saludarla como de costumbre».

Cap. III (pp. 21-27)

Efectivamente, el cura es capturado por las espléndidas formas de la joven, hechizado por su radiante belleza que contempla con «idolatría; cada una de sus miradas era una lujuriante caricia» (p. 197). Hipócrita e intrigante, se vale de su ministerio para saciar la sed de poder y para satisfacer indignos apetitos sexuales infundiendo respeto y admiración en los feligreses como doña Micaela, que nunca sospecha la infamia de su verdadera naturaleza.

La escritora, con hábil procedimiento estilístico, gradualmente revela, por una serie de detalles negativos, la corrupción moral del personaje, descrito como un individuo despreciable, ávido sobre todo cuando se exaspera por la resistencia de Blanca. En este caso, vierte veneno sobre ella, una baba inmunda que entrampa a doña Micaela en una red de perversión reforzada por la actitud inequívoca de Sandino que, con éxtasis libidinoso, "saborea" su próxima victoria.

«Blanca, el día anteríor, sin saber que Sandino estaba con doña Micaela, fue a saludar a ésta, quién la recibió con una cortesía que no le hubiera demostrado si el cura no se hallara presente.

—Siéntese, señorita Olmedo.

—Gracias, señora.

El padre Sandino devoró con ansia las esbeltas formas de la joven; admiró, como bobo, el tesoro de aquella espléndida hermosura venusina; hermosura radiante, hermosura de botón que empieza a abrir sus pétalos; hermosura no hecha para profanos ni para ungidos.

El levita la contempló con idolatría; cada una de sus miradas era una lujuriante caricia, y por un momento, sí, sólo por un momento, tuvo lástima de la belleza de la joven y casi se arrepintió de la misión infame, denigrante, que lo tenía en casa de la señora de Moreno; pero esto duró poco y se acordó de lo que Verdolaga le había dicho: "Si no ha de ser de nosotros, que no sea de nadie".

Quiso hacer el último esfuerzo por ver si conquistaba la voluntad de la joven, y la dijo, haciendo uso de su voz más amable:

—Señorita, iba a ir a verla para decirla que me he tomado la libertad de nombrarla primera comisionada para arreglar los altares de la iglesia, en la próxima festividad, del día de la Virgen de la Concepción.

—¿A mí? —preguntó Blanca, comprendiendo, desde luego, que el cura procuraba tenerla a su lado para hallar lugar de hablarla de su insensato amor.

—A usted, que es tan competente como piadosa.

—¡Pero si yo no entiendo nada de eso!

—Sin embargo, creo que ninguna es más a propósito que usted para el encargo que le he dado.

—Dispense, señor cura; pero ni puedo, ni me queda tiempo para complacerlo.

—¡Oh, aún falta mucho! Por eso la he nombrado con tanta anticipación.

—Siempre estaré ocupada.

—Aunque vaya sólo a ratos; lo que yo deseo es su acertada dirección.

Doña Micaela permanecía hosca, sufriendo con la preferencia que el cura daba a la institutriz.

—No se moleste más, señor —dijo Blanca—; yo no sirvo para eso.

—¿Por qué no ha de servir usted?

—Porque mis aptitudes, mis gustos y mis inclinaciones, son otros.

—Eso es, usted lo ha dicho: sus gustos y sus inclinaciones, son otros —exclamó el fariseo, exasperado por la firme resistencia de la joven.

—Y usted no puede obligarme a cambiarlos —dijo Blanca, saludando y desapareciendo.

Todos los instintos de la bestia se despertaron en el levita; en su impotencia, dio coces y mordiscos.

Como veneno lento y seguro, sus palabras fueron cayendo, una a una, sobre la mística señora.

Aquella baba apostólica tenía el nauseabundo hedor de todas las inmundicias.

De aquellos labios ungidos no brotaron palabras de perdón y de consuelo, sino frases calumniantes, injuriosas y atrevidas, dignas tan sólo de su religiosa oyente.

—¡Ya lo ve usted! —exclamó el cura, dirigiéndose a su hija de confesión y dando un profundo suspiro—. He hecho el último esfuerzo, pero en vano.

—¿Para qué quiere darle un puesto que no merece? ¿Para qué obligarle a hacer cosas que no están de acuerdo con sus sentimientos? —preguntó doña Micaela con mal disimulada envidia.

—Al hacerlo, cumplía una obra de caridad, señora; trataba, por los mejores medios, de traer al redil a la oveja descarriada. ¿Cree usted que yo no sabía de antemano que ella no aceptaría ese encargo? ¿Cree usted que de veras la he nombrado comisionada para tan honroso fin? No, señora. Para eso faltan cinco meses, y esos puestos no se dan sino a personas de reconocidos méritos. La primera comisionada será usted, porque es usted quien más lo merece.

El oprimido pecho de doña Micaela se infló de satisfacción, mientras el cura hipócrita seguía:

—Pero yo deseaba que usted viese de una manera palpable los sentimientos irreligiosos de la joven Olmedo, para que no le extrañe lo que de ella voy a decirle:

—¿Tiene usted que decirme algo de ella?

—Por desgracia, sí. Esa joven lleva muy mal camino y, por más que he hecho, no he podido inculcarle ideas puras, levantadas y religiosas. Es bella, sí, más bella que Eva antes de pecar, y que Luzbel, el ángel caído, y tiene una hermosura tan pecaminosa y atrayente, que hace pecar a todos los hombres. Bajo ese aire serio y esquivo, bajo esa dignidad fría y reservada, que semeja una majestad olímpica, oculta ella un corazón ardiente y apasionado, ¡oh, tan apasionado!…

Y el buen sacerdote cerró los ojos en éxtasis libidinoso, pasando su lengua por sus grasientos y gruesos labios, y saboreando, como si gustase un plato exquisito, un manjar eucarístico, el panal del monte Himeto.

—¡Ah, señora! —continuó—. Si no fuera que soy hombre fuerte, habría pecado; aunque sólo fuera con el pensamiento, habría pecado; porque ella, así… mansa como una paloma, débil como un niño, lánguida como una enferma, voluptuosa como una criolla, sin palabras, pero con su actitud, con sus miradas, con sus suspiros, me atraía, me fascinaba… Casi sentí el vertigo de la carne…

Y como si en efecto lo sintiera, sus ojos, animados por el brillo impuro, asustaron a doña Micaela, y su beatífico semblante tornóse rojo, pletórico de mística sangre.

—¡Qué horror! —articuló la señora de Moreno, indignada, llena de santo encono contra la pervertida que osaba poner a prueba la casta virtud del honrado sacerdote—. ¡Qué horror…!

—Hice uso de mi sangre fría; recordé que soy ministro del Altísimo; que tengo que ser casto y puro, inmaculado, impecable. Llamé en mi auxilio a Dios, y me sentí salvado, fuerte contra toda tentación mundana… ¡La carne enmudeció…! La serpiente, lúbrica y tentadora, yacía bajo mis plantas, pálida, torva, rugiendo en su impotencia. Entonces, también recordé mi misión; perdone la ofensa hecha a mi virtud, a mi recato, y quise que aquella alma tentadora fuese para el cielo. Le hablé de Dios, de la Virgen, y le dije que si confesaba con sincero arrepentimiento sus pecados, se salvaría; pero no me hizo caso.

Ante la idea de confesión, su espíritu indisciplinado se sublevó, y me dijo: —"Sólo Dios puede perdonarme mis pecados, si acaso los tengo, y no un hombre pecador como usted".

—¡Horror! —volvió a repetir doña Micaela, verde de coraje.

—Si me he atrevido a hablar de estas cosas, a usted, señora, es porque esa joven vive en su casa, es la institutriz de su sobrina y puede dar mal ejemplo a su discípula. Hace varios domingos que ni ella ni Adela van a oír misa… ¿Por qué no quiere confesarse? ¡Qué pecados tan horribles tendrá que quiere ocultarlos a mí, humilde, pero recto representante de Dios!

—¿Nunca se ha confesado con usted?

—Nunca.

—Luego, ¿piensa usted…?

—Que es una hereje y que su ejemplo es pernicioso para Adela —contestó el cura, adivinando lo que doña Micaela iba a preguntarle.

—Yo dudaba del fervor religioso de la institutriz; pero como usted me dijo que era muy piadosa y buena…

—Me tenía engañado la hipócrita.

—Inmediatamente despacharé de mi casa a esa desvergonzada mujer.

—Eso es difícil.

—¿Por qué difícil?

—Porque don Gustavo no lo consentirá.

—¿Mi hijo? ¿Conque de veras la ama?

Y recordó que la noche anterior lo había visto cerca de ella, y aunque no pudo oír lo que se decían, y Adela le aseguró que eran cosas indiferentes, lo probable era que de amor hablaran.

—Sí, señora, o, al menos, cree amarla. Ya he dicho a usted que es tentadora, y a su hijo, que es virtuoso, debe tenerlo subyugado, vencido.

—Hoy mismo la despacharé —rugió doña Micaela.

—Calma, señora; y aunque es verdad que esté mal el que usted tenga en su casa una persona de las condiciones de la señorita Olmedo, hereje, descreída, inmoral, desvergonzada y provocativa, no puede arrojarla así…

—¿Qué no puedo?

—Para evitar un escándalo.

—¿Qué escándalo?

—Que su hijo la siga.

—¡Oh! —aulló exasperada la aristocrática postiza.

—Antes de despacharla hay que pensar mucho.

—¿Qué debo hacer, señor cura?

—Hablar con el doctor: inducirlo, con buenos modos, si es que la ama, a que la olvide; y si no quiere…

—¿Si no quiere?

—Emplearemos otros medios; pero con mucha prudencia, sin darnos por entendidos de nada, para que nuestro plan tenga buen éxito. Verdolaga y Maldonado están de nuestra parte y nos ayudarán en todo. Lo principal es averiguar si de veras la ama Moreno y si ella corresponde y excita ese amor.

—Hoy mismo hablaré con Gustavo.

—Hoy no, señora.

—¿Hoy no?

—Me ha visto aquí la institutriz y pensará que soy yo quien he abierto los ojos a usted.

—¿Cuándo podré hablarle?

—Mañana u otro día; pero no deje entrever a la señorita Olmedo que está al corriente de su conducta; trátela lo mismo que antes.

—Así lo haré, señor cura, y mil gracias por el celo que muestra por el buen nombre de mi casa.

—Usted es una de las principales columnas de la iglesia, y la iglesia está en su deber velando por el bien de sus feligreses.

Se retiró el sacerdote de casa de la señora de Moreno, satisfecho por haber cumplido, como su Dios manda, la misión de paz y concordia, y de haber obtenido victoria contra infieles y herejes; y al llegar a la escalera, vio de lejos a Blanca, pálida y bella, que parecía lanzarle un mudo reproche.

Su corazón de hombre palpitó de amor, y pensó en la angustia, en el tormento, en la desesperación en que iba a sumir, con sus calumnias, a aquella joven inofensiva y pura.

—¿Tengo derecho a robarle su honor, a hacerla infeliz? —se dijo.

Y reprimiendo un arranque de arrepentimiento:

—¿Y mi felicidad? —se preguntó—. ¡Si no es mía, no será de otro!

Y con la calma del justo bajó a la calle, persignándose, para evitar tentaciones, el ungido, el bendito, el que lleva la salud a los enfermos, la calma a los angustiados, el alivio a los tristes, el perdón de los pecados, el olvido de las ofensas, el bálsalmo de piedad y paz para los espíritus, la bondad y sabiduría supremas…

¡Oh, santos corderos, que en nombre de Dios borran los pecados del mundo…!

¡Oh, castos y humildes sacerdotes, que tan bien imitan a Cristo…!».

Cap. XXVIII (pp. 197-202)

No hay duda: Blanca, voluptuosa como una criolla, es la gran tentadora que destruye la voluntad de los hombres, comunes mortales o servidores de Dios. La misión de paz y concordia, de victoria contra la infiel, se concluye con plena satisfacción de Sandino. Puntual llega el comentario de la autora que, con la usual ironía, termina el capítulo subrayando las

cualidades de los castos sacerdotes como Sandino que sigue "tan bien" el ejemplo de Cristo.

Sin embargo, Lucila Gamero presenta, no por casualidad, a otra figura de clérigo, el Padre Bonilla «un sacerdote instruido y bueno» (p. 159), símbolo de rectitud y perfecta religiosidad. Justo para ser el exacto reverso del padre Sandino, él vence la desconfianza de Blanca respecto a la religión «asesina y mutiladora» (p. 41) y a los rituales religiosos «que son mera fórmula y que a nada conducen» (p. 26). Es una convicción que proviene de su educación laica en el Instituto Nacional, donde la enseñanza religiosa no es obligatoria. En alternativa se potencian las materias científicas, la historia universal en que «está el origen de todas las religiones» (p. 32) y la natural que permite admirar más a Dios, en cuanto «no podía existir el uno sin la otra» (p. 41).

Al construir este último personaje, la autora manifiesta la misma preocupación ética, pero también un compromiso de verdad. Si por una parte condena al clero en su representante negativo, Sandino, por otra exalta la función del sacerdote, subrayando la integridad moral del Padre Bonilla, la profundidad de su fe, la convicción de que para ser un buen ministro de Dios se necesita la tolerancia en materia religiosa.

«—¿Por qué dejó usted entrar a ese hombre en mi alcoba, a verme, a injuriarme? —preguntó Blanca al padre Bonilla, así que éste se le reunió.

—Se valió del engaño, hija mía; pero cara ha pagado su osada visita; le dije cosas que deben haberle disgustado mucho, y a esta hora debe estar en la cárcel.

—¿En la cárcel?

—Sí. Apresado tal vez por las tantas arbitrariedades, atropellos y estafas que ha cometido, o por los sobornos que ha aceptado para absolver criminales, validos de testigos falsos.

—¡Qué hombre!

—Es un canalla acabado; pero verá usted como le sirven de fiador Maldonado, Gutiérrez y Miranda, sus íntimos.

—No lo dudo; le temen y le acarician.

—Son unos desgraciados porque tienen que servir a otro más pícaro que ellos.

—Cuando le quiten el empleo le volverán las espaldas.

—Tal vez no. Debe haber entre ellos ciertas intimidades que los tendrán unidos por toda la vida.

—Puede ser; pero no volvamos a ocuparnos de ese hombre.

—Tiene usted razón; eso la disgusta ya el médico le ha aconsejado tranquilidad.

—Y eso es lo que no puedo tener.

—¿Por qué no? Amalia vendrá dentro de un momento y al lado de ella se sentirá usted tranquila, si no dichosa.

—Sufro mucho pensando en la pobre.

—La niña Murillo mejora de salud y sólo ansía ver a usted buena y que venga pronto Gustavo.

—Padre, ¿habré pecado por amarlo tanto?

—¿A quién, hija mía?

—A él, a Gustavo.

—No, mi querida niña: el amor es creación de Dios y lo que más nos acerca a Él; pero el amor de las personas buenas y libres para amarse. El amor es instintivo en todo ser viviente: aman hasta los brutos.

—El catolicismo considera el matrimonio, no como un acto natural y bueno, sino como un medio de impedir el amor libre.

—Toda religión que contrarie las leyes naturales está en un error. Yo soy sacerdote católico, jubilado puede decirse, pues mi tolerancia en materias religiosas me tiene alejado del mundo católico. He querido que mis feligreses sean buenos, no fanáticos, y ahí estuvo el mal. Para el vulgo, hija mía, ha sido inventado el milagro: a él le gusta lo obscuro, lo misterioso, lo no comprensible. Juré ser Apóstol de la Verdad, y no pudiendo hacerme comprender sino de las pocas personas instruidas que conozco, me he retirado a vivir como cualquier particular. Para ser sacerdote de la ignorancia, es necesario no ver, no pensar, no sentir, y mi ideal era otro: un ideal de reforma y mejoramiento social e intelectual; no pude lograrlo, renuncié mi misión.

—Hizo usted muy bien, padre. El sacerdote de la Verdad no puede fomentar la mentira. Ojalá todos pensaran como usted.

—Entonces no habría religiones.

—Entonces imperaría una religión universal: Verdad, Razón, Igualdad.

—Para eso habría que reformar el mundo.

—Para eso hay que fomentar la Instrucción Pública. Ese es el Faro de la Verdad que alumbra hasta las inteligencias más obtusas.

—Es usted la única mujer que me ha hablado así; la única de cerebro y alma fuerte, entre tantas débiles; pero, doblemos esa hoja; está usted muy fatigada y le hace daño razonar.

Y fallaron las almas buenas…

Y volvió a hacerse la sombra…».

Cap. XLVI (pp. 287-288)

La tolerancia religiosa llega a ser condición indispensable para formar mentes abiertas al conocimiento en los religiosos, que en primer lugar tienen que dar el ejemplo para liberar la sociedad de la ignorancia.

Bien lejos de esta actitud, el padre Sandino practica una influencia negativa sobre los fieles, volcando el sentido auténtico del catolicismo, reemplazando a la fe el comportamiento equívoco, la hipocresía, el fanatismo religioso que, fomentado por la calumnia, cruza los límites de lo racional falseando los valores de la religión. Fundamental resulta educar al pueblo por la enseñanza pública que, con palabras de Blanca –perfectamente en sintonía con las del Padre Bonilla–, «es el Faro de la Verdad que alumbra hasta las inteligencias más obtusas» (p. 288).

De esta forma la autora pone el acento sobre el sistema educativo que cae bajo el control de los religiosos con el resultado que niegan la capacidad de pensar "racionalmente", manteniendo en la ignorancia a las personas, jóvenes y de edad madura. Así, por ejemplo, una profesora católica tachó de hereje a Blanca por haber afirmado que la Naturaleza está íntimamente conectada con Dios.

Y por cierto obtusa y grosera es la mentalidad de doña Micaela, «una mujer sin educación» (p. 259), ferviente católica, que acoge en casa a Blanca. El entero aspecto físico revela los rasgos morales y la pertenencia

a la clase social[3]. Un mundo de apariencia, de ostentación y superficialidad donde es importante mantener intacta la nobleza del *status* social y por consecuencia alejar lo que no pertenece al mismo nivel de vida. Blanca explica muy bien la frialdad de la ama que la considera un ser inferior tratándola con la inevitable distancia de una "señora" de la aristocracia respecto a los criados. En seguida la joven se da cuenta de su vanidad, soberbia y vulgaridad, definiéndola como una típica representante de la aristocracia del dinero que es «lo único que tiene, lo que la hace valer a los ojos de sus iguales y lo que agranda sus vicios y aumenta las malas pasiones» (p. 8).

«*2 de febrero de 1900*

Hoy me levanté muy temprano, sin hacer ruido, para no despertar a Adela, quien estaba profundamente dormida.

Así que me hube lavado y arreglado, cogí un libro y me puse a leer cerca de la ventana de mi alcoba, interrumpiéndome, a ratos, para gozar de la alegre perspectiva del jardín en tan agradable mañana: los árboles estaban medio cubiertos por la neblina y en las enredaderas se veían pequeñas gotas de agua que, al salir el sol, semejaban efímeros prismas de variados colores.

Desde niña he sido aficionada a contemplar la Naturaleza y a fijarme en ciertas cosas que para la mayor parte de la gente son menudencias y pasan inadvertidas, pero que a mí me hacen admirar más a Dios. Y, sin embargo, un día, una profesora católica me llamó "hereje", porque le dije que la Naturaleza estaba en íntima relación con Dios y que no podía existir el uno sin la otra.

—"¿Es decir que Dios no puede deshacer el Universo?" —me preguntó con acritud.

—"Se destruiría a sí mismo" —le contesté con profunda convicción.

Entonces soltó con cólera, a son de insulto, la gran frase:

—¡Hereje…!

[3] Los detalles de su retrato se encuentran en el citado cap. I.

Me reí, sin hacerle caso, de la ignorancia de toda una profesora y no objeté nada. Afortunadamente para mí, la mayor parte del personal del colegio eran personas instruidas y sensatas y la cosa no pasó a más. Si hubiera sido en tiempo del Santo Oficio, me queman viva con la más tranquila y piadosa devoción cristiana. Con qué éxtasis místico se hubieran recreado oyendo mis gritos de dolor y de protesta, viendo mi cuerpo, mi juventud y mi vida, convertirse en ceniza, todo, en obsequio de su Dios…! ¡Oh religión asesina y mutiladora! ¡Oh su apóstol Torquemada!…

Como si al evocar la religión que ella profesa, evocara a doña Micaela misma, apareció cerca de mí la señora de la casa, que iba a oír misa, a gustar del pan eucarístico, ella, que tan bien lo tiene ganado. Así que la vi, me puse de pie para saludarla de la manera más respetuosa.

—¿Tan de mañana se ha levantado usted? —me pregunté.

—Si, señora.

—¿Y Adela?

—Está acostada todavía.

—Desde que duerme con usted noto que su salud mejora.

—Así parece.

—¿Y a qué se ha levantado usted tan temprano?

—Quise estudiar mientras se levanta Adela.

—Usted no necesita aprender mas, siendo ya una profesora graduada.

—La ciencia no tiene límites, señora, y yo no he profundizado las materias. Ahora repasaba, únicamente por via de distracción, los puntos de Historia Natural que trataré hoy con Adela.

—¿Historia Natural? —preguntóme, sorprendida.

—Si, señora. Estudiaremos Botánica, que es la que trata de los vegetales. Veremos la familia de las leguminosas, que es muy extensa y que mucho sirve al hombre. Usted misma, en la hortaliza, tiene varias plantas de esta familia.

—Conque tienen familia las plantas? ¡Vaya con lo que se aprende en esos colegios! En mi tiempo sólo nos enseñaban a rezar y por eso las gentes de antes somos más piadosas.

—Trabajo me costó reprimir una sonrisa, mientras mentalmente me preguntaba: "¿Qué clase de piedad sentirá una mujer tan ignorante".

Ella repuso:

—Bueno, que estudie todo eso Adela, pero mezclado con religión para que, con la ayuda de Dios, aprenda más fácilmente. ¿Le parece?

—Si, señora. Usted es la que manda aquí y se cumplirán siempre sus órdenes.

—Así lo espero. Usted, con su buena conducta y caracter humilde, se ha captado mis simpatias y quiero tratarla casi como si fuera de mi familia.

—Gracias, señora; pero, francamente, no merezco tanto.

—Ese conocimiento que de sí misma tiene es lo que más me agrada en usted —dijo con el acento más natural del mundo.

Y yo, con el mismo tono:

—Nunca me esforzaré en igualarme a personas que están separadas de mi mundo.

—Pero eso no impide observar ciertas conveniencias sociales. Así espero que usted tomará parte, siempre, en nuestras reuniones, y toda la casa está a su disposición.

—Es usted muy generosa, señora.

—¿La espero esta noche en la sala?

—Iré siempre que pueda; pero sin olvidar que tal distinción no la merezco y que es mera deferencia de usted para conmigo.

Me miró satisfecha y se retiró, alegre, porque iba a dar cuenta al cura de que los deseos de él iban cumpliéndose.

Diez minutos después, tomábamos café, Adela y yo; y como todavía era muy temprano:

—¿Quiere que vayamos al jardín? —me preguntó la niña.

—Vamos; pero a las ocho en punto debemos estar aquí para empezar las clases.

—Estaremos media hora en el jardín, porque ya son las siete y treinta, según el reloj del comedor —exclamó alegremente mi discípula.

—Iremos a la huerta; acuérdate que hoy trataremos de las leguminosas.

—Corriente: la Botánica me gusta mucho y más desde que, hace días, estoy tan contenta.

—¿Por qué estás contenta? —la pregunté, riéndome y acariciándole su lustroso cabello rubio.

—Porque hace muchas noches que duermo muy bien —me contestó, abrazándome tiernamente.

Después, desprendiéndose de mis brazos, se fue corriendo; cortó una flores y adornó con ellas mi pecho.

—¡Así está usted más linda! —exclamó con entusiasmo.

—Eres muy loquita —observé con cariño.

—¿Y mi mayor locura es quererla mucho a usted? —me interrogó, viéndome con sus azules ojos.

—Tal vez —la respondí, como obedeciendo a una revelación misteriosa y entristeciéndome súbitamente.

—¿Qué le pasa que se ha puesto pálida? —me preguntó con interés.

—Nada, mi querida niña. Ya sabes que soy impresionable y nerviosa. Basta un recuerdo para entristecerme.

—¿De qué se acordó?

—De mi padre —le dije, para no entristecer esta almita que se ha refugiado en mí y vive de mis ternezas.

Ella volvió a abrazarme como para decirme, de la manera más elocuente, que no estoy sola en este mundo.

Estábamos cerca de la huerta las dos, cogidas del brazo, contándome mi discípula lo mucho que sufre con el modo de ser de doña Micaela, cuando percibimos ruido, y, fijándonos bien, descubrimos un joven agachado, entretenido viendo las plantas.

—Es mi primo —me dijo Adela en, voz baja.

—Retirémonos —murmuré.

—¿Pero él nos había visto ya y se puso en pie con presteza. ¡Qué alto me pareció!

—¿Tan temprano te has levantado hoy, Adela? —preguntó a su prima, acercándose a nosotras.

—Sí; muy temprano.

—Buenos días, señorita —dijo, inclinándose un poco, sin poder reprimir un movimiento, no sé si de sorpresa o de contrariedad.

—Buenos días, señor —le contesté confusa; y, sin poder explicármelo, mis ojos estaban fijos en los de él como si no tuvieran fuerzas para apartarse de allí… ¡Tan obscuros, hermosos y atrayentes son sus ojos!… Al fin, haciendo un esfuerzo, bajé la cabeza, abrazando más a la niña para disimular mi turbación.

Y él, dirigiéndose a Adela:

—¿Es esta señorita tu institutriz, prima?

—Esta es.

—¿Y, por qué no me la has presentado?

—Ella no ha querido.

—¿Yo? —exclamé, mirando a la niña.

—¿Que no ha querido? —preguntó él.

—No… —dijo Adela turbada; —es que no ha habido ocasión.

—Pero ahora la hay.

Y acercándose a mí y tomándome una mano que yo le dejé maquinalmente:

—Gustavo Moreno —me dijo con voz dulce y buscando sus ojos los míos; pero yo no quise mirarle y me contenté con decirle mi nombre, que nunca ha salido de mis labios con tanta turbación:

—Blanca Olmedo.

Y quedamos vacilantes, con las manos enlazadas.

Por fin retiré la mía.

—Pero yo la he visto a usted en otra parte —me dijo.

—Tal vez —le respondí.

—Ya recuerdo. En mi examen, cuando me gradué de bachiller; era usted muy niña y no debe acordarse de mí. Desde entonces no la he vuelto a ver; pero tengo buena memoria; no la había olvidado. Aunque, en verdad, no se necesita buena memoria para recordar la fisonomía suya, —añadió, hallando esta vez la mirada de mis ojos.

—Es usted muy amable —articulé, todavía confusa.

—¡Es sólo con usted! —exclamó Adela, admirada—. ¡Si lo viera con otras!…

Mis ojos graves callaron a la niña.

—Adela es muy pícara —dijo él—. Aunque, al fin y al cabo, quizás tenga razón.

Y me miró de un modo expresivo.

Luego, tal vez comprendiendo que había ido demasiado lejos:

—¿Y le da muy malos ratos esta niña? —me preguntó, poniendo su bien cuidada mano en el hombro de Adela.

—No señor; al contrario, muy buenos.

—Salvo ciertas inconveniencias —exclamó, riéndose.

—Propias de ella y que no tienen ningún valor para mí —contesté con cierta seriedad, volviendo a ser dueña de mí misma.

—Tiene usted razón —convino él—. Aún pienso que yo debo parecerle a usted algo extravagante.

—¿Extravagante? ¿Por qué?

—Hace varios días que está usted en mi casa, y no verla yo hasta hoy.

—Sé que no ha permanecido en ella y que vive muy ocupado.

—Y usted, por lo visto, es muy esquiva.

—Esquiva, tal vez no; pero me gusta distraer lo menos posible la atención de los demás.

—Es usted bastante original. Conque, ¿si no hubiera sido este inesperado encuentro…?

—Es probable que hubiera pasado algún tiempo sin que nos viéramos de cerca.

—Pero ahora ya no puede excusarse usted de ser mi amiga.

—Usted olvida que soy la institutriz de la señorita Murillo —dije por contestación.

Me miró con asombro:

—¿Qué quiere decirme con eso?

—Que nuestras relaciones no deben revestir el carácter de amistad.

—¿Por qué motivo?

—Por lo que acabo de exponerle.

—El reflexionó un momento:

—Si mi madre le ha expresado ciertas ideas absurdas sobre relaciones sociales, le ruego crea que yo, no las apruebo y menos que participo de ellas.

Y saludando y estrechándome la mano se alejó de nosotras, después de mirarme, como si quisiera agregar algo más a lo que ya me había dicho.

Adela y yo salimos del jardín. Por la tarde, cuando estuve sola en mi cuarto, me sentí nerviosa y preocupada. La imagen de Gustavo no se apartaba y aún no se aparta de mis ojos: alto, delgado, moreno, elegantemente vestido, fino; atento, simpático, hermoso; con unos ojos rasgados, castaños, atrayentes y tan expresivos, que hablan al alma… No, en nada se parece a su madre. Él es todo un caballero, galante y bien educado.

¿Por qué pienso en él? ¿Pensará él en mí?… ¡Ah, no! ¿Y doña Micaela?…».

Cap. VI (pp. 41-46)

La aristocracia del dinero, entonces, es una de las peores catástrofes de la sociedad que llega a prostituirse y a degradarse aún más por la intervención de personas como el corrumpido juez Verdolaga y el padre Sandino, «dos víboras inmundas que todo lo que ven puro quieren mancharlo con su pestilente baba, empozoñarlo con su virus venenoso» (p. 259) –para usar las palabras del doctor Marcelo Gámez, el amigo cariñoso y generoso de los Olmedo–, que alimentan el fanatismo religioso y la ignorancia.

Lo sabe muy bien doña Micaela, quien ni por un momento duda de sus "buenas intenciones" entregándoles su total confianza. Los siguientes capítulos, además del citado Cap. XXXVII, lo averiguan:

«*1° de junio de 1900*

Otro nuevo mes y mi vida sigue siendo la misma: monótona, aparte de ciertas cosas que me han disgustado mucho y que luego referiré.

Si no fuera por el cariño que me profesa Adela. me sentiría aislada en esta casa, pues la señora ahora muy raras veces me ve y siempre me demuestra superioridad, como dándome a entender que entre ella y yo hay mucha distancia. La hay, en efecto; eso yo lo comprendo bien, mejor que ella.

Por pura deferencia, según dijo a sus amigas, delante de Mercedes, me ha permitido que coma con su sobrina. Ella come con su hijo, y casi siempre con personas allegadas, las más, pertenecientes a la aristocracia del dinero; la canalla dorada que abunda en nuestra sociedad; ricos de un día para otro y que nadie se preocupa de saber cómo han hecho capital, puesto que ya lo tienen. Conozco a uno de esos: un solterón, chelote, un cualquiera, un pobrete, que nada valía porque nada tenía, y que ahora que tiene capital se codea con las personas principales de esta ciudad. Y su valimento, ¿de dónde proviene? De medios muy honrosos: desfalco a la

Hacienda Pública; despojo a un su pariente ¿Y qué hay de todo eso? Pues nada: que unos, por su causa, viven pobres, ignorados, mientras él, con el dinero de otros, pasea su insolencia y su ignorancia por Europa, por donde se le antoja; denigra a los honrados y pone el grito en el cielo cuando sabe que alguno se atreve a dudar de su reconocida honradez… ¡Honradez del dinero, indiscutible honradez… Verdolaga y Antonio Maldonado, el tipo que acabo de bosquejar, son íntimos amigos, y con esto está dicho todo.

Repugnancia, asco, desprecio, tal siento cuando veo lo prostituída y degradada que está nuestra sociedad. Entonces bendigo mi aislamiento que me permite tener muy pocas relaciones, pero todas buenas, de las ideas de mi padre.

La señora de Moreno se asombró mucho porque hace tres días vino a visitarme la señora de Fernández, permaneciendo conmigo largo rato, y porque la señora de Gámez me mandó sus niños; son estos tres angelitos, bellos, sonrientes y cariñosos: dos mujercitas y un varoncito: Ada, la mayor, de diez años; Arturo, de siete, y Julita de cuatro. Todos me quieren mucho; mandé traerles juguetes y dulces para obsequiarles y que estuvieran contentos.

—Hace días que deseamos venir —me dijo Ada—; pero Julita ha estado enferma.

—¿Y os acordábais de mí?

—Mucho, muchísimo. Le preguntábamos a mi papá por usted y él nos prometió que vendríamos a verla. En la casa todos se acuerdan de usted, hasta la jardinera, cuyo hijo cuidó usted cuando estuvo enfermo; dice que si no hubieran sido sus cuidados, se le muere. Mi mamá nos ha dicho que usted ya no va a jugar con nosotros, porque vive muy ocupada; pero que cuando no quiera estar en esta casa, la llevará a la de nosotros para que nos enseñe todo lo que sabe. ¿Es verdad? ¿Irá a vivir con nosotros, Blanca?

—Tal vez.

—Pues, váyase ya con nosotros; mis hermanos se portarán bien con usted.

—Sí exclamó Arturo—; y al que la toque o la moleste, lo mato. Tengo un fusil que me regaló don Gustavo y con él a nada le tengo miedo.

—¡Bah! —le dijo Ada—. Si ese fusil sólo tiene flechas.

—Le compraré balas. ¿Verdad Blanca, que puedo matar con él?

—Sí, a los murciélagos.

—Eso es; a los murciélagos —dijo Ada, riendo.

—Y a otros animales también.

—También, Arturo: a los mosquitos.

—A los mosquitos no les pegará.

—¡Pero espantarás a las moscas!

Siguieron charlando los niños, y yo, contenta, acariciando a Julita, que jugaba con una gran muñeca.

Por la tarde fuimos, Adela y yo, a dejar a los niños a casa del doctor Gámez, prometiéndome la señora que volvería a mandármelos pronto.

He hablado de un disgusto que tuve y voy a decir cuál es, por más que me repugne ocuparme del hombre que me lo causó.

Ayer, a eso de las dos de la tarde, estando yo en mi escritorio, escribiendo una carta para una amiga mía, compañera de colegio, que está en California, sin anunciarse, porque no hubiera sido recibido, se presentó a mi vista… Elodio Verdolaga.

Mi semblante expresó disgusto y repugnancia.

—Señorita… —murmuró él.

—¿Qué quiere? —le pregunté con acento áspero y duro y sin alzarlo a ver.

—Usted me dispensará… Vengo… a disculparme.

—No necesito oír disculpas suyas.

—Pero es mi deber dárselas, aunque tarde. Supe que lo del pañuelo le había causado disgustos.

—Ninguno.

—Y como yo fui la causa de ello, vengo a explicarle cómo lo hube.

—Repito que no me importan explicaciones procedentes de usted.

—Es usted cruel conmigo.

Lo miré con profundo desprecio.

El continuó:

—¿El pañuelo lo encontré en la calle y, para evitar que otro hiciera uso de él, lo entregué a Mercedes. Mi intención fue buena.

—Como todas las suyas. Le conozco bien y estoy harta de oírlo mentir tan descaradamente.

—Ay, señorita, ¡qué injusta es usted conmigo… Todavía piensa en cosas pasadas! ¿Me cree culpable, cuando soy inocente?… Por favor, no me mire así…

Y sin que yo se lo permitiera, se dejó caer en una, silla, tembloroso y agitado, tapándose la cara con las manos, dilatando fuertemente las ventanas de su desviada nariz, y produciendo con ellas un ruido semejante al de un fuelle al vaciar el aire, y que yo traduje por suspiros.

—Piense usted que está delante de mí y no en un teatro para representar escenas cómicas, ridículas.

El alzó los ojos y los brazos al cielo, en actitud dramática:

—¿Qué haría, Dios mío, para que usted me creyese? Ya veo lo ingrata que es conmigo.

—Y yo estoy convencida de que es usted un farsante, un canalla.

—No me trate así, mire que sufro mucho y que a usted todo se lo aguanto… Deploro con el alma haberle ocasionado, aunque involuntariamente, algún sufrimiento; porque, lo vuelvo a repetir, soy amigo suyo y me duele que pueda creer que yo trato de causarle daño. Soy muy desgraciado, señorita, tanto como no se lo imagina usted; desde niño sufrí injustos vejámenes; mi mayor aspiración era tener un puesto elevado que me pusiera al abrigo de vulgares rencillas; ahora que lo he conseguido —usted no ignora que soy Juez de Letras de este Departamento— mi mala situación en nada ha cambiado, pues me desprecian hombres de mérito, sólo porque cumplo con mi deber; y, por último, lo que más me duele es que usted no me comprenda y me odie.

—¿Odiarle? No. Usted no merece odio, sino desprecio —le afirmé tranquilamente.

—No hago caso de sus inmerecidas palabras y sigo para que vea hasta dónde llega mi franqueza con usted: soy desgraciado en la sociedad y, aún más, en el hogar doméstico: unido a una mujer que no me comprende…

—Lo cual la honra —le interrumpí.

—Y a quien no amo —continuó él—, mi vida es un suplicio; no salgo solo porque tengo miedo de que me asesinen; mis noches son horribles, pobladas de pesadillas. Y en esta situación, ¿cómo no he de ansiar que una alma buena se compadezca de mí, me proteja y me ame? Y yo, ¡sería tan bueno con ella…!

Porque tengo muy buen corazón; me conmueven profundamente las tristezas de los demás. Ahora mismo pienso en usted, en su vida solitaria, llena de trabajos y vicisitudes, sin ninguna, esperanza para el mañana, pues cualquiera enfermedad la dejaría en la más triste y desesperada pobreza, y me he propuesto, como al efecto, lo hago, ofrecerle casa propia, respetos, consideraciones, cariño…

Sin dignarme mirarlo, y menos dirigirle la palabra, oprimí el timbre eléctrico.

Se presentó Juan.

—¡Echa a la calle a ese canalla! —le dije, colérica, ardiéndome la cara de indignación.

—¿A cuál, señorita?

—¡A ése!…

—Muy bien: es que no lo veía porque está tras las cortinas ¡Ah, miedoso! ¿Conque injuriabas a la niña Blanca? Ya verás.

—Y lo sacó al pasillo, sin soltarlo. Por fortuna, sólo yo presenciaba a la escena.

—Me voy —me dijo Verdolaga, rojo de cólera—; pero se acordará usted de mí.

No le contesté. Juan se encargó de hacerlo.

—¿Qué se acordará de ti, gallina? Si eres muy conocido como cobarde, borracho, tahur y ladrón. ¿Qué intrigas has puesto en juego para que te hagan Juez de Letras? ¿Gastó dinero para eso tu conpinche Maldonado? ¡Ah, canalla! ¿Te acuerdas cuando rodaste, ebrio, en un estanco? ¿Cuándo en tu casa te golpeó el corchete, sin que te opusieras? ¿Olvidas que un muchacho, con sólo enseñarte el revólver, te hizo correr, y un hombre te puso la rodilla en el vientre y te apretó el pescuezo, mientras tú pedías perdón? ¿Y a un hombre de tu clase va a tener miedo la señorita? ¡Afuera canalla…!

Y le dio tan fuerte empellón, que el representante de la justicia cayó al suelo, y, lívido de cólera y espanto, bajó de tres en tres las gradas de la escalera y se plantó en la calle, resollando con fuerza.

—Si vuelve a molestarla ese hombre infame y sucio —me dijo Juan—, hábleme, señorita, que yo le enseñaré… Me debe una que no la olvido: en unión de su amigo Maldonado aquel gordiflón que come con la señora, me robaron, con mil engaños, cuatrocientos pesos que había eco-

nomizado, a fuerza de privaciones, para ayudar en sus últimos días a mi pobre madre; mi pobre madre, que murió sin medicinas, sin médico que la viera, porque no había con qué pagarlos… Por más que anden de levita, me la pagarán. Al chelote le di una paliza, pero todavía me falta deshonrarlo públicamente, y lo conseguiré porque sé muchas de sus picardías… Si vuelve a venir Verdolaga, háble me, señorita, que a mi me tiene miedo porque sabe que lo conozco y no le temo.

—Muy bien, Juan. Gracias.

Esta oportuna intervención de Juan me ha probado que el cariño, venga de quien viniere, siempre es útil; más, tratándose de personas valientes y honradas como él. ¡Pobre muchacho! ¿Cómo va a perdonar a sus verdugos el que le hayan despojado del dinero que con tanto trabajo y tan honradamente había ganado para enviarlo a su anciana madre? ¡Ah, no! Pues mientras ellos derrochaban el dinero robado, ella, su madre, moría casi en la indigencia.

¡Ah, los canallas de levita!

¡Ah, los canallas con bastón de autoridad!».

Cap. XVII (pp. 115-120)

«En la sala de la señora de Moreno, dos personas conversaban en voz baja…

Rechoncha, amarilla, duro el impasible semblante, doña Micaela departía con el señor Verdolaga, quien, con su traje dominguero y una galantería de mal tono, procuraba hacer agradable su presencia a su encopetada amiga.

Rojo el cuello, colorado el semblante y claros y aguardentosos los ojos, el prostituidor de la justicia parecía marrano cebado: lujuria de dinero, lujuria de carne, todo eso estaba personificado en aquel bicho asqueroso.

Se recostó cuanto pudo en una silla mecedora, y después de contemplar con envidia la alfombra, los muebles, el magnífico cielo raso, y los objetos de lujo de la sala de doña Micaela, se dirigió a ésta:

—¡Ah, mi respetada señora! —dijo, lanzando un prolongado suspiro—. ¡Ah, mi respetada señora, cuan fácil es engañar a usted!

—¿Fácil? —preguntó con sorpresa doña Micaela.

—Sí, muy fácil.

—¿Pero cómo?

—Usted es inteligente, de recto juicio; pero es muy buena y su bondad la perjudica.

—¿Cómo así?

—Porque se deja guiar por el corazón y no ve los defectos de las personas que están en su casa; por eso digo que es muy fácil engañar a usted.

—Hágame el favor de explicarse más claramente —exclamó con interés doña Micaela.

Verdolaga sonrió bajo su bigote gris y ralo de cabro montés.

—Si usted me lo permite.

—¡Pues no lo había de permitir!

—Entonces le preguntaré ciertas cosas.

—Pregunte cuanto quiera, amigo mío.

—Gracias, mi digna señora. Empiezo: ¿Qué hay de los amores de su hijo con la señorita Laura Aguilar?

—Que yo pretendo casarlo con ella.

—Y él, ¿qué dice?

—Nada me ha dicho.

—¿Secunda los deseos suyos?

—Si no los secunda, no los contraría.

—Pero no basta eso. ¿Se ha declarado a la señorita Aguilar?

—Creo que no.

—Y entonces, ¿en qué funda usted sus esperanzas de casarlo con ella?

—En mi voluntad.

—Permítame que le diga que, en cosas de amores, la voluntad de una madre no se impone a su hijo.

—Él me dijo hace algún tiempo que procuraría hacerse agradable a Laura.

—¿Nada más?

—Y tratar de que a él le guste ella.

—Eso es; tratar de amarla, lo que demuestra que no, le gusta la que usted le destina para esposa.

—Pero le gustará.

—No, señora, no le gustará.

—¿Por qué? —preguntó con visible asombro doña Micaela.

—Porque parece que le gusta otra —contestó Verdolaga con tono misterioso.

—¿Otra?

—Sí, señora.

—¿Pero quién?

—Permítame callar su nombre —expuso con tono compungido el bribón de Elodio.

—¿Por qué callarlo? ¿No es usted mi amigo?

—Tengo ese honor, señora.

—¿Entonces?

—Temo disgustar a don Gustavo, si llega a saber que yo he descubierto su secreto.

—No lo sabrá.

—Sólo en fuerza de mandato de usted y de promesa de reserva, diré el nombre de ella.

—¡Pues lo mando! —exclamó doña Micaela con aire de superioridad—. Y le prometo que mi hijo no sabrá nunca quién me ha dicho el nombre de la que ama. Sin temor, diga usted.

—Pero si usted la conoce, señora.

—¿Yo?…

—Usted. Vive en esta casa.

—¿Aquí?

—Sí, señora: es joven y bella…

—¿La institutriz, acaso? —preguntó con mal contenido malhumor.

—Ella misma, señora —articuló Verdolaga con acento de triunfo.

—¡Pero, eso no es posible!

—¿Por qué no, señora? Blanca es linstruida, bella, adorable…

—Pero es inferior a él —le interrumpió doña Micaela—. No tiene ni familia, ni capital.

—Eso es otra cosa; pero cómo él la ama…

—¿Y cómo sabe que la ama?

—Porque no lo ocultan.

—¿Qué ha visto usted?

—He visto al doctor y a ella, juntos, en el coche en que sale su sobrina.

—No puede ser.

—Yo los he visto, señora.

—¿Cuando?

—La primera vez, hace ya algún tiempo; la segunda, anteayer.

—¿Dos veces han ido juntos?

—Dos, que yo los haya visto.

—¿De dónde venían?

—De casa del aya de Blanca, porque de allí los vi salir.

—Y Adela, ¿estaba con ellos?

—No lo pude averiguar, pero creo que sí.

—Yo averiguaré eso.

—Pero con maña, señora.

—Aunque, la verdad, me cuesta trabajo creer que una joven tan recatada como la señorita Olmedo quiera dejarse seducir de mi hijo.

—¿Recatada la señorita Olmedo? ¡Ja, ja, ja! —voceó Verdolaga, haciendo uso de una de sus más escandalosas y vulgares carcajadas—. ¿Recatada la señorita Olmedo? Sólo usted, que no la conoce, puede decir tal cosa.

—Hasta la fecha he observado en ella juicio, moderación, y nunca la he visto cerca de Gustavo; antes bien, parece no querer ocuparse de él.

—Lo cual le probará a usted que lo que llama en ella recato es hipocresía, porque delante de usted aparenta huir del doctor, y cuando nadie puede verla, lo busca.

—¿Qué pretende de mi hijo?

—Que se case con ella, seguramente.

—¿Y él?

—La adora; está loco por ella. Usted no sabe lo intrigante que es la institutriz de su sobrina; yo la conozco bien: sueña encontrar un buen marido y ha puesto los ojos en el hijo de usted.

—¡Oh! —rugió doña Micaela con gran contento del juez canalla—. Nunca consentiré en que mi hijo se case con una joven así.

—La señorita Olmedo es de esas mujeres que inspiran pasiones locas, tenaces, a quienes no olvidan nunca los desgraciados que caen en sus redes; por eso temo que su hijo no sepa hacer frente al amor que ella le ha inspirado.

—¿No desciende de buena familia? —preguntó doña Micaela, desesperanzada.

—Creo que sí; pero si es de buena familia, es de malos sentimientos y mala conducta.

—En cuanto a eso, puede estar usted equivocado: Blanca tiene buenos sentimientos, y su conducta, en mi casa, ha sido correcta.

—Repito que es ella muy hipócrita y que es muy fácil engañarla a usted.

—Pero algo hubiera visto Adela.

—De lo que menos tiene es de tonta; hace las cosas sin que nadie se perciba de ello. Yo mismo estaría engañado acerca de su conducta, sino fuera que, en vida de su padre… Usted me entiende. Por eso ella me aborrece ahora… —dijo el juez calumniador con aire contrito y bajando la cabeza para ocultar el maligno brillo de sus satánicos ojos—. Por lo demás, quiero decirle que sin esos arranques tan apasionados y de los cuales yo casi no fui culpable, ella podía casarse con el hijo de usted, porque es bella, bellísima, distinguida y amante.

—¿Es cierto lo que usted me dice? —preguntó doña Micaela, poniéndose de pie, con el semblante descompuesto por la indignación y la cólera.

—Tan cierto, como que yo soy el mejor y más adicto amigo que usted tiene.

—Hágame el favor de esperarme un momento —dijo doña Micaela, después de haber visto la hora en su reloj.

—¡Deténgase, señora! ¿Qué va usted a hacer? —exclamó Verdolaga, viendo que la señora de Moreno se dirigía a la puerta.

—Espéreme —contestó ella, saliendo de la sala.

Un tanto inquieto quedó Elodio pensando en las consecuencias que sus mentiras podían tener; pero pronto le pasó su inquietud, al fijarse en una magnífica cigarrera y en varios objetos de lujo, con incrustaciones de oro, cuyo valor desde luego calculó.

—¡Calla! —se dijo, haciendo desaparecer en sus bolsillos los objetos que le parecieron más chicos y valiosos—. Esto me sacará de apuros, ahora que estoy tan amolado y que, por el disgusto que he tenido con el Administrador de Rentas, éste ya no quiere adelantarme mis sueldos. ¡Maldita suerte la mía! Y para colmo de males, la sin oficio de mi mujer

va a darme otro chiquillo… Estoy por reventar y Blanca conocerá mi cólera. Sería bueno que, después de haber concluido el capital de su padre, me quedase sin ella… Haré el último esfuerzo, que bastante me ha exasperado. Afortunadamente, la vieja se tragó el anzuelo.

Y notando que doña Micaela se acercaba, volvió a tomar su actitud hipócrita, y compungida.

—Si mi franqueza le ha disgustado, perdóneme, señora; pero mi interés por el honor de su casa… —articuló Verdolaga, así que la señora de Moreno hubo tomado asiento.

—No tenga cuidado, amigo mío; esa confesión me servirá de mucho.

—Como la vi levantarse tan precipitadamente, creí haberla disgustado —dijo él, ansioso de saber qué objeto tuvo la salida de doña Micaela.

—Siendo la hora en que Adela tenía que salir con Blanca, fui a decirle que no se moviera de la casa.

—¡Ah! —suspiró Verdolaga, levantándose para marcharse.

—¿No almuerza conmigo?

—No, señora: tantas gracias; me espera un asunto urgente en el Juzgado. Después tendré el gusto de volver a visitarla.

—A la hora que guste. Tendré cuidado de observar más de cerca a la institutriz.

—Y yo veré qué observo en la calle.

—Está bien.

—Adiós, señora —dijo, inclinándose hasta rozar con la levita la alfombra.

Cuando doña Micaela se vio sola, fue a su pieza y oprimió el timbre eléctrico.

Se presentó una sirvienta:

—Llámame a Mercedes —la dijo; y un minuto después, Mercedes estaba a sus órdenes.

—¿Qué manda usted, señora?

—Qué me digas si cuando la señorita Olmedo ha ido a casa de su aya, mi hijo la ha acompañado.

—No, señora; no lo he visto.

—¿Y los has visto juntos?

—Tampoco, señora; la señorita Olmedo es muy retraída y si por casualidad está ella cuando don Gustavo se acerca a la niña Adela, se retira muy pronto.

—Anteayer, ¿fuiste con ella a casa de Mauricia?

—No, señora; pero la vi ir acompañada de la niña Adela.

—¿Gustavo iba también?

—No le vi.

—Me han dicho que le vieron en el carruaje con la institutriz.

—Yo no lo creo, porque las señoritas solas se fueron y solas regresaron.

—Hay un medio de averiguar eso y tú puedes hacerlo —dijo y doña Micaela.

—¿De qué modo?

—Yendo a ver a Mauricia y preguntándole, con maña, lo que deseo saber.

—Se puede, señora, si usted gusta.

—Tú eres lista, Mercedes, y te tendrá cuenta servirme bien.

—Haré lo que usted me diga.

—Busca algo que llevar, en mi nombre, a Mauricia, y procura averiguar cuántas veces ha ido a verla la institutriz, acompañada de mi hijo.

—Muy bien, señora.

—Infórmate de lo mismo con el cochero.

—Eso lo haré antes de irme a casa del aya; pero que no sepa nada de esto la institutriz —exclamó la muchacha, mirando y con reserva a su senora.

—Pierde cuidado. Pórtate bien y ya verás…

—Ya vuelvo, señora; y usted, es mejor que guarde silencio, pues sin que diga nada, averiguaré más fácilmente lo que me propongo.

—Bueno, muchacha —contestó doña Micaela, admirada de la sagacidad de su criada.

Mercedes se fue corriendo hasta encontrar a Adela, a quien dijo:

—Señorita, todo lo sabe la señora; acaba de dejarla Verdolaga, y me manda que averigüe si ha estado don Gustavo con usted en la casa de la señora Mauricia.

—¿Y vas a ir?

—Inmediatamente, a advertirla que por nada del mundo diga que ha estado allí el doctor, porque la señora, puede mandar a otra persona a que averigüe lo que yo no averigüaré. No pierdo tiempo; me voy ya; avise usted a don Gustavo de lo que ocurre para que lo sepa y prevenga a Juan.

—Así lo haré, Mercedes; ándate pronto y aconseja bien a la señora Mauricia.

—A eso voy, a hacer que no hable.

Una hora después, Mercedes regresó de casa del aya de Blanca.

—¿Qué tal te fue? —la interpeló doña Micaela.

—Va usted a juzgar por lo que oiga. Con mil rodeos hablé a la anciana de la señorita Olmedo; de lo mucho que la quieren y aprecian en esta casa, diciéndola que hasta el doctor tiene atenciones para con ella.

"¿Conoce usted al doctor? —le pregunté.

"No; sólo a la señorita Adela.

"¿Y a doña Micaela?

"La conocí hace muchos años; pero hace años que no la veo.

"¿Y no conoce usted a don Gustavo? —le volví a preguntar.

"¿Al hijo de la señora de Moreno? —me preguntó.

"Sí.

"Nunca lo he visto.

"¿No ha venido con las señoritas?

"No ha venido.

"Y un caballero que las acompañó anteayer, ¿quién era?

"Aquí no han venido con ningún caballero.

"Pues me engañó el lacayo al decirme que el señor que había acompañado a las señoritas a casa de usted, le dio una buena propina. A mí me extrañó que dijera "el señor", pero creí que era que no quería nombrar a don Gustavo.

"Nunca han venido las niñas con ningún señor. Quien vino una vez, pero después que Blanca se había ido, fue don Elodio Verdolaga, a preguntar por mi niña.

"¿Y qué quería con ella? —pregunté a la viejita.

"Molestarla, porque hace tiempo que la persigue, haciéndole propuestas injuriosas —me contestó".

—Esto es lo que me dijo la señora Mauricia, y es lo cierto, porque Juan me aseguró, que don Gustavo no ha salido, en coche, con la institutriz.

—Entonces, ¿por qué me habrán mentido? —exclamó, pensativa, doña Micaela.

—Para dar un mal rato a usted, sin duda.

—Díme, muchacha: ¿visitan muchos hombres a la institutriz, cuando yo salgo?

—Con alguna frecuencia, sólo el doctor Gámez y don Joaquín. Verdolaga fue una vez a visitarla y me dio orden de que no le volviera a dejar entrar, y así se lo dijo a Juan, delante del mismo don Elodio.

—¿Por qué no querrá verle?

—Porque dice que es muy mentiroso, malo y abusivo.

—¡Qué enjambre de encontradas noticias! —articuló la señora de Moreno.

Luego, para sí:

"Puede ser que Blanca no sea como dice Elodio, y que éste esté disgustado con ella porque no quiere recibirlo; así son algunos hombres. Observaré la conducta de ella y la de mi hijo, y preguntaré a Adela lo que deseo saber; ella debe estar al corriente de todo.

Dirigióse a Mercedes, diciéndole:

—No pierdas de vista a la institutriz: ténme al corriente de todo lo que haga, y cuenta con un buen vestido y un pañolón de seda para que lo estrenes el próximo día de la Virgen de la Concepción.

—Gracias, señora. Quedará usted satisfecha de mí, aunque no me dé nada».

Cap. XXIV (pp. 169-176)

Puntual llega la crítica de la autora sobre el perbenismo de las mujeres, atemorizadas de Dios:

«Hacía tiempo que doña Ignacia no visitaba a su amiga doña Micaela; pero cuando llegó a sus oídos la noticia de que la señorita Olmedo había sido despedida de casa de la señora de Moreno, tuvo curiosidad de saber

los detalles de tan sonado incidente y se dirigió a casa de su antigua compañera de iglesia.

—¿Cómo estás, Micaela? —dijo la señora de Aguilar, dando un fuerte abrazo a su amiga.

—Bien, gracias.

—Me habían dicho que estabas algo enferma.

—Tuve, en efecto, un fuerte dolor de cabeza que me duró tres días; pero ya estoy buena. Tú y las niñas, ¿cómo están?

—Sin novedad. Gracias. Y de Gustavo, ¿has sabido?

—Supe ayer de él: está bueno. La ausencia de mi hijo me tiene muy apesarada.

—Es natural. Yo, por más que he deseado, no he podido venir a verte antes de ahora. Imagínate: devolviendo visitas atrasadas y teniendo tanto que hacer en la iglesia del Carmen, que está a mi cargo. Por más que se quiera, no puede una estar en todo, y las amigas de confianza se van quedando por último. Por eso hace días que no tengo el gusto de verte, Micaela.

—Hace tiempo que no nos vemos, Ignacia; desde el día del santo de Laura que estuve casi toda la noche contigo.

—Es verdad.

—Yo no he querido volver a tu casa porque he pensado que estarías un tanto disgustada conmigo.

—¿Disgustada? ¿Por qué? —preguntó la señora de Aguilar, fingiendo asombro.

—Por lo de Gustavo.

—¿De tu hijo?

—Sí; porque no quiso como ya te había asegurado pedir la mano de Laura.

—¡Bah…! —exclamó doña Ignacia, cruzando las piernas y metiéndose en la boca el cigarro que su amiga acababa de darle. —Si yo nunca tomé en serio esa propuesta.

—Pero me dijiste que la aceptabas.

—Por no desagradarte; pero bien veía que tu hijo buscaba amores fáciles.

—¿Así es que no hubieras consentido en que Laura fuera la esposa de él?

—Eso es distinto; pero te repito que él, al menos entonces, no pensaba en casarse.

—¿Por qué lo dices?

—Porque estaba muy prendado de la institutriz de tu sobrina, hasta un grado que ya no pudo ocultarlo. La amaba, según me ha dicho el señor cura, con la intención de deshonrarla; pero Blanca no fue tonta. Sin acceder a sus deseos, le dio esperanzas de amarlo; y como ella es hermosa y atrayente, supo embobarlo hasta hacer que se decidiera a darle su mano. Porque me han asegurado que para casarse estaba cuando se fue, pero que en regresando será esposo de la señorita Olmedo.

—¡Se ha ido por no casarse, y va a casarse en cuanto venga! ¡Fresco estaría! —exclamó doña Micaela, amarilla de cólera.

—No hago más que repetirte la opinión de los que frecuentan mi casa.

—Están engañados. Es cierto que Gustavo cometió la torpeza de enamorarse de esa muchacha hasta el extremo de ofrecerle casarse con ella; pero después supo unas cosas tan ciertas y tan feas que cambió de resolución; y como Blanca lo exigía para que le cumpliera pronto la promesa que le había hecho, él, exasperado por las exigencias de ésta, prefirió marcharse a la guerra, encargándome que, en la primera ocasión, la despachara de mi casa. Esto es lo cierto entre tanta farsa que circula por las calles.

—¿Conque ya no piensa Gustavo casarse con Blanca?

—¡Qué va a pensar en eso! ¿Note digo que se fue huyendo de ella?

—¡Pobre muchacha! —articuló doña Ignacia con fingida compasión.

—¡Pobre! Es una hipócrita malcriada y sin honor. Hoy hace quince días que la eché de mi casa.

—¡Santo Dios! ¿Y por qué hiciste eso?

—Porque ya no la aguantaba y porque daba mal ejemplo a Adela. Esa mujer no puede estar en casa de personas decentes.

—Eso pensábamos mis hijas y yo; pero como tú decías que era muy buena…

—Me tenía engañada, la hipócrita.

—¿Le has visto algo malo?

—No; pero no necesitaba ver para convencerme de su mala conducta. Informes fidedignos que recibí me bastaron para no estar engañada por más tiempo.

—Con razón pensábamos muchas y muchos que la permanencia de Blanca en tu casa te costaría caro. Tener una joven hermosísima, insinuante y fácil, al lado de un joven agraciado y de mérito, es arrojar a la una en brazos del otro. No sé cómo pudo ocurrírsete semejante cosa.

—Por interés de que aprendiera mi sobrina; pues de que Blanca le ha enseñado muchas cosas no cabe duda.

—De eso no hablemos; aunque me parece mejor que no le hubiera enseñado nada; pero, en fin, a lo hecho, pecho.

—Y nada se remedia con llorar.

—Y Adela, ¿ha sentido la separación de su institutriz? Parece que la quería mucho.

—¡Y tanto! La ida de ésta le ha costado varios días de cama y se ha levantado muy débil y enferma. Esa maldita institutriz tiene la culpa de todo: ha engañado tan bien a la pobre niña, que la cree inocente, y ha tenido el valor de decirme que he sido injusta, al despacharle su profesora, porque Gustavo no me perdonará jamás esta acción; pero es que ella ignora que la despaché de acuerdo con mi hijo. ¡Ay, estos días han sido para mí bien amargos, Ignacia, al ver a Adela tan enferma y que ahora me trata con tanta aversión. Ayer hablé mal de Blanca, y ella me interrumpió diciéndome: "Tía, hágame el favor de no volver, nunca, a hablar delante de mí, de Blanca, mi querida amiga, tan buena y tan desgraciada, víctima de los que la odian gratuitamente. Si usted vuelve a ocuparse de injuriarla, tenga la generosidad de hacerlo cuando yo no esté presente; de lo contrario, trataré de ver a usted lo menos posible para no tener el disgusto de oír injustos vituperios".

—¿Así te dijo?

—Así. Ya ves hasta qué extremo ha llegado mi sobrina.

—¿Y no le pegaste? —vociferó con ira la señora de Aguílan.

—¿Pegarle? ¡Si da lástima verla! Si parece un espectro de flaca. Lo que le dije fue que le podía costar caro hablarme de ese y modo, y ella me replicó: "Haga lo que quiera; nada temo, ni a la muerte, si con ella me amenaza".

—Pero esa niña ha perdido el juicio.

—La institutriz tiene la culpa de todo: la mimaba tanto, que ahora que ya no está aquí, la ha llorado como si se tratara de una hermana querida. Afortunadamente, Amalia y el doctor Gámez la calmaron un poco, y este último me ha prometido hacer lo posible para que le pase pronto tan inmotivada tristeza.

—Una mala persona en una casa es una calamidad de todos modos —dijo doña Ignacia con tono dogmático.

—Dices bien. Mientras mi hijo esté soltero, no volveré a tener institutrices en mi casa.

—¿Y si él no quiere casarse pronto?

—Lo haré que quiera. Tal vez, cuando vuelva, se incline a Laura; pues me ha confesado que le agrada mucho, como amiga; pero de la amistad al amor… Digo, si te gusta mi hijo para marido de tu hija.

—Que venga —contestó la señora de Aguilar—. Lo que soy yo no pondré dificultades, si Laura quiere; como tiene tantos pretendientes… Pero me parece que a Gustavo le daba la preferencia antes de verlo enamoriscado de Blanca. Después, creo que no, por respeto a sí misma, pues a la gente sensata le han caído muy mal los amores de tu hijo con una muchacha de las condiciones de la joven Olmedo. Y la envidiosa doña Ignacia deseó, mas de una vez, con todo su corazón, que sus hijas poseyeran la belleza física y moral de la que ahora denigraba. En cuanto a Gustavo, loca estaba por llamarlo su yerno, y era por envidia por lo que odiaba a Blanca, a quien, si dejara hablar a su conciencia, nada tendría que reprocharle.

—Pero de esos amores ya está curado mi hijo.

—¿Y si vuelven a resucitar?

—¿Cómo puedes pensar eso? Cuando Gustavo regrese, ya estará Blanca deshonrada públicamente.

—¿Y en dónde está ahora?

—Está en su casa, con su aya, una viejita inocente. ¡Eso es lo que ella quería, libertad…!

—Pues ya la tiene.

—Tan mala y tan orgullosa. ¿Has de creer que me devolvió el dinero de sus sueldos, que aún no se lo había entregado, diciéndole a Mercedes, que fue quien se lo llevó: "Dile a tu señora que ese dinero lo guarde para

pagarle a Verdolaga las calumnias que inventa y que ella tiene la debilidad de creer".

—Es insolente esa muchacha.

—No tiene igual. Habrá quien le dé dinero para que desprecie el que ha mal ganado. De eso no tengas duda.

Y las dos místicas arpías continuaron ocupándose de la inocente víctima. Las oraciones de los justos deben llegar hasta Dios…».

Cap. XLI (pp. 265-269)

Doña Micaela nunca se da cuenta del embeleco que ha sufrido y de las verdaderas motivaciones de las muchas calumnias procedentes de dos seres malvados, picados en el honor, precisamente porque Blanca ha osado rechazarlos sin ceder a sus turbias lisonjas. Inevitable es la venganza: si no pueden tener el amor de Blanca, nadie más lo tendrá.

De aquí la enredada red de hipocresías cuyo objetivo es minar su buen nombre y pisar su reputación. De sus "amigos" ella acepta hasta el consejo de mandar al hijo a la guerra –y por esto paga un pequeño capital al ávido Verdolaga– con tal de no verlo junto a una mujer, tan "malvada y de fáciles costumbres", que ella no ha elegido, que ha traicionado su confianza, que ha oscurecido la razón del hijo hasta faltarle el respeto y amenazar con abandonar la casa para casarse con la intrusa herética y sin fe. Según las convenciones sociales, doña Micaela tiene el deber de impedirle al hijo cumplir locuras con una persona muy subordinada a él, sin familia y sobre todo sin capital. Por eso actúa el plan ideado por Verdolaga y Sandino.

«Quince días habían transcurrido desde que Gustavo confesó a su madre que amaba a Blanca y que se casaría con ella, y durante ese tiempo nada desagradable había pasado entre los habitantes de la casa Moreno.

Gustavo había puesto en el dedo anular de Blanca el símbolo de su amor; una y otro eran dichosos, y estaban confiados en el porvenir. Se veían libremente, paseaban con Adela en el jardín; comían con doña Micaela, y ésta trataba a la señorita Olmedo con una consideración que no dejaba duda a la joven de que había sabido granjearse su afecto.

Blanca, por su parte, tenía para la señora de Moreno las tiernas y delicadas atenciones de la hija más cariñosa; hasta llegó a pensar que se había formado un concepto erróneo de la madre de Gustavo y que ésta era buena y bien intencionada.

Si la señorita Olmedo estaba en lo cierto al juzgar a su futura madre política, lo dirá la siguiente conversación habida entre el padre Sandino, Verdolaga y doña Micaela, en casa de esta última.

—Eso que usted me dice me asombra, señora —exclamó Verdolaga, arrellanándose en un sofá y lanzando tres grandes bocanadas de humo.

—Es asombroso, ciertamente —apoyó el ministro del Señor, sintiendo hervir en su pecho envidia y celos terribles.

—Pero es cierto; salen juntos; se extasían mirándose, y ayer tarde los sorprendí cerca del estanque, dándose un abrazo, mientras Adela cortaba flores —dijo doña Micaela, tomando por cierta una suposición suya.

—Eso es escandaloso —voceó el cura Sandino, suspirando en su interior—. Esos jóvenes o han perdido el juicio o todo sentimiento de dignidad; aunque en él no repugna tanto; pero en ella… Es la prostitución moral…

Y el recatado y buen sacerdote extendió los brazos como para maldecir, haciéndose la ilusión de estrechar en ellos a la esquiva y deseada joven.

—Ya he tenido el honor de decir a la señora que esa joven prostituirá a su hijo —declaró el juez en tono dogmático—. ¡Buena va a quedar su casa teniendo en ella una mujer de las condiciones de la señorita Olmedo! ¿En dónde quedará la honradez, la dignidad de la respetada familia Moreno?

—¿Y su fama como religiosa y moral? —observó en tono evangélico el prelado.

—No sé qué hacer —dijo doña Micaela—; me repugnan las libertades que se toman la institutriz y mi hijo, y al mismo tiempo temo hacerles observaciones porque conozco el carácter de Gustavo. En todo he seguido las indicaciones de ustedes y puedo asegurarles que ellos creen, de la mejor buena fe, que estoy satisfecha con su proyectado matrimonio. Para demorárselos algún tiempo, les rogué me dieran el gusto de casarse el día que cumpliré años; es decir, dentro de cuatro meses, y han accedido, no

sin contrariedad de parte de mi hijo, que quería casarse pronto; pero esta farsa ya me desespera y me cansa. ¿Qué piensan ustedes que debo hacer?

—Ya veremos… ya veremos… —exclamó Sandino—; pero, ante todo, ¿que estuvo haciendo aquí, anoche, el padre Bonilla?

—¿El padre Bonilla? —preguntó la beatífica señora de Moreno.

—Sí, señora; el padre Bonilla. Yo lo vi entrar y salir acompañado del doctor Moreno.

—Es amigo de mi hijo; puede ser que haya venido a visitarlo.

—Ya conoce usted las ideas de ese falso sacerdote —objetó el cura—, y si don Gustavo se guía por ellas, cuente con que su casa será guarida de gente hambrienta y sin oficio.

—Yo soy quien manda aquí.

—Entonces no será usted sino el padre Bonilla.

—Antes que consentir en eso, hago un escándalo.

—No hay que llegar a ese extremo, pudiendo cortar el mal de raíz.

—Eso es lo que quiero.

—Hay que empezar por malquisitar a los novios; logrado esto, no hay más poder en la casa que el de usted. —Estoy dispuesta a todo.

—¿Y aprobará el medio que yo le aconseje? —preguntó el cura.

—Veámoslo.

—¿Es celoso el doctor?

—Debe serlo, porque ama apasionadamente a Blanca.

—Pues siendo celoso, la cosa es fácil. Nos facilita usted a Verdolaga o a mí, que iremos disfrazados, medio de entrar en el cuarto de la Señorita Olmedo cuando ella no esté. Al salir, haremos ruido para que acuda gente… Suponen lo que ha pasado, y el matrimonio con el doctor es cosa concluida.

Los dos pícaros se miraron.

Doña Micaela titubeó: por muy mala que fuese, se le hacía cuesta arriba acceder a la infamia que le proponían sus amigos.

Para vencer sus escrúpulos, el ministro del altar continuó:

—Usted comprende muy bien que cualquiera de nosotros que entre donde la institutriz, no le hará daño, mucho menos yo. Lo que pretendemos es que, por las apariencias, el doctor la crea indigna de él, como en realidad lo es. ¿Aprueba usted nuestro plan?

—No —contestó la señora de Moreno, con una firmeza que merecía elogio—; ese medio no lo acepto y no lo emplearé ni como último recurso; que esa joven sea mala por su propia cuenta; yo no la arrojaré al precipicio.

El cura se levantó, y estrechando una mano a su hija de confesión.

—Eso esperaba oír de usted, señora; de usted, que es verdaderamente religiosa; que pospone su dicha a la de los demás —exclamó con zamalero tono, aunque muy contrariado, pues ya tenía convenido con Elodio que echarían suertes para ver a cuál de los dos le tocaba penetrar en el cuarto de la joven; pero, para esto, contaron con el apoyo que doña Micaela les negaba.

—Yo quiero que se les ocurra otro medio más fácil y menos peligroso que el que se me acaba de indicar.

—Difícil es.

—Hay que buscar otro. Pero tome usted asiento —añadió, viendo que el ungido permanecía de pie.

—Gracias, señora. Me retiro; voy a pensar en lo que a usted le conviene hacer.

—Gracias, señor cura. En usted confío, y en sus oraciones, que han de llegar hasta Dios.

—Eso espero. Adiós, señora. Nos veremos, Verdolaga.

Y el padre Sandino salió husmeando a ver si lograba distinguir, aunque fuera de lejos, el objeto de sus amores; pero no vio cumplido su deseo, porque Blanca se había ido con Adela a visitar a Amalia y a la señora de Gámez. A quien encontró fue a Mercedes.

—Muchacha —le dijo—, te absuelvo en la próxima confesión, sin darte penitencia, si haces que la señorita Olmedo me reciba con gusto y sola, con el objeto de tratar con ella, reservadamente, un asunto religioso.
—Haré lo posible, señor cura.

—Y me avisas. No olvides que esto no debe pasar de ti y de mí.

—Sí, señor.

Y el prelado se dirigió a su casa pensando que el amor hace cometer locuras y, a veces, crímenes».

Cap. XXX (pp. 211-214)

Picada en el amor propio y combatida entre sentimientos contrastantes –por una parte el afecto incondicional hacia su hijo y su nieta y por la otra el odio hacia Blanca «tanto más profundo cuanto más inmotivado» (p. 188)–, ella llevará a la práctica una venganza atroz que desembocará en la tragedia final.

«En tanto que Gustavo y Blanca iban al encuentro de Amalia, doña Micaela llamó a Adela para que la informase de ciertas cosas que deseaba saber.

Como es de suponerse, la niña no habría de estar de buen humor porque su tía no la quiso dejar ir con su profesora; pero no dio a conocer su disgusto.

Sentada cerca de la señora de Moreno, ocupábase en revolver entre sus pálidos y lindos dedos —inimitable lirios de carne— su blanco pañuelo de lino.

—¿Estás contrariada porque no te dejé ir con Blanca? —le preguntó su tía.

—Deseaba ir; pero mi deber es obedecer a usted, sin disgusto; así me lo dijo la señorita Olmedo —contestó la niña, tratando de dar una respuesta ambigua.

—¿Blanca te dijo eso?

—Sí, señora.

—Pues se conoce que no tenía intención de que fueras con ella.

—Al contrario; ha sentido mucho que yo no la haya acompañado. No sabe usted cuánto me quiere y considera mi profesora.

—Le tiene cuenta aparentarte cariño.

Y sin fijarse en el movimiento de sorpresa y disgusto de su sobrina, continuó, dando a su antipática fisonomía un aspecto de reconcentrada cólera:

—Me han dado muy malos informes de la señorita Olmedo, Adela.

—Si se los han dado malos han mentido, señora.

—Puede ser que no. Me han dicho cosa tan feas que, a ser ciertas.

—¿A ser ciertas?…

—Sin tardanza la despediría de mi servicio.

—Tía —exclamó Adela—, hay personas que no quieren bien a Blanca porque es muy buena y muy digna. Sin ir más lejos, ese amigo de usted, ese advenedizo sin ley ni conciencia, la odia porque ella no atiende sus galanteos. Es preciso que usted no se deje sorprender por informes apasionados y nada veraces.

—Parece que quieres aconsejarme.

—No es mi intención esa, sino tratar de que no la engañen.

—¿Quién puede tener interés en engañarme?

—¡Ay, querida tía! Si supiera cuán desgraciada ha sido Blanca y cómo la persiguen y calumnian!

—Eso es exagerado. Seguramente te ha referido historias tristes, inverosímiles, para interesarte en favor suyo; pero ya estoy harta de sensiblerías y embustes y lloriqueos, y quiero saber lo que ocurre en mi casa. Vas a contestarme categóricamente lo que te pregunte y cuidado con andar con mentiras; ya me conoces.

Ciertamente, muy bien conocía Adela a doña Micaela, así es que renunció a hacerla entrar en razón, concretándose a responder lo que creyó conveniente a sus impertinentes preguntas.

—¿Visitan muchos hombres a Blanca?

—Muy pocos.

—¿Quienes?

—El doctor Gámez y Joaquín.

—¿Nadie más?

—Ahora, nadie más.

—¡Responde! ¿Nadie más?

—¡Ah, sí! La visitó una vez el padre Sandino y otra Elodio Verdolaga.

—¿Y no han vuelto?

—No han vuelto. El primero, no sé por qué.

—¿Y el segundo? —interrogó con curiosidad la señora.

—El segundo no ha vuelto porque ella le prohibió que la visitara: la presencia de ese hombre es para ella una amenaza y una injuria, y no está dispuesta a tolerarlo, por más que sea tan amigo de usted.

—Fuera de esas personas que has nombrado, ¿ninguna otra viene a verla?

—Que yo sepa, no.

—Y Gustavo —estalló con ira la señora de Moreno—. Gustavo, ¿no platica con ella?

—Como ése es de la casa…

—¿Pero la ve, le habla?

—Si la ve, le habla.

—¿Todos los días?

—Todos los días, si se encuentran, se saludan, está claro.

—Dicen que la corteja.

—Nada de eso sé yo.

—¿Qué no lo sabes?

—No lo sé.

—¿No platican delante de ti?

—Sí platican delante de mí.

—¿Pero qué se dicen? —rugió doña Micaela exasperada por las respuestas de su sobrina.

—¿Qué se dicen, palabra por palabra?

—-Eso es, "palabra por palabra".

—Pues dicen:

"Buenos días, señorita.

"Buenos días, doctor.

"¿Ha notado usted qué fresco y agradable está el día de hoy?

"Está, en efecto, muy fresco y agradable.

"Propio para que usted y Adela den un paseo por el jardín o salgan al campo; así les será menos triste su permanencia en esta casa.

"Es Adela tan buena conmigo y la señora tan obsequiosa, que no la paso triste sino contenta aquí.

"Esos son los deseos de mi madre y los míos.

"Gracias, doctor.

"Servidor de usted, señorita.

—Y tras un ligero saludo, mi primo desaparece.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó con mal humor doña Micaela.

—No, tía, pero como usted quiere saber lo que se dicen delante de mí y yo no sé mentir…

—¡Basta! —interrumpió las católica—. Soy una tonta. ¿De dónde se me ocurre que delante de ti van a hablarse de amores? Pero esas frases de él… No hay duda, se entienden.

—Pero tía si no se ven sino delante de mí.

—A mí no me haces creer eso… En fin, con un poco de calma, averiguaré lo que quiero saber; y si se aman, ¡pobres de ellos! Ya sabrán quién soy yo.

—Tía, por el amor de Dios, no vaya usted a cometer una imprudencia.

—A mí no me detiene ni el amor a todos los santos ni el amor a Dios para hacer lo que se me antoje.

—¿Y las conveniencias sociales?

—Las conveniencias sociales son para que los amos no se enamoren de sus criadas y para que las madres impidan a sus hijos hacer disparates y locuras.

—¿Le consta que Gustavo ama a Blanca?

—Así me lo han dicho.

—¿Pero le consta eso?

—Aún no.

—Entonces, espere, pero desde luego le digo que si me quita a mi institutriz, no sigo estudiando.

—¿Qué dices?

—Que una profesora que no sea la señorita Olmedo, no la acepto.

—¿Estás loca? —preguntó, escandalizada, la señora de Moreno.

—No lo estoy; pero haré como lo digo.

—¿Y si te busco otra?

—Ni estudio ni le obedezco.

—¿Y si te obligo a estudiar?

—No se canse usted, que no logrará cambiar mi resolución.

—¿Tanto amas a Blanca?

—Es para mí una hermana cariñosa.

—¡Vete! —vociferó doña Micaela—. Y cuidado con decir ni a mi hijo ni a tu ídolo nada de lo que acaba de pasar entre nosotras.

Cuando la señora de Moreno vio que Adela se había alejado, exclamó:

—¡Pobre niña! ¡Qué engañada está! Piensa que toda la gente es buena y no ve las tempestades que hay en mi y pecho. ¡Se horrorizaría si viera

hasta dónde soy capaz de llegar porque no se contraríen mis deseos! Pero no; que esté engañada hasta el último momento.

Ocultó la cabeza entre sus manos y se quedó pensativa; indudablemente luchaba con sentimientos encontrados: el amor profundo, único, que su encallecido corazón profesaba a su hijo y a su sobrina, y el odio que ya empezaba a sentir por la señorita Olmedo, odio, tanto más profundo, cuanto más inmotivado era.

¡Ah, si ella hubiera sabido que no destrozaría el corazón de la una sin matar el de los otros dos!

No le fue posible a Adela ocultar a su amiga la tristeza que le produjo la conversación con su tía, y no hubo más remedio que referirle parte de ella.

—Antes que tu tía haga un escándalo, es mejor que me retire de aquí —dijo la señorita Olmedo.

—No, Blanca, no digas eso —exclamó, afligida, la señorita Murillo.

—Me persiguen tanto, que renuncio a la lucha.

—¿Y al amor de Gustavo y al mío?

—¡Ah, si destrozando mi corazón pudiera evitar disgustos a vosotros, yo renunciaría a ese amor que es mi vida!

—¡Blanca…!

—Es muy duro para mí, ahora que conozco la felicidad, darla parar siempre; pero me es más duro todavía ver sufrir por mi causa a las personas que tanto amo.

—¿Y no piensas, Blanca querida, que sufriremos más viendo que haces el sacrificio de tu dicha por una tranquilidad que nosotros nunca sentiremos?

—El tiempo, la ausencia, la distancia, ¿no podrán hacer que se borre el recuerdo de la infeliz desgraciada?

—¡Qué mal nos conoces! —exclamó Adela, engujándose dos tiernas lágrimas que el sentimiento arrancara a sus lindos ojos.

Blanca, llorando también, la estrechó en sus brazos.

En ese instante, el doctor Moreno penetró en la pieza en que estaban las dos jóvenes.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó—. ¿Por qué lloráis?

—Por nada —dijo la señorita Olmedo.

—Porque Blanca quiere irse, por eso lloro yo —repuso la niña…

—¿Que quiere irse?

—Así acaba de decírmelo.

—¿Por qué irse?

—Porque se le ha puesto en la cabeza que a mi tía le disgusta su presencia en esta casa.

—Que no se vuelva a mencionar ese disparate —exclamó Gustavo, contrariado.

—Al contrario, de eso debemos hablar —dijo Blanca.

—¿Qué tienes que decirme, alma mía? —interrogó Moreno, sentándose en un sofá, entre su novia y su prima.

—Tengo que decirte que mi permanencia en esta casa es cada día más difícil.

—¿Se puede saber por qué?

—Porque tu madre reprueba mi conducta.

—No le hagas caso.

—¿A quién debo hacerle, entonces?

—Únicamente a mí, a tu prometido esposo, amor mío.

—Hablemos con seriedad: no debo permanecer más tiempo en esta casa.

—Hablo con seriedad, no debes irte.

—Reflexiona un momento, Gustavo.

—He reflexionado ya.

—Entreveo tantas desgracias en nuestra futura existencia, que he pensado, sí, aunque esto me desgarre el alma, renuciar a mi dicha para obtener vuestra tranquilidad; devolverte tu palabra, puesto que tu madre no aceptará nunca nuestro amor…

Sin mí, tal vez serás dichoso.

—¡Oh…! ¿Qué dices? ¿He oído bien o me engañan mis oídos? —exclamó Moreno, terrible en su emoción.

Blanca guardó silencio.

—¿Me amas? —preguntó él, imperativo. — Responde: ¿me amas?

—Sí.

—¿Tanto como antes?

—Más.

—Entonces, ¿porqué quieres que renuncie a tu amor?

—Porque tu madre se opone a él, y me mortifica la idea de causar un rompimiento entre tú y ella, y hacerte desgraciado.

—La mayor desgracia que puede ocurrirme es que no me ames tú. Y te lo ruego, no vuelvas, ni en broma, a jugar con mi corazón. Ciegamente confío en tu amor; haz que no dude de él, porque el amor verdadero no conoce obstáculos.

—Ingrato, que no ves mi sacrificio. ¡Al sacrificarte mi amor te doy mi vida!

—¡Ah!, yo soy pequeño y mezquino, comparado contigo. Tú eres toda abnegación. Tú, por mi, sacrificas tu amor. Yo soy todo amor y a él le sacrifico todo. Si hubiera de optar entre tu olvido o tu muerte, preferiría lo último, para tener la seguridad de dormir eternamente junto a ti.

—Gustavo…

—Así lo haría. Por lo que hace a mi madre, ya verá que mi amor a ti es superior a todo.

—No le digas nada que pueda disgustarla.

—Le diré la verdad respecto de mi intención irrevocable de casarme contigo.

—A veces, yo le doy la razón de no quererme; el cariño es egoísta; ella te ama mucho. Tener un hijo, criarlo y sacrificarse por él para que sea de otra, debe ser duro; más aún, si esa otra se cree indigna del hijo amado.

—Muy pronto ella comprenderá que tú vales más que yo, y que soy yo el favorecido al haber logrado inspirarte amor.

Conque, si me amas, no vuelvas, Blanca mía, a hablarme de dejar esta casa que ya es tuya. No olvides que el día en que nuestro amor se haga imposible, moriré.

—No digas eso, Gustavo.

—No lo diré si me prometes no volver a contrariarme.

—Te lo prometo.

—Ten en cuenta que a mi madre hay quienes procuran malquistarla contigo, y que una vez que se convenza de su engaño, cambiará.

—Dios lo quiera.

Los dos enamorados siguieron conversando hasta las diez de la noche, sin darse cuenta de que dos ojos verdosos y malignos, los de doña Micaela, los contemplaban con ira.

¡Ah, las víboras que buscan el silencio, la lobreguez de la noche, para sorprender a la infeliz víctima y darle la mordedura venenosa, que mata!».

Cap. XXVI (pp. 185-191)

El epílogo no sorprende al lector porque las señales de lo que está a punto de ocurrir se diseminan desde las primeras páginas de la novela cuyo registro narrativo tiene una difundida melancolía.

El valor ideológico de la obra

En una época en la que el sentido innovador de la literatura se afirma en el ámbito de las ideas y las costumbres, la escritora se vuelve intérprete del lector, incapaz de expresar adecuadamente sus inquietudes, que actúan intensamente en su inconsciente. La estrecha conexión de la literatura con la totalidad de la vida, pon la siguiente pregunta ¿es la literatura a influir en la sociedad o la sociedad a influenciar la literatura? Arnold Hauser, en su fundamental libro *Sociología del arte,* está convencido de que por su peculiaridad, el influjo, que tiene su origen en la sociedad y su objeto en el arte, es más decisivo que la tendencia contrapuesta, aunque en un nivel más progredido de la historia hay siempre que hablar de una contemporaneidad y reciprocidad de los efectos sociales y artísticos[4].

Decir, por lo tanto, que la literatura es un fenómeno social también puede significar que la sociedad condiciona y determina la literatura en todos sus aspectos. Las dos afirmaciones –acción de la literatura sobre la sociedad o acción de la sociedad sobre la literatura–, aunque sean momentos dialécticos de una misma realidad, tienen bases diferentes y expresan grados diferentes de la evolución histórica. Mientras la primera se basa, como es sabido, en el individualismo racionalista que caracteriza, a grandes rasgos, todo el siglo XIX, la segunda encuentra concretización en el economicismo marxista del siglo XX.

En todo caso, la escritora advierte la íntima necesidad de poner en tela de juicio lo que la molesta: en la práctica, son pocos los sectores de la so-

[4] Cf. A. Hauser, *Sociología del arte*, I, Madrid, Guadarrama, 1977.

ciedad que no están bajo acusación y naturalmente eso suscita la indignación de las clases políticas en el poder. Pero es sobre todo la Iglesia la que sufre un ataque violento y por eso se considera la obra inmoral, destinándola al ostracismo durante años, justo por la emancipación del argumento y por la osadía desacralizadora de los mitos del poder. Tendrá que transcurrir mucho tiempo antes que su lectura sea considerada de carácter nacional y por tanto obligatoria: aún en la segunda mitad del siglo XX, las jovencitas leían a hurtadillas la novela, porque «continuaba generando temor y rechazo entre las autoridades eclesiásticas y sus agentes en el ámbito educativo»[5].

Sin embargo numerosas son sus reimpresiones y las adaptaciones teatrales que cobran un amplio éxito congestionando los teatros. Las muchedumbres de espectadores entusiastas contribuyen a transformar la novela –así se lee en la reseña aparecida en la revista *Sucesos* de Tegucigalpa– «en un drama que bien puede representarse en cualquier teatro de América y podemos asegurar que su éxito es indiscutibile»[6]. Señal de que el mensaje llega directamente al corazón de todos los que, sensibles a las reformas sociales, demuestran activa participación, gracias precisamente, a una obra literaria que, por su valor simbólico, ejerce una acción eficaz sobre la sociedad.

La literatura valoriza los sentimientos, las emociones, utiliza un lenguaje limpio, no porque todos lo puedan entender, sino por su capacidad de sobrepasar los límites impuestos por nuestra "necesidad de diferencia". José Martí, una de las pensadores más representativos de Latinoamérica, afirma que los libros sirven para cerrar las heridas que las armas abren. Sirven aún para constuir la realidad a imagen de los sueños. «Somos unos realistas a contrapelo –escribe L. A. Sánchez al evidenciar el nacimiento del indianismo y del historicismo como reacción sentimental– nuestra característica ha sido el idealismo, la imprecisa aspiración hacia algo no poseído, lejano, quizás inaccesible»[7]. Son, en efecto, aventuras e idealizaciones, color local, responsabilidad social y tendencia moralizado-

[5] *La dama de las letras románticas, Lucila Gamero de Medina*, cit., s. p.
[6] Citado en L. Gamero de Medina, *Blanca Olmedo*, cit., p. 333.
[7] L. A. Sánchez, *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, Madrid, Gredos, 1976, p. 148.

ra, los aspectos más significativos de la literatura latinoamericana del s. XIX, constantemente atrapada a la realidad del momento.

Como ya se ha evidenciado, el entero período romántico había exaltado la misión de la literatura en la sociedad por transformarse en un precioso aporte al movimiento político revolucionario, individualista y liberal. Y es precisamente eso lo que hace Lucila Gamero de Medina, transformando, como es lógico, el contenido esencial de la obra literaria en ideología. No se trata sólo del hecho de que el arte, y más concretamente la literatura, tenga que trazar, con coordinadas estéticas, las dimensiones constitutivas de la personalidad individual y colectiva, sino de dar forma literaria y casi "visible" a las verdades políticas y sociales.

Las consecuencias son múltiples y relevantes, tanto por el contenido de la obra literaria, como por el sentido social de la misma. Entre las más significativas se evidencian las relaciones entre destino humano y condiciones históricas[8] y la representación global de la sociedad, caracterizadas por aspectos objetivos de usos, costumbres y relaciones interpersonales.

Está claro, sin embargo, que teorías políticas prefabricadas no condicionan a la escritora a ser una libre pensadora: lo que la empuja es una fuerza oculta, la voluntad de presentar la sociedad de su tiempo sin mistificaciones. Su escritura produce un proliferar de correlaciones semánticas dentro de un texto que refleja la totalidad de la vida biológica, del mundo de la psique y la realidad cotidiana. En la ficción literaria se puede crear un mundo perfecto, remover la relación de tensión entre presencia y ausencia implícita en un determinado sistema ideológico, y vivir en condiciones de libertad absoluta. Y es precisamente por ello por lo que su obra constituye una verdadera revolución en el ámbito narrativo nacional, en una constante fusión de romanticismo y realismo, idealismo y realidad, cuyo objetivo principal es la exaltación de la libertad de pensamiento.

Después de haber sido contrastada durante mucho tiempo por las autoridades por la crudeza de su crítica, en la actualidad, la escritora, con palabras de Darío González, «continúa siendo un símbolo permanente de nuestra literatura y hondureñidad, en estos momentos que un profundo

[8] No hay duda de que estos mismos factores forman la base del nacimiento de la novela y el drama histórico. Cf. G. Lukacs, *Il romanzo storico*, Torino, Einaudi, 1977.

desequilibrio social, abate los distintos estratos de nuestra fraterna Honduras»[9].

[9] C. Darío González, *Pasajes anecdóticos de la novelista Lucila Gamero de Medina*, en http://www.latribuna.hn/2010/05/30/pasajes-anecdoticos-de-la-novelista-lucila-gamero-de-medina/. Efectivamente, no sólo *Blanca Olmedo* presenta un ataque a la clase eclesiástica y a la política, sino también *Aída*, escrita entre 1914 y 1918, lanza una áspera acusación contra los militares.

Conclusiones

Pese a los defectos formales –propensión excesiva por la intriga y por el drama de tono folletinesco, morbosidad ambiental, calor retórico, ardor– la novela toca las cuerdas más sensibles. Ya desde los primeros renglones se respira un aire de tragedia, llena de presagios de muerte. Enseguida se intuye que un acontecimiento funesto está por cumplirse, ya que toma cuerpo una temática negativa que se basa en inquietudes, en presentimientos vagos, visibles también cuando la felicidad parece absoluta. De esta manera durante la fiesta por el cumpleaños de Gustavo, él interrumpe la ejecución al piano al oír a Blanca cantar la *Traviata* con vehemente sentimiento. Su explicación es la siguiente: «[…] tiene para mí algo extraño, algo temido como un fatal presentimiento» (p. 157). Es importante ver los distintos pasajes que llevan a tal afimación, por eso propongo la lectura del capítulo XXII completo.

«*14 de junio de 1900*

¡Qué placer tan inefable siento al amar a Gustavo y verme amada de él de un modo tan exclusivo y verdadero! Mas, como nunca debe haber felicidad completa, ahí está doña Micaela que, de seguro, se opondrá a que Gustavo se case conmigo por juzgarme indigna de su amor. Y no sólo ella se opondrá a nuestra unión, sino también el juez Verdolaga y el padre Sandino; pero él me ama tanto, que sabrá vencer todos los obstáculos que se opongan a nuestra felicidad, según me lo ha dicho, y consagrarse a hacerme feliz. ¿Hacerme feliz? Si no puedo ser más de lo que soy ahora.

Anoche, en mi salita, elegante, sonriente y clara; clara, no tanto por la luz artificial cuanto por la de la luna que, majestuosa y bella, se destacaba en medio de los árboles del jardín, cual si deseara presenciar el tierno idilio que allí habría, conversábamos Adela y yo, mientras llegaba la hora de que Gustavo viniera a reunirse con nosotras.

Con dejadez amorosa, con blanda ternura, mi discípula acariciaba mi negro cabello, al parque me decía:

—¿Me vas a dar el gusto de cantar esta noche, acompañada de Gustavo?

—Sí, mi querida amiga.

—¿Por qué no, hermana? —me preguntó con dulce acento—.

¿No soy hermana de tu Gustavo?

—Entonces, sí, mi querida hermanita. Y ya que eres su hermana, debes estar al corriente de muchas cosas de él.

—¿De cuáles?

—De lo que él ve y yo no.

—Explícate mejor.

—Me dijo anteayer que no sabía cómo pudo engañarse acerca de mis sentimientos para él, cuando *todo* en mí le probaba que mi corazón simpatizaba con el suyo; y recalcó el *todo*, mirándome las manos y sonriéndose.

—Lo mismo he pensado yo.

—¿Por qué?

—Porque todo lo que procedía de él lo recibías con gusto.

—¿Qué dices?

—Que él tenía placer en obsequiarte y que tú aceptabas sus obsequios.

—Déjate de enigmas, y sé más explicativa.

—Lo seré, ya que no hay miedo de serlo. ¿Acaso no has comprendido que el traje que te pusiste cuando él cumplió años, el anillo que llevas en el dedo y muchas otras cosas que yo te rogaba aceptases, y el ramito de pensamientos y violetas, que colocaste sobre tu corazón, te los mandaba él, exigiéndome que no te lo dijera?

—¡Ah, pícara! —exclamé gozosa—. ¿Y por qué me dijiste que no tenías secretos para mí?

—Ese secreto no era mío.

—Pero debías haberme dicho la verdad.

—¿Para que no aceptases nada?

—Aun cuando hubiera sido para eso.

—Hubieras cometido una injusticia.

—Pero, en cambio, habría gozado doblemente.

—Eres egoísta, Blanca.

—Ya no lo soy. ¿Así es que desde entonces me ama?

—Desde que te conocí, Blanca; ya lo sabes —me contestó él, entrando y sentándose ha mi lado.

No pude disimular mi turbación al pensar que había oído lo que nosotras acabábamos de hablar. El lo comprendió, sin duda, porque me dijo?

—Nada temas; sólo oí lo último. Y aun cuando lo hubiera oído todo, ¿qué mal habría en eso? ¿Tienes secretos para mí?

—No.

—Ya ves que entre nosotros no debe haber más que un solo pensamiento, como sólo tenemos una sola alma y un solo corazón.

—Cúmpleme lo ofrecido; canta con Gustavo —me dijo Adela.

—¿Nos vas a dar ese gusto? —me preguntó él, dándome el brazo para conducirme al órgano.

—Sí.

—¿Quieres que te acompañe? ¡Como me has despreciado tantas veces!

—¿Todavía te acuerdas? Deja el pasado para vivir el presente.

Me miró, colocándose en el asiento del órgano; y yo, a su lado, mi vestido casi rozándole el hombro, confundiéndose, impregnado de amor, el aire que respirábarnos, me sentí embriagada de dicha.

—¿Qué vas a cantar?

—Algo serio: El final de "La Traviata".

Y empecé a cantar con un sentimiento y una inspiración desconocidos en mí…

Cuando, sintiendo de veras lo que cantaba, posesionada de la situación, llegué a la escena en que la Traviata, pálida, angustiada, exangüe, en medio de una inefable dejadez amorosa, viendo que la vida se le va en un soplo, se le evapora como un perfume, y que el Amado no llega a apartarle la Enlutada, no puede darle una vida que desea, y muere y muere amándolo hasta el último suspiro… él interrumpió la música, levantándose y cogiéndome las manos:

—No sigas —me dijo—. ¿Por qué has cantado eso? ¿Para qué entristecerte y entristecernos? ¿No ves las lágrimas que hay en los ojos de Adela? ¿No sientes las que ruedan por tus mejillas?

¿Por qué me has entristecido? Ven, ven a hablarme de cosas alegres, de la vida que triunfa… Eso es muy triste; no me lo y vuelvas a cantar;

tiene para mí algo extraño, algo temido como un fatal presentimiento… No, mi Blanca, no me vuelvas a cantar eso; bastante he sufrido ya para que me vuelvas a hacer sufrir más.

Y dirigiéndose a su prima:

—Para disipar la nube de tristeza que se ha colocado entre nosotros, hazme el favor de tocarnos algo alegre, Adela.

Y ella, sin hacerse rogar:

—Con mucho gusto; aunque, por oíros vosotros, no oigáis la música.

—Todo puede suceder, queridita; y, en ese caso, serán dos músicas: la que tú hagas brotar del instrumento y la amorosa con que Blanca arrulle mis oídos.

La niña empezó a tocar; y él me contemplaba, satisfecho, jugando con mis manos y diciéndome:

—Eres una artista de indiscutible mérito; inspirada, seductora. ¡Cómo te admiro y te amo y me siento orgulloso y satisfecho de poseer tu amor…! ¿Podrás arrepentirte algún día de amarme como me amas, de ser mi esposa?

—Nunca; si de algo tengo que arrepentirme, es de haberte hecho sufrir, por no comprenderte.

—¿Qué te ha dicho Adela?

—Muchas cosas, Gustavo; muchas cosas que tú no querías que yo supiera.

—¡Cuánto debo a esa criatura angelical! Sin ella, no hubiera tenido el gusto de verte usando algo que de mí procedía.

No te puedes imaginar el placer tan grande que experimentaba mi alma cuando alguna flor u otra cosa que cuidadosamente había buscado para tí, adomaba tu cuerpo de virgen, inmaculado y deseable… La noche que cumplí años, estabas bellísima y me hice la ilusión de creer que eras mi novia… Después sufrí mucho porque sólo con Joaquín estuviste. No te invité a bailar porque me habrías despreciado, y me contenté con mirarte, ya que ni a cenar quisiste acompañarme. ¿Por qué no cenaste conmigo?

—Por no disgustar a doña Micaela.

—¿Sólo por eso?

—Ni a Laura, puesto que ella fue tu compañera.

—Como cualquiera otra: no estando contigo, las demás me eran indiferentes… ¡Qué tonto fui! ¿Por qué, amándote, no me acerqué a ti, hasta hacerte acceder a mi ruego? ¿Qué me importaban los demás? Tuviste razón, vida mía, al ser esquiva conmigo, porque debo haberte parecido, o tonto o malvado; pero el mismo amor que te profesaba me impedía acercarme a ti.

—¿Qué dices?

—Que,si mi madre hubiera notado que te prefería a las demás, no habría sido dueña de sí misma, y…

—¿Y qué?

—Que tal vez te hubiera dicho alguna inconveniencia que no habrías soportado, y te hubieras ido de nuestra casa sin querer oírme ni verme. Y entonces, ¿qué sería de mí? Porque en esos días amargos para mi amor, siquiera he tenido el consuelo de oírte y de verte, aunque sea de lejos. Si te hubieras ido, te habría seguido o me habría matado… Para mí, no verte es no vivir… Y después de injuriarte la madre, tú no habrías concedido nada al hijo, ¿no es cierto?

—Es cierto; pero, ahora, ¿no estamos en la misma situación?

—No; porque ahora eres mía; te liga a mí un compromiso sagrado, y trataré de arreglar con prudencia los infundados escrúpulos de mi madre.

—¿Y si a pesar de eso ella no quiere que yo forme parte de su familia?

—Si no quiere, soy mayor de edad, me basto a mí mismo y serás mi esposa sin tolerar que te moleste en lo más mínimo.

Bien se ve que tú eres superior a las demás mujeres; pero a mi madre, ¿quién la quita ideas absurdas que los curas le han metido en la cabeza? ¿Eres institutriz de su sobrina? Luego, eres inferior a ella, puesto que vives de ella. Siguiendo esa lógica, los monarcas, los presidentes y demás empleados públicos que devengan sueldo, son inferiores al pueblo, puesto que viven del pueblo… Mientras me arreglo de modo que puedas vivir independientemente, haremos lo posible para que nadie sepa que nos amamos. ¿Has visto hoy a mi madre?

—La veo todos los días, por la mañana, cuando voy a saludarla.

—¿Cómo te recibe?

—Bien, sobre todo cuando está con ella el padre Sandino.

—Ese curita no me gusta nada.

—¿Por qué?

—Porque he notado que te ve con unos ojos que no son de manso cordero sino de hambriento lobo.

—No hay que hacerle caso.

—Al contrario, hay que fijarse en él.

—¿Qué mal puede hacernos?

—Mucho; nos echará encima a mi madre, cuando menos…

A esos padrecitos de las conciencias hay que verlos con ambos ojos; sobre todo, cuando están enamorados, como parece que lo está él de ti… ¡Y ése, ése, se le ha dado una pegada a mi madre!… Cuánto mejor sería para nosotros que frecuentara nuestra casa el padre Bonilla, sacerdote instruido, bueno, humilde, honrado y piadoso, que, por tener tantas virtudes, no quiso el obispo ponerlo de cura, diciendo que "es demasiado tolerante y flojo, y la iglesia necesita hombres enérgicos", ¡tan enérgicos y apasionados como Sandino! Procuraré que conozcas al padre Bonilla para que veas lo que vale un sacerdote instruido y bueno.

El nos casará para que seamos siempre muy felices.

Hoy ha sido un día dichoso para mí…

Hoy lo he tenido cerca de mí mucho tiempo.

¡Qué caricia tan grata la de sus ojos…!

¡Ahora no me considero sola en el mundo y puedo llamarme feliz!

Nunca te apartes de mi lado, ¡oh Amor, Amor, acariciado Amor!".

Aquí concluye el Memorándum de Blanca. El final de esta historia, breve y sentida, lo encontrarán los lectores en las páginas siguientes».

CAP. XXII (pp. 155-159)

Del mismo modo Blanca no se acostumbra a una felicidad inesperada y duda constantemente de lo que le reserva el futuro pensando en su experiencia de vida «tan anormal, tan llena de contratiempos, combatidas siempre por elementos contrarios» (p. 223).

La escritora siempre engloba el personaje al interior del espacio circunstante, según una técnica típica de muchas novelas del siglo XIX, indistintamente si se presenta, como subrayan Roland Bourneuf y Réal Ouellet, como uno de los muchos procesos de caracterización o como

una teoría inspirada por ambiciones científicas[1]. Por cierto no es esta última la intención de Lucila Gamero; ella no tiene en cuenta esquemas precisos, aunque se destaque un dibujo en tal presentación. Los personajes, en efecto, se caracterizan con abundancia de detalles, a partir del aspecto físico hasta entrar progresivamente en el secreto del alma, como ya se ha evidenciado.

Hay que subrayar, por lo tanto, las descripciones de entornos y costumbres, que aseguran el paso de la información de la autora al lector y condicionan el funcionamiento de la novela como testimonio de una época donde se da gran importancia al valor de las clases sociales. La riqueza de los Moreno aparece de inmediato en la descripción del suntuoso y severo edificio que consta de «una multitud de habitaciones bien arregladas y que nadie habita» (p. 36). Dos de éstas se reservan a la joven educadora, como indica la siguiente y detallada descripción –propia de la sensibilidad romántica– que abre un resquicio de su interior:

> En la casa le habían destinado dos habitaciones: una para dormitorio y otra para que recibiera a sus amigos, si los tenía y si alguna vez la visitaban, pues en la sala de la señora de Moreno sólo entraban los íntimos de ésta y aquéllos cuya posición social y pecuniaria les hacía acreedores a tal distinción.
>
> La alcoba de la señorita Olmedo tenía los muebles necesarios y estaba adornada con sumo gusto. Un tapiz de fondo claro, con flores pálidas y vivos dorados, cubría las paredes; cortinas valiosas, blancas, con fondo de un color rosado, muy bajo, adornaban las puertas y una ventana que daba al pintoresco jardín. La cama era de hierro, pintada de blanco y con ramitos de azules campánulas, vistosos pensamientos y rosadas fucsias, por adorno; también estaba cubierta con alba colcha de fina tela, cuya inmaculada blancura no era ni más blanca ni más inmaculada que la soñadora virgen que descansaría en él.
>
> En cuanto a la otra habitación, si bien estaba adornada con lujo, era ésta demasiado antigua y vulgar; tapiz obscuro con flores muy grandes y cortinas de damasco de un azul muy subido; muebles de

[1] Cf. R. Bourneuf - R. Ouellet, *La novela*, Barcelona, Ariel-Esplugues de Llobregat, 1975.

roble, pesados y fuertes, mas propios para una oficina que para una salita de recibo (p. 3).

Muy diferente de la austera presentación del edificio de ciudad es la finca de campo de Joaquín Leiva, donde se respira un aire de despreocupación, en contacto con los perfumes y con la armonía de la naturaleza, como evidencian las impresiones de Blanca:

> La finca estaba muy bien arreglada; los corredores adornados con enredaderas de jazmines, lluvia de perlas y bellisimas wistarias. Los rosales en flor perfumaban el ambiente, dando un aspecto animado y risueño a la bella casa que me hizo recordar una residencia sevillana que visité con mi padre cuando recorrimos el maravilloso país de don Quijote.
>
> Entre el susurrar de los pinos, cipreses, acacias, cocoteros y araucarias, entre perfumes, murmullos y cantos, en medio de una naturaleza virgen y esplendorosa, entre yemas que revientan y botones que se entreabren al beso del sol, a la caricia de las auras, sirvieron un almuerzo exquisito, embellecido con la presencia de lindas jóvenes y animado con la gracia oportuna de bien educados caballeros (p. 108).

Llena de alegres detalles de costumbre es la escena que reproduce la llegada del ejército en la capital, tras el final de la guerra:

> La guerra había terminado en un modo favorable para nuestra República, y las fuerzas empezaban a regresar a la capital.
>
> Era el día de la entrada triunfal del grueso del ejército en donde venían el general en jefe y el doctor Moreno.
>
> Multitud de arcos de bambú y de árboles adornados con flores y bandoleras, con los colores nacionales, lucían en las calles y en las casas.
>
> Todo era animación y contento.

En las puertas y ventanas de las casas se veía apiñada la gente, dominados, unos, por curiosidad patriótica, y otros, por el deseo de ver, lo más prontoposible a sus deudos o amigos (p. 307).

A través de tales descripciones que revelan cierta complacencia por el cuadro –donde el universo de las cosas vibra en sintonía con los personajes, ya sean felices o infelices–, la autora manifiesta sus propias ideas, incluso por boca de la protagonista y realiza una investigación social: justicia, economía, política, religión, condición de los ricos, los pobres y las mujeres que tienen el derecho a tener una educación laica y a ser independientes desde el punto de vista económico. Condición indispensable para establecer iguales derechos y deberes entre los sexos, como por ejemplo la inserción del concepto de "patria potestad" ejercida por ambos componentes de la pareja, bien visibles en *Aída*. Eso es particularmente sorprendente en cuanto la autora adelanta de cincuenta años una propuesta del Código de Familia de Honduras[2].

Paralelamente se desarrolla el concepto de naturaleza –siempre partícipe de los estados de ánimo de los protagonistas– que remite a los cánones estéticos románticos de la identificación entre sujeto y entorno, síntesis de la contemplación y el recuerdo. Es una típica visión del alma, en equilibrio entre emoción/pasión y observación, donde la naturaleza se entiende como prolongación de la situación psicológica individual. Si Blanca es triste, el día promete lluvia, precisamente como en aquel primer septiembre de mil novecientos…, día de la salida de Gustavo Moreno, reclutado en calidad de médico cirujano del ejército:

Día triste, día helado, día brumoso, con amenaza de lluvia…
Las seis de la mañana…
Los soldados desfilaban por la calle de la casa de Doña Micaela, y Blanca, desde la ventana de su salita, oculta tras las cortinas, sintiendo su alma oprimida por una tristeza infinita, por un dolor acerbo, tanto más profundo cuanto ella procuraba acallarlo en su pecho (p. 227).

[2] *Ibídem.*

Paisaje como consuelo a la malincolía del momento, es lo que se evidencia del siguiente pasaje, que nace de la desilusión de Blanca excluída de los preparativos de la casa para que todo resplandeciera el día del cumpleaños de Gustavo. Estas son sus palabras:

> […] yo, silenciosa y triste, veía vagar las personas sin darme cuenta de lo que hacían, hojeando un libro cerca de la ventana. La tarde era espléndida, y llegaba hasta mí el olor de las rosas y de los lirios y los amorosos trinos de los pájaros; estos perfumes y estos cantos daban a mi cuerpo nueva vida y hacían que mi corazón latiera más presuroso (p. 89).

El escenario natural es relevante en la economía de la novela ya que proporciona la vuelta ideal a la naturaleza, característica fundamental de la literatura del siglo XIX, además de tener la tarea de atenuar el clima de tensión o de preanunciar un peligro. Así Blanca hace todo lo que está en su facultad para trasmitir el amor por la naturaleza a Adela, que por su parte, comprende perfectamente la poesía que emana del jardín. Lo evidencia el diálogo que se da entre la institutriz y su alumna:

> Una tarde fuimos Adela y yo al jardín; escojimos para sentarnos un lugar apartado y, bajo las sombras de las acacias, gozábamos del bello espéctaculo del sol poniente.
>
> –¿Comprendes toda la poesía que hay en este lugar, Adela? –le pregunté.
>
> –La comprendo y la siento. Usted me ha enseñado a apreciar todo lo bello que tiene la Naturaleza.
>
> –Y tú, con tu natural sentido, no has tenido inconvenientes en seguir, y quizás superar, los gustos de tu profesora.
>
> –Ojalá me fuera dado, ya que no igualar, siquiera imitar dignamente a usted. (p. 70).

La atracción que sienten las dos jóvenes hacia los elementos naturales las lleva a consustancializarse con la naturaleza. Elocuente en tal sentido es el siguiente texto en donde los sonidos naturales, el concierto de los pajarillos, expresan aunque no tan dulcemente, el canto de alegría de la

enamorada Blanca, que ha aceptado por fin la promesa de boda de Gustavo y con ella el compromiso de ser el uno del otro:

«12 de junio de 1900

Acaba de separarse de mí, él, mi Gustavo… ¿Mi Gustavo…? Con qué gusto antepongo a su nombre este posesivo que me halaga.

Esta mañana, así que me hube levantado, adorné mi pieza de recibo con flores frescas, cortadas por Mercedes, y me arreglé, ayudada por Adela, que no podía disimular su contento.

Me vestí de blanco, porque quise que él me encontrara con un traje parecido al que tenía puesto la primera vez que me vio. ¿Por qué este cuidado especial en arreglar mi persona? Porque nací mujer; porque amo y quiero parecerle bella.

—¿Estaré bien así, Adela?

—Tú siempre estás bien; pero hoy mejor que nunca. ¿Quieres que te ponga el anillo aquel…?

—Pónmelo; lo tengo en la mesita de noche, desde ayer. Siempre lo llevo puesto; y hoy, por olvido, no lo he colocado en el sitio que tú le destinaste.

Fue Adela a traer el anillo y me lo puso.

—¿A qué hora te dijo que vendría? —le pregunté.

—A las diez de la mañana.

Miré el reloj y sólo unos cuantos minutos faltaban para la hora tan temida como deseada.

Me senté en el sofá. Adela puso una silla cerca de mí y se sentó en ella.

—¿Por qué no te sientas a mi lado?

Y la niña, sonriéndose:

—Más tarde, ahora estoy bien aquí.

El aire, perfumado con las emanaciones del jardín, agitaba ligeramente las cortinas de la abierta ventana.

Oí unos pasos ligeros, suaves, y mi corazón latió más presuroso. La puerta que comunica con el pasillo se abrió del todo, y él, hermoso como nunca, apareció ante mis ojos.

No puedo precisar bien lo que en aquellos momentos pasó por mí, porque estaba visiblemente turbada; cuando empecé a darme cuenta de la situación, él estaba de pie, a mi lado, mirándome amorosamente:

—¿Por qué no me contesta? —me preguntó con voz dulce.

Presa de una deliciosa vaguedad, miré a todos lados… Adela nos había dejado solos.

—¿Dónde está Adela? —pregunté sorprendida.

—Se fue… ¿No vio que se fue? —exclamó, mirándome de un modo tan elocuente que me hizo bajar los ojos.

—No me dí cuenta.

—Se deslizó ligera, como un hada, y dejó al cuidado mío otra hada encantadora.

—¿Así dijo ella?

—Así lo interpreté yo, conforme mis deseos.

—En ese caso…

Y viendo que estaba de pie, inclinado hacia mí, su rostro casi acariciando el mío:

—¡Pero usted no ha tomado asiento! Hágame el favor de sentarse —articulé.

Se sentó a mi lado, nervioso, suplicante, tomando en las suyas mis manos, sin que yo tuviera fuerzas para retirárselas.

Me contemplaba, mejor dicho, nos contemplábamos con amor, con un amor que nos era difícil ocultar.

—¿Quería usted verme? —me preguntó.

—Sí.

—¿No la rogó mucho Adela para queme concediese el placer inefable de estar a su lado?

—No.

—¿Por qué fue tan cruel conmigo la otra noche?

—¿Cruel? —le interrogué, tímida y asombrada.

—Sí, muy cruel. No se imagina lo que me hizo sufrir después de haberme hecho gozar.

Y como yo lo mirase sin comprenderlo.

—La vi en la ventana con Leiva, juntos, satisfechos, como dos novios, sin ocuparse de los demás, y usted, sin acordarse de mí, Blanca, de mí que andaba buscándola para decirle que la amo, para rogarla que aceptase

mi nombre y mi amor, ya que no me es dable vivir sin usted… ¡Y la encuentro con otro…!

¡Y hallé causa a las esquiveces, a las crueldades suyas para conmigo…! ¡Y me retiré sufriendo horriblemente, deseando morirme, porque te amo, Blanca, te amo con un amor que no tiene nombre, que ya no cabe en mí…! Te amo. ¡Ah, tú no puedes saber ni yo puedo decirte cómo te amo…! Eres muy bella, imponderablemente bella, bella de cuerpo, bella de alma, bella de corazón. Todo lo tuyo me hechiza: tu inteligencia cultivada, tus ideas nobles, levantadas; tu modestia, tu dignidad, tu gracia, tu cuerpo inmaculado, tus cabellos, que mis manos quieren acariciar; tu sonrisa llena de seducción, tus ojos que me fascinan y atraen, tus labios que algún día se han de posar en mi frente y aunque sea en mi frente helada de muerto… ¡Es una caricia que no podrás negarme…!

—¡No diga eso! —exclamé afligida, como si la muerte, la inexorable, me lo fuera a quitar.

—¡Pues ámame! Prométeme que serás mía: el ángel de mi hogar; mi amante compañera, mi esposa idolatrada; la mano cariñosa que enjugue mis lágrimas; el corazón bueno que comparta mis penas y goce con mis alegrías; el alma, toda mía, que vive por mí y para mí; el seno blando donde recline mi cabeza enamorada, ardorosa, que tú refrescarás con tus besos. Alma mía, corazón mío, cuerpo mío; todo, todo exclusivamente mío. ¡Así te amo! ¡Ámame tú así!

—¡Así te amo! —le contesté, trémula de amor y de dicha, embriagada con el encanto de sus palabras.

—¿Así me amas? ¡Ya no deseo más!

Y sin permitirlo ni poder yo evitarlo, sus labios se posaron en mi frente.

—No, Gustavo —exclamé, aturdida, sintiéndome sin fuerzas para recibir sus caricias.

¿No me amas? ¿No eres mía?

—¡Sí te amo! Y, por lo mismo, ten compasión de mí.

—¡Pobre Blanca! ¡No temas, ángel querido! Mi misión en la tierra es amarte, protegerte, rodearte de respeto y consideraciones, hacerte feliz; y tú, en cambio, ser mía. ¡Qué orgulloso me voy a poner cuando te vean y digan: "La señora de Moreno". Es decir: la señora mía. Y tú pasarás bella,

majestuosa, amante, apoyada en el brazo de tu marido, del hombre a quien has hecho envidiado y feliz!

—Ningún hombre me ha hablado como tú, Gustavo.

—Es que ninguno te ama como yo.

Y solos, juntos, acariciándonos con la mirada, sus manos jugando con las mías, las horas me parecieron instantes…

¡Cuántas ternuras me dijo y cómo le confesé que le amo…!

—¿Y Joaquín? —me preguntó.

—Nunca lo he considerado sino como un amigo. ¿Y Laura?—le pregunté, a mi vez.

—Se sonrió:

—Esa sólo ha servido para martirizarnos. ¿No es verdad que te molestaba?

—Mucho, porque dicen que te ama.

—¿Sólo por eso?

—Y porque creía que tú la amabas. ¿Nunca la has amado?

—Eres tú la única mujer a quien yo amo: la primera y la última.

—Quiero creerte.

—No te engaño, amor mío; y, para que no dudes, aquí tienes la prueba de mi amor a ti.

Y me enseñó dos anillos de oro.

—¿Qué fecha tiene éste? —me preguntó, dándome uno.

Y yo, recordando, orgullosa y alegre:

—La fecha en que nos vimos la primera vez: el dos de febrero.

—Ahí tienes la época desde la cual data mi amor.

—Y el otro, ¿qué fecha tiene?

—Ninguna; pero hay que ponerle la que tú digas, sin mentir… ¿Cuál se le pone?

—La del otro, si quieres…

—¿Si quieres? ¿Cómo no he de quererlo cuando, me haces tan feliz? Voy a ponerte ya el símbolo de nuestro amor y de nuestro compromiso de ser uno del otro.

—No, todavía no.

—¿No quieres aparecer como mía? —me preguntó con tristeza.

—No es por ti, Gustavo, sino por tu madre, que debe ignorar el paso que has dado.

Se puso pensativo, casi grave:

—Tienes razón, esperemos; pero, de todos modos, eres mi prometida: te amo y me amas y, suceda lo que suceda, serás mi esposa. ¿Serás mía, Blanca, a pesar de todo?

—A pesar de todo. Si no soy tuya, no seré de otro… Algún día te convencerás de esto.

—Sí te creo, mi vida. No sé, cómo no he visto tu buena voluntad para mí, cuando todo me lo decía, aunque tú no te dabas cuenta de ello.

—Y posó sus ojos en mis manos.

—¿Todo?

—O casi todo.

—No te entiendo.

—Ni me entiendas; que te baste saber que estoy satisfecho y orgulloso de ti, y persuadido de que tu corazón hace tiempo que se acerca al mío.

Se oyeron unos pasos en el corredor.

—Viene doña Micaela. Andate, Gustavo —exclamé.

—No quiero separarme de ti.

—Pero viene tu madre; anda…

—¿Nos veremos más tarde?

—Sí; pero anda ya, por la salita de Adela.

—¡Adiós mi amor! Good-by, my love, good-by! ¿Te acuerdas? —me dijo, poniendo sus labios en mis manos.

Por la tarde fui al jardín acompañada de Adela; lo recorrimos, pensativas y contentas; fuimos al pequeño estanque y nos sentamos cerca de él a ver revolotear las mariposas sobre el fresco nenúfar y los flexibles juncos, y a oír el dulce concierto de los pajarillos, no tan dulce y expresivo como el amoroso que hay y en mi corazón y debe haber en el de Gustavo.

Platicábamos de mi amor tanto tiempo escondido, irrevelado, y en e esta plática suave y deliciosa me encontraba cuando, dijo una voz que siempre conmueve mi corazón:

—Os busqué en la casa, no pude hallaros y aquí me tenéis.

Era Gustavo quien, tras de nosotras, nos hablaba; su pecho se acercó a mi hombro y me hizo sentir la sensación de su potente amor.

—¿Hace mucho tiempo que estás cerca de nosotras? —le preguntó Adela.

—Apenas unos segundos; no supe de lo que tratábais. Pero hazme el favor de retirarte un poco de Blanca, de modo que pueda yo sentarme en medio de vosotras. Supongo que ella no lo tendrá a mal; porque has de saber, Adela, que soy el hombre más feliz del mundo; que Blanca me ama y es mi prometida esposa.

—¡Qué dicha, Gustavo!

—¿No te lo ha dicho?

—Esos lo sé antes que ella y antes que tú.

—¿Primero que nosotros? —le interrogó él, cogiendo en las suyas mis manos.

—Antes que vosotros.

—¿Y cómo lo supiste?

—Porque lo soñé.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Por lo mismo que era sueño.

—¿Y piensas, todavía, que es sueño tu sueño?

—¡Oh, no! Ahora es una bella certeza.

—Adela es feliz con nuestra felicidad; demuestra más alegría que tú, alma mía. ¿No estás contenta? —me dijo con cariño, confundiendo la luz de sus ojos con la de los míos.

—Sí lo estoy; sólo que Adela demuestra todo, lo que siente.

—¿Y tú, Blanca?

—Lo guardo, porque es tanto, que tengo miedo de expresarlo.

—¿Y para quien lo guardas?

—Para quién tú sabes.

—¿Tanto me amas? —me preguntó con satisfecho orgullo.

—¿Y me lo preguntas?

—Repite que me amas; no me cansaré nunca de oír tan dulce música de tus labios; poseyendo tu amor soy tan dichoso que, a veces, creo estar soñando… Pero no sueño. ¿Verdad, Blanca, que no es sueño, que eres dichosa amándome?

Y yo, contestando a la presión de sus manos y al halago, de sus ojos:

—Te amo, bien lo sabes, con un amor que no tiene igual…que es todo tuyo.

Adela, viéndonos entregados a nosotros mismos, exclamó:

—Ya vuelvo; voy a traer unas flores bonitas y más *juiciosas* que vosotros.

—Vuelve luego —le dije, al verla alejarse.

—¿Para qué quieres que venga pronto? —me dijo él, acercándose más a mí—. ¿No estamos bien los dos, juntos, amándonos?

¿No eres feliz a mi lado?

—Sí, lo soy, Gustavo; lo soy.

—¡Ah, si no me hubieras amado!…

Me sonreí; y en uno de los arranques de mi carácter:

—¿Si hubiera amado a Joaquín?…

—¿Qué dices? ¿A Joaquín?

—¿Qué hubieras hecho?

—Mataros a los dos. ¡Mentira…! ¡A ti, no; a él, sí! Arrancarlo de tu lado, dejarlo muerto a tus pies, y cogerte y llevarte lejos, a un mundo que no conoces, y estrecharte en mis y brazos, delirante y loco, y hacer que me amaras, que fueras mía. ¡Y si no me amabas, matarme, sí, matarme, en el paroxismo de un abrazo robado e interminable…! ¿Lo dudas? —me preguntó, viendo que no permanecía callada.

—No lo dudo; pero ¿por qué te exaltas tanto?

—Porque no puedo tolerar ni en broma, la idea de que ames a otro; y creo que así serás tú, si me amas tanto como yo te amo. ¿Qué harías si te dijeran que yo amo a otra?

—¿Qué había de hacer? Morirme —le contesté con profunda certeza.

—No temas, mi amor; primero dejaré de existir antes que de amarte.

Adela regresaba con las flores. El cogió las que más le gustaron y las colocó sobre mi pecho.

—No te las quites—me dijo—; ahí, sobre ese corazón, que es todo mío, las hallaré esta noche, cuando vaya a vivir estando a tu lado.

—Gracias, Gustavo. Y para ti también, Adela: eres muy buena, y me vas a hacer el favor deacompañarme a casa —la dije, levantándome y tomándola de un brazo.

—¿Ya os vais? —preguntó Gustavo.

—Sí; antes que sea hora de cenar.

Nos acompañó hasta cerca de las habitaciones que ocupamos, y allí se quedó mirándonos.

—¡Cómo me ama! —dije a Adela, suspirando con íntima delicia.

—Hace mucho tiempo que te lo digo y tú no lo has querido entender.

—Porque no es fácil que crean en la dicha las almas tristes, desheredadas de fortuna, como la mía».

CAP. XXI (pp. 147-153)

Un amor verdadero y exclusivo, preanunciado por la luna «[…] que majestuosa y bella, se destacaba en medio de los árboles del jardín, cual si deseara presenciar el tierno idilio que allí habría» (p. 155). He aquí representada la personificación de la naturaleza, partícipe de emociones, en una recíproca complementación entre mundo natural y humano. No es un caso aislado ya que numerosos son los ejemplos donde la naturaleza determina e influye en la conducta y la personalidad del hombre/mujer que, a su vez, vierte sobre el entorno los mismos sentimientos, tan contagiosos que llega a humanizarlos.

Sociable u hostil, el espacio de la novela aparece con un grado variable de fluidez y densidad, de transparencia y opacidad, según la descripción se detenga en la ciudad y en sus habitantes, en el jardín y en el campo, en la ingenuidad de las jóvenes protagonistas, Blanca, Adela y Amalia, o en los malvados como Verdolaga, Sandino y doña Micaela.

Más allá de la representación del espacio, lo que la novela pone de manifiesto es la dura crítica a la sociedad hondureña del tiempo. El objetivo de la escritora es evidente como acabamos de demostrar: sensibilizar a la opinión pública alrededor de la situación histórico-colectiva, refiriéndose a un inevitable proceso de democratización social. Una protesta que, al representar con negros tintes la realidad del tiempo y la silenciosa insatisfacción de la mujer y de los menos acomodados, trata de comprender la sociedad en su conjunto, asignándole sentidos y contenidos político-morales, un código ideológico válido para todos. Las contradicciones de clase, los puntos de vista ideológicamente diferentes, no comportan ningún dinamismo y se dejan neutralizar, absorber en la estaticidad de lo real.

Si, individualmente, los personajes caben en la categoría de los poderosos, tanto en el bien, (Doctor Gámez, Gustavo, Amalia), como en el mal (Padre Sandino, Verdolaga, Maldonado, doña Micaela), o en la de

las víctimas (Blanca y Adela), o participan de ambas (doña Micaela), todos sufren impulsos contrastantes: deseo amoroso, con los implícitos celos, pasión, y odio; amistad y traición; hipocresía y sinceridad, injusticia y justicia, leyes mecánicas de la vida, lucha por la existencia, en un juego de antítesis que resume la entera estructura de la novela. Su unidad se afirma por la identidad temática que se evidencia en los diálogos llenos de espontaneidad, en la atenta descripción de la vida individual, de usos y costumbres, en el estudio de los caracteres y de la naturaleza, en la preocupación social, en las frases que cierran los capítulos adelantando el argumento que será desarrollado sucesivamente, en un tipo de evocación dramática, no sin ironía.

Ya que la sociedad ha llegado a ser tan «prostituida y degradada» (p. 115) se comprende perfectamente la posición de Blanca que bendice su propio aislamiento en cuanto está libre de cultivar sólo las buenas relaciones, de acuerdo con las ideas liberales aprendidas de su padre. Sin embargo su pesimismo que, lógicamente, refleja el de la autora, se extiende a la entera clase política tanto liberal como conservadora porque, una vez alcanzado el poder, liberales o conservadores no se diferencian más que en el nombre. La constante referencia al mundo externo proporciona asimetrías sociales y, por variaciones paralelas, el complejo de hechos individuales donde caben, en orden regular, felicidad e infelicidad, vida y muerte. Crisis personal y crisis histórico-social se afirman contraponiéndose, para delinear la conflictividad del tejido real, de una sociedad que es al mismo tiempo actora y espectadora del drama individual.

Su arte ya no se configura como el único espacio de la existencia y asume aquel carácter *engagé*, tan bien delineado a lo largo del s. XX por Jean Paul Sartre. Sin embargo, no se trata "solo" de escritura "política", aunque "revolucionaria": la construcción de realidades ficticias siempre es transgresiva porque rompe los esquemas que orientan la realidad en sus diferentes formas lingüísticas y sociales. El mundo descrito, por lo tanto, llega a ser reglamentado por la fantasía y la imaginación, capaces de volver posible lo imposible y dar dignidad a los valores esenciales de la condición humana.

Literatura, pues, como posibilidad de hacer comprender lo que sucede en la realidad local denunciando las desigualdades sociales y expresando, al mismo tiempo, sentimientos universales. A pesar de que refleje matices

propios del siglo XIX, el lenguaje utilizado transmite un mensaje claro, abriendo perspectivas de dignidad y libertad. Amor, contemplación de la belleza, relaciones de poder, de opresión y de injusticia, ponen al destapado los aspectos oscuros de la realidad cotidiana, la oculta vulnerabilidad del ser humano e, incluso, la poética de la fantasía que, a pesar de todo, hace vislumbrar mundos de libertad y autoafirmación.

El propósito inicial de contribuir a «regenerar» el país desde un punto de vista moral, intelectual y material, puede considerarse acabado, precisamente porque la escritora, a través de los ojos de una chica de veinte años –curiosamente es la edad que tiene Lucila Gamero de Medina al componer su novela– ha osado poner en tela de juicio no solo los poderes fuertes de la sociedad del tiempo sino también el papel mismo de las mujeres. Un doble desafío que exalta el valor, pero también las cualidades literarias eficaces más que nunca al evidenciar la correspondencia entre novela y evolución social, entre narración y época histórica. Y es gracias a la uniformidad de estos aspectos como toda la obra de Lucila Gamero de Medina, en palabras de Miguel Pineda, «no tiene precedentes en el país, ya que ninguna mujer había asumido tan abiertamente posiciones liberales[3]».

[3] M. Pineda, *Lucila Gamero, una mujer incomprendida*, cit., s.p.

Nota bio-bibliográfica

Silvana Serafin es catedrática de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Udine, donde ocupó y ocupa múltiples cargos institucionales. Es socio fundador y presidenta de "Oltreoceano-Centro Internazionale Letterature Migranti (CILM)", socio fundador y vicepresidenta del "Centro Internazionale di Alti Studi Latinoamericani (CIASLA)". Ha dirigido y dirige numerosos programas de investigación ministerial y regional, revistas y colecciones científicas además de formar parte de los comités científicos de las mismas y de otras. Sus intereses investigadores van desde las Crónicas de las Indias hasta la literatura de los siglos XIX y XX, contemporánea, de género y de la inmigración. Es autora de un número ingente de volúmenes, ensayos, artículos, notas y reseñas, publicados en revistas nacionales e internacionales.

Índice

Premisa 5
de Silvana Serafin

I. El contexto histórico y literario de Lucila Gamero de Medina 7

Voces literarias de la afirmación de la unidad nacional al principio del s. XIX 7

Escritores/as de la segunda mitad del s. XIX y el compromiso político-literario 12

Vida y obra de Lucila Gamero de Medina 13

II. *Blanca Omedo*: una historia de amor, amistad y muerte 17

La señorita Blanca Omedo 18

Gustavo Moreno y el amor 44

Las amigas: Adela Murillo, Amalia Leiva, Mauricia Rivas 87

III. *Blanca Olmedo* y los poderes 127

El Estado 130

La Iglesia 147
El valor ideológico de la obra 207

Conclusiones 211

Nota bio-bibliográfica 231

stampa
Arcoiris Multimedia
Via Wenner, 61 – Salerno
info@arcoirismultimedia.it